

SICARIO



Barry Eisler

«Un hipnótico *thriller* sobre el asesino con más clase del momento.»

James Ellroy



Lectulandia

«El objetivo es culpable de algo que no conozco y sobre lo que, de hecho, nunca pregunto. Sólo insisto en algunas cuestiones. ¿El objetivo es un hombre? No trabajo contra mujeres ni niños. ¿Han contratado a alguien más para solucionar este problema? No quiero que mi operación se vea entorpecida por la idea que alguien tenga de un equipo B y, si se me contrata, debo tener la exclusiva. ¿El objetivo es el jefe? Soluciono problemas directamente, como cuando era soldado y no envió mensajes a través de terceros no implicados, como si fuera un terrorista. La causa de la última pregunta es que me gusta ver pruebas independientes de culpabilidad: confirman que sin duda el objetivo es el jefe y no un inocente desinformado.»

John Rain asesina a gente para ganarse la vida. Su especialidad es que parezca que la muerte se ha producido por causas naturales, pero incluso él tiene unas reglas que no rompe jamás: el trabajo debe ser en exclusiva; sólo liquidará a los objetivos del contrato, no a sus familiares o allegados; nunca asesina a mujeres ni a niños. Cuando después de completar un trabajo, le encargan que mate a la hija del objetivo, Rain empieza a sospechar que alguien no está jugando limpio. En lugar de rechazar el encargo y seguir con su vida, empieza a investigar por qué esa chica es peligrosa y por qué razón le encomendaron el asesinato de su padre en primer lugar. Y lo que descubre —los vínculos del gobierno con la *yakuza*, la peligrosa organización mafiosa japonesa— no hace más que ponerlo en peligro, comprometer su anonimato y complicar su vida.

Lectulandia

Barry Eisler

Sicario

John Rain - 1

ePub r1.0

Titivillus 24.05.2019

Título original: *Rain Fall*

Barry Eisler, 2002

Traducción: Abel Debritto Cabezas & Mercé Diago Esteva

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Sicario

Dedicatoria

Cita

PRIMERA PARTE

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

SEGUNDA PARTE

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

TERCERA PARTE

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco
Veintiséis

Agradecimientos

Nota del autor

Sobre el autor

Esta novela es para las tres personas que no están aquí para leerla.

Para mi padre, Edgar, que me dio fuerza.

Para mi madre, Barbara, que me dio perspicacia.

Para mi hermano, Ian, que me ayudó a subir la montaña y cuyo recuerdo me hace seguir subiendo.

Con el cambio de los tiempos, eran como relámpagos otoñales,
algo impropio de la estación, una promesa vacía de lluvia
que caería sin que le prestaran atención sobre campos ya
desnudos.

Sobre los samurais de la era Meiji,
SHOSABURO ABE

PRIMERA PARTE

¿Quién es el tercero que camina siempre a tu lado?
Cuando cuento, sólo estamos tú y yo juntos
Pero cuando miro adelante por el camino blanco
Siempre hay otro caminando a tu lado
Deslizándose envuelto en un pardo manto, encapuchado
No sé si hombre o mujer
Pero ¿quién es quien va al otro lado tuyo?

La tierra baldía,
T. S. ELIOT

Uno

Harry atravesó la muchedumbre propia de la hora punta como la aleta de un tiburón que va cortando el agua. Yo le seguía a unos veinte metros desde el otro lado de la calle, sudando, como todos los demás, debido al calor impropio del mes de octubre que hacía en Tokio; y no me quedaba más remedio que admirar lo bien que el muchacho había aprendido lo que le había enseñado. Actuaba como un líquido que se desliza a través de un hueco justo antes de que se cierre, o se escoraba hacia la izquierda para evitar un embotellamiento inminente. Cambiaba de cadencia con tal discreción que nadie se habría percatado de que había cambiado el paso para reducir la distancia que le separaba de nuestro objetivo, que bajaba con excesiva rapidez por Dogenzaka hacia la estación de Shibuya.

El objetivo se llamaba Yasuhiro Kawamura. Era un burócrata de carrera vinculado al Partido Liberal Democrático, o PLD, la coalición política que ha gobernado Japón casi sin interrupción desde la guerra. En aquel momento ocupaba el cargo de viceministro del territorio e infraestructura en el Kokudokotsusho, sucesor del antiguo Ministerio de la Construcción y el Transporte, y no cabía duda de que había hecho algo que había ofendido gravemente a otra persona porque los clientes sólo me llaman en caso de ofensa grave.

Escuché la voz de Harry en el oído.

—Va a entrar en la frutería Higashimura. Le esperaré más adelante.

Ambos llevábamos un auricular controlado por microprocesador de fabricación danesa, lo suficientemente pequeño como para introducirlo en el canal auditivo y necesitar una linterna para encontrarlo. Éste actuaba en conjunción con un transmisor de voz del mismo tamaño que llevábamos bajo la solapa de la americana. Las transmisiones eran ráfagas en UHF, que resultaban muy difíciles de captar si no se sabía exactamente lo que se buscaba, y estaban, en todo caso, codificadas. El equipamiento nos evitaba tener que mantener contacto visual permanente y nos permitía seguir moviéndonos un rato si el objetivo se detenía o cambiaba de dirección. Así pues, aunque yo me encontraba demasiado atrás para verlo, sabía por dónde había salido Kawamura y podía seguir caminando antes de detenerme para

seguir guardando la misma distancia que manteníamos. La vigilancia en solitario resulta complicada y me alegraba de poder contar con Harry.

Entré en una farmacia a unos veinte metros de la Higashimura, una de las docenas de estructuras de fachada abierta que flanquean Dogenzaka y que satisfacen la obsesión japonesa por las panaceas para la salud y la lucha contra los gérmenes. Shibuya alberga muchas *buzoku*, o tribus, distintas, y varios miembros de algunas de ellas estaban representados allí esa mañana, unidos por la necesidad común de disponer de una de las famosas botellas de tónicos energéticos en los que se especializaba el establecimiento, tónicos supuestamente enriquecidos con ginseng y otros ingredientes exóticos cuyo efecto, no obstante, es más prosaico que la sacudida de la cafeína normal y corriente. Había varios *sarariman* —«hombres asalariados», los trabajadores de las corporaciones— vestidos con traje gris haciendo cola en la caja, con expresión adusta y maletines baratos colgando de sus manos cansadas, fortaleciéndose para otro día más en las fauces de la maquinaria corporativa. Detrás de ellos, dos adolescentes con expresión vacía, el pelo reducido a un estropajo debido a los tintes utilizados para volverlo naranja, las narices agujereadas con aros descomunales, y una vestimenta destinada a proclamar el rechazo del camino tradicional escogido por los *sarariman* que tienen delante, pero sin ofrecer explicación alguna del que ellos han elegido. Y un jubilado de pelo cano, con la piel flácida pero con el rostro curiosamente radiante, que con toda probabilidad ha venido a Shibuya para disfrutar de uno de los bien conocidos servicios sexuales de la zona, que pagará con una cuenta de pensionista que oculta a su esposa, sin ser consciente de que ella sabe qué trama y, sencillamente, le da igual.

Quería darle a Kawamura unos tres minutos para comprar la fruta antes de que yo saliera, por lo que me entretuve mirando una selección de vendajes en una zona que me permitía ver la calle. Por la forma en que había entrado en la tienda parecía un movimiento calculado para burlar la vigilancia y eso no me gustaba. Si no hubiéramos estado interconectados como estábamos, Harry tendría que haberse detenido de forma brusca para mantener su posición tras el objetivo. Tendría que haber hecho algo ridículo, como atarse los cordones de los zapatos o leer un cartel de la calle, y Kawamura, que con toda seguridad estaría escudriñando el exterior desde la entrada de la tienda, se habría fijado en él. En vez de eso, Harry continuaría más allá de la frutería; se detendría unos veinte metros más adelante, me informaría de su situación y se quedaría atrás cuando le dijera que se reanudaba el desfile.

La frutería era un buen lugar para desviarse, demasiado bueno para alguien que sabía el camino como para elegirla por azar. Pero Harry y yo no íbamos a dejarnos engañar por tretas de aficionados salidas del manual antiterrorista de algún gobierno. He recibido ese tipo de instrucción, y sé lo útil que es.

Salí de la farmacia y seguí bajando por Dogenzaka más despacio que antes, porque tenía que darle tiempo a Kawamura para salir de la tienda. Me asaltaron varias preguntas de forma fugaz. ¿Hay suficiente gente entre nosotros para impedirle la visión si se gira cuando salga? ¿Por cuáles tiendas voy a pasar si necesito esconderme de repente? ¿Hay alguien mirando hacia la gente que se dirige a la estación, ayudando tal vez a Kawamura a impedir la vigilancia? Si había llamado la atención de alguien dedicado a la contravigilancia, ya se habría fijado en mí, porque antes iba a toda prisa para seguir el paso del objetivo y ahora me tomaba mi tiempo; la gente que va camino del trabajo no cambia el paso de ese modo. No obstante, Harry había sido el punto en movimiento, el que ocupaba una posición más llamativa, y yo no había hecho nada que llamara la atención antes de detenerme en la farmacia.

Volví a oír a Harry.

—Estoy en el uno-cero-nueve. —Se refería a que había llegado al famoso centro comercial 109, conocido por su colección de 109 restaurantes y tiendas con estilo.

—Malo —le dije—. La primera planta es la de lencería. ¿Vas a mezclarte con cincuenta jovencitas con uniforme azul marino que compran sujetadores con relleno?

—Pensaba esperar fuera —repuso, y me imaginé que se había sonrojado.

La parte delantera del 109 es un punto de reunión habitual y suele estar lleno de una colección políglota de peatones.

—Lo siento, pensaba que ibas a por lencería —dije conteniendo las ganas de reír—. Quédate ahí y espera mi señal cuando lleguemos a tu altura.

—De acuerdo.

La frutería estaba apenas diez metros más adelante y seguía sin haber rastro de Kawamura. Tendría que aminorar la marcha. Estaba al otro lado de la calle, probablemente fuera del alcance de la vista de Kawamura, por lo que podía arriesgarme a pararme, quizá para jugar con el teléfono móvil. Si miraba, de todos modos, me resultaría fácil mezclarme entre el gentío, gracias a los rasgos japoneses de mi padre. Harry, apodo de Haruyoshi, hijo de padres japoneses, nunca tiene que preocuparse por si llama la atención.

Cuando regresé a Tokio a comienzos de los años ochenta, mi pelo castaño, heredado de mi madre, actuaba como un chaleco reflectante para un cazador, y tuve que teñírmelo de negro para conseguir el anonimato que ahora me protege. Pero en los últimos años el país se ha vuelto loco por el *chappatsu*, o pelo teñido del color del té, y no tengo que preocuparme tanto por el tinte. Me gusta decirle a Harry que va a tener que ir de *chappatsu* si quiere encajar, pero Harry es demasiado *otaku*, un bicho raro, como para pararse a pensar en el aspecto personal. De todos modos, supongo que tampoco puede hacer gran cosa en ese sentido: le caracterizan una sonrisa torpe que siempre parece anteceder a un golpe, la tendencia a parpadear rápido cuando está emocionado y un rostro que nunca ha perdido la grasa infantil, redondez que acentúa la mata de pelo negro y grueso que, en los días malos, parece flotar por encima. Pero esas mismas cualidades que no le convertirán en rostro de portada de las revistas le confieren una discreción que contribuye a que vigile con eficacia.

Había llegado al punto de estar convencido de que tendría que pararme cuando Kawamura saliera de la frutería y se reintrodujera en la riada humana. Me entretuve lo más posible para aumentar la distancia que nos separaba, observando su cabeceo mientras seguía calle abajo. Para ser japonés era alto, y eso ayudaba, pero llevaba un traje oscuro al igual que el noventa por ciento del gentío, incluidos Harry y yo, por lo que no podía quedarme muy atrás.

Justo cuando había alcanzado la distancia correcta, se detuvo y se volvió para encender un pitillo. Yo seguí avanzando lentamente por detrás de él y a la derecha del grupo que nos separaba, sabiendo que no sería capaz de distinguirme si avanzaba con la gente. Continué con la vista fija en las espaldas de los trajes que tenía delante, como un aburrido trabajador más por las mañanas. Al cabo de un momento se giró y empezó a avanzar otra vez.

Me permití esbozar una sonrisa de satisfacción. Los japoneses no se detienen para encender un pitillo, si se pararan perderían semanas en el cómputo total de su vida adulta. Tampoco tenía ningún motivo, como un viento fuerte de cara que le impidiera encender una cerilla, para volverse y mirar hacia el gentío que tenía detrás. Los intentos obvios de Kawamura por ejercer la contravigilancia no hacían más que confirmar su culpabilidad.

Culpable de algo que no sé y sobre lo que, de hecho, nunca pregunto. Sólo insisto en algunas cuestiones. ¿El objetivo es un hombre? No trabajo contra mujeres ni niños. ¿Han contratado a alguien más para solucionar este problema? No quiero que mi operación se vea entorpecida por la idea que alguien tenga de un equipo B y, si se me contrata, quiero tener la exclusiva.

¿El objetivo es el jefe? Soluciono problemas directamente, como cuando era soldado, y no envió mensajes a través de terceros no implicados como haría un terrorista. El interés por la última pregunta es que me gusta ver pruebas independientes de culpabilidad: confirman que sin duda el objetivo es el jefe y no un inocente desinformado.

En dieciocho años me han faltado esas pruebas en dos ocasiones. Una vez me enviaron a atacar al hermano de un director de periódico que publicaba artículos sobre la corrupción en el distrito electoral de cierto político. La otra vez fue contra el padre de un banquero reformista que mostró un celo excesivo en la investigación de la envergadura y naturaleza de las deudas incobrables de su institución. Me habría gustado actuar directamente contra el director y el reformista, en caso de que me hubieran contratado para ello pero, al parecer, los clientes en cuestión tenían motivos para tomar un camino más largo que implicaba engañarme a mí. Ya han dejado de ser clientes míos, por supuesto. Definitivamente.

No soy un sicario, aunque sí lo fui en el pasado. Y aunque en cierto sentido llevo una vida de servicio, ya no soy *samurai*. La esencia del *samurai* no es sólo el servicio, sino la lealtad a su señor, a una causa más importante que sí mismo. En otra época me consumía la lealtad; fue el período en el que, embargado por la ética *samurai* que había asimilado de las novelas escapistas y cómics de mi adolescencia en Japón, estaba dispuesto a morir al servicio de mi señor feudal adoptado, Estados Unidos. Pero los amores tan poco críticos y no correspondidos como ése no pueden durar y suelen tener un final dramático, como le ocurrió al mío. Ahora soy realista.

Llegué al edificio 109.

—Pasando —informé, sin necesidad de hablar hacia la solapa o alguna estupidez similar; los transmisores son lo suficientemente sensibles como para no tener que realizar ningún movimiento sutil que dispare la alerta de un equipo de contravigilancia experto. No es que pensara que lo hubiera, pero siempre hay que imaginarse lo peor. Harry sabría que pasaba por su posición y retomaría la suya en un momento.

De hecho, la popularidad de los teléfonos móviles con auricular facilita este tipo de trabajo. Si antes alguien iba caminando solo y hablando entre dientes, o era un loco o un agente de seguridad o espionaje. En la actualidad, este tipo de comportamiento es de lo más habitual entre la generación del *keitai* de Japón, la del móvil.

El semáforo del fondo de Dogenzaka estaba rojo y la muchedumbre se solidificaba a medida que nos acercábamos a la intersección de cinco calles

situada frente a la estación de tren. Letreros de neón estridentes y monitores de vídeo enormes destellaban con frenesí en los edificios que nos rodeaban. Un camión diésel hizo chirriar las marchas mientras avanzaba con dificultad por la intersección, de forma tan farragosa como una barcaza en un río enlodado. Por el megáfono retumbaban canciones patrióticas de derechas que se oían distorsionadas y, durante unos instantes, ahogaron los timbres de las bicicletas de los trabajadores que advertían a los peatones para que se apartaran. Un vendedor ambulante orientó la carretilla por entre el gentío; su sudor resbalaba por las mejillas y el olor del pescado al vapor y del arroz seguía su estela zigzagueante. Un indigente sin edad, probablemente un ex *sarariman* que había perdido el trabajo y las amarras cuando estalló la burbuja a finales de los años ochenta, dormía apoyado en la base de una farola, ajeno a la tormenta que lo rodeaba por el alcohol o la desesperación.

La intersección de Dogenzaka está así de día y de noche y, en la hora punta, cuando el semáforo se pone verde, más de trescientas personas bajan de la acera a la vez, mientras otras veinticinco mil esperan en la aglomeración. A partir de ahí, sería hombro con hombro, espalda contra pecho. Me mantendría cerca de Kawamura, a no más de cinco metros, lo cual situaría a unas doscientas personas entre nosotros. Sabía que tenía un abono y no tendría que comprar billete. Harry y yo habíamos comprado los billetes por adelantado, por lo que podríamos seguirle directamente por las portezuelas. No es que el vigilante fuera a darse cuenta. En horas punta, están prácticamente anestesiados por las multitudes; da igual lo que les enseñes, seguro que con el pase del equipo de béisbol te dejan pasar.

El semáforo cambió y las multitudes avanzaron desde ambos lados como en la escena de una batalla de alguna superproducción medieval. Estoy convencido de que los habitantes de Tokio están equipados con un radar invisible para evitar choques masivos en medio de la calle. Observé a Kawamura mientras cortaba en diagonal hacia la estación, y maniobré detrás de él. Había cinco personas entre nosotros cuando pasamos rápidamente junto a la cabina del vigilante. Entonces tenía que mantenerme cerca de él. Cuando llegara el tren sería el caos: se apeñarían cinco mil personas y habría cinco mil más apiñadas en espera de subirse, todas luchando para hacerse un hueco. Los extranjeros que consideran que la japonesa es una sociedad educada no se han subido nunca en el Yamanote en hora punta.

La riada humana subió las escaleras en dirección al andén, y los sonidos y olores de la estación parecieron provocar una sensación adicional de apremio en el gentío. Estábamos nadando contracorriente con respecto a la gente que

acababa de bajar del tren y cuando llegamos al andén las puertas ya se cerraban dejando fuera bolsos y codos que sobresalían. Para cuando pasamos el quiosco situado a mitad del andén, el último vagón ya había pasado y en un momento desapareció. El siguiente tren llegaría en un par de minutos.

Kawamura iba arrastrando los pies por la zona media del andén. Me quedé detrás de él pero me aparté de las vías, para evitar su estela. Estaba mirando arriba y abajo del andén, pero aunque se hubiera fijado en Harry o en mí antes, el hecho de vernos esperar el tren no le pondría nervioso. La mitad de las personas que esperaban acababan de bajar por Dogenzaka.

Oí el estruendo del siguiente tren mientras Harry pasaba de largo por mi lado como un avión de combate acercándose a la torre de control de un portaaviones, el ligero asentimiento de cabeza me indicó que el resto era cosa mía. Le había dicho que sólo necesitaba su ayuda hasta que Kawamura se subiera al tren, que es adonde había ido siempre durante nuestras labores de vigilancia previas. Harry había hecho un buen trabajo, como era habitual, ayudándome a acercarme al objetivo y, de acuerdo con el guión, en ese momento abandonaba la escena. Me pondría en contacto con él más tarde, cuando hubiera terminado la parte del trabajo que hacía yo solo.

Harry piensa que soy detective privado y que lo único que hago es seguir a la gente para recopilar información. A fin de evitar que sospeche —debido al índice de mortalidad demasiado elevado que hay entre los tipos que seguimos—, a menudo le hago seguir a personas que no me interesan lo más mínimo, las cuales me proporcionan una especie de tapadera al seguir con su vida feliz y ajena a lo que sucede. Además, siempre que sea posible, evito compartir el nombre del objetivo con Harry para minimizar las posibilidades de que se encuentre con demasiados obituarios coincidentes. De todos modos, algunos de nuestros objetivos tienen la costumbre de morir al final de la vigilancia y sé que Harry tiene un talante curioso. Hasta el momento no ha preguntado, lo cual ya está bien. Harry me gusta como valor activo y no querría que se convirtiera en un problema.

Me acerqué a Kawamura por detrás, como otro trabajador más que intentara encontrar una buena posición para subir al tren. Era la parte más delicada de la operación. Si la pifiaba, sospecharía y sería difícil acercarse lo suficiente para intentarlo de nuevo.

Introduje la mano derecha en el bolsillo de mis pantalones y toqué un imán controlado mediante un microprocesador, de tamaño y peso similar a una moneda de veinticinco centavos. Una cara del imán estaba recubierta de una tela de estambre azul, como la del traje que vestía Kawamura. En caso

necesario, podría haber arrancado el azul para dejar el gris al descubierto, el otro color que Kawamura solía vestir. En la otra cara del imán había un recubrimiento adhesivo.

Extraje el imán del bolsillo y lo protegí de las miradas ahuecando la mano. Tendría que esperar el momento adecuado, cuando Kawamura estuviera distraído. Bastaría con un poco de distracción; quizá mientras subíamos al tren. Pelé el papel encerado que cubría el adhesivo y me lo introduje en el bolsillo izquierdo del pantalón hecho una bola.

El tren apareció desde el fondo del andén y se nos acercó a toda velocidad. Kawamura extrajo un teléfono móvil del bolsillo del pecho. Empezó a marcar un número.

«Bueno, hazlo ahora», pensé. Le rocé y pegué el imán en la americana del traje, justo debajo del omóplato izquierdo. Luego me aparté unos pasos en el andén.

Kawamura sólo habló por teléfono unos segundos, demasiado bajito para que le oyera por encima de los frenos chirriantes del tren, que se detuvo delante de nosotros, y luego se guardó el teléfono en el mismo bolsillo. Me pregunté a quién habría llamado. No importaba. Dos estaciones más adelante, tres como mucho, y se habría acabado.

El tren se detuvo y abrió las puertas para dejar salir un vertido humano a borbotones. Cuando el torrente se convirtió en goteo, las filas que aguardaban a ambos lados de las puertas se abalanzaron hacia el interior, como si alguien hubiera pulsado la tecla de inversión en una aspiradora gigantesca. La gente seguía apiñándose a pesar de las advertencias que decían «Las puertas se están cerrando» y la masa de trabajadores se fue hinchando hasta que nos quedamos bien clavados en el sitio, sin necesidad de agarrarnos a los asideros superiores porque era imposible caerse. Se cerraron las puertas, el vagón dio una sacudida hacia delante y nos pusimos en marcha.

Exhalé lentamente y giré la cabeza de lado a lado, escuchando cómo me crujían los huesos, notando cómo iban desapareciendo los últimos resquicios de nerviosismo a medida que se acercaba el final. Siempre he tenido estas sensaciones. Cuando era adolescente, viví durante una época cerca de una población atravesada por una serie de desfiladeros por los cuales se podía saltar hacia unas zonas de baño profundas. Veía a los chicos mayores haciéndolo constantemente, no parecía tan difícil. Sin embargo, la primera vez que subí a la cima y miré hacia abajo, me pareció increíble ver lo alto que era y me quedé inmóvil. Pero los demás muchachos estaban mirando. Y justo entonces supe que independientemente de lo asustado que estuviera,

independientemente de lo que pudiera pasar, saltaría, y entonces una parte instintiva de mi ser desconectó mi conciencia de todo lo que no fuera la acción sencilla y muscular de correr hacia delante. No tenía ninguna otra percepción, ninguna conciencia de un futuro más allá de dar esos pasos rápidos y enérgicos. Recuerdo haber pensado que ni siquiera importaba si moría en el intento.

Kawamura estaba frente a la puerta en un extremo del vagón, a un metro de mí, con la mano derecha agarrada a un asidero. Tenía que mantenerme cerca de él.

La instrucción que había recibido era que aquello tenía que parecer natural: ésa mi especialidad, y el motivo por el que siempre había demanda de mis servicios. Harry había conseguido el historial médico de Kawamura en el Hospital Universitario de Jikei, y gracias a eso descubrimos que estaba aquejado de una enfermedad llamada bloqueo cardíaco completo y debía su vida a un marcapasos que le habían implantado hacía cinco años.

Me di la vuelta de forma que estuviera de espaldas a la puerta, una ligera violación del protocolo mínimo para viajar en tren en Tokio, pero no quería que alguien que hablara inglés viera el tipo de instrucciones que aparecerían en la pantalla del ordenador PDA que llevaba. Me había descargado un programa de interrogación cardíaca, igual que el que utiliza un médico para ajustar el marcapasos de un paciente. Y lo había amañado de forma que el PDA enviara órdenes por infrarrojos al imán de control. La única diferencia entre el sistema de un cardiólogo y el mío radicaba en que el mío era inalámbrico y miniaturizado. Eso y que yo no había hecho el juramento hipocrático.

El PDA ya estaba encendido en modo *sleep*, por lo que se activó al instante. Bajé la mirada hacia la pantalla, que decía «parámetros del marcapasos». Pulsé la tecla Intro y la pantalla cambió para ofrecerme dos opciones «comprobación del umbral» y «comprobación del sensor». Seleccioné la primera y obtuve una gama de parámetros: ritmo, ancho de pulsaciones, amplitud. Escogí ritmo y rápidamente fijé el marcapasos al límite de ritmo cardíaco inferior de cuarenta latidos por minuto, luego volví a la pantalla anterior y seleccioné ancho de pulsaciones. La pantalla indicó que el marcapasos estaba programado para enviar corriente con una duración de 0,48 milisegundos. Reduje el ancho de pulsaciones al máximo y luego cambié la amplitud. La unidad estaba preprogramada a 8,5 voltios y empecé a reducirla medio voltio cada vez. Cuando hube reducido dos voltios enteros, la pantalla lanzó un destello: «Ha reducido la amplitud de la unidad en dos voltios. ¿Está

seguro de que desea seguir reduciendo la amplitud de la unidad?». Pulsé «Sí» y continué, repitiendo la secuencia cada vez que reducía dos voltios.

Cuando el tren entró en la estación de Yoyogi, Kawamura se dirigió a la puerta. ¿Se bajaría ahí? Aquello suponía un problema: los infrarrojos de la unidad tenían un alcance limitado y sería todo un reto manejarla y seguirle de cerca a la vez. «Maldita sea, sólo unos segundos más», pensé, preparándome para seguirle al exterior. Pero lo único que hacía era permitir que la gente que tenía detrás pudiera salir del vagón, por lo que se detuvo al otro lado de las puertas. Cuando los pasajeros que se bajaban en Yoyogi estuvieron fuera, volvió a entrar, seguido de cerca por varias personas que habían esperado en el andén. Las puertas se cerraron y volvimos a ponernos en marcha.

Al llegar a los dos voltios la pantalla me advirtió que estaba acercándome a valores de rendimiento mínimos y que resultaba peligroso reducirlos más. Hice caso omiso de la advertencia y reduje la unidad medio voltio más al tiempo que lanzaba una mirada a Kawamura. No había cambiado de postura.

Cuando alcancé un solo voltio e intenté seguir adelante, la pantalla me lanzó otro mensaje: «Su orden fijará la unidad en los valores de rendimiento mínimos. ¿Está seguro de que desea dar esta orden?». Pulsé «Sí». De todos modos, apareció otro mensaje: «Ha programado la unidad para los valores de rendimiento mínimos. Confirme, por favor». Volví a pulsar «Sí». Se produjo una pausa de un segundo y entonces aparecieron en pantalla unas letras parpadeantes en negrita: Valores de rendimiento inaceptables. Valores de rendimiento inaceptables.

Cerré la tapa pero dejé el PDA encendido. Se reiniciaría de modo automático. Siempre existía la posibilidad de que la secuencia no funcionara la primera vez y quería poder volver a intentarlo en caso necesario.

No hizo falta. Cuando el tren entró en la estación de Shinjuku y se detuvo con una sacudida, Kawamura tropezó con la mujer que tenía al lado. Las puertas se abrieron y los otros pasajeros salieron en tropel pero Kawamura se quedó, agarrado a una de las barras verticales cercanas a la puerta con la mano derecha y aguantando el paquete de fruta con la izquierda mientras los viajeros pasaban por su lado. Le observé mientras giraba en el sentido contrario a las agujas del reloj hasta golpearse la espalda contra la pared de al lado de la puerta. Tenía la boca abierta, parecía ligeramente sorprendido. Acto seguido, lentamente, casi con cuidado, fue deslizándose hacia el suelo. Vi que uno de los pasajeros que se había subido en Yoyogi se agachaba para asistirle. El hombre, un occidental de unos cuarenta y cinco años, alto y delgado como para hacerme pensar en una jabalina, con unas gafas de montura ligera que le

otorgaban cierto aire aristocrático, sacudió a Kawamura por los hombros, pero éste ya no notaba los esfuerzos del desconocido por socorrerle.

—*Daijoubu desu ka?* —pregunté mientras movía la mano izquierda para sujetar a Kawamura por la espalda y recoger el imán. ¿Está bien? Hablé en japonés porque era probable que el occidental no lo entendiera y nuestra interacción se limitara al mínimo.

—*Wakaranai* —musitó el desconocido. No lo sé. Le dio una palmadita en las mejillas, cada vez más azuladas, y lo sacudió, un poco bruscamente, me pareció. O sea que sí hablaba japonés. No importaba. Pellizqué el imán y lo despegué. Kawamura estaba muerto.

Pasé junto a ellos para salir al andén y los pasajeros enseguida empezaron a abarrotar el vagón detrás de mí. Cuando miré por la ventanilla más cercana a la puerta, me sorprendió ver al desconocido registrándole los bolsillos a Kawamura. Lo primero que pensé fue que le estaba robando. Me acerqué más a la ventana para verlo mejor pero la creciente aglomeración de pasajeros me impedía ver.

Sentí el impulso de volver a entrar pero habría sido una estupidez. De todos modos, era demasiado tarde. Las puertas ya se estaban cerrando. Vi que se cerraban y que enganchaban algo, un bolso o un pie tal vez. Se abrieron ligeramente y volvieron a cerrarse. Era una manzana, que cayó a las vías mientras el tren se marchaba.

Dos

Desde Shinjuku tomé la línea de metro de Maranouchi hasta Ogikubo, en el extremo occidental de la ciudad, fuera del área metropolitana de Tokio. Quería realizar una última PDV —prueba de detección de vigilancia— antes de ponerme en contacto con mi cliente para informarle de los resultados de la operación Kawamura, y el hecho de dirigirme hacia el oeste me hizo ir en contra del tráfico de la hora punta, lo cual facilitaba la tarea de seguirme el rastro.

Una PDV es precisamente lo que parece: una ruta creada para obligar a cualquiera que te siga a ponerse en evidencia. Por supuesto Harry y yo habíamos tomado todas las precauciones posibles camino de Shibuya y Kawamura esa mañana, pero nunca doy por supuesto que, por haber estado limpio entonces, lo voy a seguir estando. En Shinjuku, la muchedumbre es tan densa que podría haber diez personas siguiendo a alguien y sería muy difícil identificar a una de ellas. Por el contrario, seguir a alguien discretamente por el andén largo y desierto de una estación con múltiples entradas y salidas es prácticamente imposible, y el viaje a Ogikubo me ofrecía el tipo de tranquilidad que necesitaba.

Antes era habitual que un agente de inteligencia que quisiera comunicarse con un contacto valioso tan sensible que fuera imposible concertar una cita, utilizara un punto de recogida secreto. El contacto dejaba la microficha en el hueco de un árbol, o la escondía en un libro raro de una biblioteca pública y, más tarde, el espía iba a recogerlo. Las dos personas nunca podían estar juntas en el mismo lugar y en el mismo momento.

Con internet es más fácil y más seguro. El cliente envía un mensaje cifrado a un BBS o tablón de anuncios, el equivalente electrónico del hueco de un árbol. Lo descargo desde un teléfono público anónimo y lo descifro cuando quiero. Y viceversa.

El contenido del mensaje es muy sencillo. Un nombre, una foto, información de contacto privada y laboral. Un número de cuenta bancaria, instrucciones para la transferencia. Un recordatorio de mis tres negativas: ni mujeres ni niños, nada de actuar contra los que no sean partícipes directos, nadie más contratado para solucionar el problema en cuestión. El teléfono

sólo se utiliza para el inofensivo después, que era el motivo de mi viaje a Ogikubo.

Utilicé uno de los teléfonos públicos del andén de la estación para llamar a mi contacto del Partido Liberal Democrático, un esbirro del PLD que conozco por el nombre de Benny, tal vez la abreviatura de Benihana o algo así. Benny habla bastante bien inglés, de lo que infiero que ha pasado algún tiempo en el extranjero. Prefiere hablar inglés conmigo, creo que porque suena más duro en ciertos contextos y Benny se considera un tipo duro. Probablemente aprendiera el idioma con un programa demasiado formal a base de películas de gánsteres de Hollywood.

Nunca nos habíamos visto, claro está, pero hablar con Benny por teléfono había sido suficiente para que me cayera mal. Tenía una imagen vivida de él, que era la de otro lameculos del Gobierno, un tipo que intentaría solucionar un problema de sobrepeso haciendo unas cuantas carreras de diez minutos tres veces al día en una cinta rodante de un gimnasio caro con espejos y metales cromados, donde el aire acondicionado y los sonidos relajantes del televisor evitarían toda incomodidad innecesaria. Derrocharía en artículos como gel para el pelo de diseño, porque total sólo cuestan unos cuantos pavos, y ahorraría dinero vistiendo camisas que no necesitan planchado y corbatas que proclaman «Auténtica seda italiana», elegidas con cuidado del cajón de saldos de unos grandes almacenes en un viaje al extranjero, felicitándose por el precio de ganga que había pagado por unos artículos de tanta calidad. Seguro que lucía unos cuantos lujos occidentales, como una pluma Montblanc, talismanes para asegurarse de que era más cosmopolita que quienes le daban órdenes. Sí, conocía a este tipo. Era un mandado, un intermediario, un espectador que no se había ensuciado las manos en su vida, que no sabía diferenciar una sonrisa verdadera del rictus divertido de las chicas de alterne que le desplumaban con *whiskies* Suntory rebajados con agua mientras él las aburría con insinuaciones sobre las Grandes Cosas en las que estaba implicado pero de las que, por supuesto, no podía hablar realmente.

Tras el intercambio habitual de códigos inofensivos y preestablecidos para determinar nuestra buena fe, le dije:

—Ya está.

—Me alegro de saberlo —dijo con su falso tono seco de tipo duro—. ¿Algún problema?

—Nada digno de mención —respondí tras una pausa, mientras pensaba en el tipo del tren.

—¿Nada? ¿Está seguro?

Sabía que no conseguiría nada de ese modo. Mejor no decir nada y es lo que hice.

—De acuerdo —dijo, rompiendo el silencio—. Ya sabe cómo localizarme si necesita algo. Cualquier cosa, ¿entendido?

Benny intenta manejarme como si fuera un contacto de inteligencia. En una ocasión incluso sugirió un encuentro cara a cara. Le dije que si nos veíamos cara a cara sería para matarle, por lo que tal vez fuera mejor dejarlo. Se echó a reír pero nunca mantuvimos tal reunión.

—Sólo necesito una cosa —dije para recordarle el tema del dinero.

—Para mañana, como siempre.

—Está bien. —Colgué e inmediatamente limpié el auricular y las teclas por si existía la remota posibilidad de que hubieran rastreado la llamada y enviaran a alguien en busca de huellas. Si tenían acceso a expedientes militares de la época del Vietnam, y suponía que sí, encontrarían una coincidencia para John Rain, y no quería que supieran que el mismo tipo que habían conocido hacía más de veinte años cuando llegué a Japón por primera vez era su misterioso trabajador por cuenta propia.

En aquella época trabajaba para la CIA, un legado de mis contactos en Vietnam, para asegurarme de que los «fondos de apoyo» de la agencia llegaban a los destinatarios adecuados en el partido que gobernaba, que incluso por aquel entonces era el PLD. La agencia ponía en práctica un programa secreto para apoyar a elementos políticos conservadores, como parte de la política anticomunista del Gobierno de EE.UU. y como extensión natural de las relaciones entabladas durante la ocupación de posguerra. Además, el PLD estaba más que contento de interpretar ese papel a cambio del dinero.

En realidad yo no era más que un intermediario, pero me relacionaba con uno de los beneficiarios de la generosidad del Tío Sam, un tipo llamado Miyamoto. Uno de sus socios, ofendido por lo que consideraba una parte demasiado pequeña del botín, amenazó con destapar el asunto si no recibía más. Miyamoto estaba exasperado; el socio había empleado esa táctica con anterioridad y había obtenido un aumento gracias a ello. Aquello era avaricia. Me preguntó si podía hacer algo con aquel tipo a cambio de 50 000 dólares, «sin preguntas».

La oferta me interesaba, pero quería asegurarme de que estaba protegido. Le dije a Miyamoto que no podía hacerlo personalmente, pero que le pondría en contacto con alguien que quizá le ayudara.

Ese alguien se convirtió en mi *alter ego* y, con el tiempo, tomé medidas para borrar las huellas del verdadero John Rain. Entre otras cosas, ya no utilizo mi nombre real ni nada relacionado con el mismo, y me he operado para otorgar a mis pliegues epicánticos más bien atrofiados un aspecto más japonés. También llevo el pelo más largo, a diferencia del corte a cepillo que lucía entonces. Además, las gafas de montura metálica, un requisito propio de la edad y sus consecuencias, me confiere un aspecto intelectual que es totalmente distinto al intenso porte soldadesco de mi pasado. En la actualidad me parezco más a un académico japonés que al guerrero mestizo que fui. Hace más de veinte años que no veo a ninguno de los contactos de mi época de intermediario y evito la agencia a toda costa. Después de la que me hicieron a mí y al Loco Genial en Bu Dop, me llevé una gran alegría al eliminarlos de mi vida.

Miyamoto me había puesto en contacto con Benny, que trabajaba con gente del PLD que tenía problemas como los de Miyamoto, problemas que yo podía resolver. Trabajé para los dos durante una época, pero Miyamoto se jubiló hace unos diez años y murió plácidamente en la cama poco después. Desde entonces Benny es mi mejor cliente. Hago tres o cuatro trabajitos al año para él y quienquiera que esté detrás de él en el PLD, y les cobro el equivalente en yenes a cien mil dólares el trabajo. Sé que parece mucho pero tengo gastos indirectos: equipamiento, múltiples residencias y una empresa de consultoría verdadera pero que siempre pierde dinero que me proporciona los registros fiscales y otras formas de legitimidad.

Benny. Me pregunté si sabría algo sobre lo ocurrido en el tren. La imagen del desconocido registrando los bolsillos de Kawamura cuando se desplomó resultaba tan inquietante como una pequeña semilla que se me hubiera quedado entre los dientes, y la recordaba una y otra vez esperando encontrarle algún sentido. ¿Una coincidencia? Quizá el hombre estuviera buscando algún tipo de identificación. No era la reacción más productiva para alguien que se vuelve azul por falta de oxígeno, pero la gente no preparada no siempre reacciona de forma racional en situaciones de estrés, y la primera vez que ves a alguien morirse delante de ti resulta estresante. O quizá fuera el contacto de Kawamura, que iba en el tren para efectuar algún tipo de intercambio. Tal vez ese fuera su acuerdo, un intercambio en marcha en un tren abarrotado. Kawamura llama al contacto desde Shibuya justo antes de subir al tren: «Estoy en el antepenúltimo vagón, ahora sale de la estación» y el contacto sabe dónde subir cuando el tren entra en la estación de Yoyogi. Podría ser, claro.

De hecho, en mi trabajo a menudo se producen pequeñas coincidencias. Empiezan de forma automática cuando uno se convierte en estudioso del comportamiento humano, cuando comienzas a seguir a una persona normal a lo largo de un día normal, escuchando sus conversaciones, aprendiendo sus costumbres. Las formas fluidas que se dan por supuestas desde cierta distancia pueden parecer inconexas y extrañas cuando se someten a un análisis minucioso, igual que las fibras de un tejido observadas bajo el microscopio.

Algunos de los blancos que acepto están implicados en negocios clandestinos y el factor de la coincidencia es especialmente elevado. He seguido a individuos que resulta que también estaban bajo vigilancia policial: uno de los motivos por el que mis prácticas de contravigilancia tienen que ser absolutamente sutiles. Las amantes son un elemento habitual y a veces incluso hay segundas familias. Un individuo al que tenía que eliminar me dio un susto de muerte cuando se lanzó a las vías del tren mientras le seguía por el andén del metro, con lo cual me ahorró el problema. El cliente estuvo encantado y desconcertado por el hecho de que hubiera sido capaz de hacer que pareciera un suicidio en el andén abarrotado de la estación.

Sin embargo, daba la impresión de que Benny sabía algo y esa sensación hacía que me resultara difícil pasar por alto esa pequeña coincidencia. Si encontraba la manera de confirmar que había quebrantado una de mis tres reglas asignando un equipo B a Kawamura, lo encontraría y le haría pagar por ello. Pero no existía una forma obvia de obtener tal confirmación. Tendría que aparcar el tema y colocarle la etiqueta mental de «pendiente» para así sentirme mejor.

El dinero apareció al día siguiente, tal como Benny había prometido, y los nueve días siguientes fueron apacibles.

El décimo día recibí una llamada de Harry. Me dijo que era mi amigo Koichiro, que estaría en la Galerie Coupe Chou de Shinjuku el martes a las ocho con unos amigos, y que debía ir si podía. Le dije que me parecía fantástico y que lo intentaría. Sabía que tenía que descontar cinco establecimientos en la sección de restaurantes de las páginas amarillas de Tokio City Source, lo cual suponía que nuestro punto de encuentro era Las Chicas, y restar cinco días de la fecha y cinco horas de la hora.

Las Chicas me gusta para las citas porque casi todo el mundo llega desde Aoyama-dori, lo cual significa que la gente que viene desde el otro sentido es la que observa, y tiene que hacerse ver al pasar por un pequeño patio antes de llegar a la entrada. El lugar está rodeado de callejones serpenteantes que se

bifurcan en docenas de direcciones distintas, por lo que no ofrecen puntos de congestión en los que uno podría tender una trampa y esperar. Conozco bien esos callejones ya que, por mi trabajo, me he tomado la molestia de conocer el trazado de toda zona en la que paso mucho tiempo. Estaba seguro de que cualquier indeseable tendría problemas para acercarse a mí en ese lugar.

Además, la comida y el ambiente están bien. Tanto la carta como los clientes representan una fusión entre Oriente y Occidente: arroz *jeera* indio y chocolate belga, una belleza de cabellos azabache y pómulos marcados de origen mongol al lado de una rubia recién salida de los fiordos, un local políglota en idiomas y acentos. En cierto sentido Las Chicas consigue estar siempre de moda y a gusto consigo mismo, de forma simultánea.

Llegué al restaurante dos horas antes y esperé dando sorbos a uno de los *chai* con leche que ha dado al restaurante fama merecida. No es recomendable ser el último en llegar a una cita. Es descortés. Además, reduce las posibilidades de poder ser el primero en marcharse.

Un poco antes de las tres vi a Harry subiendo por la calle. No me vio hasta que estuvo dentro.

—Siempre sentado de espaldas a la pared —dijo, acercándose.

—Me gustan las vistas —respondí de manera inexpresiva. La mayoría de las personas no presta atención a estas cosas, pero le había enseñado que era algo en lo que había que fijarse al entrar en un lugar. Las personas que están de espaldas a la puerta son los civiles; quienes ocupan asientos estratégicos podrían ser personas que saben lo que se cuece por ahí o con preparación, gente que quizá merezca un poco más de atención.

Había conocido a Harry hacía unos cinco años en Roppongi, cuando se encontró en un aprieto en un bar con unos cuantos marines americanos borrachos que no estaban de servicio y yo estaba matando el tiempo antes de acudir a una cita. A veces Harry parece un bicho raro: en ciertos momentos lleva una ropa tan poco adecuada que uno se pregunta si la ha robado de una cuerda de tender cualquiera, y tiene la costumbre de observar con naturalidad todo aquello que le interesa. Esa mirada fue la que llamó la atención de los borrachos, uno de los cuales le amenazó vociferando con meterle las gafas por su culo japonés si no se ponía a mirar a otra parte. Harry había cumplido la orden de inmediato, pero esa muestra de debilidad no hizo más que animar a los marines. Cuando siguieron a Harry al exterior y caí en la cuenta de que él ni siquiera se había percatado de lo que pasaría, también me marché. Tengo un problema con los matones, un legado de la infancia.

Así que los borrachos se metieron conmigo en vez de con Harry y la cosa no les salió como habían planeado. Harry se mostró agradecido.

Resultó ser que tenía ciertas habilidades útiles. Había nacido en EE. UU., de padres japoneses, y tuvo una educación bilingüe, puesto que pasaba los veranos con sus abuelos en las afueras de Tokio. Fue a la universidad en EE.UU. y se licenció en matemáticas aplicadas y criptografía. Cuando estaba haciendo un curso de posgrado se metió en líos por piratear los archivos de la universidad, que uno de sus profesores de criptografía se jactaba de haber puesto a prueba de piratas informáticos. También tuvo una experiencia desagradable con el FBI, que consiguió rastrear investigaciones realizadas por Harry en la Administración de Ahorro y Préstamos de la nación y otras instituciones financieras. Algunos de los hombres honorables de lo más profundo de la Agencia de Seguridad Nacional de EE. UU. se enteraron de estos escándalos y decidieron que Harry trabajara en Fort Meade a cambio de purgar su creciente historial de delitos informáticos.

Harry pasó varios años en la ASN, haciendo que su nuevo patrón consiguiera sistemas informáticos para el Gobierno y las corporaciones de todo el mundo y aprendiendo la más negra de las magias negras de la informática en la ASN durante aquel tiempo. Regresó a Japón a mediados de los años noventa, donde consiguió un empleo como asesor de seguridad informática en una de las grandes consultoras internacionales. Por supuesto que analizaron minuciosamente sus referencias, pero su historial limpio y la fascinación de haber dispuesto de una autorización de seguridad de máximo secreto en la ASN cegó a los nuevos patrocinadores corporativos de Harry, que no vieron al treintañero tímido y con cierto aire infantil que acababan de contratar.

Es decir, que Harry era un pirata informático empedernido. En la ASN se había aburrido porque, a pesar de los retos técnicos del trabajo, todo estaba aprobado por el Gobierno. Por el contrario, en su cargo corporativo, había reglas, criterios éticos, que se suponía que debía cumplir. Harry nunca realizó labores de seguridad en un sistema sin dejar una brecha que pudiera utilizar si le picaba el gusanillo. Pirateó los archivos de su propia empresa para sacar a la luz las vulnerabilidades de sus clientes, que luego explotaba. Harry tenía la pericia de un cerrajero y el corazón de un ladrón.

Desde que nos conocemos le he estado enseñando los aspectos relativamente legítimos de mi oficio. Es una persona lo suficientemente inadapta como para emocionarse por el hecho de que me haya hecho amigo de él y por eso siente cierta debilidad por mí. La lealtad resultante es útil.

—¿Qué pasa? —le pregunté en cuanto se hubo sentado.

—Dos cosas. Una creo que ya la sabes; la otra no estoy seguro.

—Soy todo oídos.

—En primer lugar parece que Kawamura sufrió un ataque mortal al corazón la misma mañana que le seguimos.

Di un sorbo a mi *chai* con leche.

—Lo sé. Se produjo justo delante de mí, en el tren. Menudo palo.

¿Me estaba observando con más atención de la normal?

—He visto el obituario en el *Daily Yomiuri* —declaró—. Una de sus hijas lo publicó. Ayer fue el funeral.

—¿No eres un poco joven para leer las esquelas, Harry? —pregunté, lanzándole una mirada por encima de la taza.

Se encogió de hombros.

—Lo leo todo, ya sabes. Forma parte del trabajo por el que me pagas.

Eso era cierto. Harry estaba al corriente de lo que sucedía y tenía una habilidad especial para identificar patrones en medio del caos.

—¿Qué es lo segundo?

—Durante el funeral alguien entró en su apartamento. Me imaginé que habías sido tú, pero quería decírtelo por si acaso.

Me mantuve impasible.

—¿Cómo te has enterado de eso? —pregunté.

Extrajo un trozo de papel doblado del bolsillo de los pantalones y lo deslizó hacia mí.

—He pirateado el informe del Keisatsucho. —El Keisatsucho es la Agencia Nacional de la Policía Japonesa, el FBI japonés.

—Por Dios, Harry, ¿qué se te resiste? Eres increíble.

Hizo un movimiento con la mano, indicando que no era nada.

—No es más que la *Sosa*, la sección investigadora. Tienen una seguridad patética.

No sentí la necesidad de decirle que estaba de acuerdo con su valoración de la seguridad de la *Sosa*, de cuyos archivos había sido un lector ávido durante muchos años.

Desdoblé el trozo de papel y empecé a leerlo rápidamente. Lo primero que advertí fue el nombre de la persona que había preparado el informe: Tatsuhiko Ishikura. Tatsu. En cierto modo no me sorprendió.

Había conocido a Tatsu en Vietnam, donde estaba asignado a la Junta de Seguridad Pública e Investigaciones de Japón, una de las precursoras del Keisatsucho. Perjudicado por las restricciones a las que el artículo nueve de la

Constitución de posguerra sometía al ejército e incapaz de hacer poco más que mandar a unas cuantas personas con el objetivo de «escuchar y aprender», el Gobierno envió a Tatsu a Vietnam durante seis meses para que hiciera diagramas de las rutas de la ayuda que la KGB suministraba al Vietcong. Como yo hablaba japonés, me tocó ayudarlo a aprender a manejarse por la zona.

Tatsu era un hombre bajito con el tipo de complexión robusta que engorda con la edad, y un rostro delicado que ocultaba una gran intensidad; intensidad que se ponía de manifiesto por su costumbre de llevar hacia delante el torso y la cabeza de tal forma que parecía contenido por una correa invisible. Se sintió frustrado en el Japón de la posguerra, y admiraba el camino de guerrero que yo había tomado. Por mi parte, me intrigaba la pena secreta que le veía en los ojos, una pena que, por extraño que parezca, quedaba más acentuada cuando sonreía y sobre todo cuando reía. Hablaba poco de su familia, de las dos hijas pequeñas que tenía, pero cuando hablaba del tema su orgullo resultaba evidente. Al cabo de varios años me enteré por un conocido mutuo que también había tenido un hijo, el menor, muerto en circunstancias que Tatsu nunca mencionó, y comprendí a qué se debía aquel semblante tan serio.

Cuando regresamos a Japón pasamos cierto tiempo juntos, pero me fui distanciando desde que me viera implicado en varios asuntos, primero con Miyamoto y luego con Benny. No había visto a Tatsu desde que había cambiado de aspecto y me había pasado a la clandestinidad.

Lo cual fue una suerte porque, a raíz de los informes que pirateé, me enteré de que Tatsu tenía una teoría predilecta: el PLD contaba con un asesino en nómina. A finales de la década de los ochenta Tatsu llegó a la conclusión de que demasiados testigos clave de casos de corrupción, demasiados reformistas financieros, demasiados jóvenes contrarios al *statu quo* político morían por «causas naturales». Según su valoración, ahí había gato encerrado y consideró que la personalidad enigmática que estaba en el núcleo de todo aquello tenía unas características muy similares a las mías.

Los colegas de Tatsu pensaron que la personalidad que veía era un fantasma de su imaginación, y su insistencia por investigar una conspiración que otros afirmaban que era un espejismo no había hecho nada por mejorar su carrera. Por otro lado, esa obstinación le confirió cierta protección de los poderes que esperaba amenazar, porque nadie quería dar validez a sus teorías haciéndole morir de repente por causas naturales. Más bien imaginé que muchos de los enemigos de Tatsu esperaban que viviera sin sobresaltos

muchos años. Asimismo, yo sabía que esa actitud cambiaría de forma instantánea si Tatsu se acercaba demasiado a la verdad.

Hasta el momento no había sido así. Pero conocía a Tatsu. En Vietnam había aprendido las reglas básicas de la contrainteligencia en un momento en que ni siquiera los altos mandos de la Agencia eran capaces de dibujar un diagrama sencillo de una unidad convencional del Vietcong. Él había desarrollado ventajas operativas a pesar de su cometido limitado a «escuchar y aprender». Había renunciado a la vida fácil habitual de los agregados, que se dedican a escribir informes desde un chalé y, en cambio, había insistido en actuar en el campo.

Sus superiores se habían quedado horrorizados ante su eficacia; en una ocasión me habló amargado de las cantidades ingentes de sake que consumían y de que habían hecho caso omiso a propósito de la información que les había suministrado. Al final su perseverancia y valentía se habían desperdiciado. Ojalá aquellas experiencias le hubieran servido de aprendizaje.

Pero supuse que aquello era imposible. Tatsu era un verdadero *samurai* y seguiría sirviendo al mismo señor independientemente del número de veces que ese señor le ignorara o incluso maltratara. El servicio leal era su máximo objetivo.

Era poco habitual que el Keisatsucho investigara un simple allanamiento de morada. Algo sobre la muerte de Kawamura, y lo que estaba haciendo antes de la misma, debió de llamar la atención de Tatsu. No era la primera vez que notaba que mi viejo compañero de armas me observaba como si estuviéramos ante un espejo de un solo sentido, viendo una silueta al otro lado del cristal pero sin saber a quién pertenecía, y me alegraba de haber decidido desaparecer de su radar hacía ya tantos años.

—No hace falta que me digas si lo sabías o no —dijo Harry, interrumpiendo mis cavilaciones—. Conozco las reglas.

Me planteé cuánto debía revelarle. Si quería saber más, sus habilidades me resultarían útiles. Por otro lado, no me atraía la idea de que ampliara sus conocimientos sobre la verdadera naturaleza de mi trabajo. Ya se estaba acercando demasiado. El nombre de Tatsu en ese informe, por ejemplo. Tenía que dar por supuesto que Harry lo seguiría como un enlace en internet, que encontraría las teorías sobre conspiraciones de Tatsu e intuiría la relación que guardaban conmigo. Difícilmente encontraría pruebas suficientes sin que quedara una duda razonable, por supuesto, pero entre Harry y Tatsu dispondrían de un número significativo de piezas del rompecabezas.

Sentado ahí en Las Chicas, sorbiendo mi *chai* con leche, tuve que reconocer que Harry acabaría suponiendo un problema. Esa constatación me deprimía. «Cielos —pensé—, te estás poniendo sentimental.»

Quizá hubiera llegado el momento de salir de toda esa mierda. Tal vez fuera el momento más apropiado.

—No lo sabía, Harry —dije al cabo de unos instantes—. Es un caso poco corriente. —Consideraré que contarle lo del desconocido del tren no supondría ningún problema y se lo conté.

—Si estuviéramos en Nueva York, te diría que era un carterista —declaró cuando acabé.

—Es lo primero que pensé en cuanto le vi. Pero la de carterista sería una pésima elección profesional para un hombre blanco en Tokio. Hay que pasar desapercibido.

—Entonces ¿se limitó a aprovechar la ocasión que se le presentaba?

Negué con la cabeza.

—No hay tanta gente que sea tan descarada y con tanta sangre fría. Dudo que hubiera una persona así al lado de Kawamura esa mañana por casualidad. Creo que ese tipo era un contacto de Kawamura, que estaba allí para realizar algún tipo de intercambio.

—¿Por qué supones que el Keisatsucho está investigando un simple allanamiento de morada en un apartamento de Tokio? —preguntó.

—No lo sé —respondí, aunque la implicación de Tatsu me hacía sospechar—. Quizá por la situación de Kawamura en el Gobierno, lo reciente de su muerte, algo así. Ésa es la teoría que yo seguiría.

Me miró.

—¿Me estás pidiendo que investigue?

Tenía que haberlo dejado estar. Pero me han utilizado en otras ocasiones. La sensación de que habían vuelto a jugármela iba a quitarme el sueño. ¿Acaso Benny había asignado un equipo B a Kawamura? Me imaginé que no tenía nada de malo dejar que Harry me ofreciera unas cuantas pistas.

—Lo harás de todas formas, ¿verdad? —pregunté.

Parpadeó.

—Supongo que no puedo evitarlo.

—Pues entonces investiga. Ya me contarás qué descubres. Y vete con cuidado, ganador. No te despistes.

La advertencia era para ambos.

Tres

El hecho de decirle a Harry que se anduviera con cuidado me hizo pensar en Jimmy Calhoun, mi mejor amigo del instituto; en quién era Jimmy antes de convertirse en el Loco Genial.

Jimmy y yo nos alistamos juntos en el ejército cuando apenas teníamos diecisiete años. Recuerdo que el reclutador nos dijo que necesitaríamos el permiso de nuestros padres para alistarnos. «¿Veis a esa mujer de ahí?», nos preguntó. «Dadle un billete de veinte pavos y preguntadle si firmaría como vuestra madre.» Aceptó. Más adelante me di cuenta de que aquella mujer se ganaba el sustento de ese modo.

En cierto modo Jimmy y yo nos habíamos conocido a través de su hermana pequeña, Deirdre. Era una morena guapa y una de las pocas personas que se mostraba agradable con el muchacho raro y fuera de lugar que era yo en Dryden. Algún idiota le dijo a Jimmy que me gustaba su hermana, lo cual era cierto, por supuesto, y Jimmy decidió que no le gustaba que un tipo de ojos rasgados tratara de ligar con su hermana. Era más corpulento que yo, pero lo dejé paralizado en una pelea. Después de eso me respetó y se convirtió en mi aliado contra los bravucones de Dryden, mi primer amigo verdadero. Deirdre y yo empezamos a salir y ¡pobre del que le hiciera algún comentario desagradable a Jimmy sobre el tema!

Antes de marcharnos le dije a Deirdre que me casaría con ella cuando volviéramos. Me dijo que esperaría. «Cuida de Jimmy, ¿vale?», me pidió. «Tiene demasiado que demostrar.»

Jimmy y yo le habíamos dicho al reclutador que queríamos servir juntos y el tipo dijo que se encargaría de ello. No sé si el reclutador tuvo algo que ver, de hecho probablemente mintiera, pero salió tal y como habíamos pedido. Jimmy y yo hicimos juntos la instrucción en las Fuerzas Especiales en Fort Bragg y luego acabamos en la misma unidad, en un programa conjunto del ejército y la CIA llamado Grupo de Observación y Estudios, o GOE. El apodo de Observación y Estudios era una broma, el intento de algún burócrata idiota por dar a la organización un perfil bajo. Es como llamar *Mariquita* a un pitbull.

La misión del GOE era el reconocimiento clandestino y las misiones de sabotaje en Camboya y Laos, a veces incluso en el norte de Vietnam. Los equipos estaban formados por LURRPs, acrónimo que hacía referencia a los hombres especializados en patrullas de reconocimiento de largo alcance. Tres americanos y nueve miembros del Grupo de Defensa Irregular de Civiles, o GDIC. Los del GDIC solían ser mercenarios jemerres reclutados por la CIA, a veces montañeros. Tres hombres se internaban en el monte para pasar una, dos o tres semanas seguidas y vivían de la tierra, sin contacto con el MAMV, el Mando de Ayuda Militar en Vietnam de EE. UU.

Éramos la elite de la elite, pequeños y con movilidad, y nos deslizábamos por la jungla como fantasmas silenciosos. Todas las partes móviles de las armas estaban amortiguadas para suprimir los ruidos. Trabajábamos tanto por la noche que veíamos en la oscuridad. Ni siquiera utilizábamos repelente de insectos porque el Vietcong lo olía. Así de serios éramos.

Trabajábamos en Camboya en la misma época en que Nixon prometía en público el respeto a la neutralidad de ese país. Si nuestras actividades hubieran salido a la luz, Nixon habría tenido que reconocer que no sólo había mentido a la opinión pública sino también al Congreso. Así pues, nuestras actividades no sólo eran clandestinas sino que se negaban de forma categórica, hasta lo más alto. Para algunas de nuestras misiones teníamos que viajar sin accesorios, sin armas procedentes de EE. UU. ni otro material. En otras ocasiones ni siquiera conseguíamos apoyo aéreo por temor a que un piloto fuera abatido y capturado. Cuando perdíamos a un hombre, su familia recibía un telegrama en el que se decía que lo habían matado «al oeste de Dak To» o «cerca de la frontera» o cualquier otra descripción vaga como ésas.

Empezamos bien. Antes de marcharnos hablamos de lo que haríamos y de lo que no. Habíamos oído las historias. Todo el mundo conocía My Lai. Mantendríamos la cabeza fría, nos comportaríamos como profesionales. Queríamos conservar nuestra inocencia, en realidad. Cuando pienso en ello ahora me entran ganas de reír.

Jimmy acabó recibiendo el apodo del «Loco Genial» porque se quedó dormido en medio de nuestro primer tiroteo. Las balas trazadoras venían hacia nosotros desde detrás de la arboleda, todo el mundo estaba agachado, disparando a personas que ni siquiera veíamos, y la batalla se prolongó horas y horas porque no podíamos llamar al apoyo aéreo debido a nuestra ubicación ilegal. Jimmy dijo «a la mierda» en medio de todo y se echó una siesta. A todo el mundo le pareció alucinante. Mientras decían «estás loco, tío, estás loco», Jimmy les respondió: «bueno, sabía que todo iba genial». Por eso, a

partir de entonces se convirtió en el Loco Genial. Aparte de nosotros dos, no creo que alguien más supiera su verdadero nombre.

Jimmy no sólo se comportaba como un loco, lo parecía. En la adolescencia había sufrido un accidente de motocicleta que casi le había costado un ojo. Los médicos se lo recuperaron pero no consiguieron alineárselo con respecto al ojo bueno, así que Jimmy siempre parecía estar mirando de reojo mientras hablaba con alguien. «Omnidireccional», le gustaba decir con una sonrisa, cuando pillaba a alguien mirándolo a hurtadillas.

Jimmy había sido bastante sociable en el instituto, pero se volvió más callado en Vietnam. Se entrenaba de forma constante y era muy serio en su trabajo; no era un tipo fornido pero la gente le temía. En una ocasión, un PM con un pastor alemán se enfrentó a Jimmy por comportamiento indisciplinado en un bar. Jimmy no le miró, se comportó como si ni siquiera estuviera allí y se dedicó a observar al perro. Entre ellos se produjo algo, algo animal, y el perro se puso a gimotear y retrocedió. El PM se asustó y tuvo la prudencia de dejar el asunto, pero el incidente pasó a formar parte de la leyenda creciente del Loco Genial, y se decía que incluso los perros guardianes le tenían miedo.

En la jungla no había nadie como él. Era como un animal con el que se podía hablar. Incomodaba a las personas por su ojo omnidireccional, sus largos silencios. Pero cuando el sonido de los helicópteros iba alejándose, todo el mundo quería tenerlo cerca.

Los recuerdos me hostigaban como un batallón de cadáveres resucitados de repente.

«Liquidarlos significa liquidarlos. ¡*Num suyn!*!»

«Para nosotros no hay hogar, John. No después de lo que hemos hecho.»

«Deja de pensar en esa mierda», me dije, la cantinela del ruido blanco me resultaba familiar. «Lo hecho, hecho está.»

Necesitaba un descanso y decidí ir a ver un concierto de *jazz* en el Club Alfie. El *jazz* ha sido mi refugio del mundo desde que tenía dieciséis años y escuché mi primer disco de Bill Evans y, en aquel momento, lo de refugio sonaba bien.

Alfie es lo que se denomina un *raibu hausu*, o local de música en vivo, un pequeño club que presenta tríos y cuartetos de *jazz* y que satisface las necesidades de los aficionados de Tokio. Alfie es auténtico: oscuro, abarrotado, con el techo bajo y una acústica excelente por casualidad, con capacidad sólo para unas veinticinco personas y especializado en artistas jóvenes que están a punto de ser descubiertos para el gran público. El local

siempre está lleno y hace falta reservar, pequeño lujo que mi vida en la sombra no me permite. Pero conocía a la Mama-san de Alfie: una mujer mayor y gordita con dedos gruesos y pequeños y un andar que probablemente en el pasado hubiera sido un contoneo. Ya se le había pasado la edad de coquetear pero, de todos modos, coqueteaba conmigo y le caía bien porque le seguía la corriente. Alfie estaba abarrotado pero eso no significaba gran cosa para Mama si quería dar cabida a una persona más.

Esa noche tomé el metro hasta Roppongi, el barrio de Alfie, mientras realizaba una PDV de seguridad media por el camino. Como siempre, esperé hasta que el andén de la estación estuvo despejado antes de salir. Nadie me seguía y subí las escaleras hacia el atardecer de Roppongi.

Roppongi es un cóctel compuesto por los elementos extranjeros y nacionales más descarados de Tokio, aliñado con sexo y dinero para darle más garra. Está lleno de chicas de alterne occidentales que llegaron a Japón pensando que serían modelos pero que se encontraron atrapadas en algo distinto, vendiendo conversaciones subidas de tono y a menudo otras cosas a sus clientes *sarariman*, pavoneándose por ahí con ropa elegante y afectada y con zapatos de tacón alto que acentúan su altura; chicas cuya altanería expresa éxito y estatus, pero a menudo indica algo más próximo a la desesperación; jóvenes japonesas despampanantes, que lucen un bronceado perfecto de salón de belleza, melenas con mechas largas y lisas que les caen por la espalda, como las alas plegadas de alguna ave de presa hambrienta, intentando ligar con chicos ricos que, por la promesa de sexo o sencillamente por la oportunidad de ser vistos en público con tales trofeos, les regalarán trajes de Chanel y bolsos Vuitton y el resto de los artículos que se les antojen; extranjeros de tez morena que venden sustancias controladas que podrían o no ser lo que dicen; proxenetas entrados en años y ridículos que tiran del codo de los transeúntes, intentando que escojan «compañía» de un álbum de fotos; gente que camina rápido, como si fuera a algún lugar importante o que se hace la interesante, como si esperara reunirse con alguna celebridad; todo el mundo hambriento e intentando sacar tajada, un universo de depredadores y presas bien engalanados.

Alfie estaba a la izquierda de la estación, pero giré a la derecha al llegar a la calle pensando en rodearla por detrás. La fauna ya estaba en el exterior, poniéndome los folletos delante de las narices, intentando captar mi atención. Hice caso omiso de ellos y giré por Gaienhigashi-dori, justo delante del Almond Café, luego otra vez a la derecha por un callejón que discurría paralelo a Roppongi-dori y me dejaría detrás de Alfie. Un Ferrari rojo pasó

rugiendo, era una reliquia de los años de la burbuja, cuando los cazadores de trofeos se tragaron originales impresionistas valorados en millones de dólares de los que no sabían nada y propiedades en tierras lejanas como Pebble Beach de las que habían oído hablar pero que nunca habían visto; cuando se decía que la tierra que estaba debajo de Tokio valía más que el territorio continental de EE. UU.; cuando los nuevos ricos celebraban su estatus en bares de alterne de Ginza pidiendo botella mágnam tras botella mágnam del mejor champán para estropearlo con terrones de azúcar y consumirlo en copas largas tachonadas con escamas de oro de catorce quilates.

Crucé la calle y tomé el ascensor que llevaba al quinto piso, haciendo un barrido de 180 grados con la mirada antes de que se cerraran las puertas.

Como era de esperar, había un grupo de gente en el exterior del local, que estaba empapelado con carteles, algunos nuevos, otros descoloridos, que anunciaban los conciertos que se habían celebrado a lo largo de los años. Había un joven con un traje barato de corte europeo y el pelo engominado hacia atrás apostado en la puerta, comprobando las reservas.

—*Onamae wa?* —me preguntó, mientras recorría la corta distancia que había desde el ascensor. ¿Su nombre?

Le dije que no tenía reserva y me miró afligido. Para ahorrarle la angustia de explicarme que no podría asistir al concierto, le dije que era un viejo amigo de Mama y que necesitaba verla, ¿podía ir a buscarla? Inclino la cabeza, entró en el local y desapareció detrás de una cortina. Mama salió al cabo de dos segundos. Tenía una pose formal, sin duda preparándose para presentar una disculpa japonesa terriblemente educada y resuelta pero, cuando me vio, la piel del contorno de ojos se le arrugó al sonreír.

—*Jun-chan! Hisashiburi ne!* —me saludó al tiempo que se alisaba la falda con las manos. Jun es el apodo que Mama me da en vez de Junichi, mi nombre de pila japonés, que en inglés se envilece y se transforma en John. Me incliné hacia ella con formalidad pero le devolví la sonrisa de bienvenida. Le conté que pasaba por allí por casualidad y que no había tenido la posibilidad de hacer una reserva. Ya veía que estaba muy lleno y no quería ser una molestia...

—*Tonde mo nai!* —me interrumpió. ¡No seas ridículo! Me empujó al interior, se fue corriendo detrás de la barra y extrajo la botella de Cao Lila que tenía guardada en un estante. Tomó un vaso, se acercó adonde yo estaba y señaló hacia una silla en una mesa situada en un rincón de la sala.

Se sentó conmigo unos momentos, me sirvió una copa y me preguntó si había venido con alguien, pues no siempre voy a Alfie solo. Le dije que

estaba solo y sonrió.

—*Un ga yokatta ne!* —dijo. ¡Qué suerte tengo! Ver a Mama me hacía sentir bien. Hacía meses que no había pasado por allí pero ella sabía exactamente dónde estaba mi botella, se sabía todos los trucos.

Mi mesa estaba cerca de un pequeño escenario. La sala estaba oscura pero una lámpara colgada del techo iluminaba un piano y la zona situada a la derecha del mismo. No se disfrutaba de una buena vista de la entrada, pero no se puede tener todo.

—Te he echado de menos, Mama —le dije en japonés mientras me iba relajando—. Dime quién toca esta noche.

Me dio una palmadita en la mano.

—Una joven pianista, Midori Kawamura. Va a ser una estrella, este fin de semana dará un concierto en el Blue Note, pero podrás decir que la viste en Alfie cuando empezaba.

Kawamura es un apellido japonés común y no pensé que fuera una coincidencia curiosa.

—Me parece que he oído hablar de ella, pero no conozco su música. ¿Qué tal es?

—Maravillosa, toca como Thelonius Monk cabreado. Y es muy profesional, no como algunos de los jóvenes que contratamos aquí. Hace tan sólo una semana y media que perdió a su padre, la pobrecilla, pero ha decidido respetar el compromiso de hoy.

Entonces fue cuando el nombre me llamó la atención.

—Qué lástima —dije lentamente—. ¿Qué ocurrió?

—Ataque al corazón el martes por la mañana, en pleno Yamanote. Kawamura-san me dijo que no había sido una gran sorpresa, pues su padre sufría del corazón. Tenemos que estar agradecidos por todos los momentos que se nos conceden, *ne?* Oh, ahí viene. —Me volvió a dar una palmadita en la mano y se marchó.

Me volví y vi a Midori y su trío caminando con energía, inexpresivos, hacia el escenario. Negué con la cabeza en un intento por asimilar todo aquello. Había ido a Alfie para intentar apartarme de Kawamura y todo lo relacionado con él y resulta que me encontraba con su fantasma. Me entraron ganas de levantarme y largarme, pero habría llamado la atención.

Además, sentía cierta curiosidad, como si volviera a pasar junto a los restos de un accidente de tráfico que yo hubiera provocado, incapaz de apartar la mirada.

Observé el rostro de Midori mientras ocupaba su puesto en el piano. Aparentaba unos treinta y cinco años y tenía el pelo liso, a la altura de los hombros, tan negro que parecía brillar bajo la luz del techo. Llevaba un suéter de manga corta, tan negro como el pelo, y el blanco suave de sus brazos y cuello casi parecía flotar al lado. Intenté verle los ojos pero sólo se los vislumbré fugazmente entre las sombras que proyectaba la lámpara. Vi que los llevaba perfilados con lápiz de ojos, pero aparte de eso no iba maquillada. Lo suficientemente segura de sí misma como para no tomarse la molestia. Tampoco es que lo necesitara. Era atractiva y debía de ser consciente de ello.

Noté tensión entre el público, un tanto inclinado hacia delante. Midori alzó los dedos sobre el teclado y los dejó levitando allí durante unos segundos. Sonó su voz, queda:

—Uno, dos, uno, dos, tres, cuatro —y luego sus manos descendieron y dieron vida a la sala.

Era *My Man's Gone*, un viejo tema de Bill Evans, no de ella. Me gusta la canción y me agradó su forma de interpretarla. Le confería un vigor que me hacía querer mirar además de escuchar, pero me di cuenta de que yo mismo apartaba la mirada.

Perdí a mi padre justo al cumplir los ocho años. Lo mató un derechista en las manifestaciones callejeras que sacudieron Tokio cuando la administración Kishi ratificó el Pacto de Seguridad Japón-EE. UU. en 1960. Mi padre siempre había tenido un trato muy frío conmigo cuando estaba vivo y notaba que yo era el motivo de cierta tensión entre él y mi madre. Pero todo eso no lo entendí hasta más tarde. Mientras tanto, lloré como el niño que era durante muchas noches después de su muerte.

Mi madre no me puso las cosas fáciles a partir de entonces, aunque creo que intentó hacerlo lo mejor posible. Había sido abogada del departamento de Estado en el Tokio ocupado bajo el Mando Supremo del Control Aliado de MacArthur, y formó parte del equipo al que MacArthur encargó la redacción de una nueva constitución para guiar al Japón de posguerra hacia el inminente Siglo Americano. Mi padre pertenecía al equipo del Primer Ministro Yoshida, responsable de traducir y negociar el documento con unas condiciones que fueran favorables para Japón.

Su romance, que se hizo público poco después de que la nueva constitución se convirtiera en ley en mayo de 1947, escandalizó a ambos bandos, pues cada uno de ellos estaba convencido de que su representante había realizado concesiones en la cama que nunca se habrían conseguido en la

mesa de negociaciones. El futuro de mi madre en el Departamento de Estado se truncó rápidamente y se quedó en Japón en calidad de esposa de mi padre.

Sus padres cortaron los lazos con ella por ese matrimonio intercultural e interracial, que contrajo en contra de la voluntad de ellos. Por lo tanto, mi madre, como reacción a su orfandad *de facto*, adoptó a Japón y aprendió japonés lo suficientemente bien para hablarlo en casa con mi padre y conmigo. Cuando lo perdió, perdió lo que la unía a la nueva vida que se había construido.

¿Midori había estado muy unida a su padre? Quizá no. Tal vez hubiera habido falta de cooperación, peleas incluso, sobre lo que a él podría haberle parecido una salida profesional frívola. Y si se habían producido peleas, y silencios desagradables, e intentos desesperados por comprenderse mutuamente, ¿habían tenido la oportunidad de reconciliarse? ¿O se había quedado ella con muchas cosas que le habría gustado decirle?

«¿Qué coño te pasa? —pensé—. No tienes nada que ver con ella ni con su padre. Es atractiva, te está afectando. Bueno, pero déjalo.»

Lancé una mirada a la sala y tuve la impresión de que todo el mundo iba en pareja o en grupo.

Quería salir, encontrar un lugar en el que no hubiera recuerdos.

Pero ¿dónde estaba ese lugar?

Así pues, me quedé a escuchar la música. Sentí que las notas zigzagueaban alegremente lejos de mí, pero me centré en ellas y dejé que me alejaran del estado de ánimo que me estaba embargando como una marea negra. Me aferré a la música, con el sabor del Cao Lila en la garganta, la melodía en los oídos, hasta que las manos de Midori parecieron desdibujarse, hasta que su perfil se perdió entre sus cabellos, hasta que las cabezas que veía a mi alrededor en la semipenumbra y el humo de los cigarrillos se mecían y las manos daban golpecitos en mesas y vasos, hasta que sus manos devinieron una mancha todavía más borrosa antes de detenerse, dejando que un instante de silencio perfecto se llenara con un estallido de aplausos.

Al cabo de un momento Midori y su trío se dirigieron a una pequeña mesa que tenían reservada, y la sala se llenó con el murmullo bajo de las conversaciones y las risas apagadas. Mama se sentó con ellos. Era consciente de que no podía largarme sin presentar mis respetos a Mama, pero no quería detenerme en la mesa de Midori. Además, si me marchaba tan pronto parecería raro. Me di cuenta de que tendría que quedarme allí.

«Reconócelo —pensé para mis adentros—. Quieres oír la segunda tanda.» Y era cierto. La música de Midori había aplacado mi irritación, como siempre

ocurre con el *jazz*. No me disgustaba la perspectiva de quedarme a escuchar más. Disfrutaría de la segunda tanda, me marcharía discretamente y recordaría aquella situación como una velada extraña que había acabado bien.

«Está bien. Pero deja de pensar en su padre, ¿vale?»

Por el rabillo del ojo vi a Mama caminando hacia mí. Alcé la mirada y sonreí mientras se sentaba a mi lado.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó.

Cogí la botella, que estaba bastante más vacía que cuando llegué, y serví una copa para cada uno.

—Thelonus Monk cabreado, como dijiste. Tienes razón, será una estrella. Le brillaban los ojos.

—¿Te gustaría conocerla?

—Te lo agradezco, Mama, pero creo que esta noche me apetece más escuchar que hablar.

—¿Qué más da? Que ella hable y tú escuchas. A las mujeres les gustan los hombres que escuchan. ¡No abundan!

—No creo que le gustara, Mama.

Ella se inclinó hacia delante.

—Ha preguntado por ti.

«Mierda.»

—¿Qué le has dicho?

—Que si yo fuera un poco más joven, no le diría nada. —Se tapó la boca con la mano y soltó una risa silenciosa—. Pero como ya soy demasiado vieja, le dije que eras un entusiasta del *jazz* y un gran fan de su música, y que has venido hoy aquí especialmente por ella.

—Te estoy muy agradecido —afirmé, al tiempo que me daba cuenta de que estaba perdiendo el control de la situación y no estaba muy seguro de cómo recuperarlo.

Se recostó en el asiento y sonrió.

—Vamos, ¿no crees que deberías presentarte? Me ha dicho que quería conocerte.

—Mama, me la estás jugando. Seguro que no ha dicho nada de todo eso.

—¿Ah, no? Te está esperando... mira. —Se volvió e hizo una seña a Midori, quien la miró y le devolvió el saludo.

—Mama, no me hagas esto —rogué, sabiendo que ya no había escapatoria.

Se inclinó hacia delante de forma abrupta, y su risa desapareció como el sol detrás de una nube.

—No me pongas en un aprieto. Ve a decirle hola.

A la mierda. De todos modos tenía que ir a mear.

Me levanté y me dirigí a la mesa de Midori. Noté que era consciente de que me acercaba, pero no dio muestras de ello hasta que estuve delante de ella. Entonces alzó la mirada del asiento y su mirada me sorprendió. Ilegible, incluso mirándome de hito en hito, pero ni distante ni fría. En cambio parecía irradiar un calor controlado, algo que te tocaba pero que tú no podías tocar.

Supe enseguida que había estado en lo cierto al decirle a Mama que me la estaba jugando. Midori no tenía ni idea de quién era yo.

—Gracias por la música —le dije mientras pensaba en algo más que añadir—. Me ha salvado de algo.

El contrabajista, vestido a la última, de negro de la cabeza a los pies, con las patillas largas y unas gafas rectangulares y europeas, lanzó un bufido audible y me pregunté si había algo entre ellos. Midori me concedió una ligera sonrisa que significaba que ya había escuchado aquello con anterioridad y se limitó a decir:

—*Domo arigato*. —La cortesía de su agradecimiento era una forma de rechazo.

—No —insistí—. Lo digo en serio. Su música es sincera, es el antídoto perfecto para las mentiras.

Por un momento me pregunté qué demonios estaba diciendo.

El contrabajista negó con la cabeza, como si estuviera indignado.

—No tocamos para salvar a la gente. Tocamos porque nos gusta tocar.

Midori le lanzó una mirada indiferente que traslució una ligera decepción y me di cuenta de que aquellos dos seguían unos pasos de baile que conocían bien, pasos que nunca habían conseguido satisfacer al contrabajista.

Que le den por saco.

—Pero el *jazz* es como el sexo, ¿no? —le dije a él—. Hacen falta dos personas para disfrutarlo.

Vi que abría unos ojos como platos mientras Midori fruncía la boca en lo que podría haber sido una sonrisa contenida.

—Nos alegra salvarle, si resulta que eso es lo que hemos hecho —dijo ella con un tono tan uniforme como un encefalograma plano—. Gracias.

La miré fijamente unos instantes, intentando, sin éxito, interpretar su expresión. Acto seguido, me disculpé. Entré en el servicio de Alfie, que debe de tener la misma superficie que un poste telefónico, donde reflexioné sobre la idea de que había sobrevivido a algunas de las luchas más brutales del Sureste Asiático, a algunos de los peores conflictos del mundo como sicario y

que, no obstante, todavía no era capaz de zafarme de las emboscadas de Mama.

Salí del servicio, advertí la sonrisa de satisfacción de Mama y retomé mi asiento. Al cabo de un momento oí que la puerta del club se abría detrás de mí y, con indiferencia, volví la cabeza para ver quién entraba. Miré hacia el frente de inmediato, en menos de un segundo, guiado por años de entrenamiento, el mismo entrenamiento que impedía que se me notara la sorpresa que me acababa de llevar.

Era el desconocido del tren. El que había visto registrando a Kawamura.

Cuatro

Llevo varios objetos curiosos en el llavero, incluidas varias ganzúas rudimentarias que los no iniciados tomarían por palillos, y un espejo dental recortado. El espejo puede acercarse al ojo de forma discreta, sobre todo si el usuario está inclinado hacia delante sobre un codo y apoya la cabeza en la mano.

En esta postura pude observar al desconocido discutiendo con Mama, que tenía cara de pocos amigos, cuando empezó la segunda tanda de canciones. Sin duda le estaba diciendo que no podía quedarse, que no había más asientos libres y que la sala ya estaba abarrotada. Le vi introducir la mano en el bolsillo de la chaqueta y extraer una cartera, que abrió a continuación y mostró ciertos contenidos para que Mama los inspeccionara. Ella los miró con atención y, acto seguido, sonrió e hizo un gesto magnánimo hacia la pared del fondo. El desconocido se encaminó en esa dirección y encontró un sitio.

¿Qué había utilizado para convencer a Mama? ¿Una identificación de la autoridad que regula la venta de bebidas alcohólicas en Tokio? ¿Una insignia policial? Lo observé a lo largo de la segunda parte del concierto pero no advertí nada especial, estaba apoyado en la pared, inexpresivo.

Cuando terminó la música, tenía que tomar una decisión. Por un lado, supuse que estaba allí por Midori y quería observarlo para confirmarlo y ver de qué más podía enterarme. Por otro, si guardaba alguna relación con Kawamura, quizá supiera que el infarto había sido inducido y tal vez me reconociera del tren, donde habíamos intercambiado unas palabras sobre el cuerpo de Kawamura tumbado boca abajo. El riesgo era pequeño pero, tal y como dijo el Loco Genial en una ocasión, el castigo por equivocarse era elevado. Alguien podía enterarse de mi aspecto actual y el velo de anonimato que me había construido con tanto esmero quedaría rasgado.

Además, si me quedaba para observar su interacción con Midori, no podría seguirle cuando se marchara. Tendría que compartir el minúsculo ascensor con él o confiar, aunque con escasas posibilidades de éxito, en adelantarle por las escaleras, y se daría cuenta. Y si él llegaba antes a la calle, para cuando le alcanzara la marea de peatones se lo habría tragado en Roppongi-dori.

Aunque resultaba frustrante, tenía que marcharme antes. Cuando terminaron los aplausos de la segunda tanda, observé al desconocido dirigiéndose rápidamente al escenario. Varios clientes se levantaron y empezaron a pulular por allí y los situé entre nosotros mientras me dirigía a la salida.

De espaldas al escenario, me volví para devolver el resto de mi Cao Lila. Volví a darle las gracias a Mama por dejarme entrar sin reserva.

—Te he visto hablando con Kawamura-san —dijo—. ¿Te ha costado mucho?

Sonreí.

—No, Mama, ha ido bien.

—¿Por qué te marchas tan temprano? Ya no vienes mucho por aquí.

—Tendré que remediarlo. Pero esta noche tengo otros planes.

Se encogió de hombros, tal vez decepcionada al ver que sus maquinaciones se habían quedado en tan poco.

—Por cierto —añadí—, ¿quién es ese *gaijin* que ha entrado durante la segunda tanda? Te he visto discutiendo con él.

—Es periodista —respondió mientras secaba un vaso—. Está escribiendo un artículo sobre Midori, por eso le he dejado quedarse.

—¿Periodista? Qué bien. ¿De qué publicación?

—Una revista occidental. No me acuerdo.

—Me alegro por Midori. No hay duda de que será una estrella. —Le di una palmadita en la mano—. Buenas noches, Mama. Ya nos veremos.

Bajé a la calle por las escaleras, crucé Roppongi-dori y esperé en el supermercado Meidi-ya del otro lado de la calle, fingiendo examinar la sección de champán. Ah, un Moët del 88, bueno, pero no era ninguna ganga por treinta y cinco mil yenes. Observé la etiqueta mientras miraba el ascensor de Alfie por el escaparate.

Por la fuerza de la costumbre, escudriñé el resto de los lugares que podrían funcionar como puntos de observación si alguien esperara a una persona a la salida de Alfie. Había coches estacionados a lo largo de la calle, pero no se podía contar con encontrar sitio, así que la probabilidad era baja. También estaba la cabina de teléfono situada un poco más abajo del Meidi-ya, donde un japonés con el pelo rapado, vestido con una cazadora de cuero negro y gafas de sol envolventes hablaba por teléfono cuando salí del hueco de la escalera. Seguía allí, le veía, de cara a la entrada de Alfie.

El desconocido salió al cabo de unos quince minutos y giró a la derecha en Roppongi-dori. Me quedé inmóvil unos instantes, en espera de la reacción

del Hombre del Teléfono que, efectivamente, colgó y se dispuso a bajar la calle en la misma dirección.

Dejé el Meidi-ya y giré a la izquierda hacia la acera. El Hombre del Teléfono ya estaba cruzando hacia el lado del desconocido, ni siquiera esperó a llegar al paso de peatones. Sus movimientos de vigilancia eran obvios: había colgado el teléfono en cuanto el desconocido había salido, había mantenido contacto visual con la salida antes de eso, había efectuado un movimiento repentino para cruzar la calle. Le seguía desde demasiado cerca, un error porque me permitía formar fila detrás de él. Por un momento me pregunté si estaría trabajando con el desconocido, tal vez como guardaespaldas o algo así, aunque no estaba lo suficientemente cerca para resultar eficaz como tal.

Giraron a la derecha por Gaienhigashi-dori delante del Almond Café; el Hombre del Teléfono le seguía a una distancia inferior a diez pasos. Crucé la calle para seguirles y me tuve que dar prisa porque el semáforo ya había cambiado.

«Es una estupidez —pensé—. Estoy en medio de la vigilancia de otra persona. Si hay más de uno y utilizan cámara, quizá me hagan una foto.»

Me imaginé a Benny, asignando un equipo B a Kawamura, tomándome por imbécil, y decidí correr el riesgo.

Los seguí varias manzanas y observé que ninguno de ellos mostraba ninguna preocupación por lo que ocurría detrás de sí. No vi ningún comportamiento típico de detección de vigilancia, ningún giro de cabeza o paradas que, por inocentes que parecieran, habrían obligado a quien le siguiera a revelar su posición.

En la periferia de la locura de Roppongi, donde las multitudes empezaban a disminuir, el desconocido entró en un Starbucks de los que están exterminando los *kissaten* tradicionales, las cafeterías de barrio. El Hombre del Teléfono, constante como la estrella polar, encontró un teléfono público unos metros más abajo. Crucé la calle y entré en un lugar llamado Freshness Burger, donde pedí el entrante del mismo nombre y tomé asiento junto a la ventana. Observé al desconocido mientras pedía algo dentro del Starbucks y luego se sentaba a la mesa.

Tenía la intuición de que el Hombre del Teléfono estaba solo. Si hubiera formado parte de un equipo, lo normal hubiera sido que se separara en algún momento e intercambiara posiciones para evitar la detección. Además, mis comprobaciones periódicas mientras bajábamos la calle no me habían permitido identificar a nadie más aparte de mí. Si hubiera estado con un grupo

y fueran tan negados como parecían, habría advertido su presencia con facilidad.

Me senté tranquilamente, controlando la calle, observando al desconocido mientras sorbía la bebida de Starbucks y consultaba la hora. O estaba esperando a alguien con quien tenía una cita o estaba matando el tiempo antes de una reunión prevista en otro lugar.

Resultó ser que la opción número uno era la correcta. Al cabo de una media hora, me sorprendió ver a Midori bajando por la calle en nuestra dirección. Iba comprobando las fachadas al caminar y entró en el Starbucks en cuanto vio el cartel del establecimiento.

El Hombre del Teléfono extrajo un móvil, pulsó una tecla y se acercó el aparato al oído. Muy apropiado para un tipo que se había pasado un buen rato en una cabina de teléfonos. Me di cuenta de que no había marcado el número completo, así pues se trataba de un número que ya tenía en la agenda, alguien a quien llamaba con frecuencia.

El desconocido se puso en pie cuando vio a Midori acercándose a su mesa y le hizo una reverencia formal. Se inclinó de forma correcta y supe que era alguien que llevaba algún tiempo en Japón, que se sentía cómodo con el idioma y la cultura. Midori le devolvió la reverencia pero formando un ángulo menor, adoptando una postura un tanto incierta. Noté que no se conocían bien. Me aventuraba a pensar que su primer encuentro se había producido en Alfie.

Lancé una mirada al Hombre del Teléfono y le vi dejando el móvil de lado. Se quedó donde estaba.

El desconocido le hizo un gesto con la mano a Midori para que se sentara; ella aceptó y él hizo otro tanto. Señaló hacia el mostrador pero Midori negó con la cabeza. No estaba preparada para compartir la mesa con ese hombre.

Los observé durante unos diez minutos. A medida que la conversación avanzaba, los gestos del desconocido adoptaron un aspecto de súplica mientras que Midori se mostraba cada vez más rígida. Al final ella se levantó, hizo una reverencia rápida y empezó a retroceder. El desconocido le devolvió la deferencia pero fue mucho más marcada y un tanto torpe.

¿A quién debía seguir entonces? Decidí dejar la decisión al Hombre del Teléfono.

Mientras Midori salía de Starbucks y volvía a encaminarse hacia Roppongi, el Hombre del Teléfono la observó pero se mantuvo en su posición. O sea que iba a por el desconocido o quería más.

El desconocido se marchó poco después que Midori y regresó a la estación de Hibiya, en Roppongi-dori. El Hombre del Teléfono y yo le seguimos manteniendo nuestras posiciones previas, avancé hasta el andén y me situé a un vagón de cada uno de ellos hasta que llegó un tren con destino a Ebisu y todos lo tomamos. Me situé de espaldas a ellos aunque les observaba a través del reflejo del cristal, hasta que el tren se detuvo en Ebisu y les vi bajar.

Me apeé al cabo de unos instantes, con la esperanza de que el desconocido fuera en dirección contraria, pero se dirigía hacia mí. Mierda. Aminoré el paso, me detuve ante un mapa de la estación y lo examiné formando un ángulo tal que ninguno de ellos fuera capaz de verme la cara al pasar.

Era tarde, y sólo había media docena de personas que salían de la estación con nosotros. Mantuve una contrahuella entera de la escalera mientras abandonábamos las entrañas de la estación, luego dejé que me adelantaran por lo menos veinte metros antes de salir por el vestíbulo para seguirles.

En el extremo de Daikanyama, un barrio selecto de las afueras de Tokio, el desconocido entró en un gran complejo de apartamentos. Le observé mientras introducía una llave en la puerta de entrada, que se abrió de forma electrónica y luego se cerró detrás de él. Obviamente, el Hombre del Teléfono también tomó nota, entonces siguió unos veinte pasos más allá de la entrada, se paró, extrajo el teléfono móvil, pulsó una tecla y mantuvo una conversación corta. Acto seguido, extrajo un paquete de cigarrillos, encendió uno y se sentó en el bordillo de la acera.

No, ese tipo no pertenecía al equipo del desconocido, como había pensado en un principio. Le estaba siguiendo.

Me situé en la penumbra al fondo de una pequeña zona de aparcamiento comercial y esperé. Al cabo de quince minutos una moto de carreras de color escarlata, con el tubo de escape modificado para producir el máximo estruendo tipo Godzilla, pasó por la calle. El piloto, con un traje de cuero también escarlata y casco envolvente, se detuvo delante del Hombre del Teléfono. Éste señaló el edificio del desconocido y se montó en la parte trasera de la moto. Se internaron a todo gas en la noche.

Era bastante probable que el desconocido viviera allí, pero en el edificio había cientos de viviendas y no tenía forma de saber cuál era la suya ni de buscar su nombre. Además, por lo menos habría dos puntos de salida, por lo que esperar sería en vano. Me quedé hasta que el sonido de la moto se desvaneció, me levanté para comprobar la dirección y me encaminé hacia la estación de Ebisu.

Cinco

Desde Ebisu tomé la línea de Hibiya hasta la estación del mismo nombre, donde haría transbordo a la línea de Mita y de ahí a casa. Sin embargo, nunca hago transbordo directamente, por lo que antes salí de la estación para realizar una PDV.

Me detuve en una tienda de música de Tsutaya, donde me abrí camino entre los adolescentes *grunge* que escuchaban los últimos éxitos de música pop japonesa con los auriculares de la tienda, moviendo la cabeza al ritmo de la música. Fui paseando hacia el fondo del establecimiento y me fui parando para mirar los CD que había en los estantes situados de cara a la puerta, alzando la mirada para comprobar si alguien me seguía.

Eché una ojeada a la sección de música clásica y luego pasé a la de *jazz*. Sin pensarlo, comprobé si Midori había publicado algún CD. Sí: *Another Time*. Aparecía en la portada de pie y con los brazos entrecruzados bajo una farola en lo que parecía la zona más sórdida de Shinjuku, y el perfil le quedaba en penumbra. No reconocí el sello discográfico, sería una empresa pequeña. Todavía no había saboreado las mieles del éxito pero estaba de acuerdo con Mama, llegaría lejos.

Cuando me disponía a dejarlo en el estante pensé: «Dios mío, es sólo música. Si te gusta, cómpralo». De todos modos, un empleado podría acordarse. Así pues, camino de la caja también cogí una colección de obras instrumentales de *jazz* de otro intérprete y unos conciertos de Bach. Me situé en una de las colas más largas, donde había un cajero que parecía agobiado por el trabajo. Pagué en efectivo. Lo único que recordaría aquel tipo sería que alguien compró unos cuantos CD, quizá de música clásica, quizá de *jazz*. Tampoco es que fueran a preguntarle.

Terminé la PDV y me llevé los CD a mi apartamento de Sengoku. Esta zona se encuentra en el noreste de la ciudad, cerca de los vestigios del viejo Tokio, lo que los nativos denominan *Shitamachi*, el centro. La zona es antigua y buena parte de la misma ha sobrevivido tanto al Gran Terremoto de Kanto de 1923 como a los bombardeos producidos durante la guerra. En el barrio no hay vida nocturna aparte de los *nomiya* locales, o bares, y ninguna zona comercial, por lo que no abundan los transeúntes. La mayor parte de la

población son *edoko*, los verdaderos habitantes de Tokio, que viven y trabajan en las tiendas familiares y en los diminutos restaurantes y bares. «Sengoku» significa «las mil piedras». No sé a qué se debe ese nombre pero siempre me ha gustado.

No es mi hogar pero es lo más parecido a ello que he tenido jamás. Después de la muerte de mi padre, mi madre me llevó de nuevo a EE. UU. Teniendo en cuenta la pérdida y el trastorno que sufrió su vida, creo que mi madre deseaba estar cerca de sus padres, quienes también estaban ansiosos por reconciliarse. Nos instalamos en una ciudad llamada Dryden, en el norte del estado de Nueva York, donde ella empezó a trabajar de profesora de japonés en la cercana universidad de Cornell y yo me matriculé en la escuela pública.

Dryden era una ciudad predominantemente blanca y de clase trabajadora, y mis rasgos asiáticos y mi inglés de no nativo me convirtieron en el objetivo preferido de los bravucones de la zona. La población nativa de Dryden me dio las primeras clases prácticas sobre las guerrillas: me perseguían en grupo y yo les contraatacaba con mis propios medios cuando estaban solos y eran vulnerables. Comprendí la mentalidad de la guerrilla mucho antes de aterrizar en Da Nang.

A mi madre le preocupaban mis moratones constantes y mis nudillos rascados, pero estaba demasiado ocupada con su nuevo puesto en la universidad e intentando limar asperezas con sus padres como para intervenir. Pasé buena parte de esos años añorando Japón.

Por tanto, crecí destacando entre los demás y hasta más adelante no aprendería el arte del anonimato. En este sentido, Sengoku es una anomalía para mí. Escogí la zona antes de que me preocupara el anonimato y me quedé allí arguyendo que el daño ya estaba hecho. Es el típico sitio en el que todos saben cómo te llamas y cree saber a qué te dedicas. Al comienzo me resultaba incómodo que todo el mundo me reconociera, me tuviera clasificado. Pensé en trasladarme al oeste de la ciudad. El oeste es el Tokio por antonomasia y nada parecido a Japón. Es desenvuelto, rápido y nuevo, es un remolino de multitudes repletas de cafeína, alienadas y anónimas. Podría ir allí, mezclarme, desaparecer.

Pero la parte antigua tiene magia y me cuesta imaginarme dejándola. Me gusta recorrer la distancia que separa el metro de mi apartamento al caer la tarde, subiendo por la calle de las tiendecitas pintada de verde y rojo de forma que siempre se respira un ambiente festivo, incluso en invierno, cuando oscurece más temprano. Está la pareja de mediana edad propietaria de la

tienda de baratillo de la esquina, que me saluda «*Okaeri nasai!*» — ¡Bienvenido a casa!— cuando me ven por la noche, en vez del habitual «*Kon ban Da*» o buenas noches. Está la anciana regordeta y risueña que regenta el videoclub con el gran letrero amarillo en la fachada y las ventanas cubiertas de carteles de los últimos estrenos de Hollywood, cuya puerta siempre está abierta cuando refresca. Tiene de todo, desde películas de Disney a la pornografía más escandalosa, y desde el mediodía hasta las diez de la noche se sienta como un Buda feliz en el local a mirar su mercancía en un televisor situado cerca de la caja registradora. Y está la Mujer Pulpo, que vende *takoyaki*, pulpo frito, desde una ventana que da a la calle de su casa antigua, cuyo rostro, cansado por los años acumulados y el aburrimiento de sus tareas, ha acabado pareciéndose a las criaturas que vende. Todas las noches arrastra los pies alrededor de los fogones, vierte sus pociones con movimientos inconscientes y repetitivos y, a veces, al pasar, veo niños que susurran y ríen cuando pasan corriendo: «¡*Tako onna! ¡Ki o tsukete!*» ¡La Mujer Pulpo! ¡Cuidado! También está la casa de Yamada, el profesor de piano, desde la que, las tardes de verano, cuando oscurece tarde, las notas suaves bajan perezosamente por la calle, mezclándose con el roce de las zapatillas de los bañistas que vuelven del *senjo*, el baño público de la zona.

Aquel fin de semana escuché muchas veces la música de Midori. Llegaba a casa del despacho, hervía agua para cenar fideos *ramen*, me sentaba bajo una luz tenue mientras sonaba la música y las notas iban desentrañándose. Al escuchar la música, mirando por la balconada hacia las calles estrechas y tranquilas de Sengoku, notaba la presencia del pasado pero me sentía a salvo del mismo.

Con los años, me he ido impregnando de los ritos y ritmos del vecindario, demasiado sutiles para apreciarlos desde el comienzo. Han crecido en mi interior, me han infectado, forman parte de mí. Diría que un pequeño paso fuera de las sombras no parece un precio tan alto por tales complacencias. Además, sobresalir es una desventaja en cierto sentido pero una ventaja en otro. En Sengoku no hay lugares anónimos en los que un desconocido puede sentarse a esperar a que llegue su objetivo. Y hasta que papá y mamá no recojan y trasladen la mercancía al interior de la tienda por la noche y desenrollen las persianas onduladas, siempre están ahí fuera, observando la calle. Si no eres de Sengoku la gente se dará cuenta, se preguntará qué te trae por ahí. Si eres del barrio... bueno, se fijan en ti de otro modo.

Supongo que puedo soportarlo.

Seis

La semana siguiente concerté una cita para almorzar con Harry en el *sobaya* Issan. No podría desvelarle aquel pequeño misterio, aunque sabía que necesitaría su ayuda para resolverlo.

Issan es una vieja casa de madera ubicada en Meguro, a unos cincuenta metros de Meguro-dori y a cinco minutos andando de la estación de Meguro. Nada pretencioso, sirve algunos de los mejores fideos *soba* de Tokio. Issan me gusta no sólo por la calidad de los *soba*, sino también por el ambiente de fantasía: hay un armario pequeño de objetos perdidos junto a la entrada delantera cuyo contenido no ha cambiado en la década transcurrida desde que conozco el local. A veces me pregunto qué dirían los propietarios si un cliente entrara y exclamara: «¡Por fin! ¡Mi calzador de carey... hace años que lo busco!».

Una de las menudas camareras del restaurante me acompañó a una mesa baja en una sala pequeña con tatami y luego se arrodilló para tomar nota. Elegí las *umeboshi* del día, ciruelas maceradas, para mordisquearlas mientras esperaba a Harry.

Apareció diez minutos tarde, acompañado de la misma camarera que me había atendido.

—Supongo que era mucho esperar que eligieras Las Chicas otra vez —dijo mientras lanzaba una mirada a las paredes antiguas y los carteles descoloridos.

—He decidido que ya va siendo hora de que degustes más a menudo el Japón tradicional —le respondí—. Me parece que pasas demasiado tiempo en las tiendas de electrónica de Akihabara. ¿Por qué no pruebas algo clásico? Te recomiendo los *yuzukiri*. —Los *yuzukiri* son fideos *soba* aromatizados con el jugo de un delicado cítrico japonés llamado *yuzu*, y son una especialidad del Issan.

La camarera regresó a tomarnos nota: dos *yuzukiri*. Harry me contó que no había sido capaz de descubrir nada especialmente revelador sobre Kawamura, sólo datos biográficos generales.

—Siempre perteneció al Partido Liberal Democrático —explicó Harry—. Se licenció en la Universidad de Tokio en 1960, en Ciencias Políticas, y fue

directo al Gobierno junto con los mejores de su promoción.

—En EE. UU. podrían aprender un poco de eso, allí sólo llegan al Gobierno los que fracasan en los estudios. Es como sembrar las semillas de maíz más pequeñas.

—He trabajado con algunos de ellos —apuntó Harry—. De todos modos, Kawamura empezó redactando pautas administrativas para la industria de electrónica de consumo de Japón en el Ministerio de Comercio Internacional e Industria. El MCII trabajaba con empresas como Panasonic y Sony para mejorar la posición de Japón en la economía mundial, y Kawamura tenía mucho poder para sus veintitantos años. Ascensos regulares en el escalafón burocrático, triunfador pero no espectacular. Buen trabajo como artífice de la orientación estratégica nacional de semiconductores en la década de 1980.

—Ahora todo eso está desacreditado —dije distraídamente.

Harry se encogió de hombros.

—Se llevó el mérito cuando pudo. Después de que el MCII pasara a depender del Kensetsusho, el antiguo Ministerio de la Construcción, permaneció allí como viceministro del territorio e infraestructura cuando Construcción se fusionó con el Kokudokotsusho.

Hizo una pausa y se pasó los dedos por el pelo rebelde, lo cual no mejoró en nada su aspecto.

—Mira, lo que puedo contarte son principalmente datos básicos sobre su biografía. Necesito saber mejor qué estoy buscando, o es posible que ni siquiera lo reconozca cuando lo tenga delante.

—Harry, no seas tan duro contigo mismo. Vamos a seguir trabajando sobre el tema, ¿vale? —Hice una pausa y me di cuenta de que aquello sería peligroso, sabiendo que, si quería desvelar aquel misterio, tendría que arriesgarme.

Le dije lo que había visto en Alfie y lo de después, que había seguido al desconocido hasta el apartamento de Daikanyama.

Negó con la cabeza.

—¿Cuántas posibilidades tenías de encontrarte a la hija de Kawamura de ese modo? Increíble.

Lo miré fijamente porque no estaba seguro de que me creyera.

—*Seven wa semai yo* —dije. El mundo es un pañuelo.

—O podría ser el karma —dijo con expresión inescrutable.

«Dios mío, ¿cuánto sabe este chico?»

—No sabía que creyeras en el karma, Harry.

Se encogió de hombros.

—¿Crees que existe alguna relación con el allanamiento de morada de Kawamura?

—Podría ser. El tipo del tren buscaba algo, por eso registró a Kawamura. No lo encontró. Así que entró en su apartamento. Y sigue sin haberlo encontrado. Entonces piensa que la hija lo puede tener, supongo que porque supone que ella tendría las cosas de su padre.

La camarera nos trajo los dos *yuzukiri*. Sin emitir sonido alguno se arrodilló en el tatami, colocó cada plato encima de la mesa, los reubicó ligeramente siguiendo algún plano mental estricto, se levantó, hizo una reverencia y se marchó.

Cuando terminamos de comer, Harry se recostó en la pared y soltó un eructo largo y bajo.

—Estaba bueno —reconoció.

—Lo sé.

—Me gustaría hacerte una pregunta —dijo—. Si no quieres, no respondas.

—De acuerdo.

—¿Cuál es tu interés en todo esto? ¿Por qué insistes tanto? No es propio de ti.

Pensé en decirle que lo hacía para un cliente, pero sabía que no se lo tragaría.

—Algo de lo que está pasando no cuadra con lo que me dijo el cliente —declaré—. Eso me incomoda.

—¿Te incomoda?

Veía que estaba en plan despiadado.

—Me recuerda a algo que me ocurrió hace mucho tiempo —manifesté, contándole la verdad—. Algo que quiero asegurarme de que no vuelva a pasar. Dejémoslo así por ahora.

Levantó las manos un instante, con las palmas hacia delante en un gesto de súplica, luego se inclinó hacia delante y puso los codos encima de la mesa.

—Bueno, podemos suponer que el tipo que seguiste vive en ese bloque de apartamentos. En Daikanyama viven muchos extranjeros pero no creo que haya más de una docena en ese edificio. Así que tampoco lo tenemos tan mal.

—Bien.

—¿La Mama-san te contó que le había dicho que era periodista?

—Sí, pero eso no significa gran cosa. Creo que le enseñó una tarjeta, pero podría ser falsa.

—Tal vez, pero es un punto de partida. Intentaré cotejar a los extranjeros que encuentre en la dirección de los apartamentos con las declaraciones que

guardan en el Nyukan, a ver si identifico a alguien que pertenezca al mundo de los medios de comunicación. —El Nyukan, o Nyukokukanrikoyu, es la Oficina de Inmigración de Japón, adscrita al Ministerio de Justicia.

—Hazlo. Y ya puestos, a ver si me consigues la dirección de la chica. Probé en el 1-0-4 pero no figura en la guía.

Se rascó la mejilla y bajó la mirada, como si intentara disimular una sonrisa.

—¿Qué pasa? —inquirí.

Alzó la mirada.

—Te gusta.

—Oh, por el amor de Dios, Harry...

—Pensabas que iba a sincerarse contigo y pasó de ti. Ahora es un reto. Quieres otra oportunidad.

—Harry, estás soñando.

—¿Es guapa? Dímelo.

—No voy a darte esa satisfacción.

—O sea, que es guapa. Te gusta.

—Has leído demasiados *manga* —dije, refiriéndome a los cómics gruesos y a menudo lascivos que tanto éxito tienen en Japón.

—Oh, claro —dijo, y pensé: «Vaya, sí que lee esa mierda. He herido sus sentimientos».

—Venga, Harry, necesito tu ayuda para llegar al fondo de esto. El tipo del tren esperaba que Kawamura llevara algo, y por eso lo registró. Sin embargo, no lo encontró, porque en tal caso no le habría hecho preguntas a Midori. Ahora dime: ¿quién tiene todas las pertenencias de Kawamura, incluida la ropa y los efectos personales que llevaba cuando murió?

—Lo más probable es que sea Midori —reconoció con un ligero encogimiento de hombros.

—Cierto. Ella sigue siendo nuestra mejor pista. Consígueme la información y veremos adonde nos lleva.

Hablamos de otros asuntos el resto del almuerzo. No le conté nada sobre lo del CD. Ya se había precipitado sacando demasiadas conclusiones.

Siete

Al día siguiente Harry me llamó al busca utilizando un código numérico prefijado para decirme que había cargado información a un BBS que utilizamos. Supuse que se trataba de la dirección de Midori y Harry no me decepcionó.

Vivía en un pequeño complejo de apartamentos llamado Harajuku Badento Haitso —Cumbres Verdes de Harajuku— al lado del Estadio Olímpico de Tokio diseñado en 1964 por Kenzo Tange. El moderno barrio de Harajuku es la zona fronteriza que atraviesa los largos silencios y los solemnes cedros japoneses del parque Yoyogi y el santuario Meiji, el frenesí y la locura de adolescentes aturullados por las compras de Takeshita-dori, y las *boutiques* y restaurantes elegantes de Omotesando.

Harry me había confirmado que Midori no tenía ningún vehículo matriculado a su nombre en la Jefatura de Tráfico de Tokio, lo cual significaba que viajaba en tren: o el JR, que tomaría en la estación de Harajuku, o una de las líneas de metro, a las que accedería en Meijijingu-mae u Omotesando.

El problema radicaba en que la estación del JR y las de metro estaban en direcciones contrarias, y era igual de probable que tomara una u otra. Dado que no había ningún punto de congestión camino de esas estaciones, carecía de criterio razonable para elegir una o la otra. Tendría que limitarme a encontrar el mejor lugar para esperar y observar y basar mi decisión en eso.

Omotesando-dori, el lugar donde estaban situadas las estaciones de metro, reunía las condiciones necesarias. Era conocido como «los Campos Elíseos de Tokio», si bien es cierto que sobre todo entre quienes nunca han estado en París. Se trata un largo bulevar comercial flanqueado de olmos cuyas hojas estrechas ofrecen primero una corona y luego una alfombra de color amarillo durante unos cuantos días cada otoño. Sus numerosos restaurantes y cafeterías son obra de arquitectos que tenían en mente el estilo parisino que a los paseantes les gusta mirar, lo cual me permitiría pasar una hora o dos observando la calle desde varios establecimientos sin llamar la atención.

Por todo ello, si no tenía mucha suerte, me esperaban unos cuantos días muy aburridos de esperas y observaciones. Pero Harry me ofreció una

innovación que me salvó: se trataba de un método para convertir un teléfono en micrófono.

El truco sólo funciona con teléfonos digitales con sistema manos libres, con los que se puede llamar sin descolgar el auricular. La recepción queda amortiguada pero puede escucharse. Anticipándose a mi siguiente movimiento, Harry había probado la línea de Midori para mí y me había informado que era factible.

El sábado siguiente por la mañana a las diez en punto llegué a la cafetería Aoyama Blue Mountain de Omotesando-dori, equipado con una pequeña unidad que activaría el teléfono de Midori y un móvil para escuchar cualquier cosa a la que me conectara. Tomé asiento en una de las mesitas que daban a la calle y le pedí un café exprés a una camarera con aspecto aburrido. Mientras observaba el paso del gentío poco numeroso a media mañana, accioné la unidad y escuché un ligero silbido en el auricular, que me indicaba que se había establecido la conexión. Aparte de eso, silencio. No me quedaba más remedio que esperar.

Un equipo de obreros se había situado unos metros más abajo de la entrada del Blue Mountain para arreglar los baches de la carretera. Había cuatro trabajadores mezclando la grava y midiendo las cantidades correctas; dos hombres sobran, pero la *yakuza*, la mafia japonesa, ejerce una gran influencia en la industria de la construcción e insiste en colocar a más obreros de los necesarios. El Gobierno, satisfecho por contar con otra vía más para la creación de empleo, es cómplice. Así el desempleo se mantiene a niveles tolerables socialmente. La máquina sigue funcionando.

Como viceministro del Kokudokotsusho, el padre de Midori se habría encargado de las obras y de la mayor parte de los grandes proyectos de obras públicas emprendidos en todo Japón. Habría estado bien involucrado en muchos de estos asuntos. No era de extrañar que alguien quisiera adelantar su muerte.

Dos hombres de mediana edad con traje y corbata negros, el vestuario moderno para los funerales en Japón, se marcharon de la cafetería y el aroma de grava caliente me llegó hasta la mesa. Ese olor me recordó mi niñez en Japón, los días de final del verano en que mi madre me acompañaba a la escuela para el primer día de curso. En esa época del año siempre parecía que las carreteras estaban en proceso de repavimentación y, para mí, ese tipo de obra sigue oliendo al presagio de una nueva tanda de acoso y ostracismo.

A veces siento que mi vida se ha dividido en segmentos. Yo los llamaría capítulos, pero las piezas están separadas de forma tan abrupta que al total le

falta el tipo de continuidad que los capítulos le conferirían. El primer segmento termina con la muerte de mi padre, suceso que hizo añicos un mundo previsible y seguro, sustituido por la vulnerabilidad y el temor. Se produjo otra ruptura cuando recibí un breve telegrama militar comunicándome que mi madre había muerto y ofreciéndome un permiso de EE. UU. para el funeral. Con mi madre perdí un centro de gravedad emocional, una fuerza psíquica lejana que regulaba mi comportamiento, y me invadió una sensación de libertad nueva y espantosa. Camboya fue otra ruptura, un internamiento más en la penumbra.

Por extraño que parezca, el momento en que mi madre me llevó a EE. UU. desde nuestra casa de Japón no representa una línea divisoria, ni entonces ni ahora. Era un intruso en ambos lugares, y el traslado no hizo más que confirmar ese estado. Ninguna de mis excursiones geográficas subsiguientes resultó especialmente distinta. Durante una década a partir del funeral del Loco Genial vagué por la tierra como un sicario, tentando a la suerte para que me mataran, pero sobreviví porque una parte de mí ya estaba muerta.

Luché junto a los cristianos libaneses en Beirut cuando la CIA me reclutó para adiestrar a las guerrillas de los *muyahidín* que se enfrentaban a los soviéticos en Afganistán. Era perfecto: experiencia en combate y un historial de mercenario que permitía la negación más absoluta de mi existencia por parte del Gobierno.

Para mí siempre ha habido una guerra y la época anterior me parece irreal, de ensueño. La guerra es la base desde la que lo abordo todo. La guerra es lo único que conozco. ¿Conocéis la parábola budista?: «Un monje se despertó de un sueño en el que era una mariposa, entonces se preguntó si era una mariposa soñando que era un hombre».

Un poco después de las once, oí sonidos de movimiento en el apartamento de Midori. Pasos, luego agua que corría, lo que supuse que era una ducha. Caí en la cuenta de que trabajaba de noche, por lo que lo más probable era que se levantara tarde. Acto seguido, poco antes del mediodía, oí una puerta exterior que se cerraba y el clic mecánico de una cerradura y supe que por fin se ponía en marcha.

Pagué los dos cafés que me había tomado y salí a Omotesando-dori, donde me encaminé con tranquilidad hacia la estación de Harajuku. Quería llegar al paso elevado para peatones. Así disfrutaría de una vista panorámica, pero también me dejaría desprotegido, por lo que no podría quedarme demasiado rato.

Había calculado bien. Sólo tuve que esperar unos minutos en el paso elevado hasta que la vi. Se acercaba desde su bloque de apartamentos y giró a la derecha en Omotesando-dori. Desde allí me resultaba fácil seguirla.

Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y los ojos oscuros ocultos tras unas gafas de sol. Vestía unos pantalones negros ajustados y un jersey de pico también negro; caminaba con seguridad, con un rumbo claro. Tenía que reconocer que tenía buena presencia.

«Ya basta —me dije—. Su aspecto no tiene nada que ver con todo esto.»

Llevaba una bolsa de la compra que reconocí por su característico color de arce, era de Mulberry, el fabricante inglés de artículos de piel. Había una tienda en Minami Aoyama y me pregunté si se dirigía allí para devolver algo.

A media altura de Aoyama-dori entró en Paul Stuart. Podría haberla seguido al interior, fingir que nos encontrábamos por casualidad, pero tenía curiosidad por saber a qué otros sitios iba y decidí esperar. Me coloqué en la Galería Fouchet situada al otro lado de la calle, donde admiré varios cuadros que me permitían disfrutar de una vista de la calle hasta que salió, con una bolsa de Paul Stuart en mano, al cabo de veinte minutos.

Su siguiente parada fue en Nicole Farhi London. Esta vez la esperé en el mercado de flores de Aoyama, en la planta baja del edificio La Mia. A partir de allí siguió recorriendo una serie de calles secundarias anónimas de Omotesando, parándose periódicamente a echar un vistazo en alguna de las *boutiques* de la zona, hasta que salió a Koto-dori, donde giró a la derecha. La seguí desde el otro lado de la calle hasta que la vi entrar en Le Ciel Bleu.

Entré en la tienda de J. M. Weston a admirar los zapatos hechos a mano en los escaparates desde un ángulo que me permitía ver Le Ciel Bleu. Al parecer, tenía un gusto predominantemente europeo. Evitaba las tiendas grandes, incluso las caras. Parecía estar completando un círculo que la llevaría de vuelta a su apartamento. Y seguía llevando la bolsa de Mulberry.

Si de hecho se disponía a realizar una devolución, yo tenía la oportunidad de llegar antes. Era un riesgo porque si me quedaba allí y ella se iba por otro camino, la perdería. Pero si me anticipaba a ella y la esperaba en su siguiente parada, el encuentro parecería más fortuito y era menos probable que pensara que la seguía.

Salí de la tienda de Weston y subí con rapidez por Koto-dori, mirando escaparates al pasar para tener la cara girada con respecto a Midori. En cuanto me alejé de Le Ciel Bleu, crucé la calle y me introduje en Mulberry. Me encaminé a la sección de caballeros, donde le dije a la encargada que estaba mirando, y empecé a examinar algunos de los maletines expuestos.

Al cabo de cinco minutos ella entró en la tienda tal como yo esperaba, se quitó las gafas de sol y respondió al *irrashaimase* de bienvenida de la encargada con una ligera inclinación de cabeza. Manteniéndola en el límite de mi visión periférica, levanté un maletín como si quisiera saber cuánto pesaba. Desde aquel ángulo, noté que su mirada se detenía y permanecía fija más tiempo de lo normal al echar un vistazo casual por la tienda. Di al maletín un último vistazo, lo dejé en el estante y alcé la mirada. Ella seguía mirándome con la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha.

Parpadeé una vez, como sorprendido, y me acerqué a ella.

—Kawamura-san —dije en japonés—. Qué grata sorpresa. La vi en el Club Alfie el viernes pasado. Estuvo fantástica.

Me repasó de arriba abajo en silencio antes de responder y me alegré de que mi apuesta hubiera funcionado. Tenía la impresión de que aquella mujer inteligente se mostraría cínica ante las casualidades y podría haber sospechado, caso de entrar detrás de ella, que la había seguido.

—Sí, lo recuerdo —dijo al final—. Es quien piensa que el *jazz* es como el sexo. —Antes de que se me ocurriera una respuesta adecuada, añadió—: ¿Sabe? No hacía falta que lo dijera. Podía intentar ser más indulgente.

Por primera vez me encontraba en la posición correcta para fijarme en su cuerpo. Era esbelta y tenía las extremidades largas, tal vez herencia de su padre, cuya estatura me había facilitado el seguimiento por Dogenzaka. Tenía la espalda ancha, un buen contraste con su cuello largo y grácil. Tenía los pechos pequeños y no pude evitar intuir su tersura bajo el suéter. La piel de la parte del pecho que llevaba descubierta era hermosa: suave y blanca, enmarcada por el contraste del cuello de pico negro.

Le miré los ojos oscuros y noté que mi impulso habitual de discutir se disipaba.

—Tiene razón —le dije—. Lo siento.

Cerró los ojos unos instantes y negó con la cabeza.

—¿Disfrutó con la actuación?

—Muchísimo. Tengo su CD y hace tiempo que quería asistir a un concierto con su trío. Viajo mucho y ésta fue mi primera oportunidad.

—¿Adónde viaja?

—Sobre todo a América y Europa. Soy consultor —declaré en un tono que indicaba que mi trabajo sería un tema de conversación aburrido—. No creo que haya nada tan emocionante como ser pianista de *jazz*.

Sonrió.

—¿Le parece emocionante ser pianista de *jazz*?

Tenía la costumbre natural de un interrogador que consiste en retomar lo último que había dicho su interlocutor, alentándolo a hablar más. Conmigo no funciona.

—Bueno, permítame que se lo diga de otro modo —repliqué—. No recuerdo que nadie me haya sugerido jamás que la consultoría sea como el sexo.

Eché la cabeza hacia atrás y se rió sin molestarse en taparse la boca abierta con la mano, que es el típico gesto afectado e innecesario de las mujeres japonesas y, de nuevo, me sorprendió la seguridad fuera de lo común con que se desenvolvía.

—Ésa es buena —reconoció al cabo de un momento, cruzándose de brazos y dedicándome una débil sonrisa permanente.

Le sonreí.

—¿Qué está haciendo hoy? ¿De compras?

—Un poco. ¿Y usted?

—Lo mismo. Ya hace tiempo que tengo que renovar el maletín. Los consultores tenemos que guardar las apariencias, ¿sabe? —Lancé una mirada a la bolsa de la compra que llevaba—. Ya veo que es fan de Paul Stuart. Ésa iba a ser mi próxima parada.

—Es una buena tienda. La conozco de Nueva York y me alegré cuando abrieron una sucursal en Tokio.

Arqueeé las cejas ligeramente.

—¿Ha pasado mucho tiempo en Nueva York?

—Un poco —respondió con una ligera sonrisa mirándome de hito en hito.

«Maldita sea, es dura —pensé—. Rétala.»

—¿Qué tal su inglés? —le pregunté cambiando desde el japonés.

—Me defiendo —dijo rápidamente.

—¿Le apetece una taza de café? —pregunté en inglés y empleando mi mejor acento de Brooklyn.

Volvió a sonreír.

—Suenan muy auténtico.

—Igual que la propuesta.

—Creí que iba a ir a Paul Stuart.

—Iba. Pero ahora tengo sed. ¿Conoce la cafetería Tsuta? Es fantástica. Y está a la vuelta de la esquina, en una bocacalle de Koto-dori.

Seguía con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No la conozco.

—Entonces tiene que probar. Koyama-san sirve el mejor café de Tokio y se lo puede tomar mientras escucha a Bach o Chopin y contempla las vistas a un hermoso jardín secreto.

—¿Un jardín secreto? —preguntó. Estaba convencido de que quería ganar tiempo—. ¿Cuál es el secreto?

Le dediqué una mirada seria.

—Koyama-san dice que si se lo digo, tengo que matarla. Así que sería mejor que lo viera por usted misma.

Volvió a reírse, estaba acorralada pero no parecía importarle.

—Creo que antes tendría que saber su nombre —declaró.

—Junichi Fujiwara —repuse haciendo una reverencia de forma automática. Fujiwara era el apellido de mi padre.

Me devolvió la reverencia.

—Encantada de conocerle, Fujiwara-san.

—Permítame que le presente a Tsuta —dije sonriendo, tras lo cual nos marchamos.

Tardamos menos de cinco minutos en llegar a Tsuta, durante los cuales charlamos sobre el cambio que la ciudad había experimentado en los últimos años, sobre cómo añorábamos los días en que el bulevar situado frente al parque Yoyogi estaba cerrado al tráfico de automóviles los domingos y en él se ofrecían fiestas alocadas al aire libre con juerguistas disfrazados, cuando la identidad del *jazz* japonés se estaba forjando en miles de sótanos de bares y cafeterías, cuando no había ningún flamante City Hall en Shinjuku y la zona estaba animada con el anhelo, el romanticismo y las verdaderas agallas de sus habitantes. Me gustaba hablar con ella y, en cierto modo, sabía que aquello era extraño, incluso poco deseable.

Estuvimos de suerte y una de las dos mesas de Tsuta, con vistas al jardín secreto del establecimiento a través de un gran ventanal, estaba libre. Cuando voy solo prefiero sentarme en la barra, donde es todo un placer ver los preparativos reverentes del café en manos de Koyama-san, pero aquel día quería un ambiente más propicio para la conversación. Los dos pedimos la *demitasse* de la casa, elaborada con un intenso caté torrefacto, y nos sentamos formando ángulo recto el uno respecto al otro, de modo que los dos veíamos el jardín.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Tokio? —pregunté en cuanto nos hubimos aposentado.

—Por períodos, prácticamente toda la vida —respondió, mientras removía lentamente una cucharada de azúcar en la *demitasse*—. Viví en el extranjero

unos cuantos años cuando era pequeña, pero crecí en Chiba, una ciudad cerca de aquí. Venía constantemente a Tokio cuando era adolescente, e intentaba entrar a hurtadillas en los locales en los que tocaban *jazz* en directo. Luego pasé cuatro años en Nueva York, estudiando en Juilliard. Después regresé a Tokio. ¿Y usted?

—Igual que usted, yendo y viniendo toda la vida.

—¿Y dónde aprendió a pedir café con el verdadero acento de Nueva York?

Tomé un sorbo del líquido amargo que tenía delante y me planteé qué responder. No suelo revelar detalles de mi biografía. Lo que he hecho, y sigo haciendo, me ha marcado, tal como el Loco Genial dijo que me pasaría, y aunque la marca resulte invisible para la mayoría de las personas, siempre soy consciente de su presencia. Intimar ya no es algo que me resulte familiar. A veces me doy cuenta con cierto pesar de que ya no es posible.

No he mantenido ninguna relación verdadera en Japón desde que me pasé a la vida en la sombra. Mantuve algunas relaciones titubeantes, superficiales por mi parte. Tatsu, y otros amigos a los que ya no veo, intentaron a veces concertarme una cita con alguna mujer que conocían. Pero ¿qué futuro tenían esas relaciones, cuando los dos temas que mejor me definían eran innombrables, tabú? Basta con imaginar la conversación: «Serví en Vietnam». «¿Cómo es posible?» «Soy medio americano, ¿sabes? Un híbrido.»

Hay unas cuantas mujeres del *mizu shobai*, el negocio del agua, tal como los japoneses llaman a las mujeres de vida alegre, a las que veo de vez en cuando. Nos conocemos desde hace lo suficiente como para que nuestras relaciones ya no sean una mera transacción económica y, por el contrario, los regalos caros son la moneda de cambio en este contexto e incluso hay cierto nivel de afecto mutuo. Todas suponen que estoy casado, suposición que hace que me resulte fácil explicar las sutiles medidas de seguridad que aplico por norma. Además, la suposición también explica la naturaleza intermitente de nuestra relación, y mi reticencia a dar detalles personales.

Sin embargo, Midori también mostraba cierta reticencia, reticencia que acababa de vencer al hablarme un poco de su infancia. Sabía que si no la correspondía, no sabría nada más de ella.

—Crecí en ambos países —afirmé tras una larga pausa—. Nunca viví en Nueva York, pero he pasado allí cierto tiempo y conozco algunos de los acentos de la región.

Abrió bien los ojos.

—¿Se crió entre Japón y EE.UU.?

—Sí.

—¿Cómo es eso?

—Mi madre era americana.

Percibí cierta intensificación en su mirada, pues buscaba por primera vez la herencia caucásica en mis rasgos. Son reconocibles si uno sabe lo que está buscando.

—Pues no parece muy... Me refiero a que creo que sobre todo ha heredado los rasgos de su padre.

—Eso molesta a ciertas personas.

—¿El qué?

—Que parezco japonés cuando en realidad soy otra cosa.

Recordé durante unos instantes la primera vez que oí la palabra *ainoko*, mestizo. Fue en el colegio y aquella noche le pregunté a mi padre qué significaba. Frunció el ceño y se limitó a decir: *Taishita koto nai*. No es nada. Pero muy pronto acabé escuchando la palabra mientras los *ijimekko*, los bravucones del colegio, intentaban darme una paliza, y entonces até cabos.

Ella sonrió.

—No sé qué piensan los demás. Pero para mí el cruce entre culturas hace que las cosas sean más interesantes.

—¿Ah, sí?

—Sí. Mire el *jazz*. Las raíces están en el Africa negra y tiene ramificaciones en Japón y en todo el mundo.

—Es usted inusual. Los japoneses suelen ser racistas. —Me di cuenta de que mi tono sonó más amargo de lo que pretendía.

—No sé si el país es tan racista. Ha estado cerrado demasiado tiempo en sí mismo y siempre nos asusta lo nuevo o desconocido.

En general, este idealismo ante los hechos que precisamente demuestran lo contrario me resulta irritante, pero me di cuenta de que Midori se limitaba a proyectar sus buenos sentimientos hacia quienes la rodeaban. Al mirar al interior de sus ojos oscuros no podía evitar sonreír. Me devolvió la sonrisa, separando los labios carnosos e iluminando la mirada y no me quedó más remedio que apartar la vista.

—¿Cómo fue eso de crecer de ese modo, a caballo entre dos países, dos culturas? —inquirió—. Debió de ser increíble.

—Bastante normal, en realidad —dije de forma reflexiva.

Hizo una pausa con la *demitasse* a medio camino de los labios.

—No entiendo cómo una cosa así puede ser «normal».

«Ten cuidado, John.»

—No, de hecho resultó difícil. Me costó encajar en ambos lugares.

La *demitasse* siguió su ascenso y dio un sorbo.

—¿Dónde pasó más tiempo?

—Viví en Japón hasta los diez años y a partir de entonces sobre todo en EE. UU. Regresé aquí a comienzos de los años ochenta.

—¿Para estar con sus padres?

Negué con la cabeza.

—No. Ya no estaban.

Mi tono eliminó la ambigüedad del «no estaban» y ella asintió con compasión.

—¿Era muy joven?

—Adolescente —dije, buscando una especie de término medio, intentando ser lo más vago posible.

—Es terrible perder a los padres tan joven. ¿Estaba muy unido a ellos?

¿Unido? Aunque mi rostro llevaba el sello de los rasgos asiáticos de mi padre y aunque se casó con una americana, creo que mi padre prestaba una atención desmesurada a la raza. El maltrato que recibí en la escuela le enfurecía y avergonzaba a la vez.

—Bastante unido, supongo. Hace mucho tiempo que murieron.

—¿Cree que volverá a América?

—En un momento dado pensé que sí —declaré recordando cómo había empezado a dedicarme al trabajo que ahora parecía que había estado haciendo siempre—. Después de regresar ya adulto, me pasé diez años aquí pensando siempre que me quedaría uno más y luego volvería. Ahora ya no me lo planteo.

—¿Se siente como en casa, en Japón?

Recordé lo que el Loco Genial me había dicho, justo antes de hacer lo que me pedía: «Nosotros no tenemos hogar, John. No después de lo que hemos hecho».

—Supongo que se ha convertido en mi hogar —dije al cabo de un buen rato—. ¿Y usted? ¿Le gustaría ir a vivir a América otra vez?

Estaba dándole ligeros golpecitos a la *demitasse*, moviendo los dedos a los lados, desde el meñique al índice y pensé: «Toca según su estado de ánimo. ¿Qué haría yo si fuera capaz de hacerlo con las manos?».

—La verdad es que Nueva York me encantaba —reconoció al cabo de unos instantes, sonriendo al recordar algo—, y me gustaría volver algún día, incluso pasar una temporada. Mi representante piensa que tal cosa no es

demasiado descabellada. Tenemos un concierto en el Vanguard en noviembre que realmente nos dará a conocer.

El Village Vanguard es la meca del *jazz* en vivo de Manhattan.

—¿El Vanguard? —dije, impresionado—. Menuda clase. Coltrane, Miles Davis, Bill Evans, Thelonius Monk, todo el panteón.

—Es una gran oportunidad —reconoció ella, asintiendo.

—Podría aprovecharla, asentarse en Nueva York, si quisiera.

—Ya veremos. No olvide que ya he vivido en Nueva York. Es una gran ciudad, quizá la más emocionante en la que he estado. Pero es como bucear, ¿sabe? Al comienzo te piensas que puedes estar nadando bajo el agua para siempre, viéndolo todo desde esa nueva perspectiva, pero al final hay que salir a tomar aire. Al cabo de cuatro años, llegó el momento de regresar a casa.

Aquella era mi oportunidad.

—Debió de tener unos padres indulgentes para estar dispuestos a mandarla al extranjero tanto tiempo.

Esbozó una ligera sonrisa.

—Mi madre murió cuando yo era joven, igual que le ocurrió a usted. Mi padre me envió a Juilliard. Le encantaba el *jazz* y estaba muy emocionado por el hecho de que yo quisiera ser pianista.

—Mama me contó que murió hace poco —dije, oyendo el eco plano de mis palabras en los oídos—. Lo siento. —Inclinó la cabeza ligeramente como reconocimiento de mi expresión compasiva y pregunté—: ¿A qué se dedicaba?

—Era burócrata. —En Japón es una profesión honorable y la palabra japonesa *kanryo* carece de las connotaciones negativas que tiene en otros idiomas.

—¿En qué ministerio?

—La mayor parte de su carrera en el Kensetsusho. —El Ministerio de la Construcción.

Estábamos progresando. Advertí que la manipulación me incomodaba. «Termina la entrevista —pensé—. Luego lárgate. Te está desconcertando; es peligroso.»

—La construcción debió de ser un lugar un tanto tedioso para un amante del *jazz* —dije.

—A veces le resultaba duro —reconoció, y de repente noté cierta cautela. No había cambiado de postura, mantenía la misma expresión pero, en cierto modo, sabía que había estado dispuesta a decir más y que se lo había

repensado. Si le había tocado la fibra, apenas se le notaba. No habría pensado que yo lo notaría.

Asentí, de modo tranquilizador, o al menos es lo que esperaba.

—Tengo cierta idea de lo que es sentirse incómodo en el entorno en que uno se encuentra. Por lo menos la hija de su padre no parece tener ningún problema como ése, dar conciertos en el Alfie es algo normal para una pianista de *jazz*.

Noté aquella extraña tensión durante un segundo más de lo normal, luego se rió dulcemente como si hubiera decidido dejar pasar algo. No estaba seguro de qué fibra le había tocado y ya me lo plantearía más adelante.

—Así que cuatro años en Nueva York —continué—. Es mucho tiempo. Debió de tener una perspectiva diferente al volver.

—Sí. La persona que regresa después de vivir en el extranjero no es la misma que se marchó.

—¿A qué se refiere?

—La actitud cambia. Una ya no da las cosas por supuesto. Por ejemplo, en Nueva York me di cuenta de que cuando un taxista le corta el paso a otro, el conductor que se ha quedado cortado siempre le grita al otro y hace esto —imitó a la perfección el gesto con el dedo corazón levantado que hacen los taxistas de Nueva York— y me di cuenta de que eso es porque los americanos suponen que la otra persona lo hizo a propósito, por lo que quieren darle una lección. Pero ¿sabe?, en Japón la gente casi nunca se molesta en esas situaciones. Los japoneses consideran los errores de los demás como algo más bien arbitrario, como el tiempo, creo, no tanto como algo por lo que haya que enfadarse. No me lo había planteado antes de vivir en Nueva York.

—Yo también he observado esa diferencia. Me gusta más el talante japonés. Es algo a lo que vale la pena aspirar.

—Pero ¿la suya qué es? ¿Japonesa o americana? Me refiero a la actitud —se apresuró a añadir, por temor a ofenderme por ser demasiado directa.

La miré y por un instante pensé en su padre. Pensé en otras personas con las que he trabajado y lo diferente que habría sido su vida si no las hubiera conocido.

—No estoy seguro —dije al final, apartando la mirada—. Como creo que advirtió en Alfie, no soy una persona muy indulgente.

Se quedó inmóvil.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto —respondí sin saber qué se avecinaba.

—¿A qué se refería cuando dijo que le habíamos «salvado»?

—Intentaba entablar conversación —dije. Sonó burlón y, a tenor de sus ojos, de inmediato me di cuenta de que era la respuesta equivocada.

«Tienes que hacerle alguna concesión», volví a pensar, sin saber muy bien si estaba comprometiéndome o racionalizando. Exhalé un suspiro.

—Me refería a cosas que he hecho, cosas que sabía, o creía saber, que estaban bien —dije, pasando al inglés, idioma con el que me sentía más cómodo para hablar de aquel tema—. Pero luego resultó ser que no. A veces esas cosas me persiguen.

—¿Le persiguen? —inquirió, porque no lo acababa de entender.

—*Borei no yo ni*. —Como un fantasma.

—¿Mi música ahuyentó a los fantasmas?

Asentí y sonreí, pero la sonrisa se tornó triste.

—Sí. Tendré que escucharla más a menudo.

—¿Porque volverán?

«Cielo santo, acaba con este tema.»

—Yo diría que siempre están ahí. *Sugita koto wa, sugita koto da*. —El pasado, pasado está.

—¿Tiene remordimientos?

—¿No los tiene todo el mundo?

—Probablemente. ¿Pero los suyos son como los de los demás?

—Eso no lo sé. No suelo comparar.

—Pues lo acaba de hacer.

Me reí.

—Qué dura es —fue lo único que acerté a decir.

Negó con la cabeza.

—No pretendo serlo.

—Pues creo que lo es. Pero lo lleva bien.

—¿Y qué le parece el dicho «Sólo me arrepiento de lo que no he hecho»?

Negó con la cabeza.

—Es el dicho de otra persona. Alguien que debió de pasar mucho tiempo en casa.

Sabía que ese día no le sonsacaría más información sobre su padre o el desconocido sin hacer preguntas que revelaran mi verdadera intención al formularlas. Había llegado el momento de relajar la situación.

—¿Va a hacer más compras hoy? —pregunté.

—Iba a hacerlas pero tengo una cita en Jinbocho en menos de una hora.

—¿Un amigo? —pregunté con curiosidad profesional.

Sonrió.

—Mi representante.

Pagué la cuenta y regresamos a Aoyama-dori. Ya no había tanta gente y el aire era frío y pesado. La temperatura había descendido en las dos semanas y media transcurridas desde que eliminara a Kawamura. Alcé la mirada y vi nubes ininterrumpidas.

Había disfrutado mucho más de lo esperado... más, en realidad, de lo deseable. Pero el aire fresco atravesó mi ensoñación y reanimó mis recuerdos y dudas. Lancé una mirada al rostro de Midori, pensando: «¿Qué le he hecho? ¿Qué estoy haciendo?».

—¿Qué sucede? —preguntó al verme la expresión.

—Nada. Es que estoy cansado.

Miró hacia la derecha y luego otra vez hacia mí.

—Me pareció que estaba mirando a otra persona.

Negué con la cabeza.

—Sólo estamos nosotros.

Caminamos y nuestros pasos resonaron ligeramente. Entonces preguntó:

—¿Vendrá a verme tocar otro día?

—Me gustaría. —Menuda estupidez. Pero no tenía por qué continuar con el tema.

—Toco en el Blue Note el viernes y el sábado.

—Lo sé —dije. Otra estupidez, y ella sonrió.

Paró un taxi. Le abrí la puerta para que entrara mientras una parte irritante de mi persona se preguntaba cómo sería hacerse amigo de ella. Cuando el taxi se separó de la acera, bajó la ventanilla y dijo:

—Venga solo.

Ocho

El viernes siguiente recibí otra llamada de Harry en el busca en la que me decía que comprobara nuestro BBS.

Había descubierto que el desconocido era realmente periodista: Franklin Bulfinch, jefe de la oficina en Tokio de la revista *Forbes*. Bulfinch era uno de los cinco hombres extranjeros que vivía en el complejo de apartamentos de Daikanyama en el que le había visto entrar; lo único que Harry había tenido que hacer era cotejar los nombres que había encontrado en la guía del distrito con los archivos principales de la Oficina de Inmigración. Allí se guardaba información sobre todos los extranjeros residentes en Japón, incluida la edad, el lugar de nacimiento, la dirección, el empleador, las huellas dactilares y una fotografía. Con esta información, Harry había conseguido determinar rápidamente que el resto de los extranjeros no encajaban con la descripción que les había dado. También había tenido el detalle de piratear y cargar en el servidor la foto de Bulfinch para que yo confirmara que estábamos hablando del mismo hombre. Así era.

Harry me había recomendado que echara un vistazo a forbes.com, donde se archivaban los artículos de Bulfinch. Me conecté al sitio y me pasé varias horas leyendo los escritos de Bulfinch sobre la sospecha de alianzas entre el Gobierno y la *yakuza*, sobre cómo el Partido Liberal Democrático emplea amenazas, sobornos e intimidación para controlar a la prensa, sobre el coste que toda esta corrupción tiene para el japonés medio.

Los artículos de Bulfinch, escritos en inglés, tenían poco impacto en Japón y era obvio que los medios de comunicación locales no se hacían eco de sus esfuerzos. Me imaginé que aquello debía de resultarle frustrante. Por otro lado, probablemente fuera el motivo por el que no me habían encargado que lo eliminara.

Supuse que Kawamura era una de las fuentes de Bulfinch, de ahí la presencia del periodista en el tren aquella mañana y el registro rápido que le efectuó a Kawamura. Sentí cierta admiración abstracta por su obstinación: su fuente sufre un infarto delante de él y lo único que hace es rebuscar el material en los bolsillos del hombre.

Alguien debió de descubrir aquella relación, imaginó que era demasiado arriesgado eliminar al jefe de una oficina extranjera y decidió cargarse a quien filtraba la información. Tenía que parecer natural porque, de lo contrario, echarían más madera al fuego de Bulfinch. Por eso me llamaron.

Pues muy bien. O sea, que no había habido equipo B. Me había equivocado con respecto a Benny. Podía dejarlo estar.

Consulté la hora. Todavía no eran las cinco. Si quería, podía llegar tranquilamente al Blue Note a las siete, hora en que empezaba la primera tanda del concierto.

Me gustaba su música y me agradaba su compañía. Era atractiva e intuía que yo le atraía. Una combinación apetecible.

«Ve —pensé—. Será divertido. ¿Quién sabe qué pasará después? Podría ser una buena noche. La química está ahí. Un rollo de una noche. Podría estar bien.»

Pero todo eso eran gilipolleces. No sabía qué pasaría después de la actuación, pero Midori no parecía de las que tienen rollos de una noche. Precisamente, ése era el motivo por el que quería verla y, precisamente también, por el que no podía.

«¿Qué te pasa? —pensé—. Tienes que llamar a alguna de tus amiguitas. Tal vez Keiko-chan, le gusta echarse unas risas. Una cena tardía, quizá en el pequeño restaurante italiano de Hibiya, un poco de vino, un hotel».

No obstante, en aquel momento la perspectiva de pasar una noche con Keiko-chan resultaba curiosamente deprimente. Tal vez mejor una sesión de ejercicio físico. Decidí encaminarme hacia el Kodokan, uno de los locales en los que practico judo.

El Kodokan, o «Escuela para estudiar el camino», fue fundado en 1882 por Jigoro Kano, el inventor del judo moderno. Kano, estudioso de varias escuelas de destreza en el manejo de la espada y el combate cuerpo a cuerpo, extrajo un nuevo sistema de lucha basado en el principio de la eficacia máxima en la aplicación de la energía mental y física. En términos generales, el judo es con respecto a la lucha occidental lo que el karate es con respecto al boxeo. No es un sistema de puñetazos y patadas sino de derribos y forcejeos, que se distingue por un arsenal de llaves brutales y técnicas de estrangulación infalibles, todas las cuales tienen que emplearse con sumo cuidado en el local de entrenamiento. El significado literal de judo es «camino de la suavidad» o «camino apacible». Me pregunto qué opinaría Kano de mi interpretación.

En la actualidad, el Kodokan está situado en un edificio sorprendentemente moderno y anodino de ocho plantas en Bunkyo-ku, al

suroeste del parque Ueno y a pocos kilómetros de mi barrio. Cogí el metro en Kasuga, la estación más cercana, me cambié en uno de los vestuarios, y subí las escaleras hacia el *daidojo*, la sala de entrenamiento principal, donde estaba de visita el equipo de la Universidad de Tokio. Después de practicar mi primer *uke* con facilidad y hacer que se rindiera con una estrangulación, todos se pusieron en fila para luchar con el guerrero avezado. Eran jóvenes y duros pero no tenían nada que hacer contra la experiencia y astucia que otorga la edad; al cabo de una media hora de *randori* ininterrumpido yo seguía siendo el que acababa encima, sobre todo en el trabajo de suelo.

Un par de veces, al volver a la posición de *hajime* después de un derribo, me fijé en un *kurobi* japonés, o cinturón negro, que hacía estiramientos en un rincón de los tapices. Llevaba el cinturón un tanto andrajoso y era más gris que negro, lo cual indicaba que hacía muchos años que lo llevaba. Era difícil calcular la edad que tenía. Tenía mucho pelo y bien negro pero en su rostro se dibujaban el tipo de líneas que relaciono con el paso del tiempo y cierta cantidad de experiencia. Pero se movía como una persona joven y se abría de piernas sin ningún problema. En varias ocasiones noté que estaba muy pendiente de mí aunque en realidad no le vi mirando en mi dirección.

Necesitaba un respiro y me disculpé ante los estudiantes universitarios que estaban en fila, esperando poder demostrar su valor conmigo. Me hacía sentir bien vencer a judokas que tenían la mitad de años que yo y me pregunté durante cuánto tiempo más sería capaz de hacerlo.

Me dirigí al lateral del tapiz y, mientras hacía estiramientos, observé al tipo del cinturón andrajoso. Estaba practicando las proyecciones de *harai-goshi* con uno de los estudiantes universitarios, un joven bajo y fornido con el pelo rapado. Le hizo un barrido tan fuerte que el joven hizo un par de gestos de dolor cuando sus torsos chocaron.

Terminó y le dio las gracias al joven y, a continuación, se acercó al lugar en que me encontraba realizando los estiramientos e hizo una reverencia.

—¿Desea hacer una ronda de *randori* conmigo? —preguntó, en inglés con un leve acento.

Alcé la vista y noté una mirada muy intensa y la mandíbula cerrada, y su sonrisa no suavizó en nada ambos rasgos. No me había equivocado al pensar que me observaba, aunque no le hubiera pillado. ¿Había advertido la herencia caucásica en mis rasgos? Tal vez, y lo único que quería era hacer la prueba del *gaijin*, aunque, por mi experiencia, era un juego para los judokas más jóvenes que él. Y su inglés, o por lo menos la pronunciación, era excelente. Eso también resultaba extraño. Los japoneses que más ansiosos están de

medir sus fuerzas con los extranjeros suelen ser los que menos experiencia han tenido con ellos, y su nivel de inglés suele reflejar esa falta de contacto.

—*Kochira koso onegai shimasu* —repuse. Será un placer. Me molestaba que se hubiera dirigido a mí en inglés, y seguí hablando japonés—. *Nihongo wa dekimasu ka?* —¿Habla japonés?

—*Ei, mochiron. Nihonjin desu kara* —respondió, indignado. Por supuesto que sí. Soy japonés.

—*Kore wa shitsuri: shimasita. Watashi mo desu. Desu ga, hatsuon ga amari migoto datta no de...* —Disculpe. Yo también. Pero tiene un acento tan perfecto que...

Se echó a reír.

—Usted también. Espero que su nivel de judo también esté a la altura. — Pero al seguir dirigiéndose a mí en inglés, evitaba tener que admitir la verdad de su cumplido.

Yo seguía molesto y también precavido. Hablo japonés como un nativo, igual que el inglés, por lo que intentar felicitar me por mi facilidad con alguno de estos idiomas resulta insultante. Además, quería saber por qué había dado por supuesto que yo hablaba inglés.

Encontramos un sitio libre en el tatami y nos hicimos una reverencia mutua, luego empezamos a movernos en círculo, buscando cada uno de nosotros un agarre ventajoso. Él estaba muy relajado y se movía con fluidez. Hice un amago con *deashi-barai*, un barrido al pie, con la intención de continuar con *osoto-gari*, pero él respondió al amago con un barrido por su parte y me derribó sobre el tapiz.

Maldita sea, qué rápido era. Me puse en pie, nos colocamos de nuevo en posición y esta vez describimos un círculo en sentido contrario. Los orificios nasales se le ensanchaban ligeramente al respirar, pero ésa era la única señal de esfuerzo.

Lo tenía bien agarrado por la manga derecha con la mano izquierda, los dedos bien aferrados a la tela. Una buena colocación para conseguir un *ippon seonagi*. Pero ya se lo esperaba. Para variar, le hice un barrido fuerte para *sasae-tsuri-komi-goshi*, girando en el agarre y tensándome para el derribo. Pero él había anticipado el movimiento y liberó las caderas antes de que le cortara el paso, bloqueándome la vía de escape con la pierna derecha. Perdí el equilibrio y me golpeó con fuerza con *taiotashi*, me impulsó por encima de su pierna estirada y me dejó clavado en el tapiz.

Me derribó dos veces más en los cinco minutos siguientes. Era como luchar contra una cascada.

Me estaba cansando. Me situé frente a él y dije:

—*Jaa, tsugi o saigo ni shimasho ka!* —¿Hacemos uno más y lo dejamos?

—*Ei, so shimasho* —respondió, poniéndose alerta. De acuerdo.

«Muy bien, cabrón —pensé—. Tengo una sorpresita para ti. Vamos a ver qué te parece.»

Jugi-gatame, que significa «llave cruzada», es una llave de brazo que toma su nombre del ángulo de ataque. La ejecución clásica deja al atacante en perpendicular con respecto al contrincante, con ambos luchadores boca arriba, adoptando la forma de una cruz. Una permuta, aunque los clasicistas la llamarían «mutación», se denomina *jugi-gatame* volador, en el que el atacante lanza la llave directamente estando de pie. Como exige una entrega total y se tienen las mismas posibilidades de éxito que de fracaso, esta variación apenas se prueba, y no es muy conocida.

Si este tipo no estaba familiarizado con ella, estaba a punto de recibir una introducción.

Describí un círculo a la defensiva, jadeando para intentar parecer más cansado de lo que estaba. Conseguí librarme de sus intentos de agarre tres veces y le esquivé como si fuera reacio a entablar combate. Al final se frustró, mordió el anzuelo y acercó demasiado la mano izquierda para agarrarme la solapa derecha. En cuanto me agarró, le sujeté el brazo y eché la cabeza hacia atrás, lanzando las piernas hacia arriba como si fuera un saltador de trampolín. La cabeza me aterrizó entre sus pies, mi peso lo sacudió y se quedó medio agachado, con el pie derecho clavado en su axila izquierda, lo cual le hizo perder el equilibrio. Durante una fracción de segundo, antes de que se abalanzara sobre mí, vi la expresión de absoluta sorpresa en su rostro. Acto seguido nos encontramos en el tapiz y le atrapé el brazo y se lo retorcí contra el codo.

Dio una voltereta e intentó deshacerse de mí pero no podía. Tenía el brazo extendido al límite de su movimiento natural. Apliqué un poco más de presión pero se negó a someterse. Sabía que teníamos unos dos milímetros más antes de que el codo se le dislocara. Cuatro más y se le rompería el brazo.

—*Malta ka* —dije, inclinando la cabeza hacia delante para mirarlo. Ríndase. Estaba retorciéndose de dolor pero no me hizo ningún caso.

Es una tontería resistirse a una llave que retuerce el brazo.

—*Malta ka* —repetí con dureza. Pero él seguía resistiéndose.

Transcurrieron cinco segundos más. No pensaba soltarle sin que se rindiera pero no quería romperle el brazo. Me pregunté cuánto tiempo seríamos capaces de mantener aquella postura.

Al final me dio un golpecito en la pierna con la mano que tenía libre, la forma de rendición del judoka. Lo solté de inmediato y me aparté de él. Se dio la vuelta y se arrodilló con la postura *seiza* clásica, con la espalda recta y el brazo izquierdo estirado con rigidez por delante. Se estuvo frotando el codo varios segundos y me miró.

—*Subarashikatta* —dijo—. Excelente. Pediría la revancha pero no creo que el brazo me lo permita hoy.

—Tenía que haberse rendido antes —declaré—. No sirve de nada resistirse a una luxación de brazo. Mejor sobrevivir para luchar otro día.

Inclinó la cabeza a modo de reconocimiento.

—Mi orgullo estúpido, supongo.

—A mí tampoco me gusta rendirme. Pero ha ganado los primeros cuatro combates. Le cambio el palmarás. —Él seguía hablando en inglés y yo le respondía en japonés.

Me puse frente a él en *seiza* y nos dedicamos sendas reverencias. Cuando estuvimos erguidos, dijo:

—Gracias por la lección. Nunca había visto esa variación de *jugi-gatame* ejecutada con éxito en *randori*. La próxima vez no subestimaré los riesgos que está dispuesto a correr para obtener una rendición.

Eso ya lo sabía.

—¿Dónde entrena? —le pregunté—. No le había visto por aquí.

—Entreno en un club privado —respondió—. Quizá podría venir algún día. Siempre buscamos al judoka de *shibumi*. —*Shibumi* es un concepto estético japonés. Es una especie de poder sutil, una autoridad fluida. En el sentido más estricto, intelectual, podría denominarse sabiduría.

—No estoy seguro de ser lo que buscan. ¿Dónde está su club?

—En Tokio —repuso—. Dudo que haya oído hablar de él. En términos generales, mi... club no está abierto a los extranjeros. —Rectificó enseguida—: Pero, por supuesto, usted es japonés.

Probablemente tendría que haber pasado por alto el comentario.

—Sí. Pero usted me ha abordado en inglés.

Guardó silencio.

—Tiene unos rasgos fundamentalmente japoneses, si me permite decirlo. Me pareció detectar cierto indicio caucásico y quería asegurarme. Suelo fijarme mucho en esas cosas. Si me hubiera equivocado, usted no me habría entendido y me habría quedado claro.

«La prueba de fuego», pensé. Disparar a la arboleda, si alguien devuelve el disparo, ya sabes que hay alguien.

—¿Eso le satisface? —pregunté, controlando mi fastidio de forma consciente.

Por un momento, me pareció que se había incomodado, pero entonces habló.

—¿Le importa si le hablo con sinceridad?

—¿No es lo que ha hecho hasta ahora?

Sonrió.

—Usted es japonés, pero americano también, ¿verdad?

Adopté una expresión cuidadosamente neutral.

—De todos modos, creo que comprende. Sé que los americanos admiran la franqueza. Es una de sus características desagradables, y más teniendo en cuenta que se felicitan por ella de forma constante. ¡Y ese rasgo desagradable también se me está pegando! ¿Se da cuenta de la amenaza que América supone para el reino nipón?

Le observé mientras me preguntaba si era un chiflado de derechas. De vez en cuando uno se los encuentra, se precian de aborrecer a América pero no logran evitar sentirse fascinados por ella.

—¿Los americanos... provocan demasiadas conversaciones francas? —pregunté.

—Sé que se está haciendo el gracioso, pero en cierto sentido, sí, los americanos son misioneros, igual que los cristianos que vinieron a Kyushu a convertirnos hace quinientos años. Sólo que ahora no quieren hacer proselitismo del cristianismo sino del modo de vida americano, que es la religión secular oficial de América. La franqueza no es más que un aspecto, relativamente trivial.

¿Por qué no divertirse?

—¿Considera que le están convirtiendo?

—Por supuesto. Los americanos creen en dos cosas: primera, a pesar de la experiencia cotidiana y del sentido común, que «todos los hombres han sido creados iguales», y la segunda es que la confianza absoluta en el mercado es la mejor forma que una sociedad tiene para poner en orden sus asuntos. América siempre ha necesitado tales nociones trascendentales para unir a sus ciudadanos, que proceden de distintas culturas de todo el mundo. Y así los americanos se sienten impulsados a demostrar la universalidad de estas ideas, y por tanto su validez, convirtiendo de forma agresiva otras culturas a la suya. En un contexto religioso, este comportamiento equivaldría al del misionero en cuanto a origen y efecto.

—Es una teoría interesante —reconocí—. Pero el tener un punto de vista agresivo hacia otras culturas nunca ha sido un monopolio exclusivo de América. ¿Cómo explica la historia colonial japonesa en Corea y China? ¿Intentos por salvar a Asia de la tiranía de las fuerzas del mercado occidental? Sonrió.

—Se está burlando otra vez, pero su explicación no se aleja demasiado de la realidad. Porque las fuerzas del mercado, la competencia, son las que impulsaron a Japón en sus conquistas imperiales. Las naciones occidentales ya habían conseguido sus concesiones en China, América ya había institucionalizado el saqueo de Asia con la «Puerta Abierta». ¿Qué otra opción teníamos aparte de tener nuestras propias concesiones, por si Occidente nos rodeaba y obtenía el monopolio de nuestros suministros de materia prima?

—Dígame la verdad —le dije, fascinado a mi pesar—. ¿Realmente se cree todo esto? ¿Que los japoneses nunca quisieron la guerra, que Occidente lo provocó todo? Porque los japoneses lanzaron sus primeras campañas contra Corea con Hideyoshi hace más de cuatrocientos años. ¿Cómo es posible que Occidente provocara eso?

Me miró de hito en hito y se inclinó hacia delante, tenía los pulgares enganchados en su *obi*, los dedos del pie le aguantaban el peso.

—No me está entendiendo bien. La conquista japonesa de la primera mitad de este siglo fue una reacción a la agresión occidental. En épocas anteriores hubo otras causas, incluso tan innobles como el ansia de poder y saqueo. La guerra forma parte de la naturaleza humana, y nosotros los japoneses somos humanos, *ne?* Pero nunca hemos luchado, y está claro que nunca hemos fabricado armas de destrucción masiva para convencer al mundo de la rectitud de una idea. Eso ya lo hizo América y su gemelo bastardo, el comunismo.

Se inclinó más hacia mí.

—La guerra siempre ha formado parte del mundo y siempre la formará. Pero ¿unas cruzadas intelectuales? ¿Con batallas libradas a escala global, respaldadas por economías industriales modernas, con la amenaza de un auto de fe nuclear para los infieles? Eso sólo lo ofrece América.

Bueno, aquello confirmaba el diagnóstico de chiflado de derechas.

—Le agradezco que me hable con franqueza —dije haciendo una ligera reverencia—. *Li benkyo ni narimashita*. —Ha sido muy instructivo.

Me devolvió la reverencia y empezó a retirarse.

—*Kochira koso*. —Lo mismo digo. Sonrió, de nuevo con cierta incomodidad—. Tal vez nos volvamos a ver.

Le observé mientras se marchaba. Luego me dirigí a uno de los habituales, un veterano llamado Yamaishi, y le pregunté si había visto alguna vez al tipo que justo en ese instante se estaba marchando del tatami.

—*Shiranai* —dijo encogiéndose de hombros—. *Amari shiranai kao da. Da kedo, sugoku tsuyoku na. Randori, mita yo*. —No le conozco. Pero tiene un nivel de judo muy bueno. Les he visto luchando.

Quería calmarme antes de ducharme por lo que bajé a un *dojo* vacío de la quinta planta. Dejé las luces apagadas al entrar. Aquella sala era mejor cuando sólo recibía la iluminación del parque de atracciones de Korakuen, que centelleaba y bullía al lado. Hice una reverencia ante la foto de Kano Jigoro, situada en la pared del fondo, y luego practiqué unas caídas *ukemi* hasta llegar al centro de la sala.

De pie en la tranquila penumbra, miré hacia Korakuen. A lo lejos se oían las montañas rusas ascendiendo traqueteantes hacia su apogeo, luego el silencio suspendido, y a continuación el rugido de la caída y las risas histéricas de los pasajeros, aunque el viento se llevaba sus gritos.

Hice estiramientos en el centro de la sala. Mi uniforme, el *judogi*, estaba húmedo contra la piel. Había ido al Kodokan porque es el mejor sitio para practicar judo pero, al igual que el barrio de Sengoku, el lugar significa mucho más para mí ahora que al comienzo. Aquí he visto cosas: un viejo veterano entrecano que lleva practicando judo todos los días desde hace medio siglo enseñando con paciencia a un niño con un *gi* demasiado grande que la colocación adecuada de la pierna para hacer la estrangulación de *sankakujime* es formando un ligero ángulo, no justo detrás, con respecto al contrincante; un joven *sandan*, tercer Dan negro, que dejó su Irán natal para practicar en el Kudokan hace cuatro años, y desde entonces apenas se ha perdido un solo día de entrenamiento, realiza el *osoto-gari* con unas repeticiones tan precisas y potentes que sus movimientos se acaban pareciendo a una gran fuerza de la naturaleza, al movimiento de las mareas, quizá, el bailarín convirtiéndose en baile; cómo un joven estudiante llora en silencio después de que le corten el paso en un partido mientras el público ovaciona al equipo contrario sin fijarse en sus lágrimas circunspectas.

La montaña rusa realizaba el típico sonido de carraca mientras las últimas luces se difuminaban en el cielo. Eran más de las siete, demasiado tarde para llegar al Blue Note. Daba igual.

Nueve

No tenía ningún plan especial para el día siguiente, por lo que decidí pasarme por una librería de anticuario que me gusta en Jinbocho, una parte de la ciudad conocida por su maraña de librerías, algunas especializadas en obras orientales y otras en occidentales. El propietario de la tienda ya me había avisado mediante el busca hacía unos días de que había localizado y me guardaba un tomo antiguo de shimewaza —estrangulaciones— que hacía tiempo que buscaba para añadir a mi modesta colección sobre bugei, las artes marciales.

Tomé la línea de metro de Mita en la estación de Sengoku. A veces voy en el metro y otras veces en el JR desde Sugamo. Está bien actuar de forma aleatoria. Hoy había un sacerdote con el atuendo sintoísta recogiendo donativos fuera de la estación. Últimamente daba la impresión de que estos tipos estaban por todas partes, no sólo delante del parlamento. Tomé el tren en dirección a Onarimon y bajé en Jinbocho. Tenía la intención de salir de la estación por la salida más cercana a la librería Isseido pero, distraído pensando en Midori y Kawamura, me equivoqué de pasillo. Al doblar una esquina y llegar al cartel que anunciaba la línea de Hanzoman, me di cuenta del error, di media vuelta y volví a doblar la esquina.

Un japonés regordete recorría el pasillo con rapidez, a unos diez metros de distancia. Le miré a los ojos cuando se acercó a mí pero no me hizo caso y siguió mirando de frente. Llevaba un traje oscuro de raya diplomática y una camisa a rayas. Debía de haber oído en algún sitio que las rayas hacen parecer más alto.

Bajé la mirada y me di cuenta de por qué no le había oído llegar: zapatos baratos con suela de goma. Pero llevaba un maletín negro que parecía caro, un modelo con tapa, quizá un Swain Adeney antiguo. ¿Un hombre de negocios que sabía de buenos maletines y suponía que nadie se fijaría en sus zapatos baratos? Quizá. Pero aquella no era una zona de negocios, Kasumigaseki o Akasaka resultarían más apropiadas. Sabía que los zapatos resultarían cómodos para caminar un buen rato, si, por ejemplo, seguir a alguien formara parte del plan.

Aparte del maletín, tenía las manos vacías pero, de todos modos, me puse tenso cuando pasó junto a mí. Tenía algo que me inquietaba. Aminoré el paso un poco cuando nos cruzamos, miré por encima del hombro para ver cómo andaba. Las caras son fáciles de disimular, la vestimenta se cambia en un momento, pero no abundan las personas capaces de cambiar el modo de andar. Es algo en lo que me fijo. Observé cómo andaba aquel tipo, paso corto, un tanto exagerado, con un balanceo de brazos presumido, una ligera oscilación de lado a lado con la cabeza, hasta que dobló la esquina.

Tomé el otro camino y miré hacia atrás antes de salir de la estación. Probablemente no fuera nada, pero recordaría su cara y modo de andar, me cubriría las espaldas como siempre y me fijaría si volvía a verle.

Principios de la estrangulación se encontraba en un estado excelente, tal como me había prometido, y tenía un precio bastante alto, pero sabía que disfrutaría mucho con aquel volumen fino. Aunque estaba ansioso por marcharme, esperé pacientemente mientras el propietario, con cuidado y de forma casi ceremoniosa, envolvía el libro con papel de embalar y lo sujetaba con un hilo. Sabía que no era un regalo pero aquella era su forma de demostrar el aprecio que sentía por esa venta y darle prisa habría sido grosero por mi parte. Por último, me ofreció el regalo con los brazos extendidos y una reverencia bien marcada, y lo acepté con una postura similar, haciendo otra reverencia cuando me marché.

Regresé a la línea de Mita. Si hubiera estado realmente preocupado de que alguien me siguiera, habría tomado un taxi, pero quería ver si volvía a toparme con el Hombre del Maletín. Esperé en el andén mientras dos trenes llegaban y partían. Cualquier persona que me estuviera siguiendo tendría que haberse quedado en el andén, comportamiento extraño que pone en evidencia a cualquiera. Pero el andén estaba desierto, y el Hombre del Maletín había desaparecido. Probablemente no fuera nada.

Pensé de nuevo en Midori. Era su segunda noche en el Blue Note y la primera tanda del concierto empezaría dentro de una hora. Me pregunté qué pensaría si no aparecía la segunda noche. Era humana, probablemente se figuraría que no me interesaba, que quizá había sido demasiado atrevida al invitarme. Era poco probable que volviera a verla o, si nos encontrábamos por casualidad, sería una situación un tanto incómoda pero cortés, dos personas que se conocieron y empezaron una relación que no progresó por el motivo que fuera, sin duda nada del otro mundo. Quizá le preguntara a Mama por mí en algún momento, pero lo único que Mama sabe es que aparezco por Alfie de vez en cuando sin previo aviso.

Me planteé qué habría sucedido si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias. «Podría haber estado bien», pensé otra vez.

Casi me reí ante lo absurdo de la idea. En mi vida no había lugar para nada de eso y era plenamente consciente de ello.

El Loco Genial otra vez: «Para nosotros no hay hogar, John. No después de lo que hemos hecho».

Nunca me habían dado un consejo tan sabio.

«Olvídala —pensé—. Sabes que no tienes otra opción.» Me sonó el busca. Encontré una cabina y marqué el número.

Era Benny. Tras el intercambio habitual de referencias, me dijo:

—Tengo otro trabajo para usted, si le interesa.

—¿Por qué se pone en contacto conmigo de esta manera? —pregunté, refiriéndome a que no había recurrido al BBS.

—Es un asunto en el que vamos cortos de tiempo. ¿Le interesa?

—No suelo rechazar trabajos.

—Tendrá que incumplir una de sus normas. Si acepta, tendrá un extra.

—Le escucho.

—Estamos hablando de una mujer. Toca *jazz*.

Pausa larga.

—¿Sigue ahí? —preguntó.

—Sigo escuchando.

—Si quiere detalles, ya sabe dónde encontrarlos.

—¿Cómo se llama?

—No se lo diré por teléfono.

Otra pausa.

Carraspeó.

—Bueno. El mismo nombre que en su último trabajo. Un asunto relacionado. ¿Tan importante es?

—No mucho.

—¿Acepta?

—Probablemente no.

—El extra será generoso si acepta.

—¿Cuán generoso?

—Ya sabe dónde encontrar los detalles.

—Echaré un vistazo.

—Necesito una respuesta en cuarenta y ocho horas, ¿de acuerdo? Hay que solucionar este asunto.

—Como todos, ¿no? —dije antes de colgar.

Me quedé ahí parado unos instantes, echando un vistazo a la estación, observando a la gente entrando y saliendo.

El cabrón de Benny diciéndome «Hay que solucionar este asunto», informándome de que si yo no aceptaba, lo haría otra persona.

¿Por qué Midori? La relación con Bulfinch, el periodista. Él había ido a buscarla, lo vi en Alfie, junto con el Hombre del Teléfono. Así pues, independientemente de para quién trabajara el Hombre del Teléfono, tal persona daría por supuesto que Midori se había enterado de algo que no debía, o quizá que su padre le había dado algo, algo que Bulfinch quería. Algo por lo que era mejor no arriesgarse.

«Podrías hacerlo —pensé—. Si no lo haces tú, lo hará otro. Por lo menos tú lo harás bien, rápido. Ella no sentiría nada.»

Pero no eran más que palabras. Quería sentir de ese modo pero no podía. Lo que sentía era que su mundo nunca debería haberse cruzado con el mío.

Entró el tren de Mita-sen, el que iba en dirección a Otemachi, la estación para hacer el trasbordo a Omotesando y el Blue Note. «Un presagio», pensé mientras subía.

Díez

Si se quiere sobrevivir tanto como yo en el mundo que habito, es imprescindible pensar como la oposición. Lo aprendí de las bandas que me perseguían cuando era joven y perfeccioné la lección con el GOE en Camboya. Hay que preguntarse: si yo intentara pillarme, ¿cómo lo haría?

La clave está en la predictibilidad, geográfica y cronológica. Hay que saber dónde estará una persona y a qué hora. Esto se aprende mediante la vigilancia, analizando el camino al trabajo, las horas en las que el objetivo viene y va, hasta que se identifica un patrón, y los puntos de congestión por los que es prácticamente predecible que el objetivo pase en un momento determinado. Se elige el más vulnerable de ellos y ahí es donde se tiende la emboscada.

Además, si uno se dedica a esto, es mejor no olvidar que constantemente hay alguien realizando la misma operación con uno mismo. Pensar así es lo que diferencia los objetivos difíciles de los fáciles.

El mismo principio funciona para evitar actos delictivos. Si alguien quisiera conseguir dinero rápido, ¿dónde esperaría? Probablemente cerca de un cajero automático y, probablemente, por la noche. Haría un reconocimiento para encontrar el lugar adecuado, algún punto con suficiente tráfico de peatones para ahorrarse una espera larga, pero no con tal cantidad de gente que le impidiera actuar cuando identificara un buen objetivo. Buscaría un lugar oscuro suficientemente alejado del cajero para que el objetivo no le viera, pero lo suficientemente cerca como para aparecer de inmediato en cuanto la persona efectuara el reintegro. Las comisarías de policía cercanas le pondrían nervioso y es probable que buscara otro sitio. Etcétera. Si uno piensa así, sabrá exactamente dónde buscar para ver si alguien le acecha, y sabrá dónde es vulnerable y dónde hay que estar más alerta.

Con Midori ni siquiera era necesaria mucha vigilancia. Su horario era del dominio público. Supuestamente así es como Bulfinch supo que la encontraría en el Alfie. Y para la gente de Benny ésa también sería la forma más sencilla.

Desde Otemachi tomé el metro de Chiyoda-sen siete paradas hasta Omotesando, donde me bajé y salí a la calle por las escaleras. Recorrí la corta

distancia que me separaba del Yahoo Café, una cafetería con terminales de internet. Entré, pagué la cuota y me conecté a un terminal. Gracias a la línea de alta velocidad del café, sólo tardé unos segundos en acceder al archivo que Benny había cargado en el servidor. Incluía unas cuantas fotos publicitarias escaneadas, la dirección de la casa de Midori, la programación de conciertos, incluida la de ese mismo día en el Blue Note, y los parámetros que indicaban que el trabajo tenía que parecer natural. Ofrecían el equivalente en yenes a 150 000 dólares, un extra considerable con respecto al precio habitual.

La referencia al concierto de esa misma noche en el Blue Note, primera tanda a las 19:00, resultaba un mal presagio. Predictibilidad, lugar y hora. Si querían eliminarla rápido, esa noche sería casi demasiado buena como para dejarla pasar. Por otro lado, Benny me había dicho que tenía cuarenta y ocho horas para responderle, lo cual implicaba que estaría a salvo por lo menos durante ese tiempo.

Pero aunque tuviera ese tiempo, no veía la forma de convertirla en una vida útil y razonable. ¿Advertirla de que alguien había puesto precio a su cabeza? Podía probar, pero no tenía ningún motivo para creerme. Y aunque me creyera, ¿qué podía hacer? ¿Enseñarle a mejorar su seguridad personal? ¿Convencerla de las ventajas de una vida anónima en la sombra?

Ridículo. En realidad sólo podía hacer una cosa. Emplear las cuarenta y ocho horas para averiguar por qué la gente de Benny había decidido que Midori era un lastre y eliminar las razones que cimentaban esa creencia.

Podría haber recorrido a pie el kilómetro aproximado hasta el Blue Note, pero antes quería pasar por allí en coche. Paré un taxi y le dije al conductor que me llevara por Koto-dori y luego que girara a la izquierda hacia el Blue Note. Contaba con que habría tráfico suficiente para que el recorrido fuera lento y me permitiera hacer un repaso rápido de algunos lugares en los que podría esperar si me dedicara a vigilar el exterior.

El tráfico era intenso, como esperaba, y tuve una buena oportunidad para observar la zona al pasar lentamente. De hecho, el Blue Note no es un lugar en el que resulte demasiado fácil esperar de forma discreta. Está rodeado de tiendas que a esa hora estaban cerradas. El restaurante Caffè Idee del otro lado de la calle, con el balcón exterior, ofrecería una vista bastante buena, pero el Idee cuenta con una escalera exterior estrecha y larga que exigiría un acceso lo suficientemente lento como para que el restaurante no fuera un lugar adecuado para la espera.

Por otro lado, no habría que esperar demasiado. El final de una actuación en el Blue Note se puede calcular con una variación de cinco minutos. La

segunda tanda no había empezado todavía por lo que, si alguien tenía pensado visitar a Midori tras el concierto, probablemente no hubiera llegado.

O quizá ya estuviera en el interior, como un miembro del público más fingiendo disfrutar el espectáculo.

Le dije al taxista que parara antes de llegar a Omotesando-dori, me bajé y caminé las cuatro manzanas que me separaban del Blue Note. Observe cuáles podían ser puntos probables pero no advertí nada sospechoso.

Se había formado una cola larga en espera de la segunda tanda. Me acerqué a la taquilla y me dijeron que no quedaban entradas a no ser que tuviera reserva.

Maldita sea, no había pensado en eso. Pero Midori sí lo habría hecho, si realmente quisiera que yo fuera.

—Soy amigo de Midori Kawamura —dije—. ¿Junichi Fujiwara...?

—Por supuesto —el empleado respondió inmediatamente—. Kawamura-san me dijo que quizá viniera esta noche. Por favor, espere aquí, la segunda tanda empieza dentro de quince minutos y queremos asegurarnos de que tenga un buen sitio.

Asentí y aguardé a un lado. Tal como era de esperar, el público de la primera tanda empezó a desfilar al cabo de cinco minutos y, en cuanto se despejó la entrada, me llevaron al interior por una escalera ancha y empinada y me acompañaron a una mesa situada justo delante del escenario, todavía vacío.

Es imposible confundir el Blue Note con el Alfie. Para empezar, el Blue Note tiene un techo alto que le confiere una sensación de amplitud totalmente distinta a la intimidad tipo cueva del Alfie. Además, se respira un ambiente de mayor nivel: buen enmoquetado, paneles de madera con aspecto de ser caros, incluso unos monitores planos en una antecámara para los obsesivo-compulsivos que necesitan consultar su buzón de correo electrónico entre tanda y tanda. Y el público del Blue Note también es distinto: primero porque en el Alfie ni siquiera puede haber demasiado público y, en segundo lugar, porque los clientes del Alfie sólo van por la música, mientras que en el Blue Note la gente va para dejarse ver.

Eché un vistazo a la sala mientras entraba el público de la segunda tanda, pero nada me activó el radar.

«Si quisieras tenerla cerca y pudieras elegir sitio, ¿dónde te situarías? Te quedarías cerca de una de las entradas de esta planta. Así dispondrías de una vía de escape en caso necesario y tendrías toda la sala delante de ti, de forma que podrías observar a todos los demás desde atrás, en lugar de lo contrario.»

Me giré y miré detrás de mí como si buscara a alguien conocido. Había un japonés, de cuarenta y tantos años, sentado lo más atrás posible, cerca de una de las salidas. La gente que estaba sentada a su lado hablaba entre sí; quedaba claro que estaba solo. Llevaba un traje arrugado, de color azul oscuro o gris, que le sentaba como un tiro. Tenía una expresión sosa, demasiado sosa para mi gusto. Se trataba de un público formado por entusiastas, sentados en parejas o tríos, esperando ansiosos la actuación. Daba la impresión de que Don Soso intentaba ser discreto por todos los medios. Lo calificué como un posible candidato.

Me giré hacia la otra dirección. El mismo sitio pero justo en la parte trasera. Tres jóvenes que parecían oficinistas de fiesta nocturna. No daban la impresión de plantear ningún problema.

Don Soso podría observarme a lo largo de toda la actuación y yo necesitaba evitar el error de que se notara demasiado que estaba solo. Le dije a la gente que me rodeaba que era amigo de Midori y que ella me había invitado; empezaron a hacerme preguntas y enseguida nos pusimos a hablar como si fuéramos viejos amigos.

Vino una camarera y pedí un Cragganmore de doce años. La gente que me rodeaba pidió lo mismo. Era amigo de Midori Kawamura, así que lo que yo pedía ya estaba bien. Probablemente ni siquiera supieran si lo que había pedido era *whisky* escocés, vodka o un tipo nuevo de cerveza.

Cuando Midori y su trío aparecieron por el lateral de la sala, todo el mundo empezó a aplaudir. Otra diferencia con respecto a Alfie: cuando los músicos salen a escena, en la sala reina un silencio reverencial.

Midori tomó asiento frente al piano. Llevaba unos vaqueros azules descoloridos y una blusa de terciopelo negra, escotada y ceñida, la piel blanca le brillaba por el contraste. Inclino la cabeza hacia delante y acercó los dedos a las teclas; se hizo un silencio expectante entre el público. Se quedó inmóvil en aquella posición unos instantes, observando el piano, antes de comenzar.

Empezó poco a poco, con una versión tímida de *Brilliant Corners* de Thelonius Monk pero, en general, tocó con más energía que en el Alfie, con mayor desenfreno, a veces sus notas forcejeaban con el contrabajo y la batería pero la oposición acababa resultando armónica. Tocaba los *riffs* con furia, los alargaba y, al regresar, las notas sonaban dulces aunque seguía notándose cierta frustración, un ritmo latente bajo la superficie.

La actuación se prolongó unos noventa minutos y la música alternó entre sonidos humeantes y melódicos, la tristeza elegiaca y, a continuación, una exuberancia risueña que ahuyentaba la tristeza. Midori terminó con un *riff*

loco y jubiloso y, al terminar, recibió una salva de aplausos enloquecidos. Se levantó para dar las gracias e inclinó la cabeza. El batería y el contrabajista se reían y se secaban el sudor con unos pañuelos mientras los aplausos se sucedían. La sensación que Midori tenía al tocar, el lugar al que la música le transportaba, había conseguido traspasarla al público y los aplausos estaban repletos de agradecimiento. Cuando por fin se apagaron, Midori y su trío dejaron el escenario y la gente empezó a levantarse y a moverse por ahí.

Reapareció al cabo de unos minutos y se sentó a mi lado. Todavía tenía el rostro enrojecido por la actuación.

—Me pareció haberle visto —dijo, al tiempo que se apretujaba a mi lado—. Gracias por venir.

—Gracias por invitarme. En la taquilla me esperaban. Sonrió.

—Si no les hubiera advertido, no podría haber entrado, y la música no se oye demasiado bien desde la calle, ¿no?

—No, la verdad es que la recepción es mucho mejor desde aquí —dije echando una mirada a mi alrededor como si quisiera asimilar la grandiosidad del Blue Note, aunque en realidad buscaba a Don Soso.

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó—. Voy a ir a comer algo con el grupo.

Vacilé. No tendría la posibilidad de recabar información si había otras personas delante y tampoco me apetecía demasiado ampliar mi ya de por sí reducido círculo de conocidos.

—Bueno, es su primera gran noche, su primer concierto en el Blue Note —dije—. Probablemente prefieran celebrarlo solos.

—No, no —insistió ella dándome un golpecito con el hombro—. Me gustaría que viniera. ¿No quiere conocer al resto de la banda? Esta noche han estado fantásticos, ¿no cree?

«Por otro lado, según cómo evolucione la noche, quizá tengas la ocasión de hablar con ella a solas un poco más tarde.»

—La verdad es que sí. El público se ha quedado encantado.

—Estábamos pensando en ir al Living Bar. ¿Lo conoce?

«Un buen sitio», pensé. El Living Bar es un local de Omotesando con buen ambiente, con un nombre absurdo que sólo se le ocurriría a los japoneses. Estaba cerca pero tendríamos que doblar al menos cinco esquinas para llegar allí, lo cual me permitiría comprobar si Don Soso nos seguía.

—Sí. Es una cadena, ¿no?

—Sí, pero el local de Omotesando es más agradable que los demás. Sirven un montón de platitos interesantes y el bar también es bueno. Tienen

una buena selección de *whiskies* de malta. Mama me dijo que usted era un entendido.

—Mama me halaga —respondí, pensando que si no iba con cuidado Mama acabaría confeccionando un puñetero informe y empezaría a repartirlo por ahí—. Déjeme pagar las bebidas.

Ella sonrió.

—Ya están pagadas. Vamos.

—¿Me las ha pagado?

—Le dije al encargado que la persona que se sentara aquí era mi invitado especial. —Empezó a hablar en inglés—: Así pues, paga la casa, *ne?* — Sonrió, encantada de utilizar esa expresión.

—De acuerdo —dije—. Gracias.

—¿Le importaría esperar unos minutos? Tengo que encargarme de un par de cosas entre bastidores.

Actuar entre bastidores sería demasiado difícil como para molestarse en intentarlo. Si pensaban hacer algo, lo harían en el exterior.

—Claro —dije. Me levanté y me giré para estar de espaldas al escenario y ver la sala. Había mucha gente levantada y moviéndose de un lado a otro, pero no vi a Don Soso—. ¿Dónde quiere que nos encontremos?

—Aquí mismo, dentro de cinco minutos. —Se volvió y caminó hacia la parte posterior del escenario.

Al cabo de quince minutos reapareció desde detrás de una cortina en el fondo del escenario. Se había cambiado de ropa y llevaba un jersey de cuello alto negro, de seda o cachemir fino y unos pantalones de *sport* negros. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, con el rostro perfectamente enmarcado.

—Siento haberle hecho esperar. Quería cambiarme... Los conciertos son un trabajo duro.

—No pasa nada —dije, captando todos los detalles de su persona—. Está fantástica.

Sonrió.

—¡Vamos! La banda está fuera. Estoy muerta de hambre.

Nos dirigimos hacia la puerta delantera y pasamos junto a varios fans que seguían todavía en la sala y que le dieron las gracias por el concierto al pasar. «Si alguien quisiera pillarla y pudiera controlar bien el tiempo, —pensé— esperaría al pie de las escaleras del Caffè Idee, donde tendría vistas tanto de la entrada delantera como de la lateral.» Como había imaginado, Don Soso estaba allí, alejándose de nosotros con afectado descuido.

«Como para creerse lo de las cuarenta y ocho horas de Benny», pensé. Probablemente fuera su versión de «Actúa ya... la oferta expira a medianoche». Algo que debió de aprender en algún cursillo de ventas.

El contrabajista y el batería nos estaban esperando y nos acercamos a ellos.

—Tomo-chan, Ko-chan, os presento a Junichi Fujiwara, el señor del que os hablé —dijo Midori, haciendo un gesto hacia mí.

—*Hajimemashite* —dije, con una reverencia—. *Konya no enso wa saiko ni subarashikatta*. —Me alegro de conocerles. El concierto de esta noche ha sido un gran placer.

—Eh, vamos a hablar inglés esta noche —propuso Midori, utilizando esa lengua para decirlo—. Fujiwara-san, estos dos tipos han vivido en Nueva York. Saben pedir un taxi en Brooklyn tan bien como usted.

—En ese caso, por favor llámenme John —dije. Le tendí la mano al batería.

—Puedes llamarme Tom —dijo, estrechándome la mano y haciendo una reverencia a la vez. Tenía una expresión franca, casi socarrona, y vestía de forma muy sencilla, con unos vaqueros, una camisa de corte clásico y una americana azul. Había algo sincero en su forma de combinar el saludo occidental y el japonés y me cayó bien enseguida.

—Le recuerdo del Alfie —dijo el contrabajista, tendiéndome la mano con cuidado. Su atuendo era más previsible: vaqueros, jersey de cuello alto y americana negra, las patillas y las gafas rectangulares reflejaban el intento exagerado de conseguir un *look*.

—Yo también le recuerdo —dije, estrechándole la mano e inyectando cierta dosis de calidez al agarrarle—. Estuvieron fenomenales. Mama me dijo antes del concierto que serían estrellas y veo que tenía razón.

Quizá supiera que estaba dándole jabón pero debía de sentirse tan bien después de la actuación que le daba igual. O quizá su personalidad fuera diferente en inglés. Sea como fuera, me dedicó una sonrisa rápida pero genuina y dijo:

—Gracias por decirlo. Llámame Ken.

—Y a mí Midori —terció ella—. ¡Vámonos ya que me muero de hambre!

Durante el paseo de diez minutos hacia *Za Ribingu Baa*, tal como lo llaman los japoneses, charlamos sobre *jazz* y sobre cómo lo habíamos descubierto. Aunque era diez años mayor que ellos, en términos filosóficos todos éramos puristas de la escuela de Charlie Parker/Bill Evans/Miles Davis por lo que era fácil entablar conversación.

A intervalos regulares miraba hacia atrás después de doblar una esquina. En varias ocasiones vi a Don Soso. No esperaba que actuase mientras Midori estuviera con todas estas personas, si es que eso es lo que quería.

A no ser que estuvieran desesperados, por supuesto, en cuyo caso asumirían riesgos e incluso actuarían de cualquier manera. Tenía el oído perfectamente aguzado en los sonidos que procedían de detrás mientras andábamos.

El Living Bar anunciaba su existencia en el sótano del edificio Scene Akira con un cartel discreto sobre la escalera. Bajamos, entramos y nos recibió un joven japonés con un corte de pelo con mucho estilo y un traje azul marino de buena confección con tres de los cuatro botones abrochados. Midori, que era la líder del grupo, le dijo que queríamos una mesa para cuatro, él respondió «*Kashikomari-mashita*» en un japonés de lo más educado y murmuró por un pequeño micrófono situado cerca de la caja. Para cuando nos acompañó al interior, la mesa ya estaba preparada y una camarera esperaba para sentarnos.

Para ser sábado por la noche no estaba concurrido en exceso. Varios grupos de mujeres de aspecto glamuroso estaban sentadas en sillas con el respaldo alto junto a las mesas lacadas en negro, maquilladas con mano experta y vestidas de Chanel como si les hubieran hecho la ropa a medida; los pómulos bien marcados bajo el brillo tenue de la iluminación incandescente del techo, la luz reflejada en su cabello. Midori las ponía en evidencia.

Quería sentarme de cara a la entrada pero Tom se movió muy rápido y se me adelantó. Me quedé de cara a la barra.

Mientras pedíamos las bebidas y suficientes platos como para que fuera una comida razonable, vi al hombre que nos había acompañado al interior dirigiendo a Don Soso a la barra. Se sentó de espaldas a nosotros, pero detrás de la barra había un espejo y sabía que disfrutaba de una buena vista de toda la sala.

Mientras esperábamos la comida, continuamos nuestra conversación segura y cómoda sobre *jazz*. Me planteé varias veces eliminar a Don Soso. Formaba parte de un enemigo que era superior desde un punto de vista numérico. Si se me presentaba la oportunidad de reducir ese número, la aprovecharía. Si lo hacía bien, sus jefes nunca sabrían de mi participación y el hecho de eliminarlo me concedería más tiempo para alejar a Midori de aquella situación.

En un momento dado, cuando ya nos habíamos acabado buena parte de la comida y, al igual que Don Soso, íbamos por la segunda tanda de bebidas,

uno de ellos me preguntó que a qué me dedicaba.

—Soy consultor —dije—. Asesoro a empresas extranjeras que quieren introducir sus productos y servicios en el mercado japonés.

—Eso está bien —dijo Tom—. A los extranjeros les cuesta mucho hacer negocios en Japón. Incluso en la actualidad la liberalización no es más que una fachada. En muchos sentidos es el mismo Japón que durante el *bakufu* de Tokugawa, cerrado al mundo exterior.

—Sí, pero eso es bueno para el trabajo de John —añadió Ken—. ¿No es así, John? Porque si Japón no tuviera tantas normas estúpidas, si los ministerios que inspeccionan los alimentos y los productos no fueran tan corruptos, te tendrías que buscar otro empleo, *ne?*

—Venga, Ken —intervino Midori—. Ya sabemos lo cínico que eres. No hace falta que lo demuestres.

—Tú también eras cínica —continuó él. Se volvió hacia mí—. Cuando Midori regresó de Juilliard, en Nueva York, era radical. Quería cambiarlo todo. Pero supongo que ya se le ha pasado.

—Todavía quiero cambiar cosas —dijo Midori con voz cálida pero firme—. Pero es que no creo que se consiga nada con consignas furibundas. Hay que tener paciencia y elegir la causa por la que luchar.

—¿Cuáles has elegido tú últimamente? —preguntó él.

Tom se dirigió a mí.

—Tienes que entender que Ken siente que se ha vendido por dar conciertos en locales de renombre como el Blue Note. A veces se desquita con nosotros.

Ken se rió.

—Todos nos hemos vendido.

Midori puso los ojos en blanco.

—Venga ya, Ken, descansa un poco.

Ken me miró.

—¿Y tú, John? ¿Cómo es esa expresión inglesa? O formas parte de la solución o formas parte del problema.

Sonreí.

—De hecho hay otra parte: o eres parte del paisaje.

Ken asintió como si confirmara algo en su fuero interno.

—Eso es lo peor de todo.

Me encogí de hombros. Él no me importaba y me resultaba fácil desconectarme.

—Lo cierto es que no me he planteado mi trabajo en esos términos. Algunas personas tienen problemas para exportar a Japón y yo les ayudo. Pero tienes razón en ciertas cosas, pensaré en lo que has dicho.

Él tenía ganas de pelea y no sabía qué hacer con mis respuestas agradables, lo cual ya me iba bien.

—Tomemos otra copa —propuso.

—Creo que he llegado a mi límite —dijo Midori—. Me parece que ya he terminado por hoy.

Mientras hablaba me fijé en Don Soso, que miraba hacia otro lado de forma un tanto estudiada y hacia clic en un pequeño dispositivo del tamaño de un encendedor desechable que tenía encima de la rodilla y señalaba en nuestra dirección. «Joder —pensé—. Una cámara.»

Le había hecho una foto a Midori y seguro que yo salía en las imágenes. Era el tipo de riesgo que corría si permanecía cerca de ella en esos momentos.

Bueno. Tendría que marcharme con ellos tres, luego inventar una excusa, quizá que me había dejado algo, volver al bar y pillarle mientras saliera para continuar siguiendo a Midori. No le permitiría que se quedara con esa cámara, no con mi foto en el carrete.

Pero, en cambio, Don Soso me ofreció otra opción. Se levantó y empezó a caminar en dirección a los servicios.

—Yo también me voy a ir a casa —afirmé al tiempo que me ponía en pie y notaba que el corazón me latía con más fuerza en el pecho—. Pero antes tengo que ir al baño. —Me escabullí de la mesa.

Seguí a Don Soso a pocos metros de distancia mientras recorría el suelo negro pulido. Yo iba con la cabeza gacha, evitando el contacto visual con los clientes con los que me cruzaba mientras oía el fuerte latido de mi corazón en los oídos. Abrió la puerta del servicio y entró. Antes de que la puerta se cerrara del todo, la empujé y le seguí.

Dos compartimentos, dos urinarios. Por el rabillo del ojo vi que las puertas de los compartimentos estaban entreabiertas. Estábamos solos. El corazón me latía con tal fuerza que bloqueaba cualquier otro sonido. Notaba cómo el aire me entraba y salía limpiamente por la nariz, la sangre me bombeaba por las venas de los brazos.

Se volvió para mirarme cuando me acerqué, quizá me reconociera como una de las personas que estaba con Midori, advertido quizá por algún instinto vestigial y ya fútil de que estaba en peligro. Me fijé en su torso, sin centrarme en una parte concreta, observando todo el cuerpo, la posición de las caderas y las manos, asimilando la información, procesándola.

Sin hacer pausa alguna ni cambiar el paso, me planté delante de él y le lancé la mano izquierda directamente al cuello, agarrándole la tráquea con una V formada por el pulgar y el índice. Sacudió la cabeza hacia delante y se llevó las manos al cuello.

Me coloqué detrás de él y le introduje las manos en los bolsillos delanteros. Recuperé la cámara en el izquierdo. El otro estaba vacío.

Se agarraba en vano la garganta dañada, no se oía nada aparte de los chasquidos de la lengua y los dientes. Empezó a dar patadas en el suelo con el pie izquierdo y a contraer el torso en lo que reconocí como el comienzo del pánico. El cuerpo seguía su impulso primitivo para conseguir aire, aire, a través de la tráquea rota y los pulmones convulsionados.

Sabía que tardaría unos treinta segundos en asfixiarse. Pero no disponía de tanto tiempo. Le agarré el pelo y el mentón y le rompí el pescuezo con un giro brusco en el sentido de las agujas del reloj.

Se desplomó hacia atrás encima de mí y lo arrastré a uno de los compartimentos vacíos, lo senté en la taza y ajusté la postura de forma que el cuerpo se mantuviera inmóvil. Con la puerta cerrada, cualquiera que entrara al servicio le vería las piernas y pensaría que estaba ocupado. Con un poco de suerte, no descubrirían el cadáver hasta la hora de cerrar, mucho después de que nos hubiéramos marchado.

Cerré la puerta con la cadera derecha y utilicé la rodilla para correr el pestillo. A continuación, agarrando el borde superior de la pared divisoria de los compartimentos, me impulsé hacia arriba y pasé al compartimento contiguo. Extraje un buen trozo de papel higiénico y lo utilicé para limpiar los dos puntos que había tocado. Me introduje el papel de váter en el bolsillo del pantalón, respiré hondo y salí a la zona de bar.

—¿Preparados? —pregunté al acercarme a la mesa, controlando la respiración.

—Vamos —dijo Midori. Los tres se pusieron en pie y nos dirigimos hacia la caja y la salida.

Tom llevaba la cuenta pero se la cogí con cuidado e insistí en que me dejaran invitarles; era un privilegio después del placer de su actuación. No quería arriesgarme a que alguno de ellos quisiera utilizar la tarjeta de crédito y dejara constancia de nuestra presencia en el restaurante.

Cuando estaba pagando, Tom dijo:

—Enseguida vuelvo. —Y se marchó hacia los lavabos.

—Yo también —añadió Ken, y le siguió.

Me imaginé vagamente que el cadáver podía deslizarse del inodoro mientras ellos estaban allí. O que la ley de Murphy hiciera acto de presencia de algún modo. Los pensamientos no eran excesivamente perturbadores. No tenía otra opción aparte de relajarme y esperar a que regresaran.

—¿Quieres volver andando a casa? —le pregunté a Midori. A lo largo de la velada había dicho que vivía en Harajuku, aunque yo, por supuesto, ya lo sabía.

Sonrió.

—Estaría bien.

Al cabo de tres minutos, Tom y Ken regresaron. Vi que se reían de algo mientras se acercaban y me di cuenta de que no habían descubierto a Don Soso.

Salimos al exterior y subimos las escaleras que conducían a la fría noche de Omotesando.

—Tengo el coche en el Blue Note —dijo Ken cuando ya estábamos fuera. Miró a Midori—. ¿Alguien quiere que le lleve?

Midori negó con la cabeza.

—No, no hace falta. Gracias.

—Iré en metro —dije yo—, pero gracias de todos modos.

—Iré contigo —dijo Tom, tamizando la ligera tensión que iba creándose en el ambiente mientras Ken ataba cabos—. John, ha sido un placer conocerte esta noche. Gracias de nuevo por venir y por la cena y las bebidas.

Hice una reverencia.

—El placer ha sido mío, de verdad. Espero tener otra oportunidad.

Ken asintió.

—Por supuesto —dijo con una falta de entusiasmo evidente. Tom dio un paso hacia atrás, su señal para Ken, imaginé, y nos dimos las buenas noches.

Midori y yo caminamos lentamente en dirección a Omotesando-dori.

—¿Has estado a gusto? —preguntó cuando Tom y Ken ya no nos oían.

—Me lo he pasado bien —le dije—. Son gente interesante.

—A veces Ken es complicado.

Me encogí de hombros.

—Estaba un poco celoso por el hecho de que invitaras a alguien más, eso es todo.

—Es que es joven. Gracias por tratarle con cautela.

—No ha sido nada.

—¿Sabes? Normalmente no invito a gente que acabo de conocer a asistir a un concierto ni a salir luego.

—Bueno, ya nos habíamos encontrado en otra ocasión, o sea que no has incumplido tu norma.

Ella se rió.

—¿Te apetece otro *whisky* de malta?

La miré para interpretar su propuesta.

—Siempre —respondí—. Y conozco un lugar que creo que te gustará.

La llevé al bar Satoh, un local diminuto en una segunda planta enclavado en una serie de callejones que se extienden como una telaraña en el ángulo recto que forman Omotesando-dori y Meiji-dori. El camino que tomamos me permitió mirar hacia atrás en varias ocasiones y vi que no había nadie. Don Soso estaba solo.

Tomamos el ascensor a la segunda planta del edificio y salimos por una puerta rodeada de una profusión de gardenias y otras flores que la esposa de Satoh-san cultiva con veneración. Un giro a la derecha, un escalón hacia arriba, y ahí estaba Satoh-san, presidiendo la barra de cerezo macizo bajo la luz tenue, vestido de forma impecable como siempre, con pajarita y chaleco.

—Ah, Fujiwara-san —dijo con su suave voz de barítono, dedicándonos una amplia sonrisa y haciendo una reverencia al vernos—. *Irrashaimase*. — Bienvenidos.

—Satoh-san, me alegro de verte —dije en japonés. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que el pequeño local estaba casi lleno—. ¿Tenemos alguna posibilidad de encontrar sitio para sentarnos?

—*Ei, mochiron* —repuso. Sí, por supuesto. Disculpándose con formalidad en japonés, hizo que los seis clientes de la barra se corrieran hacia la derecha, con lo cual quedó libre un espacio suficiente en el extremo para Midori y para mí.

Nos dirigimos hacia nuestros asientos dando las gracias a Satoh-san y disculpándonos ante los otros clientes. Midori iba moviendo la cabeza a medida que asimilaba la decoración: botella tras botella de *whiskies* distintos, muchos poco conocidos y antiguos, no sólo detrás de la barra sino adornando las estanterías y el mobiliario del local. Objetos americanos eclécticos como una bicicleta Schwinn antigua colgada de la pared del fondo, un teléfono rotatorio antiguo negro que debía de pesar casi cinco kilos, una fotografía enmarcada del presidente Kennedy. Como complemento de la norma de sólo servir *whisky*, Satoh-san sólo programa música *jazz*, y los sonidos del cantante/poeta Kurt Elling surgían cálidos e irónicos del equipo estéreo Marantz con tubo de vacío del fondo del bar, acompañado por el murmullo bajo de la conversación y las risas sordas.

—¡Este sitio... me encanta! —me susurró Midori en inglés cuando nos sentamos.

—Es fantástico, ¿verdad? —dije, contento de que le gustara—. Satoh-san es un ex *sarariman* que decidió huir del ritmo febril de la vida moderna. Le encanta el *whisky* y el *jazz* y ahorró todos los yenes posibles para abrir este local hace diez años. Creo que es el mejor bar de Japón.

Satoh-san se acercó a nosotros y le presenté a Midori.

—¡Ah, claro! —exclamó en japonés. Introdujo la mano bajo la barra y rebuscó hasta encontrar lo que quería: una copia del CD de Midori. Midori tuvo que suplicarle que no lo pusiera.

—¿Qué recomiendas esta noche? —le pregunté. Satoh-san realiza cuatro peregrinajes al año a Escocia y me ha introducido en el mundo de los *whiskies* de malta, que son prácticamente imposibles de encontrar en otros puntos de Japón.

—¿Cuántas copas? —preguntó. Si la respuesta era que varias, realizaría una cata, empezando por algo ligero de las Tierras Bajas y avanzando hacia el sabor fuerte y yodado de las maltas de Islay.

—Sólo una, creo —respondí. Miré a Midori, que asintió con la cabeza.

—¿Sutil? ¿Fuerte?

Volví a mirar a Midori.

—Fuerte —respondió ella.

Satoh-san sonrió. Estaba claro que la palabra que deseaba oír era «fuerte» y sabía que tenía algo especial en mente. Se volvió y tomó una botella de cristal transparente de delante del espejo situado tras la barra y nos la enseñó.

—De la costa sur de Islay. Muy selecto. Lo guardo en una botella normal y corriente porque si alguien lo reconociera a lo mejor intentaría robarla.

Extrajo dos vasos immaculados y nos los colocó delante.

—¿Solo? —preguntó, pues desconocía el gusto de Midori.

—*Hai* —respondió ella para recibir el asentimiento aliviado de aprobación que le dedicó Satoh-san. Sirvió con cuidado dos medidas del líquido color bronce y volvió a tapar la botella con el tapón de corcho.

—Lo que hace que este *whisky* de malta sea tan especial es el equilibrio de sabores, sabores que normalmente competirían entre sí o se anularían mutuamente —nos contó con voz baja y ligeramente grave—. Hay turba, humo, aroma, jerez, y el olor salado del mar. Esta malta tardó cuarenta años en conseguir el potencial de su personalidad, igual que una persona. Por favor, disfrutadlo. —Hizo una reverencia y se trasladó al otro extremo de la barra.

—Casi me da miedo beberlo —dijo Midori, sonriendo y alzando el vaso delante de ella, observando cómo la luz confería un color ámbar al líquido.

—Sato-san siempre da una pequeña lección sobre lo que uno está a punto de experimentar. Es una de las mejores cosas de este local. Es un estudioso de los *whiskies* de malta.

—*Jaa, kanpai* —dijo ella y entrechocamos los vasos antes de beber. Hizo una pausa al cabo de un momento antes de añadir—: Uau, está buenísimo. Es como una caricia.

—Igual que tu música.

Sonrió y me dio uno de sus toquecitos con el hombro.

—Disfruté con la conversación del otro día en el Tsuta —declaró—. Me gustaría que me contaras más cosas de tu experiencia de vivir en dos mundos.

—No sé si es una historia tan interesante.

—Cuéntamela y ya te diré yo si es interesante.

Era mucho mejor oyente que conversadora, lo cual dificultaba mi labor de recogida de información operativa. «Vamos a ver adónde lleva esto», pensé.

—Mi hogar fue una pequeña ciudad situada en el norte del estado de Nueva York. Mi madre me llevó allí después de la muerte de mi padre para poder estar cerca de sus padres —expliqué.

—¿Pasaste algún tiempo en Japón a partir de entonces?

—Algo. Durante mi tercer año en el instituto, los padres de mi padre me escribieron para hablarme de un programa de intercambio estudiantil entre EE.UU. y Japón que me permitiría pasar un semestre en un instituto japonés. En aquel momento sentía mucha nostalgia por el país y me inscribí inmediatamente. Así pues, pasé un semestre en Saitama Gakuen.

—¿Sólo un semestre? Seguro que tu madre quería que volvieras.

—En parte sí. Creo que otra parte de ella se sintió aliviada al tener más tiempo para dedicarse a su carrera. En aquella época yo estaba un poco desmadrado. —Aquello parecía un eufemismo adecuado para las peleas constantes y otros problemas de disciplina que tenía en el colegio.

—¿Qué tal fue el semestre?

Me encogí de hombros. Algunos de esos recuerdos no me resultaban especialmente agradables.

—Ya sabes lo que les sucede a los retornados. Ya resulta suficientemente problemático siendo un joven japonés que se ha americanizado por vivir en el extranjero. Si encima uno es medio americano, pues lo consideran un bicho raro.

Observé una profunda compasión en su mirada, que me hizo sentir como si empeorara una traición.

—Sé lo que siente una retornada —declaró—. Y seguro que te habías imaginado el semestre como el regreso al hogar. Debiste de sentirte muy alienado.

Moví la mano para indicar que tampoco fue tan grave.

—Todo eso ya pasó.

—¿Y después del instituto?

—Después del instituto llegó Vietnam.

—¿Estuviste en Vietnam? Pareces joven para eso.

Sonreí.

—Era un adolescente cuando me alisté en el ejército, y cuando llegué allí la guerra ya hacía tiempo que había empezado. —Era consciente de que estaba compartiendo más información personal de la que debía. No me importaba.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Tres años.

—Pensaba que por aquel entonces se reclutaba a los jóvenes sólo para un año.

—Es verdad, pero no me reclutaron.

Abrió más los ojos.

—¿Fuiste voluntario?

Hacía siglos que ni hablaba de aquello, ni pensaba en el tema.

—Ya sé que desde esta distancia suena un poco extraño. Pero sí, me fui voluntario. Quería demostrar que era americano a las personas que lo dudaban debido a mis ojos y a mi piel. Y luego, cuando llegué allí, en una guerra contra asiáticos, tuve que demostrarlo todavía más, así que me quedé. Asumí misiones peligrosas. Cometí algunas locuras.

Permanecimos en silencio unos instantes.

—¿Puedo preguntarte si ésas son las cosas que dijiste que te «persiguen»?

—Algunas —respondí sin alterarme. Pero aquello no podía ir más allá. Quizá ella siguiera ciertas pautas referentes a invitar a desconocidos a conciertos, pero mis normas referentes a estos asuntos son todavía más estrictas. Estábamos acercándonos a lugares que incluso yo sólo soy capaz de mirar de soslayo.

Tenía los dedos posados con ligereza a ambos lados del vaso y, sin pensarlo, estiré el brazo, le estreché las manos entre las mías y me las acerqué a la cara.

—Apuesto a que sólo viéndote las manos se sabe que tocas el piano —dejaré—. Tienes los dedos finos pero se ven fuertes.

Movió las manos de forma que entonces fue ella quien tomó las mías entre las suyas.

—Se sabe mucho de una persona mirándole las manos —afirmó—. En las mías ves el piano. En las tuyas veo el *bushido*. Pero en las articulaciones, no en los nudillos... ¿qué practicas? ¿Judo? ¿Aikido?

El *bushido* son las artes marciales, la conducta del guerrero. Se refería a los callos de las dos primeras articulaciones de todos los dedos, consecuencia de años de agarrar y retorcer el grueso algodón del *judogi*. Ella me sostenía las manos de forma profesional, como si las estuviera examinando, pero con mucho tacto, y percibí que una sensación electrizante me recorría los brazos.

Aparté las manos, por temor a que encontrara otras cosas en ellas.

—Actualmente sólo judo. Agarres, derribos, estrangulaciones, es el arte marcial más práctico. Y el Kodokan es el mejor lugar del mundo para practicarlo.

—Conozco el Kodokan. Estudié aikido en un pequeño *dojo* de Ochanomizu, a una parada en la línea de Chuo.

—¿Qué hace una pianista de *jazz* estudiando aikido?

—Fue antes de que me dedicara en serio al piano y ya no lo practico porque es demasiado duro para las manos. Lo hacía porque se metían conmigo en el colegio mientras... mi padre estuvo destinado en EE. UU. durante un tiempo. Ya te dije que sé lo que siente una retornada.

—¿El aikido te ayudó?

—Al comienzo no. Tardé un poco en ser buena. Pero las bravuconas me dieron el incentivo para seguir practicando. Un día una de ellas me agarró del brazo y la derribé con un *san-kyo*. A partir de entonces me dejaron en paz. Lo cual estuvo muy bien porque el único derribo que me salía bien era el *san-kyo*.

La miré imaginando cómo sería estar en el extremo receptor del *san-kyo* de la determinación que la estaba llevando a conseguir un mayor renombre, fama incluso, en los círculos de *jazz*.

Levantó el vaso con los dedos de ambas manos y observé una economía de movimiento en ese gesto sencillo. Era grácil, agradable de observar.

—Practicas el *sado* —dejaré casi pensando en voz alta. El *sado* es la ceremonia japonesa del té. Quienes la practican mejoran mediante la práctica de movimientos refinados y ritualizados en la preparación y servicio del té para conseguir el *wabi* y el *sabi*: una especie de elegancia fluida de

pensamiento y movimiento, una reducción a lo esencial de la elegancia que representa un concepto más amplio e importante que, de lo contrario, resultaría confuso.

—No desde la adolescencia —respondió ella—, e incluso entonces no se me daba bien. Me sorprende que te hayas dado cuenta. A lo mejor si me tomo otra copa ya no se nota.

—No, no me gustaría —dije, combatiendo la sensación de atracción de sus ojos oscuros—. Me gusta el *sado*.

Sonrió.

—¿Qué más te gusta?

«¿Adónde quiere ir a parar?»

—No sé. Muchas cosas. Me gusta verte tocar.

—Cuéntame.

Di un sorbo al Ardbeg, la turba y el humo me serpenteaban por la lengua y la garganta.

—Me gusta porque empiezas tranquila y luego vas subiendo de intensidad. Me gusta cómo empiezas a tocar la música y luego, cuando ya estás encaminada, es como si la música te interpretara a ti. Quedas inmersa en ella. Porque cuando noto que te pasa esto, yo también me quedo inmerso. Es como si saliera de mí mismo. Puedo ver que te hace sentir viva, y a mí también me hace sentir así.

—¿Qué más?

Me eché a reír.

—¿Qué más? ¿No es suficiente?

—No si hay más.

Giré el vaso entre mis manos observando el reflejo de la luz del interior.

—Siempre tengo la impresión de que estás buscando algo mientras tocas pero que no lo encuentras. Así que buscas con más ímpetu, pero lo que sea sigue eludiéndote y la melodía empieza a volverse realmente tensa, pero entonces llega al punto en el que es como si te dieras cuenta de que no vas a encontrarlo, que es imposible, y ese nerviosismo desaparece y la música se vuelve triste, pero es una tristeza hermosa, una tristeza sabia, aceptada.

Volví a darme cuenta de que había algo en su persona que me hacía sincerarme demasiado, revelar en exceso. Tenía que controlarme.

—Para mí significa mucho que reconozcas todo eso en mi música —dijo al cabo de unos instantes—. Porque es algo que intento explicar. ¿Sabes qué es *mono no atoare*?

—Creo que sí. El *pathos* de las cosas, ¿no?

—Ésa suele ser la traducción. A mí me gusta: «la tristeza de ser humano». Me sorprendió que me conmoviera la idea.

—No me lo había planteado de esa forma —reconocí discretamente.

—Recuerdo una ocasión, cuando vivía en Chiba, en que salí a pasear una noche de invierno. La temperatura era agradable para esa época del año, y me quité la chaqueta y me senté en el patio de la escuela a la que había ido de niña, yo sola, y observé las siluetas de las ramas de los árboles recortadas contra el cielo. Fui perfectamente consciente de que un día yo desaparecería pero que los árboles seguirían allí, la luna continuaría por encima de ellos, brillando, y me hizo llorar, pero fueron unos sollozos buenos, porque sabía que así es como tenía que ser. Tenía que aceptarlo porque así son las cosas. Las cosas se acaban. Eso es *mono no aware*.

«Las cosas se acaban.»

—Sí, es verdad —respondí, pensando en su padre.

Permanecimos en silencio unos instantes, tras lo cual le pregunté:

—¿A qué se refería Ken cuando dijo que eras una radical?

Tomó un sorbo del Ardbeg.

—Es un romántico. No puede decirse que yo fuera radical. Sólo rebelde.

—Rebelde, ¿cómo?

—Mira a tu alrededor, John. Japón está fatal. El PLD, los burócratas, están haciendo una sangría con el país.

—Hay problemas —convine.

—¿Problemas? La economía se está yendo al carajo, las familias no pueden pagar los impuestos sobre propiedades, se ha perdido la confianza en el sistema bancario y lo único que se le ocurre al Gobierno para solucionar el problema es aumentar el déficit y hacer obras públicas. ¿Y sabes por qué? Sobornos de la industria de la construcción. Todo el país está cubierto de cemento, ya no hay sitio para construir, pero los políticos votan a favor de zonas de oficinas que nadie usa, puentes y carreteras por los que no pasa nadie, ríos flanqueados de hormigón. ¿Conoces esos horribles tetrápodos que cubren la costa japonesa, supuestamente para protegerla de la erosión? Todos los estudios apuntan a que esas monstruosidades aceleran la erosión; no la impiden. Así pues, estamos destruyendo nuestro ecosistema para que los políticos se lucren y la industria de la construcción se enriquezca. ¿A eso le llamas «problemas»?

—Vaya, a lo mejor Ken tenía razón —dije sonriendo—. Eres bastante radical.

Negó con la cabeza.

—Esto no es más que sentido común. Sé sincero conmigo. ¿A veces no sientes que el *statu quo* te está jodiendo, igual que todas las personas que se aprovechan de ello? ¿Y eso no te cabrea?

—A veces sí —respondí con cautela.

—Pues a mí me cabrea mucho. A eso se refería Ken.

—Perdóname que saque el tema, pero ¿tu padre no formaba parte del *statu quo*?

Se produjo una larga pausa.

—Teníamos nuestras diferencias.

—Debía de ser duro.

—A veces lo era. Durante mucho tiempo estuvimos bastante distanciados. Asentí.

—¿Fuisteis capaces de limar vuestras asperezas?

Se rió ligeramente, pero sin alegría.

—Mi padre descubrió que sufría cáncer de pulmón pocos meses antes de morir. El diagnóstico le hizo replantearse la vida, pero no tuvimos demasiado tiempo para superar nuestras diferencias.

La información me pilló por sorpresa.

—¿Tenía cáncer de pulmón? Pero... Mama me dijo que había muerto de un ataque al corazón.

—Tenía problemas de corazón pero seguía fumando. Todos sus amigotes del Gobierno fumaban y consideraba que tenía que fumar para encajar. En cierto modo, estaba tan metido en el sistema que dio su vida por ello.

Di un sorbo del líquido ahumado y tragué.

—La muerte por cáncer de pulmón es terrible —declaré—. Por lo menos murió sin sufrir. —Lo dije con un sentimiento curiosamente sincero.

—Eso es cierto y lo agradezco.

—Perdóname si insisto, pero ¿a qué te refieres cuando dices que el diagnóstico le hizo replantearse la vida?

Ella miraba más allá de mi presencia, tenía la vista perdida.

—Al final se dio cuenta de que se había pasado la vida formando parte del problema, como diría Ken. Decidió que quería formar parte de la solución.

—¿Tuvo tiempo de conseguirlo?

—No creo. Pero me dijo que quería hacer algo, hacer algo bien antes de morir. Lo importante es que lo sintiera así.

—¿Cómo sabes que no tuvo tiempo?

—¿A qué te refieres? —preguntó fijando la vista en mí.

—Tu padre... le comunican el diagnóstico y de repente se enfrenta a la mortalidad. Quiere hacer algo para reparar el pasado. ¿Pudo? ¿En tan poco tiempo?

—No acabo de ver a qué te refieres —dijo, y enseguida me di cuenta de que había chocado contra el muro defensivo otra vez.

—Estoy pensando en lo que hablamos el otro día. Sobre los remordimientos. Si uno se arrepiente de algo pero tiene poco tiempo para remediarlo, ¿qué hace?

—Me imagino que depende de cada persona, depende de la naturaleza de los remordimientos.

«Vamos, Midori. Colabora un poco.»

—¿Qué habría hecho tu padre? ¿Hay algo que hubiera podido cambiar las cosas de las que se arrepintió?

—Yo no lo sé.

«Sí que lo sabes —pensé—. Un periodista con el que se veía se puso en contacto contigo. Lo sabes pero no me lo quieres decir.»

—Me refiero a que quizá intentara hacer algo para formar parte de la solución, aunque tú no lo vieras. Tal vez hablara con sus colegas, les contara lo de su cambio de idea e intentara que ellos también cambiaran. ¿Quién sabe?

Ella se quedó callada y pensé: «Ya está, no va a dejarte ir más allá, empezará a desconfiar y dejará de estar comunicativa».

Al cabo de unos instantes habló.

—¿Lo preguntas porque tienes remordimientos?

La miré, inquieto por la veracidad de la pregunta y aliviado también porque me otorgaba cierta tapadera.

—No estoy seguro —respondí.

—¿Por qué no me lo cuentas?

Me sentí como si me acabara de derribar con un golpe de aikido.

—No —respondí con voz queda.

—¿Tan difícil es hablar conmigo? —preguntó con voz dulce.

—No —dije, dedicándole una sonrisa—. Es fácil. Ése es el problema.

Exhaló un suspiro.

—Eres un hombre extraño, John. Está muy claro que te incomoda hablar de ti mismo.

—Tú me interesas más.

—Mi padre, querrás decir.

—Pensé que podía aprender alguna lección de su experiencia. Eso es todo.

—Hay lecciones que debe aprenderlas uno mismo.

—Probablemente sea cierto. Pero intento aprenderlas de otras personas siempre que puedo. Siento haber insistido.

Esbozó una sonrisa.

—No pasa nada. Es que todo esto es muy reciente.

—Por supuesto —dije al reconocer que había llegado a un callejón sin salida. Consulté mi reloj—. Debería llevarte a casa.

Aquello resultaría complicado. Por un lado, era innegable que había química entre nosotros y no era inconcebible que me invitara a una copa o algo así. Si me invitaba, tendría la oportunidad de comprobar si su apartamento era seguro, aunque tendría que ir con cuidado cuando estuviéramos en el interior. No podía permitir que ocurriera ninguna estupidez... algo más estúpido que el tiempo que ya había pasado con ella y las cosas que le había contado.

Por otro lado, si quería irse a casa sola, me resultaría difícil acompañarla sin que pareciera que en realidad quería acostarme con ella. Sería raro. Pero no podía dejarla sola. Ellos sabían dónde vivía.

Agradecemos a Satoh-san su hospitalidad y la deliciosa introducción al Ardbeg tan especial. Pagué la cuenta y bajamos las escaleras para salir al fresco aire nocturno de Omotesando. Las calles estaban tranquilas.

—¿Hacia dónde vas? —me preguntó Midori—. Desde esta zona suelo ir andando a casa.

—Iré contigo. Me gustaría acompañarte hasta tu casa.

—No es necesario.

Bajé la vista unos momentos y luego la miré.

—Me gustaría —insistí, pensando en el mensaje de Benny en el BBS.

Sonrió.

—De acuerdo.

Su edificio estaba a un cuarto de hora andando. No observé a nadie detrás de nosotros. Tampoco es que me sorprendiera, dada la salida de escena de Don Soso.

Cuando llegamos a la entrada del edificio, extrajo las llaves y se giró hacia mí.

—*Jaa...* — Bueno, pues...

Era una forma educada de dar las buenas noches. Pero tenía que acompañarla hasta el interior.

—¿No habrá ningún problema desde aquí?

Me miró con complicidad, aunque en realidad no supiera por qué se lo preguntaba.

—Vivo aquí. Seguro que no habrá ningún problema.

—De acuerdo. ¿Tienes teléfono? —Ya sabía su número, por supuesto, pero tenía que guardar las apariencias.

—No, no tengo teléfono.

Uau. Sí que estaba mal la cosa.

—Sí, soy un poco retrógrada. Si hay algo, envíame una señal de humo, ¿de acuerdo? —Se puso a reír—. Cinco, dos, siete, cinco, seis, cuatro, cinco, seis. Era broma.

—De acuerdo. ¿Te importa que te llame algún día? —Dentro de cinco minutos, por ejemplo, para asegurarme de que no hay nadie esperándola en el apartamento.

—Espero que me llames.

Extraje un bolígrafo y me escribí el número en la mano.

Me estaba mirando, medio sonriente. El beso estaba ahí, si lo quería.

Me giré y recorrí el camino que iba hasta la calle.

Me llamó.

—¿John?

Me volví.

—Creo que en tu interior se esconde un radical intentando salir.

Rápidamente me vinieron a la cabeza varias réplicas, pero me limité a decir:

—Buenas noches, Midori.

Me giré y me marché; me paré en la acera para volver la vista atrás. Pero Midori ya había desaparecido en el interior, y las puertas de cristal se cerraron detrás de ella.

Once

Accedí a una zona de aparcamiento situada frente a la entrada. Acercándome por detrás del perímetro de luz que surgía del interior, la vi esperando un ascensor situado a su derecha. Desde mi posición vi que las puertas se abrieron cuando llegó el ascensor pero no la vi en el interior. Entonces entró y las puertas se cerraron.

No daba la impresión de que alguien merodeara por allí. A no ser que la esperaran en el apartamento o cerca, esa noche estaría segura.

Extraje la unidad de Harry y activé el teléfono de ella para oírlo por mi teléfono móvil. Silencio.

Al cabo de un minuto oí el cerrojo de la puerta, luego que se abría y cerraba. Pasos amortiguados. Luego el sonido de más pasos, de más de una persona.

Un grito ahogado.

Acto seguido, una voz masculina.

—Escuche. Escuche atentamente. No tenga miedo. Sentimos que se haya asustado. Estamos investigando un asunto de seguridad nacional. Tenemos que actuar con gran cautela. Entiéndalo, por favor.

La voz de Midori, poco más que un susurro.

—Enséñenme... enséñenme la identificación.

—No tenemos tiempo para eso. Tenemos que hacerle unas preguntas y luego nos marcharemos.

—Muéstrenme su identificación —la oí decir con voz más fuerte— o voy a empezar a hacer ruido. Y las paredes de este edificio son muy pero que muy finas. Probablemente ahora ya me hayan oído.

El corazón me dio un vuelco. Aquella mujer tenía instinto y agallas.

—Nada de ruidos, por favor —fue la respuesta. Luego la reverberación de un buen bofetón.

Le estaban dando una paliza. Tendría que actuar.

Oí su respiración, entrecortada.

—¿Qué coño quieren?

—Su padre llevaba algo encima cuando murió. Ahora lo tiene usted. Lo necesitamos.

—No sé de qué están hablando.

Otro bofetón. Mierda.

No podía entrar en el edificio sin llave. Aunque alguien entrara o saliera en ese preciso instante de forma que yo pudiera introducirme en el edificio, nunca conseguiría llegar hasta su apartamento para ayudarla. Quizá pudiera derribar la puerta de una patada. Y tal vez hubiera cuatro tipos armados a tres metros que me abatirían a tiros antes de estar en el interior.

Corté la conexión con la unidad e introduje su número en el móvil. Su teléfono sonó tres veces y luego saltó el contestador automático.

Colgué y repetí el procedimiento mediante la tecla de rellamada, una y otra vez. Una y otra vez.

Quería ponerlos nerviosos, darles que pensar. Si alguien intentaba comunicar con ella las veces suficientes, quizá la dejaran responder para disipar posibles sospechas.

Al quinto intento contestó.

—*Moshi moshi* —dijo ella con voz vacilante.

—Midori, soy John. Ya sé que no puedes hablar. Sé que hay unos hombres en tu apartamento. Dime: «No hay ningún hombre en mi apartamento, abuela».

—¿Qué?

—Que digas que no hay ningún hombre en tu apartamento, abuela.

—No hay... No hay ningún hombre en mi apartamento, abuela.

—Buena chica. Ahora di: «No, no quiero que vengas ahora. Aquí no hay nadie».

—No, no quiero que vengas ahora. Aquí no hay nadie.

Esos hombres empezarán a tener ganas de marcharse del apartamento.

—Muy bien. Sigue discutiendo con tu abuela, ¿vale? Esos hombres no son la policía; ya lo sabes. Puedo ayudarte, pero sólo si salen de tu apartamento. Diles que tu padre llevaba unos papeles cuando murió pero que están escondidos en su apartamento. Diles que les llevarás allí y se los enseñarás. Diles que no puedes describirles el escondrijo; está en un sitio de la pared y tendrás que enseñárselo. ¿Lo entiendes?

—Abuela, te preocupas demasiado.

—Esperaré fuera —dije y corté la conexión.

«¿Qué dirección es probable que tomen?», pensé en un intento por decidir dónde tenderles una emboscada. Pero justo entonces, una anciana, doblada por la cintura por culpa de haber pasado la infancia desnutrida y trabajando en

los arrozales, salió del ascensor para bajar la basura. Las puertas electrónicas se abrieron para que saliera del edificio y aproveché para entrar.

Sabía que Midori vivía en la tercera planta. Subí la escalera a toda velocidad y me paré en la parte exterior de la entrada de su planta, aguzando el oído. Al cabo de medio minuto de silencio, oí el sonido de una puerta que se abría desde algún punto del pasillo.

Entreabrí la puerta, extraje el llavero y coloqué el espejo dental abierto por entre la abertura hasta que conseguí ver el pasillo largo y estrecho. Un japonés salía de un apartamento. Miró a izquierda y derecha y asintió. Al cabo de un momento Midori salió, seguida de cerca de otro japonés. El segundo la agarraba por el hombro sin mucha delicadeza.

El que iba delante comprobó que no había nadie en todo el pasillo y entonces se dirigieron hacia donde yo estaba. Retiré el espejo. En la pared había un extintor del tipo CO₂, lo agarré y me situé a la derecha de la puerta, hacia el lado por el que se abría. Extraje la anilla y apunté la boquilla hacia arriba.

Transcurrieron dos segundos, luego cinco. Oí sus pasos acercándose, los oí justo al otro lado de la puerta.

Respiraba de forma superficial por la boca, tenía los dedos tensos alrededor del gatillo del extintor.

Durante una fracción de segundo, en mi imaginación, vi que la puerta empezaba a abrirse, pero no. Habían pasado de largo, camino de los ascensores.

Maldita sea. Pensé que irían por las escaleras. Volví a abrir la puerta y coloqué el espejo ajustando el ángulo hasta que los vi. Midori iba entre ellos dos y el tipo que tenía detrás le sostenía algo contra la espalda. Supuse que se trataba de una pistola, pero podía tratarse de un cuchillo.

No podía seguirles desde allí con la esperanza de sorprenderles. No podría reducir esa distancia antes de que me oyeran venir y, si iban armados, mis posibilidades iban de pocas a nulas.

Me giré y bajé las escaleras a toda velocidad. Cuando llegué a la primera planta atravesé el vestíbulo y me paré detrás de una columna junto a la cual tendrían que pasar al salir del ascensor. Me apuntalé el extintor contra la cintura y coloqué el espejo pasada la esquina de la columna.

Aparecieron al cabo de medio minuto, agrupados en el tipo de formación que se aprende a evitar el primer día de adiestramiento en las Fuerzas Especiales porque deja vulnerable a todo el equipo en caso de emboscada o mina. Estaba claro que temían que Midori intentara echar a correr.

Volví a introducirme el espejo y el llavero en el bolsillo mientras escuchaba sus pasos. Cuando estaban apenas a unos centímetros de distancia proferí un *kiyai* de guerrero y salí de un salto, apretando el disparador y apuntando a la altura de la cara.

No pasó nada. El extintor hipó y luego emitió un silbido decepcionante. Eso fue todo.

El tipo que iba en cabeza se quedó boquiabierto y empezó a rebuscar algo en el abrigo. Pensando que me movía a cámara lenta, convencido de que actuaría un segundo tarde, levanté el culo del extintor. Vi que sacaba la mano y que tenía un revólver de cañón corto. Me planté delante con contundencia y le clavé el extintor en la cara como si fuera un ariete, empujando con todo el cuerpo. Escuché un ruido sordo que me satisfizo y se cayó encima de Midori y del tipo que iba detrás; el arma sonó al caer al suelo.

El segundo tipo tropezó hacia atrás y se separó de Midori, haciendo el molinillo con el brazo izquierdo. Llevaba una pistola en la otra mano e intentaba mantenerla delante de él.

Lancé el extintor como si fuera un misil y le di de pleno. Se desplomó y me coloqué encima de él enseguida, agarré la pistola y se la arranqué de la mano. Antes de que pudiera levantar las manos para protegerse, le di con la culata en el mastoides, detrás de la oreja. Se oyó un fuerte crujido y se quedó inerte.

Me giré y levanté la pistola, pero su amigo no se movía. Tenía la cara como si acabara de chocar contra un mástil.

Me volví hacia Midori justo a tiempo de ver a un tercer matón saliendo del ascensor, donde debía de estar apostado desde el comienzo. Sujetó a Midori por el cuello desde atrás con la mano izquierda, intentando usarla como escudo, mientras se llevaba la mano derecha al bolsillo de la chaqueta en busca de un arma. Pero antes de que la sacara, Midori hizo un giro en el sentido contrario al de las agujas del reloj, le agarró la muñeca izquierda y le retorció el brazo hacia fuera y hacia atrás con una típica llave *san-kyo* de aikido. Su reacción puso de manifiesto que estaba preparado: lanzó el cuerpo en dirección a la llave para evitar que se le rompiera el brazo y aterrizó con una caída suave de *ukemi*. No obstante, antes de que pudiera recuperarse cubrí la distancia y le propiné una patada estilo gol de campo en la cabeza con la fuerza suficiente como para que levantara todo el cuerpo del suelo.

Midori me estaba mirando con los ojos bien abiertos y jadeando.

—*Daijobu?* —pregunté mientras la tomaba del brazo—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

Negó con la cabeza.

—Me dijeron que eran de la policía pero sabía que no: no querían enseñarme la identificación. ¿Por qué me esperaban en el apartamento? ¿Quiénes son? ¿Cómo sabías que estaban aquí?

La sujeté por el brazo y empezamos a caminar por el vestíbulo en dirección a las puertas de cristal mientras escudriñaba todos los rincones en busca de señales de peligro.

—Los vi en el Blue Note —dije, apretándole más el brazo para que caminara más rápido—. Cuando me di cuenta de que no nos habían seguido, pensé que quizá te estuvieran esperando en el apartamento. Entonces llamé.

—¿Que los viste en el Blue Note? ¿Quiénes son? ¿Quién demonios eres?

—Soy alguien que ha tropezado con algo muy malo y que quiere protegerte de ello. Te lo contaré más tarde. Ahora mismo tenemos que llevarte a un lugar seguro.

—¿Seguro? ¿Contigo? —Se detuvo frente a las puertas de cristal y se giró para mirar a los tres hombres, sus rostros convertidos en máscaras ensangrentadas, y luego me miró.

—Te lo contaré todo pero ahora no. Por ahora lo único que importa es que estás en peligro y no puedo ayudarte si no me crees. Permíteme que te lleve a un lugar seguro y te cuente de qué va todo esto, ¿de acuerdo? —Las puertas se abrieron, dado que un ojo infrarrojo había detectado nuestra proximidad.

—¿Adónde?

—A algún lugar en el que nadie vaya a buscarte ni a esperarte. Un hotel, algo así.

El matón al que había propinado la patada gimió y empezó a levantarse poniéndose a cuatro patas. Me acerqué a él, le propiné otra patada en la cara y volvió a desplomarse.

—Midori, no tenemos tiempo de hablar de esto aquí. Tendrás que creerme, por favor.

Las puertas se cerraron.

Quería registrar a los hombres que estaban en el suelo para ver si encontraba la manera de identificarlos, pero no podía hacer eso y alejar a Midori de allí a la vez.

—¿Cómo sé que puedo creerte? —preguntó ella, pero estaba moviéndose otra vez. Las puertas se abrieron.

—Confía en tu instinto, es lo único que puedo decirte. Te indicará lo que está bien.

Cruzamos el umbral de la puerta y gracias al ángulo de visión más amplio que me proporcionaba nuestra nueva posición fui capaz de ver a un japonés rechoncho y feo a unos cinco metros hacia la izquierda. Tenía la nariz en zigzag, debía de habérsela roto tantas veces que debió de dejar de arreglársela. Había observado toda la escena transcurrida en el vestíbulo y no parecía saber qué hacer. Algo de su postura, de su aspecto, me decía que no era un civil. Probablemente estuviera compinchado con los tres que yacían en el suelo.

Conduje a Midori hacia la derecha, alejándola del campo de visión del tipo de la nariz chafada.

—¿Cómo sabías... cómo sabías que había unos hombres en mi apartamento? —preguntó—. ¿Cómo sabías lo que estaba pasando?

—Lo sabía y ya está, ¿entendido? —respondí, girando la cabeza por si veía algún peligro mientras andábamos—. Midori, si estuviera en el bando de esa gente, ¿qué ganaría con toda esta farsa? Te tenían exactamente donde querían. Por favor, déjame ayudarte. No quiero que te hagan daño. Es el único motivo por el que estoy aquí.

Vi al tipo de la nariz chafada entrar mientras nos alejábamos de la escena, supuse que para ayudar a sus compañeros caídos.

Si habían planeado llevarla a algún sitio seguramente tendrían coche. Miré a mi alrededor pero había demasiados vehículos estacionados en la zona como para distinguir el de ellos.

—¿Dijeron adónde iban a llevarte? —inquirí—. ¿Con quién estaban?

—No —respondió—. Ya te he contado que lo único que dijeron es que eran de la policía.

—De acuerdo, entiendo. —¿Dónde demonios estaba su coche? Quizá hubiera más hombres por ahí.

«Bueno, vamos, sigamos andando, si quieren cazarte tendrán que aparecer.»

Cruzamos la oscura zona de aparcamiento del edificio situado enfrente del de Midori y salimos a Omotesando-dori, donde tomamos un taxi. Le dije al conductor que nos llevara a los grandes almacenes Seibu, en Shibuya. Fui mirando por las ventanillas mientras circulábamos. Había pocos coches en la calle y no daba la impresión de que ninguno nos siguiera.

Lo que tenía en mente era un hotel del amor. El hotel del amor es una institución japonesa, nacida como consecuencia de la escasez de viviendas del país. Dado que las familias, a veces numerosas, viven en pequeños apartamentos, papá y mamá necesitan algún sitio donde estar a solas. De ahí

el *rabu hoteru*, un establecimiento con tarifas para un «descanso» o una «estancia», una recepción famosa por su discreción, donde no se exige tarjeta de crédito para registrarse y lo normal es utilizar nombres falsos. Algunos son de auténtico lujo, con habitaciones temáticas con baños romanos y decorados americanos, como lo que se tendría si se convirtiese el Epcot Center de Disney en un burdel.

Aparte de la escasez de vivienda en Japón los hoteles surgieron porque invitar a un desconocido a tu casa suele ser un acto más íntimo en Japón que en EE. UU. Hay muchas mujeres japonesas que dejan entrar a un hombre en su cuerpo antes de dejarle entrar en su apartamento, y los hoteles también cubren este segmento de mercado.

La gente contra la que nos enfrentábamos no era estúpida, por supuesto. Podrían deducir que un hotel del amor sería un lugar seguro y conveniente. Eso sería lo que yo pensaría si estuviese en su lugar. Pero dado que hay unos diez mil *rabu hoteru* en Tokio, les costaría bastante localizarnos.

Salimos del taxi y caminamos a Sibuya 2-chome, que está repleto de pequeños hoteles del amor. Elegí uno al azar y le dijimos a la mujer mayor de la recepción que queríamos una habitación con baño, para un *yasumi*, una estancia, no sólo un descanso. Coloqué el dinero sobre la mesa, ella introdujo la mano bajo el mostrador y nos tendió una llave.

Tomamos el ascensor a la quinta planta y encontramos nuestra habitación al final de un pasillo corto. Abrí la puerta y Midori entró primero. La seguí al interior y cerré la puerta con llave detrás de mí. Dejamos los zapatos en la entrada. Sólo había una cama, las camas individuales en un hotel del amor estarían tan fuera de lugar como una Biblia, pero había un sofá de un tamaño aceptable en la habitación en el que podría acurrucarme.

Midori se sentó en el borde de la cama y me miró.

—Aquí estamos —dijo con voz tranquila—. Esta noche tres hombres me esperaban en el apartamento. Decían que eran de la policía, pero estaba claro que no lo eran, si lo eran, estaban en una especie de misión privada. Podría pensar que perteneces a su banda, pero menuda paliza les has dado. Me has pedido que fuéramos a un lugar seguro para explicarme la situación. Te escucho.

Asentí e intenté buscar las palabras adecuadas para empezar.

—Ya sabes que esto está relacionado con tu padre.

—Esos hombres me dijeron que él tenía algo que querían.

—Sí y creen que ahora lo tienes tú.

—No sé por qué piensan eso.

La miré.

—Me parece que sí lo sabes.

—Piensa lo que quieras.

—¿Sabes qué es lo que no encaja en esta situación, Midori? Hay tres hombres esperándote en tu apartamento, te maltratan un poco, yo aparezco de repente y les doy una paliza. No puede decirse que una cosa de éstas sea normal en la vida de una pianista de *jazz*, pero no has sugerido ni una sola vez que fuéramos a la policía.

No respondió.

—¿Quieres ir a la policía? No hay ningún problema, ya lo sabes.

Estaba sentada delante de mí, con las narinas ligeramente ensanchadas, tamborileaba con los dedos a lo largo del borde de la cama. «Maldita sea —pensé—, ¿qué sabe que no me ha contado?»

—Háblame de tu padre, Midori. Por favor. No puedo ayudarte si no me lo cuentas.

Se levantó de la cama de un salto y me hizo frente directamente.

—¿Que te lo cuente? —exclamó—. ¡No! ¡Cuéntamelo tú! ¡Dime quién coño eres o te juro que iré a la policía y me importa un bledo lo que pase a continuación!

«Una especie de progreso», pensé.

—¿Qué quieres saber?

—¡Todo!

—De acuerdo.

—Empieza por contarme quiénes eran los hombres de mi apartamento.

—De acuerdo.

—¿Quiénes son?

—No sé quiénes son.

—¡Pero sabías que estaban allí!

Midori tiraría con fuerza de ese cabo suelto hasta deshacer todo el entramado. No sabía cómo enfocar el tema.

—Sí.

—¿Cómo?

—Porque el teléfono de tu apartamento está pinchado.

—Porque el teléfono de mi apartamento está pinchado... ¿Estás compinchado con esos hombres?

—No.

—¿Serías tan amable de dejar de responder con monosílabos? Muy bien, el teléfono está pinchado, ¿quién ha sido? ¿Tú?

Ya estábamos.

—Sí.

Se me quedó mirando un buen rato, luego se recostó en la cama.

—¿Para quién trabajas? —preguntó con voz monótona.

—No importa.

Otro silencio y luego el mismo tono monótono.

—Entonces dime qué quieres.

La miré porque quería que me viera los ojos.

—Quiero asegurarme de que no te hacen daño.

Me miraba con rostro inexpresivo.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Esa gente te persigue porque creen que tienes algo que podría perjudicarles. No sé qué es. Pero mientras piensen que lo tienes, no vas a estar a salvo.

—Pero si te diera a ti lo que sea...

—Sin saber qué es, no sé si serviría de algo que me lo dieras. Ya te he dicho que no estoy aquí por eso. Lo único que quiero es que no te hagan daño.

—¿No te das cuenta de qué parece todo esto desde mi perspectiva? «Dámelo para ayudarte.»

—Lo entiendo.

—No estoy tan segura.

—No importa. Háblame de tu padre.

Se produjo una pausa larga. Sabía qué diría y lo dijo:

—Por eso me formulabas todas esas preguntas. Fuiste a Alfie y..., Dios mío, todo... Me has estado utilizando desde el comienzo.

—Parte de lo que dices es cierto. No todo. Ahora háblame de tu padre.

—No.

Sentí una punzada de rabia en el cuello. «Tranquilo, John.»

—El periodista también te preguntó, ¿verdad? Franklin Bulfinch. ¿Qué le contaste?

Me miró intentando conjeturar cuánto sabía.

—No sé de qué hablas.

Miré hacia la puerta y pensé: «Lárgate. Lárgate y ya está». Pero no lo hice.

—Escúchame, Midori. Lo único que tengo que hacer es salir por la puerta. Tú eres quien no podrá dormir en tu apartamento, quien teme ir a la policía, quien no puede hacer una vida normal. Por tanto, o buscas la manera de colaborar conmigo en esto o ya te apañarás tú solita.

Transcurrió mucho tiempo, quizá un minuto entero antes de que respondiera.

—Bulfinch me dijo que se suponía que mi padre tenía que entregarle algo la mañana de su muerte, pero que nunca lo consiguió. Quería saber si yo lo tenía o si sabía dónde estaba.

—¿Qué era?

—Un disco. Es lo único que me dijo. Me dijo que si me contaba algo más me pondría en peligro.

—Ya te había puesto en un apuro por el mero hecho de hablar contigo. Le siguieron cuando salió de Alfie. —Me apreté los ojos con los dedos—. ¿Sabes algo de ese disco?

—No.

La miré intentando juzgarla.

—Me parece que no hace falta que te lo diga, pero sé consciente de que gente que lo quiere no se pone demasiados límites en cuanto a los métodos para conseguirlo.

—Lo entiendo.

—De acuerdo, resumamos lo que tenemos. Todo el mundo piensa que tu padre te contó algo o te dio algo. ¿Es cierto? ¿Te contó algo o te dio documentos, quizá, algo que dijera que era importante?

—No. Nada que recuerde.

—Esfuézate. ¿La llave de una caja fuerte? ¿La llave de la casilla de una consigna? ¿Te dijo que hubiera escondido algo o que tuviera documentos importantes en algún sitio? ¿Algo así?

—No —dijo al cabo de un momento—. Nada.

Quizá me ocultara información, era lógico. Sin duda tenía motivos para no confiar en mí.

—Pero sabes algo —insistí—. De lo contrario irías a la policía.

Se cruzó de brazos y me miró.

—Por el amor de Dios, Midori, cuéntamelo. Déjame ayudarte.

—No es lo que te esperas —dijo ella.

—No espero nada. Sólo quiero saber de qué piezas dispones.

Se produjo una pausa larga antes de que hablara:

—Ya te dije que mi padre y yo estuvimos... distanciados durante mucho tiempo. Empezó cuando yo era adolescente, cuando empecé a comprender el sistema político de Japón y el lugar que mi padre ocupaba en él.

Se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación, sin mirarme.

—Formaba parte de la maquinaria del Partido Liberal Democrático, había ido ascendiendo desde el viejo Kensetsusho, el Ministerio de la Construcción. Cuando el Kensetsusho se convirtió en el Kokudokotsusho, lo nombraron viceministro del territorio e infraestructura... de obras públicas, vamos. ¿Sabes qué significa eso en Japón?

—Un poco. El programa de obras públicas canaliza dinero de los políticos y las constructoras a la *yakuza*.

—Y la *yakuza* ofrece «protección», resuelve conflictos y actúa como grupo de presión de la industria de la construcción. Las constructoras y la *yakuza* son como gemelos separados en el momento de nacer. ¿Sabes que en Japón los negocios de construcción se llaman *gumi*?

Gumi significa «banda» u «organización», el mismo sobrenombre que las bandas *yakuza* emplean para ellas. Los *gumi* originales eran grupos de hombres desplazados por la Segunda Guerra Mundial que trabajaban para un jefe de banda haciendo cualquier trabajo sucio para sobrevivir. Al final, estas bandas se convirtieron en la *yakuza* actual y en los negocios de construcción.

—Lo sé —dije.

—Entonces sabrás que, después de la guerra, se produjeron luchas entre las empresas de construcción tan fuertes que a la policía le daba miedo intervenir. Se estableció un sistema por el que se amañaban las ofertas de construcción para detener tales enfrentamientos. El sistema sigue existiendo. Mi padre lo controlaba.

Se echó a reír.

—¿Recuerdas que en 1994 se construyó el Aeropuerto Internacional de Kansai en Osaka? El aeropuerto costó catorce mil millones de dólares y todo el mundo quiso llevarse tajada. ¿Recuerdas que Takumi Masaru, el jefe *yakuza* de Yamaguchi Gumi fue asesinado ese mismo año? Fue por no compartir suficientes beneficios de la construcción del aeropuerto. Mi padre ordenó su muerte para apaciguar a los jefes de las otras bandas.

—Cielo santo, Midori —dije con voz queda—. ¿Tu padre te contó estas cosas?

—Cuando se enteró de que era un enfermo terminal. Necesitaba confesar. Esperé a que continuara.

—Los *yakuza* con tatuajes y gafas de sol, los que se ven en las zonas peligrosas de Shinjuku, no son más que herramientas para personas como mi padre —siguió diciendo lentamente—. Esa gente forma parte de un sistema. Los políticos votan a favor de obras públicas inútiles que alimentan a las constructoras. Las constructoras permiten que los políticos empleen al

personal de la empresa como «voluntarios» durante las campañas electorales. A los burócratas del Ministerio de la Construcción les dan trabajos de «asesor» cuando se jubilan en las constructoras, coche y chófer y otras ventajas adicionales, pero nada de trabajo. Cada año, cuando se debate el presupuesto, los funcionarios del Ministerio de Economía y los del de Construcción se reúnen para decidir el reparto del pastel.

Dejó de caminar y me miró.

—¿Sabes que Japón tiene el cuatro por ciento del territorio y la mitad de la población de Estados Unidos pero gasta un tercio más en obras públicas? Ciertas personas piensan que en los últimos diez años se han pagado diez billones de yenes de dinero del Gobierno a la *yakuza* a través de las obras públicas.

«¿Diez billones? —pensé—. Eso deben de ser unos cien mil millones de dólares. Es lo que esos cabrones nos quitan a los demás.»

—Sí, ya sabía algo de esto —le dije—. ¿Tu padre iba a tomar medidas para acabar con esto?

—Sí. Cuando le comunicaron el diagnóstico me llamó. Era la primera vez que hablábamos desde hacía más de un año. Me dijo que tenía que hablarme de algo importante y vino a mi apartamento. Hacía tanto tiempo que no hablábamos que pensaba que era algo relacionado con su salud, su corazón. Lo vi más envejecido y supe que estaba en lo cierto, o casi.

»Preparé té y nos sentamos el uno frente al otro a la mesa pequeña de la cocina. Le hablé de la música en la que estaba trabajando pero como no podía preguntarle sobre su trabajo, no teníamos tema de conversación. Al final le pregunté: “Papá, ¿qué sucede?”. “*Taishita koto jaa nai*”, dijo, “Nada importante”. Acto seguido me miró y sonrió, con ojos cálidos pero tristes y por un instante me observó igual que cuando era niña. “Esta semana me he enterado de que no me queda mucho tiempo de vida”, me dijo, “muy poco, de hecho. Un mes, dos quizá. Un poco más si decido someterme a radioterapia y a la medicación, lo cual no deseo. Lo curioso es que cuando me han dado esta noticia no me ha preocupado y ni siquiera me ha sorprendido en exceso”. Entonces se le llenaron los ojos de lágrimas, algo que nunca había visto en él. Dijo: “Lo que me preocupaba no era perder la vida sino saber que ya había perdido a mi hija”.

Con un gesto rápido y conciso levantó la mano derecha y se secó el rabillo de un ojo y luego el del otro.

—Entonces me contó todas las situaciones en las que había estado implicado, todo lo que había hecho. Me dijo que quería hacer algo para

remediarlo, que habría actuado mucho antes pero que había sido un cobarde porque sabía que si lo intentaba le matarían. También dijo que temía por mí, que la gente con la que estaba implicado no vacilaría en atacar a alguien de la familia para enviar un mensaje. Estaba pensando en hacer algo entonces, algo que arreglara la situación, me dijo, pero que si lo hacía, quizá yo corriera peligro.

—¿Qué pensaba hacer?

—No lo sé. Pero le dije que yo no aceptaba ser rehén de un sistema corrupto, que si íbamos a reconciliarnos tendría que comportarse como si yo no existiera.

—Qué valiente por tu parte —dije al pensar en su reacción.

Me miró, más tranquila.

—No tanto. No olvides que soy una radical.

—Bueno, sabemos que habló con aquel periodista, Bulfinch, quien se supone que tenía que entregarle un disco. Lo que tenemos que averiguar es qué contenía.

—¿Cómo?

—Creo que poniéndonos en contacto directamente con Bulfinch.

—¿Y qué le decimos?

—Esa parte todavía no se me ha ocurrido.

Permanecimos en silencio un minuto y empecé a notar que el agotamiento me vencía.

—¿Por qué no dormimos un poco? —propuse—. Yo me quedaré en el sofá, ¿de acuerdo? Y mañana podemos seguir hablando. Veremos las cosas más claras.

Sabía que ya no podían enturbiarse más.

Doce

A la mañana siguiente me levanté temprano, fui directamente a la estación de Shibuya y le dije a Midori que la llamaría al móvil más tarde, después de recoger algunas cosas que necesitaba. Tenía unos cuantos artículos ocultos en mi casa de Sengoku, entre ellos un pasaporte falso, que quería por si me veía obligado a abandonar el país de repente. Le dije que saliera sólo cuando fuera estrictamente necesario, pues sabía que necesitaría comprar comida y una muda de ropa, y que no pagara con tarjeta de crédito. Asimismo, le indiqué que, si alguien la llamaba al móvil, tenía que mantener conversaciones muy breves y debía dar por supuesto que alguien escucharía todo lo que dijera.

Tomé la línea de Yamanote hasta Ikebukuro, un centro comercial y de ocio abarrotado y anónimo situado en el noroeste de la ciudad, luego salí y paré un taxi al salir de la estación. Fui hasta Hakusan, un barrio residencial situado a unos diez minutos a pie de mi apartamento, donde me bajé y marqué la cuenta del buzón de voz asociado a mi teléfono.

El teléfono dispone de ciertas funciones especiales. Puedo llamar en cualquier momento desde una ubicación remota y activar en silencio el altavoz del aparato, básicamente para convertirlo en un transmisor. El aparato también se activa mediante el sonido: si hay un ruido en la habitación, una voz humana, por ejemplo, la función de altavoz de la unidad se activa en silencio y marca una cuenta de buzón de voz que tengo en EE. UU., donde la competencia de las empresas de telecomunicaciones hace que el precio de estos sistemas resulte razonable. Antes de ir a casa, siempre llamo al número del buzón de voz. Si alguien ha estado en mi apartamento durante mi ausencia, lo sabré.

Lo cierto es que probablemente el teléfono resulte innecesario. No sólo no he recibido ninguna visita inesperada sino que nadie sabe dónde vivo en realidad. Pago el alquiler de un pequeño apartamento en Ochanomizu, pero nunca voy. El apartamento de Sengoku está arrendado con un nombre corporativo que no tiene nada que ver conmigo. Si uno se dedica a lo mío, mejor tener una o dos identidades de repuesto.

Miré calle arriba y abajo al tiempo que escuchaba los pitidos, mientras la llamada se abría paso bajo el Pacífico. Cuando se estableció la conexión,

introduje mi código.

Cada vez que hago eso, menos cuando pongo a prueba el sistema de forma periódica, he escuchado una voz femenina y mecánica que dice: «No tiene llamadas». Aquel día esperaba lo mismo.

En cambio el mensaje fue: «Tiene una llamada».

«Hijo de puta.» Estaba tan sorprendido que no recordaba qué botón tenía que pulsar para escuchar el mensaje, pero la voz mecánica me lo indicó. Pulsé la tecla «uno» conteniendo la respiración.

Oí la voz de un hombre que hablaba japonés.

«Es pequeño. Difícil pillarlo por sorpresa cuando entre.» Otra voz masculina, que también hablaba japonés.

«Espera aquí, al lado del *genkan*. Cuando llegue, utiliza el *spray* de pimienta.»

Conocía esa voz, pero tardé un minuto en identificarla. Estaba acostumbrado a oírla en inglés.

Benny.

«¿Y si no quiere hablar?»

«Hablará.»

Agarré el teléfono con fuerza. «Menudo pedazo de mierda, ese Benny. ¿Cómo me ha localizado?»

¿Cuándo se había grabado ese mensaje? ¿Cuál era el botón de funciones especiales?... Maldita sea, tenía que haber repasado todas las opciones unas cuantas veces para practicar antes de que fuera realmente importante. Me había dormido en los laureles. Pulsé el seis. Así se pasaba el mensaje rápido. Mierda. Probé con el cinco. La mujer mecánica me informó de que el mensaje lo había dejado una persona de fuera a las dos del mediodía. Aquella era la hora de California, o sea que habían entrado en mi apartamento alrededor de las siete de la mañana, hacía una hora más o menos.

De acuerdo, cambio de planes. Guardé el mensaje, colgué y llamé a Midori al móvil. Le dije que había descubierto algo importante y que se lo contaría cuando volviera, que tenía que esperarme aunque tardara en llegar. Acto seguido, retrocedí hacia Sugamo, famoso en otro tiempo por ser la sede de una prisión de la Comandancia Suprema de las Fuerzas Aliadas para los criminales de guerra japoneses y actualmente más conocido por albergar el barrio chino y los hoteles del amor de rigor.

Escogí el hotel que estaba más próximo a Sengoku. Me dieron una habitación fría y húmeda. No me importaba. Quería una línea fija para no

tener que preocuparme por si se me acababa la batería del móvil, aparte de un lugar donde esperar.

Marqué el número de mi apartamento. No sonó, pero oí que se había establecido la conexión. Me senté a esperar, a la escucha, pero al cabo de media hora seguía sin oír nada y empecé a plantearme si se habían marchado. Entonces oí una silla que resbalaba en el suelo de madera, pasos, y el sonido inconfundible de un hombre orinando en el baño. Seguían allí.

Me quedé ahí sentado todo el día, atento y sin escuchar nada. El único consuelo era que ellos debieron de aburrirse tanto como yo. Esperaba que estuvieran igual de hambrientos.

A eso de las seis y media, mientras hacía unos estiramientos de judo para mantenerme flexible, oí que sonaba un teléfono al otro lado de la línea. Sonaba como un móvil. Benny respondió, lanzó unos cuantos gruñidos y dijo:

—Tengo que encargarme de un asunto en Shibakoen, no debería llevarme más de unas cuantas horas.

Oí que su compinche respondía «Haz» pero en realidad ya no estaba escuchando. Si Benny iba a irse a Shibakoen, seguramente tomaría la línea de metro de Mita en dirección sur desde la estación de Sengoku. No llevaría coche; en transporte público se pasa más desapercibido y de todos modos en Sengoku sólo había zona de aparcamiento para los residentes. Desde mi apartamento hasta la estación podía escoger entre media docena de calles paralelas y perpendiculares más o menos al azar, uno de los motivos por el que yo había elegido esa zona. La estación estaba demasiado concurrida; no podía interceptarlo allí. Además, no sabía qué aspecto tenía. Tenía que pillarlo al salir del apartamento o le perdería.

Salí rápidamente de la habitación y bajé las escaleras a toda prisa. Al llegar a la acera corté directamente por Hakusan-dori y giré a la izquierda en la arteria que me conduciría a mi calle. Corría lo más rápido posible intentando ir pegado a los edificios al pasar, pues si calculaba mal el tiempo y Benny salía en el momento equivocado, me vería venir. Él sabía dónde vivía y ya no podía estar seguro de que no me reconociera.

Cuando estaba a unos quince metros de la calle, aminoré la marcha y me quedé pegado al muro exterior de una casa cerrada para controlar la respiración. Me agaché en la esquina y asomé la cabeza hacia la derecha. Sin rastro de Benny. No habían transcurrido más de cuatro minutos desde que colgara el teléfono. Estaba prácticamente seguro de que no se me había escapado.

Justo encima había una farola pero tenía que esperar donde estaba. No sabía si al salir del edificio giraría a izquierda o a derecha, pero era imprescindible que lo viera cuando saliera. En cuanto le pusiera las manos encima, podría arrastrarlo a una zona discreta.

Había recuperado el ritmo normal de respiración cuando oí que se cerraba la puerta externa del edificio. Sonreí. Los vecinos saben que la puerta se cierra de golpe y la acompañan con cuidado al cerrarla.

Volví a agacharme y miré más allá del borde del muro. Un japonés regordete caminaba con brío en mi dirección. El mismo tipo que había visto con el maletín en la estación de metro de Jinbocho. Benny. Tenía que habérmelo imaginado.

Me incorporé y esperé mientras escuchaba cómo iban acercándose los pasos. Cuando sonó como si estuviera a un metro de distancia, salí a la intersección.

Se paró en seco con ojos saltones. Conocía mi cara, y tanto que sí. Antes de que tuviera tiempo de decir algo, me acerqué más a él y le encajé dos ganchos en el abdomen. Cayó al suelo con un gruñido. Me situé detrás de él, le agarré la mano derecha y le retorcí la muñeca con una llave de lo más dolorosa. Le di un tirón bien fuerte y gritó.

—Levántate, Benny. Muévete o te rompo el brazo. —Le di otro tirón de muñeca para que le quedara claro. Resolló y se levantó con dificultad haciendo ruidos de ventosa.

Le hice doblar la esquina de un empujón, lo coloqué de cara a la pared y lo cacheé rápidamente. Encontré un móvil en el bolsillo del abrigo y se lo cogí, pero eso fue todo.

Le di un último tirón de brazo, le hice girar y lo encastré contra la pared. Lanzó un gruñido, pues todavía no había recobrado el aliento suficiente para emitir más sonidos. Le pellizqué la tráquea con los dedos de una mano mientras le apretaba los huevos con la otra.

—Benny. Escucha con mucha atención. —Empezó a resistirse y le pellizqué la tráquea con más fuerza. Captó el mensaje—. Quiero saber qué pasa. Quiero nombres, y más vale que sean nombres que conozco.

Relajé un poco la sujeción en ambas partes y tomó aire.

—No puedo contarte esas cosas, ya lo sabes —dijo casi sin aliento.

Le agarré por el cuello otra vez.

—Benny, no voy a hacerte daño si me dices lo que quiero saber. Pero si no me lo dices, tengo que echarte las culpas, ¿entendido? Cuéntamelo rápido, nadie va a enterarse. —De nuevo un poco de presión más en la garganta, esta

vez cortándole el paso de oxígeno unos segundos. Le indiqué que asintiera si lo había entendido y, al cabo de un segundo o dos sin aire, asintió. De todos modos esperé un segundo más y cuando asintió con fuerza, aflojé la presión.

—Holtzer, Holtzer —bramó—. Bill Holtzer.

Me costó bastante, pero no mostré sorpresa al oír ese nombre.

—¿Quién es Holtzer?

Me miró con los ojos bien abiertos.

—¡Lo conoces! De Vietnam, eso es lo que me dijo.

—¿Qué está haciendo en Tokio?

—Está en la CIA. Jefe de la oficina de Tokio.

¿Jefe de oficina? Increíble. Estaba claro que seguía sabiendo qué culos besar.

—¿Eres un puto contacto de la CIA, Benny? ¿Tú?

—Me pagan —dijo, respirando con dificultad—. Necesitaba el dinero.

—¿Por qué va a por mí? —pregunté mirándole a los ojos. Holtzer y yo nos las habíamos tenido cuando estábamos en Vietnam, pero al final a él le habían ascendido. No entendía por qué me seguía guardando rencor, aunque yo se lo guardara.

—Me dijo que tú sabías dónde encontrar un disco. Se supone que tengo que conseguirlo.

—¿Qué disco?

—No lo sé. Lo único que sé es que, si cae en las manos equivocadas, resultaría perjudicial para la seguridad nacional de EE. UU.

—Intenta no hablar como un burócrata conformista, Benny. Dime qué hay en el disco.

—¡No lo sé! Holtzer no me lo dijo. Es saber por saber... ya lo sabes, ¿por qué iba a decírmelo? No soy más que un contacto, nadie me cuenta esas cosas.

—¿Quién es el tipo que estaba en mi apartamento contigo?

—¿Qué tipo...? —empezó a decir, pero le cerré la garganta antes de terminar. Intentó tomar aire, trató de apartarme pero no pudo. Al cabo de unos segundos, aflojé la mano.

—Si tengo que volver a preguntarte algo, o si intentas mentirme de nuevo, Benny, lo vas a pagar caro. ¿Quién es el tipo del apartamento?

—No lo conozco —dijo, entrecerrando los ojos y tragando saliva—. Pertenece al Boeicho Boeikyoku. Holtzer es quien se encarga del enlace. Sólo me dijo que lo llevara a tu apartamento para que pudiera interrogarte.

El Boeicho Boeikyoku, o departamento de Política de Defensa, la Agencia de Defensa Nacional, es la CIA de Japón.

—¿Por qué me seguías en Jinbocho? —pregunté.

—Vigilancia. Intentaba localizar el disco.

—¿Cómo descubriste dónde vivo?

—Holtzer me dio la dirección.

—¿Cómo la consiguió?

—No lo sé. Me la dio y ya está.

—¿Cuál es tu implicación?

—Preguntas. Sólo preguntas. Encontrar el disco.

—¿Qué se supone que tenías que hacer conmigo cuando acabaras de formularme las preguntas?

—Nada. Sólo quieren el disco.

Le cerré otra vez la garganta.

—Tonterías, Benny, ni siquiera tú puedes ser tan imbécil. Ya sabías qué pasaría después, aunque no tuvieras los huevos de hacerlo tú.

Empezaba a encajar. Me daba cuenta. Holtzer le dice a Benny que lleve a ese tipo del Boeikyoku a mi apartamento para «interrogarme». Benny se imagina qué va a pasar. El pequeño burócrata está asustado pero está en el medio. Tal vez racionalice que en realidad no es asunto suyo. Además, el señor del Boeikyoku se encargaría del trabajo sucio; Benny ni siquiera tendría que mirar.

Menuda sabandija cobarde. De repente le apreté los huevos con fuerza y habría gritado si no le hubiera tenido la garganta bien cerrada. Entonces le solté por ambos sitios y se desplomó al suelo, haciendo arcadas.

—De acuerdo, Benny, vas a hacer lo que te diga —declaré—. Vas a llamar al colega que está en mi apartamento. Sé que tiene un móvil. Dile que llamas desde la estación de metro. Me has visto y tiene que reunirse contigo en la estación de inmediato. Díselo con estas mismas palabras. Si lo dices de otro modo o te oigo decir algo que no se corresponda con el mensaje, te mato. Hazlo bien y podrás marcharte. —Por supuesto, existía la posibilidad de que aquellos tipos utilizaran un código de luz verde, cuya ausencia sería indicio de problemas, pero no me parecía que fueran tan listos. Además, no había escuchado nada parecido a un código de luz verde en la llamada que Benny había recibido en mi apartamento.

Alzó la mirada hacia mí con expresión de súplica.

—¿Me dejarás marchar?

—Si lo haces al pie de la letra. —Le pasé el teléfono.

Lo hizo siguiendo mis indicaciones. Habló con voz bastante seria. Volví a quitarle el teléfono en cuanto acabó. Seguía estando de rodillas y mirándome.

—¿Me puedo ir? —preguntó.

Entonces se fijó en mi expresión.

—¡Me lo has prometido! ¡Me lo has prometido! —exclamó jadeando—. Por favor, estaba obedeciendo órdenes. —Fue capaz de decirlo.

—Las órdenes son un coñazo —dije mirándolo.

Había empezado a hiperventilar.

—¡No me mates! ¡Tengo mujer e hijos!

Yo ya estaba colocando las caderas en la posición adecuada.

—Haré que te manden flores —susurré y le propiné un golpe contundente en la nuca con el borde afilado de la mano. Noté que se le astillaban las vértebras y tuvo un espasmo. A continuación se desplomó.

No podía hacer otra cosa que dejarle allí. Pero mi apartamento ya estaba descubierto. Tendría que buscarme otro de todos modos, por lo que me resultaba irrelevante que el cadáver atrajera a la pasma a Sengoku.

Esquivé el cadáver y retrocedí unos cuantos pasos hasta la zona de aparcamiento por la que había pasado. Oí que se cerraba la puerta del edificio de mi apartamento.

La parte delantera del *parking* estaba acordonada y las cintas estaban sujetas a pilones plantados en arena. Agarré un puñado de arena de cerca de uno de los pilones y retomé mi posición en la esquina del muro; me asomé por el borde. No vi al colega de Benny. Mierda, había girado a la derecha por el callejón que enlazaba mi calle con la paralela a ésta, a unos quince metros de mi apartamento. Había supuesto que tomaría las calles principales.

Aquello suponía un problema. Me llevaba la delantera y no había ningún sitio donde pudiera tenderle una emboscada y esperar. Además, ni siquiera sabía qué aspecto tenía. Si llegaba a la arteria principal que había junto a la estación, no podría distinguirlo entre el resto. Tenía que ser entonces.

Corrí calle abajo y me paré de repente en el callejón. Asomé la cabeza por la esquina y vi una figura solitaria alejándose de mí.

Inspeccioné el suelo en busca de alguna arma. No vi nada que tuviera el tamaño correcto para hacer de garrote. Mala suerte.

Me interné en el callejón, a unos siete metros por detrás de él. Llevaba una cazadora de cuero hasta la cintura y tenía una complexión rechoncha y fuerte. Incluso desde atrás me daba cuenta de que tenía un cuello enorme. Llevaba algo que parecía un bastón. Lo que faltaba. Más valía que la arena me sirviera.

Había reducido la distancia a unos tres metros y estaba a punto de llamarle cuando miró hacia atrás por encima del hombro. Yo no había emitido ni un sonido y había fijado la vista en otro sitio casi todo el rato para no llamarle la atención. Tenemos un elemento primitivo y animal en nuestro interior que nota cuando nos siguen. Lo aprendí en la guerra. Pero también aprendí a no emitir las vibraciones que disparan la alarma de otra persona. Este tipo tenía unas antenas muy sensibles.

Se volvió, me miró y advertí su expresión confundida. Benny le había dicho que me había visto en la estación. Yo venía de la otra dirección. Estaba intentando despejar la discrepancia en el ordenador central.

Le vi las orejas, hinchadas como coliflores, desfiguradas después de tantos golpes. Los judokas y kendokas japoneses no creen en las prendas protectoras; a veces los profesionales lucen las cicatrices en los lóbulos, que les salen por los cabezazos del judo y los golpes con la espada de bambú en el kendo, como si fueran un símbolo de honor. En algún recoveco de mi conciencia tomé nota de sus posibles habilidades.

Utilicé todos los medios disponibles para transmitir la idea de que era un transeúnte más que quería sobrepasarlo para concederme un segundo adicional. Me situé hacia la izquierda, di dos pasos más. Percibí que el reconocimiento se hacía más evidente en su rostro. Vi que el bastón empezaba a alzarse a cámara lenta al tiempo que adelantaba el pie izquierdo para reforzar el golpe.

Le lancé la arena a la cara y salté a un lado. Echó la cabeza hacia atrás pero el bastón siguió subiendo; al cabo de una décima de segundo lo sacudió con tal fuerza que quedó desdibujado en el aire. A pesar de la fuerza del golpe se quedó corto al intentar dar en el blanco y entonces, con la misma velocidad fluida, cortó el aire en sentido horizontal. Me desplazé en diagonal, fuera de la línea de ataque, sosteniéndome sobre los dedos del pie. Le vi haciendo una mueca, con los ojos bien cerrados. La arena le había alcanzado de lleno. El hecho de que no se frotara los ojos con las manos ponía de manifiesto que había recibido mucho adiestramiento. Pero no veía.

Dio un paso hacia delante con cautela, con el bastón en guardia. Le brotaban lágrimas de los ojos heridos. Él sabía que yo estaba delante pero era incapaz de precisar dónde.

Tuve que esperar hasta que me sobrepasara para actuar. Ya había visto lo rápido que era con el bastón.

Se mantuvo en la misma posición, ensanchaba las narinas como si estuviera olfateando para captar mi olor. «Dios mío, ¿cómo consigue evitar no

frotarse los ojos? —pensé—. Debe de estar desesperado de dolor.»

Dio un salto hacia delante profiriendo un fuerte *kiyai*, al tiempo que sacudía el bastón como si fuera un látigo a la altura de la cintura. Pero había calculado mal, pues yo estaba más atrás. Entonces, con la misma rapidez, dio dos pasos largos hacia atrás, soltó el bastón y se frotó los ojos preso de la desesperación.

Aquello era lo que había estado esperando. Me abalancé sobre él y levanté el puño derecho para asestarle un mazazo en la clavícula. Bajé el puño con fuerza pero en el último momento se movió ligeramente y los músculos del trapecio recibieron el golpe. Continué con un golpe del codo izquierdo dirigido al esfenoideas aunque sobre todo le alcancé en la oreja.

Antes de que le encajara otro golpe, movió el bastón por detrás de mí y lo agarró con la mano que tenía libre. Entonces me atrajo hacia él estrechándome con fuerza entre los brazos y me hundió el bastón en la espalda. Arqueó la espalda hacia atrás y despegué los pies del suelo. Me quedé sin aliento. El dolor me explotó en los riñones.

Luché contra el impulso de dejarme ir, sabiendo que no tenía tanta fuerza como él. No obstante, le agarré el cuello con desesperación y alcé las piernas hasta alcanzarle la espalda. Tenía la impresión de que el bastón me atravesaría la columna vertebral.

El movimiento le sorprendió y perdió el equilibrio. Dio un paso atrás, soltó el bastón e hizo un molinillo con el brazo izquierdo. Le crucé las piernas en la espalda y retiré todo mi peso de repente, por lo que se vio obligado a rectificar y a arrojarse contra mí. Caímos al suelo con contundencia. Yo estaba debajo y me llevé buena parte del golpe. Pero de ese modo estábamos en mi terreno.

Le agarré de las solapas de la americana cruzando los brazos y le propiné un *gyaku-jujime*, una de las primeras estrangulaciones que aprenden los judokas. Reaccionó de inmediato, soltó el bastón y fue directo a los ojos. Sacudí la cabeza adelante y atrás intentando evitar sus dedos y empleando las piernas para controlar su torso. En un momento dado me agarró una oreja pero me solté de un tirón.

La estrangulación no era perfecta. Agarré más tráquea que carótida y se resistió durante un buen rato, moviéndose a tuestas cada vez con mayor desesperación. Pero no tenía nada que hacer. Seguí agarrándolo incluso después de que hubiera dejado de resistirse y giré la cabeza para ver si se acercaba alguien. Nadie.

Cuando estuve seguro de que ya habíamos sobrepasado con creces el punto en el que podía fingir estar muerto, le solté y me libré del peso que tenía encima. Dios mío, cuánto pesaba. Me deslicé por debajo de él y me levanté; la espalda me dolía horrores por culpa del bastón y respiraba de forma entrecortada.

Gracias a mi larga experiencia sabía que el hombre no estaba muerto. Las personas pierden el conocimiento por una estrangulación en el *dojo* con bastante frecuencia; no es grave. Si la pérdida de conciencia es profunda, como era el caso, hay que incorporar a la persona y darle golpes en la espalda, hacerle un poco de resucitación cardiopulmonar para que recobre la respiración.

Aquel tipo tendría que encontrar a alguien que lo pusiera otra vez en marcha. Me habría gustado interrogarle pero ése no era como Benny.

Me agaché apoyando una mano en el suelo para mantener el equilibrio y le registré los bolsillos. Encontré un teléfono móvil en el bolsillo delantero de la americana. Revisé rápidamente los otros bolsillos. Encontré el *spray* de pimienta. No hallé nada más.

Me puse en pie y noté las punzadas de dolor que me recorrían la espalda; me encaminé hacia mi apartamento. Justo cuando salía del callejón y giraba a la izquierda en mi calle pasaron dos colegialas con el uniforme azul marino. Se quedaron boquiabiertas al verme pero no les hice ningún caso. ¿Por qué me miraban con esa cara? Me llevé la mano a la cara y noté la humedad que tenía en las mejillas. Mierda, estaba sangrando. Me había arrancado parte de la piel del rostro.

Caminé hacia mi edificio lo más rápido posible, haciendo un gesto de dolor mientras subía los dos tramos de escalera. Entré en casa, humedecí una toallita en el lavamanos del baño y me lavé la sangre de la cara. La imagen que me devolvía el espejo tenía mala pinta y tardaría cierto tiempo en mejorar.

El apartamento me producía una sensación extraña. Siempre había sido un refugio, un piso franco anónimo. Pero había quedado expuesto por culpa de Holtzer y la Agencia, dos fantasmas de un pasado que creía haber dejado atrás. Necesitaba saber por qué iban a por mí. ¿Motivos profesionales? ¿Personales? Tratándose de Holtzer, probablemente fueran ambos.

Recogí las cosas que necesitaba y las introduje de cualquier manera en una bolsa de viaje, me dirigí a la puerta y me volví una sola vez para echar un vistazo antes de marcharme. Todo parecía estar como siempre; no había ni

rastro de las personas que habían pasado por allí. Me pregunté cuándo volvería a ver aquel lugar.

Al salir me encaminé hacia Sugamo. Desde allí podría tomar la línea de Yamanote hasta Shibuya para reunirme con Midori. Tal vez los teléfonos móviles me proporcionaran alguna pista.

Trece

Para cuando llegué al hotel, el dolor de la espalda se había convertido en una especie de punzada sorda. Tenía el ojo izquierdo hinchado, ya que en algún momento aquel tipo me había metido el dedo, y me dolía la cabeza, probablemente de cuando me había intentado arrancar una oreja.

Pasé frente a la mujer mayor de la recepción rápidamente, mostrándole las llaves sin detenerme para que supiera que ya estaba registrado. Levantó la vista y retomó la lectura enseguida. Intenté presentarle únicamente el perfil derecho, que tenía mejor aspecto que el izquierdo. No debió de fijarse en mi cara.

Llamé a la puerta para que Midori supiera que iba a entrar y abrí con la llave.

Estaba sentada en la cama y se sobresaltó cuando me vio el ojo hinchado y los arañazos de la cara.

—¿Qué ha pasado? —dijo con un grito ahogado. A pesar del dolor, su voz preocupada me confortó.

—Había alguien esperándome en el apartamento —respondí, cerrando bien la puerta tras de mí. Dejé caer el abrigo que llevaba y me acomodé en el sofá—. Parece que últimamente los dos nos estamos volviendo muy populares.

Se me acercó y se arrodilló junto a mí, escrutándome la cara con la mirada.

—Ese ojo tiene mal aspecto. Voy a traerte un poco de hielo del congelador.

Se levantó y me la quedé mirando. Llevaba vaqueros y una sudadera de marinero que debió de comprarse cuando yo no estaba. Se había hecho una coleta que me permitía contemplar las proporciones entre los hombros y la cintura y las curvas de la cadera. Lo siguiente de lo que fui consciente es que la deseaba tanto que casi habría podido olvidarme del dolor de espalda. No podía evitarlo. Tal como confirmaría cualquier soldado que haya entrado en acción, la reacción lógica de un combate es estar sumamente cachondo. En un momento determinado estás luchando por salvar la vida y, cuando se acaba,

de pronto te encuentras con que se te ha puesto grande y dura como un obús. No sé por qué ocurre, pero ocurre.

Volvió con una toalla con hielo y me tumbé en el sofá, un tanto azorado. Sentía un dolor eléctrico por toda la espalda, pero eso no cambió mi estado hormonal. Ella se volvió a agachar y me colocó el hielo contra el ojo, apartándome el cabello de la cara al mismo tiempo. Casi habría preferido que me echara el hielo en la entrepierna.

Me ayudó a recostarme y yo hice una mueca de dolor, perfectamente consciente de lo cerca que la tenía.

—¿Te duele? —preguntó, apartando las manos.

—No, no pasa nada. El tipo que me cortó la cara me atizó en la espalda con un bastón. Ya se me pasará.

Midori me sostenía el hielo contra el ojo y con la otra mano me daba calor en la mejilla. Mientras tanto, yo estaba ahí sentado, rígido, sin atreverme a moverme y violento ante mi reacción, y la situación parecía alargarse demasiado.

Llegó un momento en que movió el hielo y yo alargué la mano para cogérselo, pero ella no lo soltó y acabé con la mano sobre la suya. Sentía a la vez la calidez del dorso de su mano contra la palma de la mía y el frío del hielo en la yema de los dedos.

—Es agradable —le dije. Ella no preguntó si lo decía por el hielo o por la mano. Ni yo mismo estaba seguro.

—Has estado fuera mucho tiempo —dijo ella al cabo de un rato—. No sabía qué hacer. Iba a llamarte, pero luego empecé a pensar que quizá habías organizado todo esto con aquellos hombres de mi apartamento, como poli bueno y poli malo, para que confiara en ti.

—Yo habría pensado lo mismo. Me hago cargo de lo que te debe de haber parecido todo esto.

—De hecho empezaba a parecer algo bastante irreal. Hasta que te volví a ver.

Eché un vistazo a la toalla, que tenía manchas rojas por la parte que me había tocado la cara.

—No hay nada como un poco de sangre para que las cosas parezcan reales.

—Es cierto. Lo que me volvía a la mente una y otra vez era la dureza con que pegaste a aquel hombre en mi apartamento: vi cómo le salía la sangre a borbotones por la nariz. Si no hubiera visto aquello, creo que me habría ido mientras tú no estabas.

—Entonces me alegro de haberle alcanzado en la cabeza.

Soltó una risita y me volvió a colocar la toalla contra la cara.

—Dime qué ha pasado.

—Aquí no tienes nada de comer, ¿verdad? —pregunté—. Me muero de hambre.

Cogió una bolsa que tenía junto al sofá y la abrió.

—Te he traído un *bento*. Por si acaso.

—Concédeme unos minutos —respondí. Y empecé a engullir bolas de arroz, huevos y verduras. Lo regué con una lata de zumo de frutas variadas. Me pareció delicioso.

Cuando acabé, cambié de postura para verla mejor.

—Había dos tipos en mi apartamento —le expliqué—. Conocía a uno, un esbirro del PLD del que sólo sé que se llama Benny. Resulta que está relacionado con la CIA. ¿Te suena de algo? ¿Alguna relación con tu padre?

Negó con la cabeza.

—No. Mi padre nunca dijo nada de ningún Benny ni de la CIA.

—Bueno. El otro tipo era *kendoka*. Tenía un bastón que usaba a modo de espada. No sé qué relación tiene. Conseguí hacerme con los teléfonos móviles de ambos. Quizá me den alguna pista sobre él.

Le cogí el hielo de la mano y me incliné hasta el otro lado del sofá en busca de mi abrigo, lo que me produjo unos dolorosos pinchazos en la espalda. Tiré del abrigo, tanteé el bolsillo interior y saqué los teléfonos. Los dos eran el típico modelo DoCoMo, pequeños y elegantes.

—Benny me dijo que la Agencia está buscando el disco. En realidad no sé por qué me persiguen. A lo mejor piensan... ¿Que voy a decirte algo, a darte alguna clave? ¿Que puede utilizar lo que tú tienes? ¿Se te ocurre qué puede ser? ¿Qué puede impedir que consigan lo que quieren?

Abrí el teléfono del *kendoka* y apreté el botón de rellamada. Apareció un número en pantalla.

—Es un punto de partida. Podemos hacer una búsqueda de teléfonos inversa. Puede que también tenga números en la agenda. Tengo un amigo de confianza que nos puede ayudar en eso.

Me levanté y el dolor de espalda me hizo estremecer.

—Tendremos que cambiar de hotel. Es lo que suelen hacer los clientes satisfechos con el servicio.

Ella sonrió.

—Supongo que es verdad.

Cambiamos de hotel y nos fuimos a uno cercano que se llamaba Morocco y que parecía querer recrear el ambiente de las Mil y una noches: alfombras orientales, narguilés, joyas para el vientre y otros ornamentos a disposición de las clientas que lo desearan. Era la pura imagen del lujo beduino, pero sólo había una cama, y dormir en el sofá iba a ser como pasar la noche en un potro de torturas.

—¿Por qué no te quedas con la cama? —me ofreció Midori, como si me leyera el pensamiento—. Con la espalda así, no podrás dormir bien en el sofá.

—No te preocupes —repliqué algo violento—. El sofá ya me va bien.

—Me quedo yo con el sofá —sentenció con una sonrisa prolongada.

Acabé aceptando su oferta, pero no pude dormir bien. Soñaba que estaba atravesando la densa jungla próxima a Tchepone, en el sur de Laos, perseguido por un batallón de reconocimiento del ENV. Me había quedado apartado de mi pelotón y estaba desorientado. Intenté darles esquinazo, pero no podía librarme de ellos. El ENV me tenía rodeado y sabía que me iban a capturar y a torturar. Entonces apareció Midori, que intentaba que cogiera su arma. «No quiero que me capturen —decía—. Por favor, ayúdame. Toma la pistola. No te preocupes por mí. Salva a los montañeros.»

Me puse derecho de un salto, como si tuviera un resorte dentro del cuerpo. «Tranquilo, John. No es más que un sueño.» Tensé el abdomen y dejé salir un largo soplo de aire por la nariz. Me sentía como si el Loco Genial estuviera ahí mismo, en la habitación.

Tenía la cara bañada en sudor y pensé que volvía a sangrar, pero cuando me llevé la mano a la mejilla y me miré los dedos me di cuenta de que eran lágrimas. «¿Qué demonios es esto?», pensé.

La luna estaba baja y la luz se colaba por la ventana. Midori estaba sentada en el sofá, con las rodillas contra el pecho.

—¿Una pesadilla?

Me pasé los dedos por los lados de la cara.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta?

Se encogió de hombros.

—Un rato. Estabas dando vueltas en la cama.

—¿He dicho algo?

—No. ¿Tienes miedo de lo que puedas decir mientras duermes?

La miré. La luna le iluminaba un lado de la cara y el otro estaba oculto por la oscuridad.

—Sí —respondí.

—¿Qué soñabas?

—No lo sé —mentí—. Eran sobre todo imágenes.

Sentía su mirada sobre mí.

—Me pides que confíe en ti y ni siquiera me puedes contar una pesadilla.

Empecé a responder, pero de pronto me sentí enfadado con ella. Me levanté de la cama y me dirigí al baño. «No necesito sus preguntas —pensé—. No necesito preocuparme por ella. La CIA de los cojones, Holtzer, sabe que estoy en Tokio, sabe dónde vivo. Ya tengo suficientes problemas.»

Sabía que ella era la clave. Su padre debió de decirle algo. O tenía lo que buscaba quien fuera que había entrado en su apartamento el día del funeral. ¿Cómo es que no caía en lo que pudiera ser?

Volví a la cama y me quedé mirándola.

—Midori, tienes que poner más empeño. Tienes que recordar. Tu padre debió de decirte o darte algo.

Su cara reflejaba sorpresa.

—Ya te lo dije, nada.

—Alguien entró a registrar su apartamento después de su muerte.

—Lo sé. La policía me llamó cuando sucedió.

—El caso es que no encontraron lo que buscaban y ellos creen que lo tienes tú.

—Mira, si quieres echar un vistazo al apartamento de mi padre, te puedo dejar entrar. Aún no lo he limpiado, y todavía tengo la llave.

Los que habían entrado en el piso se habían ido con las manos vacías, y mi viejo amigo Tatsu, hombre concienzudo como pocos, había escrutado el lugar con todos los medios del Keisatsucho. Sabía que volver a mirar sería perder el tiempo y su sugerencia no hizo más que aumentar mi sensación de frustración.

—Eso no va a servir de nada. ¿Qué puede creer esa gente que tienes tú? ¿El disco? ¿Algo que tenga escondido? ¿Una clave? ¿Estás segura de que no tienes nada?

Observé que se sonrojaba ligeramente.

—Ya te lo he dicho, nada.

—Bueno, intenta recordar algo, ¿no puedes?

—No, no puedo —replicó con voz de enfado—. ¿Cómo voy a recordar algo si no lo tengo?

—¿Cómo puedes estar segura de que no lo tienes si no lo recuerdas?

—¿Por qué dices todo esto? ¿Por qué no me crees?

—¡Porque no encuentro otra explicación! ¡Y tengo que reconocer que no me gusta la sensación de saber que me quieren matar cuando ni siquiera sé

por qué!

Puso los pies en el suelo y se levantó.

—¡Entonces se trata sólo de ti! ¿Te crees que a mí me gusta? ¡Yo no he hecho nada! ¡Y tampoco sé por qué estos tipos hacen lo que hacen!

Exhalé lentamente, intentando controlar mi rabia.

—Es porque creen que tienes el maldito disco. O que sabes dónde está.

—¡Pues no lo sé! *Oai nikusama! Mattaku kokoroattari ga nai wa yo! Mo nan do mo so itteru ja nai yo!* —¡No sé nada! ¡Ya te lo he dicho!

Nos quedamos uno frente al otro a los pies de la cama, respirando fuerte.

—No te importo una mierda. Sólo te interesa lo que están buscando, sea lo que sea —añadió.

—Eso no es cierto.

—¡Es cierto! *Mo ii! Dose anata ga doko no dare na no ka sae oshiete kurenain da kara!* —¡Ya basta! ¡Ni siquiera me dices quién eres! Se levantó ofendida y cogió una bolsa. Sin mediar palabra empezó a meter cosas dentro.

—Midori, escúchame —le dije, acercándome y agarrando la bolsa—. ¡Escúchame, por Dios! ¡Claro que me importas! ¿No lo ves?

Tiró de la bolsa y respondió:

—¿Por qué debería creer lo que dices si tú no me crees a mí? ¡No sé nada! ¡No lo sé!

Le arranqué la bolsa de las manos.

—Muy bien, muy bien. Te creo.

—Y una mierda me crees. Devuélveme la bolsa. ¡Devuélvemela! —replicó. Intentó cogerla pero yo me la puse a la espalda.

Por un momento me miró con ojos de incredulidad y luego empezó a golpearme en el pecho. Dejé caer la bolsa y la agarré rodeándola con los brazos para que dejara de pegarme.

Más tarde fui incapaz de recordar exactamente cómo había sucedido. Estaba peleando y yo intentaba contener sus golpes. De pronto noté el contacto de su cuerpo y a continuación comenzamos a besarnos. Daba la impresión de que aún me seguía pegando, pero en realidad estábamos arrancándonos la ropa desesperadamente el uno al otro.

Hicimos el amor en el suelo, a los pies de la cama. Fue algo apasionado, inconsciente. Por momentos parecía que estábamos luchando. Sentía un dolor punzante en la espalda, pero era casi una sensación dulce.

Después alargué el brazo y tiré de la colcha. Nos tapamos y apoyamos la espalda contra el borde de la cama.

—*Yokatta* —dijo, arrastrando la última sílaba—. Ha estado bien. Más de lo que te merecías.

Me sentía algo aturdido. Hacía tiempo que no me sentía tan vinculado a alguien. Era casi desconcertante.

—Pero tú no confías en mí —prosiguió—. Y eso me duele.

—No es una cuestión de confianza, Midori. Es... —empecé, pero luego me detuve—. Te creo. Siento haberte presionado tanto.

—Yo hablo de tu sueño.

Me tapé los ojos con los dedos.

—Midori, no puedo, no... —empecé. No sabía qué decir—. No hablo de esas cosas. Si no estuviste allí, no lo entenderás.

Se acercó y me apartó suavemente los dedos de los ojos. Luego me llevó las manos inconscientemente hasta su cintura. Su piel y su pecho estaban preciosos a la luz de la luna y las sombras cubrían los hoyuelos que se le marcaban sobre las clavículas.

—Necesitas hablar. Lo noto —constató—. Quiero que me lo cuentes.

Sumí la vista en la maraña de sábanas y mantas, cubiertas de luces y sombras que formaban montículos y valles, formando un extraño paisaje bañado por la luz de la luna.

—Mi madre... era católica. Cuando yo era niño solía llevarme a la iglesia. Mi padre lo odiaba. Yo me confesaba. Le contaba al cura mis pensamientos obscenos, todas las peleas en las que me había metido, los chicos a los que odiaba y todo lo malo que les quería hacer. Al principio fue como sacarse una muela, pero luego se convirtió en algo adictivo. Pero todo eso fue antes de la guerra. En la guerra hice cosas... que van más allá de lo confesable.

—Pero si te las guardas así, se te comerán por dentro como un veneno. Te están carcomiendo.

Quería contárselo. Quería sacarlo todo.

«¿Pero qué te pasa? —pensé—. ¿Quieres que salga corriendo del susto?»

Sí, quizá esa fuera la solución. Quizá eso fuera lo mejor. No podía hablarle de su padre, pero le podía contar algo peor.

Empecé a hablar con voz seca y firme.

—Atrocidades, Midori. Hablo de atrocidades.

Algo así siempre va bien para empezar un discurso. Pero aguantó el tirón.

—No sé lo que hiciste, pero sé que fue hace mucho tiempo. En otro mundo.

—No importa. Es imposible que lo entiendas sin haber estado allí.

Me apreté los ojos de nuevo con las yemas de los dedos, pero ese acto reflejo no sirvió para aplacar las imágenes que me bailaban en la mente.

—Una parte de mí disfrutaba con ello, estaba encantada. No todo el mundo era capaz de operar en el terreno del propio ENV. Algunos tipos, al oír cómo se alejaban los helicópteros de exploración, cuando la jungla quedaba en silencio, se quedaban sin aliento. El pánico se apoderaba de ellos. A mí no me pasaba. Participé en más de veinte misiones de campaña en territorio indígena. La gente me decía que ya había explotado toda mi suerte, pero yo seguía y las misiones cada vez eran más temerarias.

»Yo era uno de los Uno-Cero más jóvenes, los jefes de escuadrón del GOE. Mis compañeros y yo éramos inquebrantables. Puede que fuéramos doce tíos contra toda una división del ENV, pero yo sabía que ni uno solo de mis hombres iba a salir corriendo. Y ellos sabían que yo tampoco lo haría. ¿Sabes lo que es eso para un chico que se ha visto relegado al ostracismo toda su vida por ser mestizo?

Cada vez hablaba más rápido.

—No te importa quién es cada uno. Si te hundes en sangre y mierda es imposible seguir limpio. Algunos tienen más manías que otros, pero al final todos dan el salto. Dos de los tuyos quedan partidos en dos por una mina Bouncing Betty que les arranca las piernas del cuerpo. Sostienes lo que queda de ellos en sus últimos momentos de vida y les dices: «Ánimo, te pondrás bien, te pondrás bien». Ellos lloran y tú lloras y luego están muertos. Te separas y te das cuenta de que estás todo cubierto de tripas.

»Nosotros también dejábamos bombas-trampa para el enemigo. Ésa era una de nuestras especialidades, ojo por ojo y diente por diente. Pero sólo tienes doce hombres y no puedes ganar ese tipo de guerra por mucho que tú les hagas más daño que ellos a ti. Tienes más bajas y la frustración, la rabia, el ahogo, la ira que te hincha las venas, no hace más que acumularse. Y un día te ves atravesando un pueblo con el poder de dispensar la vida y la muerte cargado al hombro, arrasándolo todo de un extremo al otro, adelante y atrás, sin pensártelo. Estás en una zona de fuego libre, lo que significa que todo el mundo que no es un aliado confirmado se supone miembro del Vietcong y se le trata como a tal. Inteligencia te dice que ese pueblo es un hervidero de actividad del Vietcong, que de ahí sale la mitad de los efectivos del sector, que es un lugar de paso de las armas que se distribuyen por el sur a lo largo de la ruta enemiga. Los lugareños te miran con expresión huraña y alguna mama-san te dice: “¡Eh!, Joe, tú folla mami, tú número diez” o alguna mierda

por el estilo. Y te han dado esa información. Y dos horas antes una mina se ha cargado a otro colega. Créeme, alguien va a pagarlo.

Respiré hondo dos veces.

—Dime que pare o voy a seguir.

Midori permaneció en silencio.

—El pueblo se llamaba Cu Lai. Reunimos a toda la gente, quizás eran cuarenta o cincuenta personas, mujeres y niños incluidos. Les quemamos las casas ante sus ojos. Disparamos a todos sus animales de granja, masacramos los cerdos y las vacas. Como símbolo, ¿sabes? Una catarsis. Pero no fue suficiente.

»¿Y entonces qué se suponía que teníamos que hacer con esa gente? Llamé por radio, aunque no se debe, porque el enemigo puede triangular y encontrar tu posición. Pero ¿qué se suponía que íbamos a hacer con esa gente? Acabábamos de destruirles el pueblo.

»El tipo al otro lado de la radio, que todavía no sé quién era, dice: “Liquidadlos”. Así es como describíamos el asesinato por aquel entonces: “Hay que liquidar a tal o cual persona” o “Hemos liquidado a diez vietcongs”.

»Conservo la calma y el tipo vuelve a decir: “Liquidadlos”. Es desconcertante. Una cosa es tener el impulso de matar en caliente. Otra es que algún mando te confirme en frío ese impulso. De pronto tengo miedo, porque me doy cuenta de que ha ido de muy poco. “¿Liquidar a quién?”, pregunto. “A todos”, responde la voz. Yo respondo: “Estamos hablando de cuarenta o cincuenta personas; también hay mujeres y niños. ¿Me entiende?”. El tipo vuelve a repetir: “Vosotros liquidadlos”. “¿Me puede dar su nombre y rango?”, pregunto, porque no voy a matar de pronto a toda esa gente sólo porque una voz me lo dice por radio. “Hijo —me contesta la voz—, te aseguro que si te dijera mi rango te cagarías en los pantalones. Estáis en una zona de fuego libre. Haz lo que te digo.”

»Yo le dije que no lo haría si no verificaba su autoridad. Luego se pusieron a la radio dos personas más, que afirmaron ser los superiores de ese tipo. Uno de ellos dice: “Se le ha dado una orden directa bajo la autoridad del Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. Obedezca esa orden o asuma las consecuencias”.

»De modo que volví con el resto de la unidad para hablarlo. Estaban vigilando a los lugareños. Les dije lo que acababa de oír. A la mayoría de los chicos les causó el mismo efecto que a mí: les dejó helados, les dio miedo. Pero algunos estaban excitados: “De ningún modo”, decían. “¿Nos dicen que los *liquidemos*? ¡Pues cojonudo!” Aun así, todos teníamos dudas.

»Tenía un amigo, Jimmy Calhoun, al que todos llamaban el Loco Genial. No había participado mucho en la conversación. De pronto dice: “Parecéis mariquitas, joder. Si hay que liquidarlos, hay que liquidarlos”. Empieza a gritarles a los lugareños en vietnamita: “¡Al suelo, todo el mundo al suelo! *Num suyn!*”. Y los campesinos obedecen. Todos nos quedamos fascinados, preguntándonos qué va a hacer. Jimmy ni siquiera se para a pensar: da un paso atrás, toma el rifle y de pronto *¡ka-pop!*, *¡ka-pop!* empieza a dispararles. Fue extraño: nadie intentó salir corriendo. Entonces otro de los chicos grita: “¡Jodido Loco Genial!” y también echa mano del rifle. Acto seguido todos estábamos descargando nuestra munición contra esa gente, destrozándolos. Se acababa una carga, apretabas, tirabas, ponías una nueva carga y seguías disparando.

Mantenia la voz firme, con la mirada fija hacia delante, recordando.

—Si pudiera volver atrás, intentaría pararlo. De verdad lo haría. No participaría. Y los recuerdos me persiguen. Me he pasado veinte años corriendo, pero al final es como intentar deshacerse de tu propia sombra.

Se produjo un silencio prolongado e imaginé que pensaría que se acababa de acostar con un monstruo.

—Ojalá no me lo hubieras contado —me dijo, confirmando mis sospechas.

Me encogí de hombros. Me sentía vacío.

—Quizá sea mejor que lo sepas.

Negó con la cabeza.

—No es eso lo que quería decir. Es una historia muy triste. Es muy triste ver lo que has tenido que pasar. Nunca me imaginé la guerra como algo tan... personal.

—Vaya si fue personal. En ambos bandos. Concedían medallas especiales a los del ENV, los soldados del Ejército Norvietnamita, que mataran a un americano. La prueba era una cabeza cortada. Si matabas a alguien del GOE, conseguías diez mil piastras más, la paga de varios meses.

Me volvió a tocar la cara y observé una profunda comprensión en sus ojos.

—Tenías razón. Has vivido un infierno. No lo sabía.

Le cogí las manos y las aparté suavemente.

—Y no has oído la mejor parte. La información que decía que el pueblo era un centro estratégico del Vietcong, ¿te acuerdas? Todo falso. Ninguna red de túneles, nada de arroz ni arsenales escondidos.

—*Sonna, sonna koto...* —articuló a duras penas—. Quieres decir... pero, John, tú no lo sabías.

Me encogí de hombros.

—Ni siquiera una rodada de camión. Joder, lo habríamos podido comprobar en un segundo antes de empezar a masacrar a gente.

—Pero eras muy joven. Debías de estar desquiciado por el miedo y la rabia.

Sentía que me estaba mirando. Bueno. Después de todo aquello, las palabras sonaban como muertas, como sonidos vacíos de contenido.

—¿Es eso lo que querías decir la primera noche? —preguntó—. ¿Lo de no ser una persona indulgente?

Recordé que se lo había dicho; recordé que me había mirado como si fuera a preguntarme sobre el tema y que luego pareció desistir.

—No es eso exactamente lo que quería decir. Estaba pensando en otras personas, no en mí mismo. Pero supongo que también es aplicable a mí.

Asintió lentamente.

—Yo tenía una amiga en Chiba llamada Mika. Cuando yo estaba en Nueva York, tuvo un accidente de coche. Atropelló a una niña que jugaba en la calle. Mika conducía a cuarenta y cinco kilómetros por hora, el límite de velocidad, y la niña apareció con su bicicleta y se puso frente al coche. No pudo hacer nada. Fue mala suerte. Le habría ocurrido a cualquiera que estuviera conduciendo el coche en aquel lugar y en aquel instante.

En un momento dado comprendí adonde quería llegar. Lo había sabido todo el rato, incluso antes de la evaluación psicológica que me habían hecho en una ocasión para ver cómo llevaba la gran tensión del GOE. El loquero con el que me hicieron hablar me había dicho lo mismo: «¿Cómo vas a culparte por circunstancias que escapaban a tu control?».

Recuerdo aquella conversación. Recuerdo que escuché toda aquella mierda, medio enfadado y medio divertido ante sus intentos de sacármelo todo. Al final le solté: «¿Ha matado usted alguna vez a alguien, doctor?». No me respondió y me fui. No sé qué pondría en su evaluación. Pero no me expulsaron del GOE. Eso vino más tarde.

—¿Aún trabajas con esa gente? —me preguntó Midori.

—Hay contactos —respondí.

—¿Por qué? —preguntó ella al cabo de un momento—. ¿Por qué seguir vinculado a cosas que te provocan pesadillas?

Eché un vistazo por la ventana. La luna estaba más alta y la luz se iba retirando de la habitación.

—Es difícil de explicar —respondí lentamente. Observé su pelo que brillaba bajo la pálida luz, como una cascada de agua. Le pasé los dedos por entre los cabellos, cogiéndolos con la mano y luego soltándolos—. Parte de lo que yo era en Vietnam no encajó bien con mi vida cuando volví a Estados Unidos. Algunas cosas son propias de la guerra, pero luego te siguen cuando te vas. Tras la guerra, me di cuenta de que no podía volver a la vida que había dejado. Quería volver a Asia, porque aquí mis fantasmas se rebelaban menos, pero era algo más que una cuestión geográfica. Todo lo que había hecho tenía sentido en la guerra, estaba justificado por la guerra, no podía vivir con ello fuera de la guerra. De modo que necesitaba seguir en guerra.

Sus ojos eran dos estanques oscuros.

—Pero no puedes estar en guerra toda la vida, John.

Esbocé una débil sonrisa.

—Un tiburón no puede dejar de nadar, o muere.

—Tú no eres un tiburón.

—Yo no sé lo que soy —respondí. Me froté las sienes con los dedos, intentando organizar las imágenes, pasadas y presentes, que chocaban en mi mente—. No lo sé.

Pasamos un rato tranquilos y sentí que se apoderaba de mí una agradable somnolencia. Iba a lamentar todo aquello. Una parte de mi mente se mantenía lúcida y lo veía claro. Pero parecía mucho más urgente dormir un poco y, en cualquier caso, lo hecho, hecho estaba.

Me dormí, pero el dolor de la espalda hizo que mi sueño fuera tenso y, en los momentos en que la conciencia hacía una breve aparición, habría dudado de que todo aquello hubiera sucedido realmente si no fuera porque ella seguía a mi lado. Entonces me dejaba arrastrar de nuevo por el sueño, para enfrentarme a fantasmas aún más personales, más terribles aún que aquellos de los que podía hablarle a Midori.

SEGUNDA PARTE

Cuando vuestra espada intercepte la del adversario,
no podéis vacilar, sino que debéis atacar
con la resolución completa de todo el cuerpo...

El libro de los cinco anillos,
MIYAMOTO MUSASHI

Catorce

A la mañana siguiente estaba sentado con la espalda apoyada en la pared, en mi posición estratégica favorita de Las Chicas, esperando la llegada de Franklin Bulfinch.

Era una mañana soleada y fría y entre la luz brillante que se filtraba por las ventanas y el ambiente moderno del que se enorgullece Las Chicas, me sentía a gusto con las gafas de sol Oakley de imitación que había comprado por el camino.

Midori estaba beneficiándose de la seguridad que le proporcionaba la sección musical del cercano edificio Spiral, en Aoyama-dori, lo bastante cerca para ir al encuentro de Bulfinch si fuera necesario pero lo bastante lejos para estar a salvo si las cosas se ponían feas. Había llamado a Bulfinch hacía menos de una hora para prepararlo todo. Seguramente era un periodista legal y acudiría solo al encuentro, pero me parecía poco práctico darle tiempo para desplegar fuerzas en el caso de que me equivocara.

Fue fácil reconocer a Bulfinch mientras se aproximaba al restaurante; era el mismo tipo alto y delgado con gafas de montura ligera que había visto en el tren. Avanzaba a zancadas, erguido, seguro de sí mismo y volví a tener la impresión de que desprendía cierto aire aristocrático. Llevaba vaqueros, zapatillas de deporte y una americana azul. Atravesó el patio, entró en el restaurante y se detuvo para mirar a izquierda y a derecha, buscando a Midori. Me vio pero no me reconoció.

Se dirigió hacia los servicios y probablemente echara un vistazo al comedor situado en la parte posterior del edificio. Sabía que regresaría enseguida, así que aproveché para observar la calle. Le habían seguido en el Alfie, por lo que era probable que también le hubieran seguido en esta ocasión.

La calle seguía vacía cuando Bulfinch regresó a la zona principal del restaurante al cabo de un minuto. Volvió a recorrer el local con la vista.

—Señor Bulfinch —dije en voz baja cuando sus ojos se posaron en mí.

Me miró durante unos instantes antes de replicar.

—¿Le conozco?

—Soy amigo de Midori Kawamura. Me pidió que viniera en su lugar.

—¿Dónde está ella?

—Ahora mismo corre peligro. Debe actuar con suma precaución —
repliqué.

—¿Vendrá?

—Depende.

—¿De qué?

—De que decida si es seguro o no.

—¿Quién es usted?

—Como he dicho, un amigo, interesado en lo mismo que usted —
expliqué.

—¿Es decir?

Le miré sin quitarme las gafas de sol.

—El disco.

—No sé nada de un disco —aseguró.

«Por supuesto», pensé.

—Esperaba que el padre de Midori le entregara un disco cuando murió en el Yamanote hace tres semanas. No lo llevaba consigo, así que usted quedó con Midori después del concierto en el Alfie el viernes siguiente. Se reunió con ella en el Starbucks de Gaienhigashi-dori, cerca del Almond, en Roppongi. Allí le mencionó lo del disco porque confiaba que lo tuviera. No pensaba decirle cuál era el contenido porque temía ponerla en una situación comprometida. Aunque ya lo había hecho al ir al Alfie porque le siguieron. Supongo que todo esto bastará para que sepa que soy de fiar.

No hizo ademán de sentarse.

—Podría haber averiguado casi todo eso sin que se lo dijera Midori y haber rellenado las lagunas con conjeturas sensatas, sobre todo si fue usted quien me siguió.

Me encogí de hombros.

—¿E imité su voz y le llamé hace una hora?

Vaciló, luego se acercó y se sentó, con la espalda erguida y las manos en la mesa.

—De acuerdo. ¿Qué puede contarme?

—Pensaba preguntarle lo mismo.

—Mire, soy periodista. Escribo artículos. ¿Tiene información para mí?

—Necesito saber qué hay en el disco.

—No entiendo por qué sigue hablando de un disco.

—Señor Bulfinch —dije al tiempo que observaba la calle, que estaba vacía—, la gente que quiere el disco piensa que lo tiene Midori, y están más

que dispuestos a matarla con tal de conseguirlo. El que fuera a verla al Alfie mientras le seguían seguramente fue lo que la ha puesto en peligro. Así que más vale que nos dejemos de gilipolleces, ¿no le parece?

Se quitó las gafas y suspiró.

—Suponiendo que el disco existiese, no entiendo que el saber qué contiene ayudase a Midori.

—Usted es periodista. Supongo que le interesaría publicar el hipotético contenido del disco, ¿no?

—Podría suponerlo, sí.

—Y supongo que algunas personas querrían evitar que se publicase, ¿no?

—Ésa sería una suposición sensata.

—Vale, bien. La amenaza de esa publicación es la que ha puesto a Midori en el punto de mira de esas personas. Una vez publicado el contenido del disco, Midori ya no sería una amenaza, ¿no es cierto?

—Lo que dice tiene sentido.

—Entonces parece que queremos lo mismo. Los dos queremos que se publique el contenido del disco.

Cambió de postura.

—Entiendo. Pero prefiero no hablar de esto hasta que vea a Midori.

Cavilé al respecto durante unos instantes.

—¿Lleva un móvil?

—Sí.

—Muéstremelo.

Introdujo la mano en el lateral izquierdo de la americana y extrajo una pequeña unidad desplegable.

—De acuerdo —dije—. Guárdese en el bolsillo. —Al tiempo que lo hacía, extraje un bolígrafo y un trocito de papel del bolsillo de mi chaqueta y comencé a anotar rápidamente varias instrucciones. El instinto me decía que el tipo no llevaba micrófonos ocultos, pero el instinto no siempre es infalible.

«Hasta que no indique lo contrario, no quiero que use el móvil bajo ningún concepto», explicaba la nota. «Saldremos juntos del restaurante. Una vez fuera, deténgase y le cachearé para comprobar si lleva armas. Después vaya donde le indique. En un momento dado le haré saber que quiero que camine recto y luego le diré adónde vamos. Si desea preguntar algo, escríbalo. Si no es así, devuélvame la nota. A partir de este momento, no diga palabra alguna a no ser que yo hable primero.»

Le entregué la nota. La tomó con una mano al tiempo que se ponía las gafas con la otra. Cuando hubo terminado de leerla, me la pasó por encima de

la mesa y asintió.

Doblé la nota y la guardé en el bolsillo de la chaqueta junto con el bolígrafo. Luego dejé un billete de mil yenes en la mesa para pagar el café que había estado bebiendo y le hice señas para que se pusiera en marcha.

Nos incorporamos y salimos. Le cacheé y no me sorprendió que estuviera limpio. Mientras avanzábamos por la calle me aseguré de que fuera un poco adelantado, a un lado, como una especie de escudo humano. Conocía de sobra los mejores lugares de la zona para vigilar o tender una emboscada, por lo que miraba en todas direcciones en busca de alguien fuera de lugar, alguien que pudiera haber seguido a Bulfinch hasta el restaurante y que lo estuviera esperando en el exterior.

Mientras caminábamos le indicaba «izquierda» o «derecha» a su espalda, y de ese modo llegamos al edificio Spiral. Cruzamos las puertas de cristal y nos dirigimos a la sección de música, donde Midori esperaba.

—Kawamura-san —dijo inclinándose al verla—. Gracias por llamarme.

—Gracias por venir a verme —replicó Midori—. Me temo que no fui completamente franca cuando nos vimos para tomar un café. No desconozco tanto las relaciones de mi padre como le di a entender. Sin embargo, no sé nada del disco que mencionó. En todo caso, no más de lo que usted me contó.

—Entonces no estoy muy seguro de poder ayudarla —replicó.

—Díganos qué hay en el disco —insté.

—No creo que les fuera útil —aseguró.

—No creo que nos perjudique —dije—. Ahora mismo vamos a ciegas. Si cooperamos tenemos muchas más posibilidades de recuperar el disco que actuando por separado.

—Por favor, señor Bulfinch —dijo Midori—, quienquiera que ande a la caza del disco estuvo a punto de matarme el otro día. Necesito su ayuda.

Bulfinch hizo una mueca, miró a Midori y luego a mí; los ojos realizaron el mismo recorrido varias veces.

—De acuerdo —dijo al cabo de unos instantes—. Hace dos meses su padre se puso en contacto conmigo. Me dijo que leía mi columna en *Forbes*. Me explicó quién era y añadió que necesitaba ayuda. El clásico caso de denuncia de corrupción.

Midori se volvió hacia mí.

—Eso fue cuando se lo diagnosticaron.

—¿Perdón? —dijo Bulfinch.

—Cáncer de pulmón. Acababa de averiguar que le quedaba poco tiempo de vida —explicó Midori.

Bulfinch asintió, con expresión comprensiva.

—Entiendo. No lo sabía. Lo siento.

Midori inclinó la cabeza brevemente para aceptar la condolencia.

—Siga, por favor.

—Durante el transcurso del siguiente mes mantuve varias reuniones clandestinas con su padre, durante las cuales me informó con todo lujo de detalles sobre la corrupción del Ministerio de la Construcción y su papel como intermediario entre el Partido Liberal Democrático y la *yakuza*. Esas reuniones me ofrecieron información inestimable sobre la naturaleza y el grado de corrupción en la sociedad japonesa. Pero necesitaba corroboración al respecto.

—¿Qué clase de corroboración? —inquirí—. ¿Es que acaso no podía publicarlo y atribuirlo a «una fuente importante del Ministerio de la Construcción»?

—Normalmente, sí —replicó Bulfinch—, pero me enfrentaba a dos problemas en este caso. Primero, el cargo de Kawamura en el Ministerio implicaba que era el único que podía acceder a la información que me ofrecía. Publicarla era sinónimo de incluir su nombre.

—¿Y el segundo problema? —inquirió Midori.

—El impacto —respondió Bulfinch—. Ya hemos publicado media docena de revelaciones sobre la clase de corrupción en la que Kawamura estaba implicado. La prensa japonesa se niega en redondo a publicarlas. ¿Por qué? Porque los políticos y los burócratas aprueban e interpretan leyes que crean o destruyen sociedades anónimas nacionales. Y las sociedades anónimas suponen más de la mitad de los ingresos por publicidad de los medios. Así que si, por ejemplo, un periódico publica un artículo que ofende a un político, el político llama a sus contactos de las sociedades anónimas más importantes, las cuales retiran la publicidad del periódico y la trasladan a una publicación rival, por lo que el periódico se hunde. ¿Entiende? Si le pide a un periodista que investigue una historia que se salga de los clubes de noticias *kisha* patrocinados por el Gobierno, le cierran el periódico. Si les sigue el juego seguirá recibiendo dinero, legal e ilegal. Aquí nadie se arriesga; todo el mundo trata la verdad como si fuera una enfermedad contagiosa. Por Dios, la prensa de Japón es la más dócil del planeta.

—¿Pero con pruebas...? —pregunté.

—Unas pruebas concretas cambiarían todo. Los periódicos se verían obligados a cubrir la historia o, de lo contrario, pondrían de manifiesto que sólo son herramientas del Gobierno. Descubrir y sacar a la luz a los cerebros

corruptos debilitaría al Gobierno y envalentonaría a la prensa. Podríamos comenzar un círculo virtuoso que conduciría a un cambio en la política japonesa que no se ha visto en el país desde la Revolución Meiji.

—Creo que exagera el afán de los medios de comunicación nacionales —comentó Midori.

Bulfinch negó con la cabeza.

—En absoluto. Los conozco bien. Son buenos periodistas, quieren publicar. Pero también son realistas.

—La prueba —dije—. ¿Cuál era?

Bulfinch me miró por encima de las gafas de montura ligera.

—No lo sé exactamente. Sólo que es una prueba concreta. Irrefutable.

—Quizá el disco debería acabar en manos del Keisatsucho, no de la prensa —manifestó Midori, refiriéndose a la agencia de investigación de Tatsu.

—Tu padre no habría durado ni un día si le hubiera pasado esa información a los del FBI —comenté para ahorrarle el problema a Bulfinch.

—Exacto —dijo Bulfinch—. Su padre no fue la primera persona que trató de denunciar la corrupción. ¿Le suena Tadayo Honma?

«Ah, sí, Honma-san. Una historia triste», pensé.

Midori negó con la cabeza.

—Cuando el Banco de Crédito Nipón quebró en 1998 —prosiguió Bulfinch—, hubo problemas con al menos treinta y seis mil millones de dólares, y seguramente muchos más, de su cartera de préstamos por valor de ciento treinta y tres mil millones de dólares. Se relacionaron esos préstamos incobrables con los bajos fondos, incluso con pagos ilegales a Corea del Norte. Para arreglar el desaguisado, un consorcio contrató a Tadayo Honma, el antiguo y respetado director del Banco de Japón. Honma-san se convirtió en presidente del BCN a comienzos de septiembre y comenzó a repasar los libros de contabilidad del banco para intentar sacar a la luz el verdadero alcance de las deudas y entender dónde y por qué se habían producido.

»Honma duró dos semanas. Lo encontraron ahorcado en una habitación de hotel de Osaka, con notas dirigidas a la familia, la empresa y otros allegados. Incineraron el cuerpo de inmediato, sin autopsia, y la policía de Osaka dictaminó que se trataba de un suicidio sin tan siquiera realizar una investigación al respecto.

»Y lo de Honma no fue un caso aislado. Su muerte fue el séptimo “suicidio” entre japoneses importantes que investigaban irregularidades financieras o que debían prestar declaración sobre las irregularidades habidas

desde 1997, cuando comenzó a saberse la relevancia de los préstamos incobrables que afectaban a bancos como el Crédito Nipón. También hubo un miembro del parlamento que se disponía a hablar sobre actividades para recaudación de fondos irregulares, otro director del Banco de Japón que supervisaba pequeñas instituciones financieras, un investigador de la Agencia de Supervisión Financiera y el director del Departamento de Instituciones Financieras Pequeñas y Medianas del Ministerio de Economía. En ninguno de los siete casos se realizó una investigación por homicidio. Los que mandan en este país no lo permiten.

Pensé en Tatsu y en sus teorías de la conspiración, imposible detrás de mis gafas.

—Se rumorea que hay un equipo especial entre la *yakuza* —comentó Bulfinch al tiempo que se quitaba las gafas y limpiaba los cristales con la camisa—, especialistas en «causas naturales», que van a ver a las víctimas por la noche a la habitación del hotel, les obligan a firmar testamentos a punta de pistola, les inyectan sedantes y luego les estrangulan de tal modo que parece que la víctima se ha suicidado ahorcándose.

—¿Ha encontrado algo que demuestre que los rumores son ciertos? —pregunté.

—Todavía no. Pero cuando el río suena... agua lleva.

Sostuvo las gafas en alto, las observó con atención y volvió a ponérselas.

—Le diré algo más. Aunque los problemas de los bancos sean terribles, la cosa está peor en el Ministerio de la Construcción. Construcción es el mayor empleador del país, y lleva arroz a una de cada seis mesas en Japón. Es con diferencia la industria que más contribuye al PLD. Si se quiere arrancar de cuajo la corrupción del país, habría que comenzar por Construcción. Su padre fue un hombre valiente, Midori.

—Lo sé —replicó.

Me pregunté si seguiría pensando que el infarto había sido por causas naturales. Comenzaba a hacer calor en el edificio.

—Ya le he contado lo que sé —dijo Bulfinch—. Ahora es su turno.

Le miré de hito en hito desde detrás de las gafas.

—¿Se le ocurre por qué motivo Kawamura acudió al encuentro sin el disco?

Bulfinch reflexionó antes de responder.

—No.

—Esa mañana iba a realizarse la transferencia, ¿no?

—Sí. Como he dicho, ya nos habíamos reunido en varias ocasiones. Kawamura cumpliría con lo prometido esa mañana.

—Quizá no pudo acceder al disco o descargar lo que pensaba descargar y por eso iría con las manos vacías.

—No. El día anterior me dijo por teléfono que ya lo tenía. Sólo faltaba entregarlo.

Se me ocurrió algo. Me volví hacia Midori.

—Midori, ¿dónde vivía tu padre? —Por supuesto, yo ya lo sabía, pero ella no debía saberlo.

—En Shibuya.

—¿En qué *chome*? —Una *chome* es una pequeña subdivisión dentro de los múltiples municipios de Tokio.

—En San-chome.

—Al final de Dogenzaka, ¿no? ¿Por encima de la estación?

—Sí.

Me volví hacia Bulfinch.

—¿Dónde se subiría Kawamura al tren esa mañana?

—En la estación de Shibuya del JR.

—Tengo una corazonada y pienso seguirla. Le llamaré si sale como espero.

—Espere un momento... —comenzó a decir.

—Sé que no le será fácil —dije—, pero tendrá que confiar en mí. Creo que sé cómo encontrar el disco.

—¿Cómo?

—Como he dicho, tengo una corazonada —repetí. Empecé a caminar hacia la puerta.

—Espere —dijo—. Iré con usted.

Negué con la cabeza.

—Trabajo solo.

Me cogió del brazo.

—Iré con usted —repitió.

Le miré la mano que me sujetaba el brazo. Acto seguido, me soltó.

—Quiero que salga de aquí —le dije—. Diríjase hacia Omotesando-dori. Llevaré a Midori a un lugar seguro y seguiré mi corazonada. Estaré en contacto con usted.

Miró a Midori, sin saber qué hacer.

—No se preocupe —dijo ella—. Queremos lo mismo que usted.

—Supongo que no tengo otra opción —reconoció mientras me fulminaba con una mirada cargada de rencor, aunque me percaté de lo que estaba pensando de verdad.

—Señor Bulfinch —dije en voz baja—, no intente seguirme. Si lo hiciera me daría cuenta. No reaccionaría como un amigo.

—Por Dios, dígame qué se le ha ocurrido. Quizá pueda ayudarle.

—Recuerde —dije al tiempo que señalaba la calle—, diríjase hacia Omotesando-dori. Me pondré en contacto con usted pronto.

—Será mejor que lo haga —replicó. Se me acercó un poco más y me miró de hito en hito, y no tuve más remedio que reconocer que tenía agallas—. Más le vale. —Saludó a Midori con la cabeza, cruzó las puertas de cristal del edificio Spiral y salió a la calle.

Midori me miró.

—¿Cuál es esa corazonada? —preguntó.

—Luego —repliqué mientras observaba a Bulfinch por el cristal—. Tenemos que ponernos en marcha antes de que tenga tiempo de volver sobre sus pasos y nos siga a uno de nosotros. Vamos.

Salimos y paramos un taxi que se dirigía hacia Shibuya. Mientras entrábamos y nos alejábamos seguí observando a Bulfinch, que caminaba en el otro sentido.

Bajamos del taxi y nos separamos en la estación de Shibuya. Midori regresó al hotel y yo me encaminé hacia Dogenzaka... donde Harry y yo habíamos seguido a Kawamura esa mañana que ahora parecía tan lejana, donde, si mi corazonada era cierta, Kawamura había arrojado el disco la mañana que murió.

Estaba pensando en Kawamura, en su conducta de aquella mañana, en lo que debía de estar pensando.

Más que nada estaría asustado. Es el día; tiene el disco que descubrirá a todas las ratas de alcantarilla. Lo lleva en el bolsillo. Es pequeño y pesa muy poco, por supuesto, pero es demasiado consciente de su presencia, de ese objeto que sabe que acabará con los pocos días de vida que le quedan si le atrapan con el mismo. En menos de una hora se reunirá con Bulfinch y se deshará de esa maldita cosa, gracias a Dios.

«¿Y si me están siguiendo justo ahora?», pensaría. «¿Y si me encuentran con el disco?» Comienza a mirar por todas partes. Se detiene a encender un cigarrillo, se vuelve y recorre la calle con la vista.

Viene alguien que le parece sospechoso. ¿Por qué no?

Cuando el miedo te atenaza el mundo se transforma. Un árbol parece un soldado del ENV hasta el último detalle: el uniforme oscuro, el Kaláshnikov. Cualquier tipo trajeado se parece al asesino gubernamental que te introducirá la mano en el bolsillo, sacará el disco y sonreirá mientras te apunta con la pistola en la sien.

«Deshazte del maldito disco y que Bulfinch vaya a buscarlo. Cualquier lugar sirve, cualquiera... allí, la frutería Higashimura servirá.»

Me detuve frente a la pequeña puerta de la tienda y observé el letrero de la misma. Aquella mañana se había escondido allí. Si el disco no estaba allí entonces podría estar en cualquier parte. Pero si se había deshecho del mismo de camino al encuentro con Bulfinch, ése era el lugar idóneo.

Entré. El propietario, un hombre bajito con expresión derrotada y la piel del color de una vida de tabaco, alzó la vista y me recibió con un cansino *irrashaimase* antes de seguir leyendo su *manga*. Era un local pequeño y rectangular, y el dueño lo dominaba todo desde donde estaba. Kawamura sólo habría escondido el disco en los lugares en los que un cliente habría puesto la mano sin despertar sospechas. Se habría movido con presteza. En realidad sólo debía permanecer una hora oculto, por lo que tampoco tenía que encontrar un lugar increíblemente seguro.

Lo cual significaba que seguramente habría desaparecido. Ya no estaría allí. Pero era mi única opción. Valía la pena intentarlo.

Manzanas. Había visto una manzana saliendo por la puerta del vagón mientras las puertas se cerraban.

En el rincón más alejado de la tienda había una pila de *Fuji*, relucientes y hermosas en los cajones de espuma de poliestireno. Me imaginé a Kawamura acercándose a ese lugar, observando las manzanas y deslizando el disco debajo de las mismas al hacerlo.

Me aproximé. El cajón no era muy profundo, por lo que era fácil buscar el disco entre las manzanas, como si quisiera encontrar la mejor de todas.

No había ningún disco. Mierda.

Repetí el procedimiento con las peras contiguas, luego las mandarinas. Nada.

Maldita sea. Estaba convencido de que la corazonada era buena.

Tendría que comprar algo para completar la farsa. Era obvio que era un comprador exigente en busca de algo especial.

—¿Podría prepararme una pequeña selección para regalar? —pregunté al propietario—. Media docena de piezas de fruta, con un melón pequeño incluido.

—*Kashikomari-mashita* —replicó intentando esbozar una sonrisa. Enseguida.

Mientras preparaba el regalo con esmero proseguí la búsqueda. Durante los cinco minutos que tardó el propietario en satisfacer mi petición tuve tiempo de comprobar todos los lugares en los que Kawamura podría haber escondido el disco esa mañana. Fue inútil.

El propietario estaba a punto de acabar. Extrajo una cinta de muaré verde, la empleó para envolver la caja que había utilizado y la remató con un lazo sencillo. Era un buen regalo. Quizá le gustara a Midori.

Saqué varios billetes y se los di. «¿Qué esperabas? —me dije—. Kawamura no habría tenido tiempo de esconderlo bien. Incluso si lo hubiera dejado aquí ya lo habría encontrado alguien.»

Lo habría encontrado alguien.

El propietario contaba el cambio con la misma tranquilidad con la que había preparado la caja de frutas. Un hombre cuidadoso, sin lugar a dudas. Metódico.

Esperé a que acabara.

—Perdón, sé que es poco probable —le dije en japonés—, pero un amigo mío perdió aquí un CD la semana pasada y me pidió que le preguntara si alguien lo había encontrado. Es tan poco probable que he vacilado en mencionárselo, pero...

—*Un* —gruñó al tiempo que se arrodillaba detrás del mostrador. Se incorporó al cabo de unos instantes con una funda de plástico en la mano—. Me preguntaba si alguien lo vendría a buscar o no. —Lo limpió con el delantal y me lo entregó.

—Gracias —dije sin mostrar sorpresa alguna—. Mi amigo se pondrá muy contento.

—Me alegro por él —replicó, y los ojos se le empañaron de nuevo.

Quince

Con las primeras luces Shibuya parece una especie de gigante despertándose con resaca. Se nota la alegría, las risas espontáneas de la noche anterior se oyen resonando en los extraños silencios y las zonas desiertas de las calles serpenteantes. Las voces borrachas de los juerguistas y amantes del karaoke, los tonos empalagosos de los cazacientes de clubes, los susurros secretos de los amantes que caminan cogidos de la mano, todo eso ha acabado, pero durante las primeras horas evanescentes de la mañana sus sombras siguen presentes, como fantasmas que se niegan a creer que la noche ha llegado a su fin, que ya no quedan fiestas a las que ir.

Recorrí, acompañado de esos fantasmas, una serie de callejones más o menos paralelos a Meiji-dori, la arteria principal que enlaza Shibuya y Aoyama. Me había levantado temprano y había salido de la cama sin hacer ruido para que Midori durmiese un poco más, pero la había despertado de todas maneras.

Había llevado el disco a Akihabara, la meca electrónica de Tokio, donde intenté reproducirlo en un PC en una de las enormes y anónimas tiendas de informática. No tuve suerte. Estaba codificado.

Lo cual significaba que necesitaba la ayuda de Harry. El darme cuenta de ello no ponía las cosas más fáciles: dada la descripción de Bulfinch sobre el contenido del disco —pruebas de un asesino o asesinos especializados en causas naturales— sabía que lo que había en el disco podría implicarme.

Llamé a Harry desde un teléfono público de Nogizaka. Parecía aturdido y supuse que estaba durmiendo, pero me di cuenta de que se despertó enseguida en cuanto le mencioné la obra que había en Kokaigijidomae, nuestra señal para una reunión de emergencia inmediata. Empléé nuestro código habitual para decirle que quería que nos reuniésemos en la cafetería Doutor de Imoarai-zaka, en Roppongi. Estaba cerca de su apartamento, por lo que llegaría enseguida.

Cuando llegué allí al cabo de veinte minutos Harry ya estaba esperándome, sentado junto a una mesa en la parte posterior, leyendo el periódico. Tenía el pelo enmarañado a un lado de la cabeza y estaba pálido.

—Siento haberte despertado —dije mientras me sentaba frente a él.

Negó con la cabeza.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Eh, deberías ver al otro tipo. Pidamos algo para desayunar.

—Creo que sólo tomaré café.

—¿No quieres huevos o algo?

—No, sólo un poco de café.

—Parece que has tenido una noche dura —le dije, mientras me imaginaba qué significaría eso para Harry.

Me miró.

—Me estás asustando con tanta cháchara. Sé que no habrías usado el código de no haberse tratado de algo serio.

—Pero de lo contrario no me habrías perdonado que te despertara —repliqué.

Pedimos café y el desayuno y le puse al día de todo lo que había ocurrido desde la última vez que le había visto, empezando por cómo había conocido a Midori, pasando por el ataque frente a su apartamento y luego el mío, el encuentro con Bulfinch, el disco. No le conté lo de la noche anterior. Sólo le dije que utilizábamos un hotel del amor como piso franco.

Al mirarle y notar su preocupación me di cuenta de que confiaba en él. No sólo porque sabía que, desde el punto de vista operativo, no podía hacerme daño, lo cual solía ser el motivo por el que mostraba cierta confianza, sino porque Harry era de fiar. Y porque quería confiar en él.

—Estoy en un aprieto —le dije—. Me vendría bien que me ayudases. Pero... primero necesitarás estar bien informado. Si no te parece bien no tienes más que decirlo.

Se ruborizó levemente, y supe que significaba mucho para él que le pidiera ayuda, que le necesitara.

—Me parece bien —replicó.

Le conté lo de Holtzer y Benny, la aparente relación con la CIA.

—Ojalá me lo hubieras dicho antes —reconoció cuando hube terminado—. Quizá podría haberte ayudado más.

Me encogí de hombros.

—Cuanto menos sepas menos tendré que preocuparme por ti.

Asintió.

—La típica actitud de la CIA.

—Para saberlo hay que haber estado dentro.

—No, no. Recuerda que trabajé para los peces gordos. Los tipos de la CIA son los que convierten la paranoia en una especie de orgullo. De todos modos,

¿por qué querría hacerte daño?

—Tengo cuidado, chico, eso es todo —repliqué—. No es nada personal.

—Me salvaste la vida en Roppongi, ¿te acuerdas? ¿Crees que lo olvidaría?

—Te sorprendería saber lo que la gente es capaz de olvidar.

—Yo no. De todos modos, ¿se te ha ocurrido pensar lo mucho que confío en ti al permitir que compartas esa información conmigo y me conviertas en un blanco potencial y vulnerable? Sé que eres cuidadoso y sé de lo que eres capaz.

—No estoy seguro de entenderte del todo —dije.

Me miró largamente antes de replicar:

—He guardado tus secretos durante mucho tiempo. Seguiré guardándolos. ¿De acuerdo?

«Nunca subestimes a Harry», pensé mientras asentía.

—¿De acuerdo? —repitió.

—Sí —dije, ya que no me quedaba otra alternativa—. Bien, basta de decirnos cuánto nos queremos. A por el problema. Empecemos por Holtzer.

—Cuéntame cómo le conociste.

—No después de haber comido.

—¿Tan chungo es?

Me encogí de hombros.

—Le conocí en Vietnam. Entonces trabajaba en la Agencia, adscrito al GOE, el Grupo de Operaciones Especiales de la CIA y los militares. Tiene huevos, eso lo reconozco. No tenía miedo de ir al campo de batalla, a diferencia de otros contables con los que trabajé allí. Me gustó eso de él cuando le conocí, pero incluso entonces me di cuenta de que era un arribista. La primera vez que tuvimos un encontronazo fue después de una operación del ERVN —Ejército de la República de Vietnam, el ejército del sur— en la Región Militar Tres. El ERVN había bombardeado con morteros una supuesta base del Vietcong en Tay Ninh, y para ello se había basado en una información procedente de una fuente que Holtzer se había camelado. Así que tuvimos que realizar el recuento de víctimas para verificar la información que se nos había proporcionado.

»El ERVN había bombardeado a base de bien el lugar, por lo que costaba identificar los cadáveres... había fragmentos por todas partes. Pero no había armas. Le dije a Holtzer que no me parecía que allí hubiera actividad del Vietcong. Entonces me dijo que de qué estaba hablando, que aquello era Tay Ninh y que todos eran del Vietcong. Le respondí que no había armas, que su

fuente le había tomado el pelo, que había sido un error. Me dijo que de error nada de nada, que al menos había dos docenas de enemigos muertos. Pero es que contaba cada extremidad desmembrada como si fuera un cuerpo entero.

»De vuelta a la base redactó el informe y me pidió que lo verificara. Le dije que se fuera a tomar por culo. Había un par de oficiales cerca, pero no lo suficiente como para oírnos. Nos acaloramos y acabé noqueándole y dejándolo inconsciente. Los oficiales lo vieron, que era lo que Holtzer había querido, aunque creo que no había contado con la rinoplastia que necesitó después. Normalmente algo así no habría llamado la atención, pero en aquel entonces existía cierta susceptibilidad sobre la manera en que cooperaban en el campo la CIA y las Fuerzas Especiales, y Holtzer conocía bien la burocracia. Hizo ver que yo no quería verificar el informe porque tenía problemas personales con él. Me pregunto cuántas operaciones subsiguientes del S& D se basaron en información procedente de aquella fuente de los cojones.

Sorbí el café.

—Después de ese incidente me causó muchos problemas. Es la clase de tipo que sabe en qué orejas debe susurrar y a mí ese juego nunca se me ha dado bien. Cuando regresé de la guerra había una especie de nubarrón que me seguía a todas partes y supe que siempre tenía que ver con él, aunque no logré atraparlo con las manos en la masa.

—Nunca me has contado qué te pasó en EE. UU. después de la guerra — comentó Harry al cabo de unos instantes—. ¿Por eso te marchaste?

—En parte. —El laconismo de la respuesta implicaba que no quería hablar de eso, y Harry lo comprendió.

—¿Qué me dices de Benny?

—Lo único que sé es que tenía contactos con el PLD, un recadero, pero se le confiaban recados importantes. Y, al parecer, también era un topo para la CIA.

La palabra «topo» me dejó un mal sabor de boca. Sigue siendo uno de los sobrenombres más repugnantes que conozco.

Durante seis años, un topo comprometió las operaciones del GOE en Laos, Camboya y Vietnam del Norte. Una y otra vez, un equipo se internaba con éxito para que, al poco, lo apresara una patrulla norvietnamita. Algunas de las misiones habían sido trampas mortales en las que habían aniquilado secciones completas del GOE. Pero otras habían salido bien, lo cual significaba que el topo estaba limitado. Si un investigador hubiera comparado

las fechas y los accesos habríamos logrado reducir rápidamente la lista de sospechosos.

Sin embargo, el MAMV—el Mando de Ayuda Militar en Vietnam de EE. UU.— se negó a realizar una investigación debido a ciertas susceptibilidades sobre «las relaciones con sus homólogos»; es decir, temían insultar al gobierno de Vietnam del Sur al sugerir que un ciudadano de Vietnam del Sur adscrito al MAMV no era muy de fiar. Peor aún, el SOG recibió órdenes de seguir compartiendo la información con el ERVN. Para intentar evitar el mando proporcionamos coordenadas falsas a nuestros homólogos vietnamitas, pero el MAMV lo descubrió y lo pagamos caro.

En 1972 se descubrió a un cabo traidor del ERVN, pero era imposible que un oficial de rango bajo hubiera sido la única fuente de daños durante todos esos años. Nunca dimos con el verdadero topo.

Extraje del bolsillo de la chaqueta los móviles de Benny y el *kendoka* y se los di a Harry.

—Necesito que hagas dos cosas. Comprueba los números a los que han llamado. Deberían estar almacenados en los teléfonos. —Le mostré cuál había sido del *kendoka* y cuál de Benny—. Comprueba también si hay números de marcado rápido programados e intenta dar con ellos en un listín con la información inversa. Quiero saber con quién hablaban estos tipos, qué relación tenían entre sí y con la Agencia.

—Eso está hecho —replicó—. Te diré algo antes de que acabe el día.

—Bien. La segunda cosa. —Saqué el disco y lo puse en la mesa—. Lo que todo el mundo busca es este disco. Bulfinch dice que contiene información sobre casos de corrupción tan sonados en el PLD y en el Ministerio de la Construcción que podría suponer el fin del Gobierno.

Lo cogió y lo sostuvo en alto.

—¿Por qué un disco? —preguntó.

—Pensaba preguntarte lo mismo.

—No lo sé. Habría sido mucho más fácil enviar por internet lo que hay aquí. Quizá lo impidiera un programa de gestión de copias. Lo comprobaré. —Se lo guardó en la chaqueta.

—¿Es posible que por esto supieran que íbamos a por Kawamura?

—¿Qué quieres decir?

—Que descubrieron que había copiado el disco.

—Es posible. Hay programas de gestión de copias que indican si se ha realizado una copia o no.

—También está codificado. Intenté abrirlo pero no pude. ¿Por qué lo codificaría Kawamura?

—Dudo que fuera él. Seguramente no tendría acceso. Lo codificaría otra persona, a quienquiera que se lo quitase.

Aquello tenía sentido. Sin embargo, seguía sin entender por qué Benny me había puesto sobre la pista de Kawamura hacía unas semanas. Seguramente habrían recurrido a otros métodos para saber que había estado hablando con Bulfinch. Quizá le habrían pinchado el teléfono o algo así.

—Bien —dije—. Dame el toque cuando acabes. Nos veremos aquí, a la hora que te venga bien. Usa el código de siempre.

Asintió y se incorporó para marcharse.

—Harry —añadí—, te aconsejo que esta vez no vayas de chulo. Hay personas que si se enteran que has tenido el disco te matarán para recuperarlo.

Asintió.

—Tendré cuidado.

—No basta, Harry. Tendrás que ser paranoico. No confíes en nadie.

—En casi nadie —replicó frunciendo los labios de tal modo que podría interpretarse como una sonrisa.

—En nadie —repetí mientras pensaba en el Loco Genial.

En cuanto se hubo marchado llamé a Midori desde un teléfono público. Esa mañana nos habíamos trasladado a otro hotel. Contestó de inmediato.

—Sólo quería comprobar si estabas bien.

—¿Puede ayudarnos tu amigo? —preguntó. Le había dicho que vigilase lo que decía por teléfono, por lo que elegía las palabras con cuidado.

—No sabría decirte todavía. Lo intentará.

—¿Cuándo vendrás?

—Estoy de camino.

—Tráeme algo para leer, por favor. Una novela, revistas. Debería haberseme ocurrido cuando salí a comer. Aquí no hay nada que hacer y me estoy volviendo loca.

—Pararé en algún establecimiento de camino al hotel. Hasta luego.

Se le notaba menos tensa que cuando le había comunicado que había encontrado el disco. Quiso saber cómo lo había hecho, pero no se lo dije. Obviamente, no podía.

—Me retuvo alguien que lo quería —dije finalmente—. Entonces no sabía qué contenía. Es obvio que desconocía lo que eran capaces de hacer por recuperarlo.

—¿Quién era ese alguien? —había insistido Midori.

—No importa —repliqué—. Lo único que debes saber por el momento es que intento solucionar todo esto, ¿vale? Mira, si hubiera querido entregárselo a quien me pagó por encontrarlo, ahora no estaría aquí hablando de ello contigo. Eso es todo cuanto puedo decirte.

Como desconocía mi universo, Midori no tenía motivos para dudar que el infarto de Kawamura se debiera a algo que no fueran causas naturales. Si hubiera sido por otro motivo, una bala, una caída desde un edificio, sabía que sospecharían de mí.

Me dirigí hacia Suidobashi, donde para iniciar una PDV concienzuda tomé la línea del JR hasta Shinjuku. Hice transbordo en Yoyogi, comprobé quién se bajaba en la misma parada y luego esperé en el andén después de que el tren se hubo marchado. Dejé que pasaran otros dos trenes en Yoyogi antes de volver a subir y una parada después salí por el extremo este de la estación de Shinjuku, el equivalente viejo y destartado de la salida oeste, aséptica y obra del Gobierno. Todavía llevaba las gafas de sol para ocultar el ojo hinchado, y el tono oscuro confería a las multitudes frenéticas un aspecto ligeramente fantasmagórico. Dejé que la muchedumbre me arrastrara por una de las laberínticas galerías comerciales subterráneas hasta llegar frente a Virgin Megastore, luego me abrí paso por la galería hasta los grandes almacenes Isetan, y me sentí como un hombre que intenta vadear un río poderoso. Decidí comprarle a Midori un pañuelo de cachemira gigantesco de color azul marino y unas gafas de sol envolventes con las que creía que le cambiaría la forma de la cara. Pagué en cajas distintas para que nadie pensara que el tipo con las gafas de sol le compraba un disfraz fantástico a la mujer de su vida.

Finalmente, me detuve en Kinokuniya, unos cincuenta metros después de Isetan, donde me dejé llevar por unas multitudes tan abigarradas que, en comparación, la galería parecía desolada. Cogí un par de revistas y una novela de la sección de supervenías japonesas y me dirigí hacia la caja para pagar.

Estaba en la cola, observando a quienes emergían de las escaleras mecánicas, cuando el busca comenzó a vibrar en el bolsillo. Lo saqué, esperando ver un código de Harry, pero en la pantallita vi un número de ocho dígitos con el prefijo de Tokio.

Pagué las revistas y el libro, regresé a la primera planta por las escaleras y me encaminé hacia un teléfono público situado en un callejón cerca de Shinjuku-dori. Introduje una moneda de cien yenes y marqué el número, al tiempo que miraba por encima del hombro mientras se establecía la conexión.

Oí que alguien descolgaba al otro lado.

—John Rain —dijo una voz en inglés. Al principio no respondí y la voz repitió mi nombre.

—Creo que se ha equivocado de número.

Se produjo una pausa.

—Me llamo Lincoln.

—Bonito nombre.

—El jefe quiere verle.

Entonces comprendí que la llamada procedía de la Agencia, que el jefe era Holtzer. Esperé para ver si Lincoln añadía algo, pero no lo hizo.

—Debe de estar bromeando —dije.

—No. Se ha producido un error y quiere explicaciones. Indique el lugar y la hora.

—De eso nada.

—Tiene que oír lo que quiere decirle. Las cosas no son lo que parecen.

Miré hacia Kinokuniya al tiempo que sopesaba los riesgos y las posibles ventajas.

—Tendrá que verme de inmediato —dije.

—Imposible. Está reunido. No estará libre antes de la noche, como muy pronto.

—Como si le están haciendo una operación a corazón abierto, me da igual. Dígaselo, Abraham. Si quiere verme, le esperaré en Shinjuku dentro de veinte minutos. Si llega un minuto tarde me habré largado.

Se produjo una larga pausa.

—¿En qué parte de Shinjuku? —preguntó.

—Dígale que vaya directamente al letrero de Studio Alta desde la salida este de la estación de Shinjuku del JR. Y dígame que si lleva algo más aparte de los pantalones, los zapatos y una camiseta de manga corta, no me verá el pelo, ¿entendido? —Quería que a Holtzer le costase ocultar un arma que pudiera desenfundar rápidamente, si es que ése era su plan.

—Entendido.

—Exactamente veinte minutos —dije antes de colgar. Cabían dos posibilidades: Una, quizá Holtzer quisiera decirme algo justificado, aunque lo dudaba. Dos, se trataba de un intento por recuperarme para acabar el trabajito que habían fastidiado frente a mi apartamento. En todo caso, era una buena oportunidad para que averiguase más detalles. Desde luego, no contaba con que Holtzer fuera sincero conmigo, pero leería entre líneas sus mentiras.

Suponía que habría cámaras. Le mantendría en movimiento, pero seguiría existiendo el riesgo. «Qué coño —pensé—, saben dónde vivo, los muy

cabrones seguramente ya tendrán un álbum de fotos. Me queda poco anonimato que proteger.»

Regresé a Shinjuku-dori y me dirigí hacia la fachada del edificio de Studio Alta, donde había varios taxis esperando pasajeros. Me acerqué a uno de los conductores, un tipo joven con aspecto de estar dispuesto a pasar por alto una situación extraña si el precio valía la pena, y le dije que quería que recogiese a un pasajero que vendría por la salida este dentro de unos quince o veinte minutos, un *gaijin* con una camiseta.

—Pregúntele si es un ladrón —le expliqué en japonés al tiempo que le entregaba un billete de diez mil yenes—. Si responde que sí, quiero que le lleve hasta Shinjuku-dori, luego gire a la izquierda en Meiji-dori, después a la izquierda de nuevo en Yasukuni-dori. Espéreme en el lado norte de Yasukuni-dori, frente al Banco Daiwa. Llegaré allí después que usted. —Saqué otro billete de diez mil yenes y lo partí en dos. Le di una mitad y le dije que tendría la otra cuando me recogiera. Inclino la cabeza dando a entender que aceptaba.

—¿Tiene una tarjeta? —le pregunté.

—*Hai* —replicó y, acto seguido, extrajo una tarjeta de visita del bolsillo de la camisa.

La cogí y le di las gracias, luego me encaminé hacia la zona posterior del edificio Studio Alta, donde tomé las escaleras hasta la quinta planta. Desde allí se veía bien la salida este. Consulté la hora: faltaban catorce minutos. Anoté una dirección en Ikebukuro en el reverso de la tarjeta y me la guardé en el bolsillo superior de la chaqueta.

Holtzer llegó un minuto antes. Le vi emerger de la salida este y caminar lentamente hacia el letrero de Studio Alta. Incluso desde lejos reconocí los labios carnosos, la nariz prominente. Durante unos instantes más que placenteros, recordé habérsela roto. Seguía teniendo pelo, aunque era cano y no el rubio que recordaba. A juzgar por el porte y la complexión, se mantenía en forma. Parecía tener frío con la camiseta de manga corta. Qué pena.

Vi que el taxista se le acercaba y le decía algo. Holtzer asintió y luego le siguió hasta el taxi, mientras miraba a izquierda y a derecha. Observó el taxi con recelo antes de entrar, y luego partieron hacia Shinjuku-dori.

No había dado tiempo a la gente de Holtzer para disponer de un coche u otros dispositivos de vigilancia móviles en la zona, por lo que si alguien le seguía tendría que ingeniárselas lo mejor posible, seguramente apresurándose a buscar un taxi. Observé la zona durante cuatro minutos y no aprecié ninguna actividad inusual. De momento todo marchaba sobre ruedas.

Di la vuelta, regresé a las escaleras y las bajé de tres en tres hasta llegar a la primera planta. Luego atajé por Yasukuni-dori hasta el Banco Daiwa, y llegué justo cuando el taxi aparcaba. Me dirigí hacia el lado del pasajero sin dejar de mirar las manos de Holtzer. La puerta automática se abrió y Holtzer se inclinó hacia mí.

—John... —comenzó a decir con su habitual tono tranquilizador.

—Las manos, Holtzer —le interrumpí—. Enséñame las manos. Las palmas hacia arriba. —No creía que intentaría dispararme, pero tampoco pensaba darle la oportunidad de hacerlo.

—Debería pedirte lo mismo.

—Pídemelo. —Vaciló un instante, luego se reclinó y alzó las manos—. Ahora entrelaza los dedos y ponte las manos en la nuca. Después vuélvete y mira por la ventanilla del conductor.

—Oh, venga ya, Rain... —comenzó a decir.

—Hazlo o me largo. —Me fulminó con la mirada durante unos instantes y luego me obedeció.

Me senté junto a él y entregué al conductor la tarjeta de visita con la dirección en Ikebukuro, tras lo cual le pedí que nos llevara allí. Daba igual dónde nos condujera, pero no quería decir nada en voz alta. Luego sujeté los dedos entrelazados de Holtzer con la mano izquierda y con la derecha le cacheé. Al poco, me separé de él, contento de que no fuera armado. Pero eso no era lo único que me preocupaba.

—Espero que estés satisfecho —dijo—. ¿Te importaría decirme adónde vamos?

Sabía que me lo preguntaría.

—¿Llevas un micro oculto, Holtzer? —pregunté mirándole a los ojos. No respondió. ¿Dónde lo llevaría?, me dije. No había notado nada debajo de la camiseta—. Quítate el cinturón —ordené.

—Y una mierda, Rain. Te estás propasando.

—Quítatelo, Holtzer. No pienso seguirte el juego. Creo que la mejor manera de resolver mis problemas sería romperte el cuello aquí mismo.

—Adelante, inténtalo.

—*Sayonara*, capullo. —Me incliné hacia el conductor—. *Tomatte kudasai*. —Deténgase.

—Vale, vale, tú ganas —dijo al tiempo que alzaba las manos en señal de rendición—. Hay un micro en el cinturón. No es más que por precaución. Después del desgraciado accidente de Benny.

¿Me estaba diciendo que no me preocupara, que lo de Benny ni siquiera importaba?

—*Iya, sumimasen* —le dije al conductor—. *Itte kudasai*. —Lo siento. Siga.

—Me alegra saber que todavía sientes la misma gran estima por los tuyos —le dije a Holtzer—. Dame el cinturón.

—Benny no era de los míos —replicó al tiempo que negaba con la cabeza por mi cerrilidad—. Nos estaba jodiendo del mismo modo que intentó joderte a ti. —Se quitó el cinturón y me lo dio. Lo sostuve en alto. Sí, había un micro minúsculo debajo de la hebilla.

—¿Dónde está la pila?

—La hebilla hace de pila. Hidruro de níquel.

Asentí, impresionado.

—Un trabajo de primera. —Bajé la ventanilla y lancé el cinturón a la calle.

Intentó atraparlo demasiado tarde.

—Maldita sea, Rain, no tenías por qué hacerlo. Bastaba con apagarlo.

—Enséñame los zapatos.

—No si piensas tirarlos por la ventana.

—Lo haré si ocultan un micro. Quítatelos. —Me los dio. Eran mocasines negros; piel suave y suelas de goma. No cabría un micro. El interior estaba cálido y húmedo por el sudor, lo que indicaba que los llevaba puestos hacía rato, y se apreciaban las marcas de los dedos del pie. Era obvio que los del laboratorio no prepararían algo así para una ocasión especial. Se los devolví.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Di lo que tengas que decir —le insté—. Voy justo de tiempo.

Suspiró.

—El incidente que ocurrió fuera de tu apartamento fue un error. No debería haber ocurrido, y quiero pedirte disculpas personalmente.

Parecía tan sincero que resultaba repugnante.

—Te escucho.

—Voy a arriesgarme contigo, Rain —dijo en voz baja—. Lo que estoy a punto de contarte es confidencial...

—Será mejor que sea confidencial. Si lo que piensas decirme está en los periódicos entonces pierdes el tiempo.

Frunció el ceño.

—Durante los últimos cinco años hemos estado camelándonos a alguien valioso en el gobierno japonés. Una persona de confianza, alguien con acceso

a todo. Alguien que sabe dónde se entierran todos los cadáveres... y no sólo en sentido figurado.

Si esperaba una reacción por mi parte, no la obtuvo, por lo que prosiguió.

—Con el paso del tiempo hemos ido obteniendo cada vez más información gracias a esta persona, pero nunca nada demasiado concreto. Nada que pudiéramos usar como palanca. ¿Me sigues?

Asentí. «Palanca» en el mundillo significa «chantaje».

—Es como una colegiala católica, ¿sabes? Siempre dice que no, por lo que tienes que encontrar otro método porque, al final, sabes que ella quiere. —Sonrió con morbosidad—. Bueno, seguimos insistiendo, profundizando cada vez más. Al final, hace seis meses, la naturaleza de las negativas comenzó a cambiar. En lugar de «no, no lo haré», comenzó a decir, «no, es demasiado peligroso, correría un gran riesgo». Ya sabes, objeciones prácticas.

Claro que lo sabía. A los buenos vendedores, los buenos negociadores y los buenos agentes secretos les encantan las objeciones prácticas. Indican un cambio de «no sé» a «cómo», empiezan a anteponer el precio a los principios.

—Tardamos otros cinco meses en cerrar un trato con él. Íbamos a efectuar un único pago en metálico para que no tuviera que preocuparse nunca más, aparte de un estipendio anual. Documentos falsos, el pago en un entorno tropical en el que no llamaría la atención... el equivalente de la Agencia al programa de protección de testigos, pero de lujo.

»A cambio, nos daría las pruebas sobre el Partido Liberal Democrático: los pagos, los sobornos, los vínculos con la *yakuza*, los asesinatos de quienes denunciaban la corrupción. Y estamos hablando de pruebas concretas: teléfonos pinchados, fotografías, conversaciones grabadas, la clase de pruebas que servirían en un tribunal.

—¿Qué pensabas hacer con todo eso?

—¿Qué coño crees que pensábamos hacer? Con esa información el gobierno de EE. UU. se adueñaría del PLD. Tendríamos a todos los politicuchos japoneses metidos en el bolsillo. ¿Crees que nos volverían a preocupar las bases militares de Okinawa o Atsugi? ¿Crees que tendríamos problemas para exportar todo el arroz o los semiconductores o coches que quisiéramos? El PLD manda aquí, y nosotros mandaríamos sobre los mandamases. Japón habría sido el putón preferido de prisión del Tío Sam durante el resto del siglo.

—Deduzco por tu tono que el Tío Sam ha tenido que renunciar al amor — comenté.

Sonrió con desdén.

—Nada de renunciás. Es un aplazamiento. Conseguiremos lo que queremos.

—¿Qué relación tenías con Benny?

—Pobre Benny. Era una gran fuente sobre la corrupción del PLD. Conocía a los actores, pero no disponía del acceso adecuado, ¿entiendes? La persona de confianza contaba con el acceso.

—Pero lo enviaste a mi apartamento.

—Sí, lo enviamos. Solo, para interrogarte.

—¿Cómo averiguaste lo que le ocurrió?

—Venga ya, Rain, tenía el cuello roto justo delante de tu apartamento. ¿Quién más podría haberlo hecho, uno de tus vecinos pensionistas? Además, le habíamos colocado un micro. Procedimiento Operativo Estándar para estos casos. Así que lo oímos todo, le oímos echándome la culpa, pobre capullo.

—¿Y el otro tipo?

—No sabemos nada de él, salvo que apareció muerto a varios cientos de metros del lugar en que la policía de Tokio encontró el cadáver de Benny.

—Benny me dijo que pertenecía al Boeicho Boeikyoku, que tú les pusiste en contacto.

—Tenía razón, me ocupé del enlace con el Boeikyoku, pero era un mentiroso de mierda porque yo no conocía de nada a su amigo. De todos modos, investigamos un poco al respecto y el colega de Benny no trabajaba en el servicio de inteligencia japonés. Cuando Benny lo llevó a tu apartamento iba por su cuenta, le pagaba otra persona. No se puede confiar en esos topes, Rain. ¿Recuerdas los problemas que tuvimos con nuestros homólogos del ERVN en Vietnam?

Alcé la vista hacia el retrovisor y me percaté de que el conductor nos miraba con expresión recelosa. Era prácticamente imposible que siguiera nuestra conversación en inglés, pero era obvio que se había dado cuenta de que pasaba algo y parecía nervioso.

—Te quitan la pasta, se la quitan a todos —prosiguió—. Te aseguro que no echaré de menos a Billy. Te pagan los dos bandos, alguien lo descubre y, eh, te pasa lo que de todos modos se veía venir.

O, al menos, deberías haber visto venir.

—Vale —dije.

—Pero déjame que termine la historia de nuestro contacto. Hace unas tres semanas iba de camino a entregar la información, descargada en un disco; lleva las putas joyas de la corona y, ¿te imaginas?, sufre un infarto en el

Yamanote y muere. Enviamos a varios agentes al hospital, pero el disco ha desaparecido.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que llevara el disco cuando murió?

—Oh, estamos totalmente seguros, Rain, tenemos nuestros métodos, ya lo sabes. Sin embargo, no puedo hablar de las fuentes ni de los métodos. Pero lo mejor de todo no es el disco desaparecido. ¿Quieres saber lo mejor de todo?

—Me muero de ganas.

—Muy bien —dijo al tiempo que se me acercaba y volvía a esbozar su sonrisita grotesca—. Lo mejor de todo es que no fue un infarto... alguien se cargó a ese cabrón, alguien que sabía hacerlo de modo que pareciera una muerte por causas naturales.

—No sé, Holtzer, me parece demasiado rocambolesco.

—Eso digo yo. Sobre todo porque muy pocas personas en el mundo, y menos en Japón, podrían hacer algo así. Qué coño, a la única que conozco es a ti.

—¿Para eso querías verme? —pregunté—. ¿Para sugerir que tengo algo que ver con toda esta mierda?

—Venga ya, Rain, ya está bien de gilipolleces. Sé perfectamente en qué andas metido.

—No te sigo.

—¿No? Pues entonces tengo noticias para ti. La mitad de los trabajitos que has hecho durante los últimos diez años eran para nosotros.

«¿Qué coño?», pensé.

Se inclinó hacia mí y me susurró los nombres de varios políticos, banqueros y burócratas importantes que habían fallecido de manera prematura, aunque por causas naturales. Todos ellos habían sido obra mía.

—Esos nombres salen en los periódicos —repliqué, aunque sabía que tenía más información.

Me contó todos los detalles sobre el sistema de tablón de anuncios que yo había utilizado con Benny, los números de las cuentas suizas correspondientes.

«Maldita sea —pensé mientras se me revolvía el estómago—. No he sido más que una marioneta en sus manos. Desde el principio. Joder.»

—Sé que estás muy sorprendido, Rain —dijo mientras se recostaba en el asiento—. Durante todos estos años creías que trabajabas por libre y, de hecho, la agencia te estaba pagando las facturas. Pero tienes que ver el lado bueno de las cosas, ¿no? ¡Eres muy bueno en tu trabajo! Dios santo, eres un

puto mago, haces que la gente desaparezca sin dejar huella, sin el más mínimo indicio de juego sucio. Ojalá supiera cómo hacerlo. Ojalá.

Le miré, inexpresivo.

—Quizá tenga la oportunidad de enseñártelo algún día.

—Sigue soñando, colega. Por cierto, vimos el informe de la autopsia. Kawamura tenía un marcapasos que se desactivó solo. El juez de instrucción lo atribuyó a un error. Pero investigamos al respecto y averiguamos que un defecto así es prácticamente imposible. Alguien desactivó el marcapasos, Rain. La clase de trabajo que tú haces. Quiero saber quién te contrató.

—No tiene sentido —repliqué.

—¿El qué?

—¿Por qué tantos esfuerzos por recuperar el disco?

Entrecerró los ojos.

—Confiaba en que tú me lo dijeras.

—Pues no. Lo único que puedo decirte es que si hubiera querido el disco habría encontrado métodos mucho más sencillos para recuperarlo.

—Quizá no fuera cosa tuya —dijo—. Quizá quienquiera que te contratara te ordenó que lo recuperaras. Sé que no tienes costumbre de hacer muchas preguntas sobre estas misiones.

—¿Y acaso he tenido la costumbre de ser un recadero en estos trabajos? ¿«Recuperando» objetos solicitados?

Entrecruzó los brazos y me miró.

—No, que yo sepa.

—Entonces creo que te equivocas de persona.

—Te lo cargaste, Rain. Fuiste el último que estuvo con él. Tienes que entender que las cosas no pintan bien.

—Mi reputación se resentirá.

Se masajeó el mentón durante unos instantes, sin dejar de mirarme.

—Sabes que, en comparación con las otras personas que intentan recuperar el disco, la Agencia es la menor de tus preocupaciones.

—¿Qué personas?

—¿A ti qué te parece? A quienes implica. Los políticos, la *yakuza*, las fuerzas que hay detrás de toda la estructura de poder japonesa.

Cavilé al respecto durante unos instantes.

—¿Cómo averiguaste que estaba en Japón?

Negó con la cabeza.

—Lo siento, eso entra de nuevo en las fuentes y métodos, no puedo revelarte nada. Pero te diré algo. —Se volvió a inclinar hacia mí—. Ven con

nosotros, y hablaremos de lo que quieras.

Era tal la incongruencia que pensé que le había entendido mal.

—¿Acabas de decir, «ven con nosotros»?

—Sí. Si analizas tu situación te darás cuenta de que necesitas ayuda.

—No sabía que fueras tan humanitario, Holtzer.

—Corta el rollo, Rain. No lo hacemos por razones humanitarias. Queremos que cooperes. O tienes el disco o, dado que perseguías a Kawamura, seguramente cuentas con la información necesaria para encontrarlo. A cambio, te ayudaremos. Así de sencillo.

Pero les conocía bien, conocía bien a Holtzer. Con ellos nada era sencillo; y cuanto más sencillo parecía, más cerca estaban de trincarte.

—No lo tengo fácil —dije—. De nada sirve negarlo. Quizá debería confiar en alguien. Pero no serás tú.

—Mira, si es por lo de la guerra, es una ridiculez. Eso fue hace mucho tiempo. Estamos en otra época, en otro lugar.

—Pero las personas son las mismas.

Agitó la mano como si quisiera alejar un aroma desagradable.

—Da igual lo que pienses de mí, Rain, porque esto no va con nosotros. Lo que importa es la situación, y la situación es la siguiente: la policía te busca. El PLD te busca. La *yakuza* te busca. Y te encontrarán porque te han desenmascarado de una puta vez. Así que deja que te ayudemos.

¿Qué debía hacer? ¿Eliminarle allí mismo? Sabían dónde vivía, lo que me volvía vulnerable, y cargarme al jefe de oficina tendría graves consecuencias.

El coche que iba detrás de nosotros viró a la izquierda. Miré hacia atrás y vi que el coche que le seguía, un sedán negro con tres o cuatro japoneses dentro, aminoró la marcha en lugar de ocupar el espacio que había quedado libre. No era una estrategia muy eficaz para conducir en Tokio.

Esperé hasta que estuvimos a punto de llegar al siguiente semáforo y entonces le dije al conductor que girara a la izquierda. Apenas tuvo tiempo de frenar y girar. El sedán cambió de carril detrás de nosotros.

Le dije al conductor que me había equivocado, que teníamos que regresar a Meiji-dori. Me miró, visiblemente enfadado, preguntándose qué coño estaba pasando.

El sedán nos seguía a medida que cambiábamos de calle.

«Oh, mierda.»

—¿Has venido acompañado, Holtzer? Me parece que te dije que vinieras solo.

—Están aquí para llevarte. Para protegerte.

—Muy bien, que nos sigan hasta la embajada —dije, repentinamente asustado, mientras trataba de encontrar el modo de escabullirme.

—No permitiré que el taxi nos lleve juntos a la embajada. Ya me he arriesgado más de la cuenta viniendo a verte. Ellos te llevarán. Es lo más seguro.

¿Cómo era posible que le hubieran seguido? Aunque llevara un micro en alguna cavidad corporal era imposible que le hubieran localizado con tanto tráfico.

Entonces caí en la cuenta. Me la habían jugado bien jugada. Sabían que cuando «Lincoln» llamara yo exigiría un encuentro inmediato. No sabían dónde, pero tenían a varios agentes listos para entrar en acción en cuanto supieran el lugar. Tenían veinte minutos para llegar a Shinjuku, y podían quedarse lo bastante cerca para reaccionar según lo que oyeran por el micro sin que yo les viera. Holtzer debió de haberles dado el nombre de la empresa de taxis, la descripción del coche, el número de matrícula y ponerles al tanto de lo que sucedía antes de que yo entrara en el taxi. Para entonces ya estaban preparados. Mientras, me había felicitado a mí mismo por haber pensado con rapidez y haberme hecho con el control de la situación; mientras, había bajado la guardia después de deshacerme del micro.

Confiaba en vivir lo suficiente como para aprender la lección.

—¿Quiénes son? —inquirí.

—Puedes fiarte de ellos. Cooperan con la embajada.

El semáforo del paso elevado del río Kanda se puso rojo. El taxi comenzó a aminorar la marcha.

Miré a la derecha y luego a la izquierda en busca de una vía de huida.

El sedán se acercó más y se detuvo a apenas un coche de distancia.

Holtzer me miró, tratando de adivinar lo que haría. Durante una fracción de segundo, nos miramos de hito en hito. Luego arremetió contra mí.

—¡Es por tu propio bien! —gritó al tiempo que intentaba rodearme la cintura con los brazos. Vi que se abrían las puertas traseras del sedán y que un par de japoneses fornidos salían por ambos lados.

Intenté apartar a Holtzer, pero me había entrelazado las manos en la espalda. El conductor se volvió y comenzó a chillar, aunque no entendí nada.

Los dos japoneses habían cerrado las puertas y se acercaban al taxi sin llamar la atención. Mierda.

Rodeé el cuello a Holtzer con el brazo derecho, le empujé la cabeza hacia mi pecho y deslicé el izquierdo entre mi cuerpo y su cuello para buscarle la carótida con la mano.

—*Aum da! Aum Shinrikyo da!* —le grité al taxista—. *Sarin!* —Aum era la secta que había gaseado el metro de Tokio en 1995 y los recuerdos del atentado de gas sarín todavía provocan pánico.

Holtzer gritó algo contra mi pecho. Me incliné hacia delante y utilicé el torso y las piernas a modo de cascanueces. Noté que relajaba los músculos.

—*Ei? Nan da tte?* —preguntó el taxista sin terminar de creerse lo que veía. ¿Qué quiere decir?

Uno de los japoneses dio un golpecito en la ventanilla del pasajero.

—*Aitsu! Aum da! Sarin da! Boku no tomodachi ishiki ga nai! Ike! Kuruma o dase!* —¡Esos tipos! ¡Son de Aum, tienen sarín! ¡Mi amigo está inconsciente! ¡Conduzca! ¡Conduzca! No me costó demasiado utilizar un tono de voz que transmitiera miedo.

Quizá pensara que era una tomadura de pelo o que yo estaba loco, pero con el gas sarín no se jugaba. Puso la marcha, viró bruscamente a la derecha y cambió de sentido derrapando en Meiji-dori, por lo que interrumpió el tráfico que venía en dirección contraria. Vi que los japoneses regresaban corriendo al sedán.

—*Isoide! Isoide! Byoin ni tanomu!* —¡Deprisa! ¡Necesitamos un hospital!

En el cruce entre Meiji-dori y Waseda-dori el taxista se saltó un semáforo que acababa de ponerse en rojo y giró con brusquedad a la izquierda en dirección al Centro Médico Nacional. La fuerza de la gravedad apartó a Holtzer de mí. La circulación de Waseda-dori comenzó a nuestras espaldas apenas un segundo después, por lo que sabía que el sedán se quedaría atrapado un minuto, quizá más.

La estación de Tozai Waseda estaba un poco más adelante. Había llegado el momento de escapar. Le dije al taxista que se detuviera. Holtzer estaba desplomado contra la puerta, inconsciente pero respirando. Me apetecía estrangularle de nuevo, así tendría un adversario menos del que preocuparme. Pero no tenía tiempo.

El taxista comenzó a protestar; dijo que debíamos llevar a mi amigo al hospital, que teníamos que llamar a la policía, pero insistí en que parara el coche. Así lo hizo, tras lo cual extraje la mitad del billete de diez mil yenes que le debía y le di otro más.

Recogí el paquete que le había comprado a Midori, salí del taxi de un salto y corrí escaleras abajo hacia el metro. Si tenía que esperar a que llegase el metro me vería obligado a usar otra salida y seguir a pie, pero tuve suerte ya que el Tozai llegaba en ese preciso momento. Fui hasta la estación de Nihonbashi, hice trasbordo a la línea de Ginza y luego cambié al Yamanote

en Shinbashi. De camino realicé una PDV concienzuda y cuando salí por los torniquetes de la estación de Shibuya supe que, de momento, estaba a salvo. Pero me habían descubierto y esa seguridad no duraría mucho.

Dieciséis

U

na hora después Harry me avisó por el busca y nos reunimos en la cafetería Doutor según lo acordado antes. Cuando llegué ya me estaba esperando.

—Dime qué has conseguido —dije.

—Bueno, es extraño.

—Explica eso de «extraño».

—Lo primero de todo es que el disco lleva incorporada una protección de gestión de copias bastante compleja.

—¿Se puede saltar?

—No me refiero a eso. La gestión de copias es diferente de la codificación. El disco no puede copiarse, no se puede distribuir electrónicamente ni enviarse por internet.

—¿Quieres decir que sólo se puede hacer una copia de la fuente?

—No sé si una o muchas, pero lo cierto es que no pueden hacerse copias de las copias. En esta familia no hay nietos.

—¿Y el contenido no se puede enviar por internet ni cargar a un tablón de anuncios ni nada por el estilo?

—No. Si lo intentas la información se corrompe. No se podría leer.

—Bueno, eso explica varias cosas —dije.

—¿Por ejemplo?

—Pues por qué empezaron con todo esto de los discos. Por qué se mueren por recuperar éste. Saben que no se ha copiado ni cargado, por lo que también saben que el daño potencial sigue limitándose a este disco.

—Exacto.

—Dime una cosa. ¿Por qué quienquiera que controle la información que se copió en el disco permitiría tan siquiera una copia? ¿No sería más seguro que no hubiera ninguna copia?

—Posiblemente sería más seguro, pero también más arriesgado. Si le pasara algo al original se perderían todos los datos para siempre. Se necesita una copia de seguridad.

Reflexioné al respecto.

—¿Qué más?

—Bueno, como ya sabes, está codificado.

—Sí.

—La codificación es extraña.

—Te gusta repetir esa palabra.

—¿Has oído hablar de la reducción entramada?

—No.

—Es una especie de código. El criptógrafo codifica un mensaje en una secuencia, una secuencia como las flores en el diseño de un papel pintado simétrico. Pero las secuencias del papel pintado son sencillas: sólo una imagen en dos dimensiones. Un código más complejo emplea una secuencia que se repite a sí misma en varios niveles, en múltiples dimensiones matemáticas. Para saltarse el código hay que encontrar la manera más sencilla en la que el entramado se repite a sí mismo, en cierto modo, el origen de la secuencia.

—Entiendo. ¿Lo puedes saltar?

—No estoy seguro. En Fort Meade investigué un poco las reducciones entramadas, pero ésta es extraña.

—Harry, si vuelves a repetir esa palabra...

—Lo siento, lo siento. Es extraña porque el entramado parece una secuencia musical, no física.

—Ahora no te sigo.

—Hay una especie de superposición de notas musicales, o eso parece; de hecho, el lector óptico lo reconoció como un disco de música, no de datos. La secuencia es muy rara, pero sumamente simétrica.

—¿Puedes descifrarla?

—Lo he intentado, pero no he tenido suerte. John, debo admitir que en este caso no me siento como pez en el agua.

—¿No te sientes como pez en el agua? ¿Tantos años en la ASN y hay algo que hace que no te sientas como pez en el agua?

Se sonrojó.

—No es la codificación. Es la música. Necesito a un músico que me ayude a saltar la protección.

—Un músico —repetí.

—Sí, un músico. Ya sabes, alguien que lea música, preferiblemente alguien que la componga.

No repliqué.

—Me vendría muy bien que ella me ayudara —añadió.

—Me lo pensaré —respondí, incómodo.

—Vale.

—¿Qué hay de los móviles? ¿Has averiguado algo?

Sonrió.

—Esperaba que me lo preguntaras. ¿Te suena de algo Shinnento?

—No estoy seguro —dije intentando identificar el nombre—. ¿Algo sobre Año Nuevo?

—*Shinnen*, como en «fe» o «convicción», no «Año Nuevo» —dijo al tiempo que dibujaba el *kanji* correcto en el aire con un dedo para diferenciar uno de los homónimos que se había apoderado del idioma—. Es un partido político. La última llamada del *kendoka* fue a la oficina central del partido en Shibakoen, y el número estaba grabado en el marcado rápido de las memorias de los dos móviles. —Sonrió, saboreando lo que diría a continuación—. Y por si no bastara para establecer la relación, Convicción pagaba la factura de teléfono del *kendoka*.

—Harry, nunca dejarás de sorprenderme. Cuéntame el resto.

—Vale. Un tipo llamado Toshi Yamaoto fundó el partido en 1978, y sigue siendo el dirigente del mismo. Yamaoto nació en 1949. Es hijo único de una familia importante cuyo linaje se remonta a los clanes *samurais*. Su padre era oficial en el Ejército Imperial, un militar profesional especializado en comunicaciones, que después de la guerra fundó una empresa que fabricaba dispositivos móviles para comunicaciones. Para iniciar el negocio el padre aprovechó las relaciones de la familia con lo que quedaba de los *zaibatsu* y luego se hizo rico durante la guerra de Corea, ya que el ejército americano compró el equipo de su empresa.

Los *zaibatsu* fueron los conglomerados industriales de antes de la guerra, regentados por las familias japonesas más poderosas. Después de la guerra MacArthur cortó el árbol, pero no pudo arrancar las raíces.

—Yamaoto empezó en la cultura y las artes; de adolescente estuvo varios años en Europa para aprender a tocar el piano clásico, creo que por insistencia de su madre. Al parecer, era un niño prodigio. Pero su padre le sacó de todo aquello cuando Yamaoto cumplió veinte años y le envió a EE. UU. para que acabara los estudios como preludeo para ocuparse del negocio familiar. Yamaoto obtuvo un máster en administración de empresas en Harvard y dirigía las operaciones americanas de la empresa cuando su padre murió. Entonces Yamaoto regresó a Japón, vendió el negocio y utilizó el dinero para fundar Convicción y presentarse a las elecciones al Parlamento.

—Las clases de piano. ¿Tienen algo que ver con la codificación del disco?

—No lo sé, quizá.

—Lo siento. Sigue.

—Al parecer, el cargo del padre en el Ejército Imperial, así como el linaje que se remontaba a los *samurais* influyeron en la política del hijo. Convicción era una plataforma para las ideas de derechas de Yamaoto. Obtuvo un escaño en Nagano-ken en 1985, pero lo perdió en las siguientes elecciones.

—Sí, en Japón no te eligen por las ideas —dije—. Los fondos estatales mandan.

—Ésa fue la lección que Yamaoto aprendió tras la derrota. Después de que le eligieran empleó todo su tiempo y capital político abogando por la abolición del artículo nueve de la Constitución, para que así Japón se hiciera cargo de su Ejército y expulsara a EE. UU. del país y enseñara sintoísmo en los colegios, lo típico. Pero tras la derrota volvió a presentarse a las elecciones, aunque esa vez se centró en las carreteras y los puentes que construiría para sus electores, las subvenciones y aranceles del arroz que impondría. Un político muy diferente. Aparcó todo el componente nacionalista. Recuperó el escaño en 1987 y lo conserva hasta el día de hoy.

»Pero Convicción es un actor marginal. El PLD ni siquiera se ha planteado formar una coalición con el partido. No creo que nadie sepa quiénes son fuera de Nagano-ken.

»Sin embargo, Yamaoto tiene algunas cosas a su favor. Una, Convicción cuenta con muchos fondos. Ése es el legado de su padre. Dos, sabe repartir los fondos estatales. En Nagano hay varias zonas agrícolas, y Yamaoto concede subvenciones de forma constante y se opone férreamente a que Japón baje la guardia y permita la importación de arroz. Y tres, la comunidad sintoísta le apoya en gran medida.

«Sintoísmo», me dije. El sintoísmo es una religión amante de la naturaleza que los nacionalistas japoneses transformaron en una ideología de lo japonés antes de la guerra. A diferencia del cristianismo y el budismo, el sintoísmo es propio de Japón y no se practica en ningún otro lugar. En todo aquello había algo que me inquietaba, algo que debería haber sabido. Entonces caí en la cuenta.

—Así es como averiguaron dónde vivo —dije—. No me extraña que haya estado viendo sacerdotes pidiendo limosna frente a las estaciones en el Mita-sen. Me cercaron con vigilancia estática, dieron con el rastro hasta mi barrio paso a paso. Maldita sea, ¿cómo es posible que no me diera cuenta? El otro día estuve a punto de darle cien yenes a uno de ellos.

Harry parecía preocupado.

—¿Cómo sabían que debían centrarse en la línea de Mita?

—Seguramente no lo sabían, eso está claro. Pero con un poco de suerte y casualidad, un expediente que Holtzer les hubiera facilitado, quizá algunas fotografías de la época militar, así sería posible. Si me identificaron en el Kodokan quizá supusieran que no vivía demasiado lejos. Y sólo hay tres líneas ferroviarias con paradas que estén a una distancia razonable del edificio, por lo que lo único que tenían que hacer era ubicar personal suficiente en lugares suficientes durante el tiempo suficiente. Mierda, me trincaron bien trincado.

Tuve que admitir que habían hecho un buen trabajo. La vigilancia estática es casi imposible de detectar. A diferencia de la variante en movimiento, no puedes lograr que la persona que está detrás de ti haga algo raro para delatarse. Es como la defensa en zona en el baloncesto: da igual dónde vaya el tipo con la pelota porque siempre habrá otro tipo en la siguiente zona para detenerle. Si se colocan suficientes personas en un lugar, el resultado es infalible.

—¿En qué se basa la relación con el sintoísmo? —pregunté.

—El sintoísmo es una organización inmensa, con sacerdotes a cargo de lugares santos a nivel local, nacional e incluso en los barrios. Como resultado, los santuarios reciben muchas donaciones y están bien financiados, por lo que pueden influir en los políticos que apoyan. Y Yamaoto quiere que el sintoísmo desempeñe un papel mucho más importante en Japón, lo cual significa un mayor poder para los sacerdotes.

—O sea, que los santuarios forman parte de sus fondos, ¿no?

—Sí, pero eso no es todo. El sintoísmo forma parte del programa de Convicción. El partido quiere que se enseñe en los colegios; quiere formar una coalición anticrimen entre la policía y los santuarios de la zona. No olvides que el sintoísmo era un elemento clave del nacionalismo japonés de antes de la guerra. Es algo que sólo ha sucedido en Japón y puede emplearse con facilidad, como ya ha sucedido, para fomentar el culto xenófobo del *Yamato Gokoro*, el alma japonesa; y está aumentando en Japón en la actualidad, aunque fuera del país mucha gente no lo sabe.

—Has dicho que la sede está en Shibakoen —dije.

—Exacto.

—Vale. Mientras intentas saltarte el entramado necesitaré equipo de vigilancia, infrarrojos, láser y vídeo. También un micro por si puedo entrar. Quiero escuchar a nuestros amigos de Convicción.

—¿Por qué?

—Necesito más información. ¿De quién era el disco? ¿Quién quiere recuperarlo? ¿Por qué? Sin esa información no me será fácil protegerme. Ni a Midori.

—Necesitarás acercarte bastante al edificio para usar ese equipo, por no hablar del micro. Será peligroso. ¿Por qué no me das un poco de tiempo para que descifre el entramado? Quizá todo lo que necesitas está ahí.

—No tengo tiempo. Tal vez tardes una semana en saltarte el código o quizá te sea imposible. Mientras tanto, me persiguen la Agencia, la *yakuza* y un ejército de sacerdotes sintoístas. Saben dónde vivo, me han descubierto. El tiempo se me acaba... tengo que resolver esto lo antes posible.

—Bueno, ¿y por qué no te largas del país? Al menos hasta que haya descifrado el entramado. ¿Qué te retiene aquí?

—Tengo que cuidar de Midori y ella no puede marcharse. No creo que sea buena idea que viaje con su pasaporte y dudo mucho que tenga documentos falsos a mano.

Asintió como si comprendiese y luego me miró de hito en hito.

—¿Hay algo entre vosotros dos?

No repliqué.

—Lo sabía —dijo, enrojeciendo.

—Debería haberme imaginado que no podría engañarte.

Negó con la cabeza.

—¿Por eso no quieres que ella me ayude a descifrar el entramado?

—¿Tan transparente soy?

—Normalmente, no.

—Vale, se lo pediré —dije al ver que no me quedaba otra alternativa.

—Su ayuda me vendría bien.

—Lo sé. No te preocupes. No confiaba en que fueras capaz de descifrar algo tan complejo sin su ayuda.

Durante unos instantes adoptó una expresión de indignación. Entonces vio que yo sonreía.

—Esta vez te he pillado —dije.

Dieciséte

Harry me alquiló una camioneta en Roppongi usando una identificación falsa por si acaso, mientras le esperaba en su apartamento para así exponerme lo menos posible. Su apartamento es un lugar extraño, abarrotado de equipos electrónicos misteriosos, pero nada que le aporte comodidades para vivir. Hacía varios años me había contado que había leído que la policía había atrapado a varias personas que cultivaban marihuana en una zona cubierta controlando las facturas de la luz; al parecer, los equipos hidropónicos consumen mucha más electricidad de la normal, y Harry cree que su firma eléctrica podría alertar a la policía. Así que no emplea aparatos eléctricos que no sean absolutamente necesarios: categoría que en el mundo de Harry no incluye la nevera, la calefacción ni el aire acondicionado.

Cuando regresó cargamos el equipo en la parte trasera de la camioneta. El material era bastante sofisticado. El láser lee las vibraciones de las ventanas causadas por las conversaciones del interior, luego transmite la información resultante a un ordenador, que transforma las secuencias en palabras. Y los infrarrojos leen el más mínimo cambio de temperatura en el cristal, la clase de cambio que produce el calor corporal en una habitación fría.

Una vez cargada, aparqué la furgoneta y regresé a Shibuya, y de camino realicé una PDV de lo más concienzuda.

Llegué al hotel poco después de la una en punto. Había comprado varios sándwiches en un puesto que encontré en una de las calles anónimas que salían serpenteando de Dogenzaka, y Midori y yo nos los comimos sentados en el suelo mientras la ponía al corriente de la situación. Le di el paquete que había traído y le dije que cuando saliera debería llevar el pañuelo y las gafas de sol. Le facilité la dirección de Harry, le dije que preparara sus cosas y que estuviera allí al cabo de dos horas.

Cuando llegué al apartamento de Harry, ya estaba trabajando con el disco de Kawamura. Media hora después sonó el timbre; Harry se dirigió hacia el interfono, oprimió un botón y dijo: «Haz».

«*Watashi desu*» fue la respuesta. «Soy yo.» Asentí mientras me levantaba para comprobar por la ventana y Harry apretaba el botón para abrir la puerta principal. Luego se encaminó hacia la suya, la abrió y echó un vistazo. Mejor

comprobar quién viene antes de ser localizado ya que todavía habrá tiempo para reaccionar.

Al cabo de un minuto abrió por completo la puerta y le hizo señas a Midori para que entrara.

—Te presento a Harry —le dije en japonés—, el amigo del que te hablé. Es un poco tímido con las personas porque se pasa todo el día con los ordenadores. Si eres agradable con él se abrirá relativamente rápido.

—*Hajimemashite* —dijo Midori volviéndose hacia Harry e inclinándose. Encantada de conocerle.

—Encantado de conocerle —replicó Harry en japonés. Parpadeaba rápidamente y me di cuenta de que estaba nervioso—. Le ruego que no haga caso a mi amigo. El Gobierno lo utilizó para ensayar drogas experimentales durante la guerra, y eso le ha provocado la senilidad prematura.

«¿Harry?», pensé, impresionado por su repentino desparpajo.

Midori hizo una mueca de inocencia perfecta.

—¿La culpa fue de las drogas?

Me alegré al ver que le caía bien. Harry me miró con una sonrisa radiante, como si me hubiera ganado la batalla y, quizá, hubiera encontrado una aliada.

—Vale, veo que os llevaréis bien —dije, interrumpiéndoles antes de que Harry emplease el valor recién descubierto para hacer vete a saber qué—. No tenemos mucho tiempo. Éste es el plan. —Le expliqué a Midori lo que haría.

—No me gusta —dijo cuando hube acabado—. Podrían verte. Podría ser peligroso.

—No me verá nadie.

—Deberías darnos más tiempo a Harry y a mí para descifrar el código musical.

—Ya he hablado de eso con Harry. Haced vuestro trabajo y yo haré el mío. Es más eficaz. No me pasará nada.

Conduje la camioneta hasta las instalaciones de Convicción en Shibakoen, justo al sur del distrito gubernamental de Kasumigaseki. Convicción ocupaba parte de la segunda planta de un edificio en Hibiya-dori, al otro lado del parque Shiba. Utilizaría el láser para determinar la procedencia de las conversaciones en las oficinas y luego, basándome en el análisis de Harry sobre la información interceptada, sabría cuál sería la mejor habitación o habitaciones para el micro. El mismo equipo me indicaría cuándo se quedarían vacías las oficinas, seguramente bien entrada la noche, y ése sería el momento en que entraría para colocar el micro. El vídeo nos ayudaría a identificar a cualquiera que estuviera implicado en la Agencia y en

Convicción y nos facilitaría más pistas sobre la naturaleza de la relación entre los dos organismos.

Aparqué al otro lado de la calle, frente al edificio. El lugar se hallaba en una zona en la que no se podía aparcar, pero era una ubicación lo bastante buena como para arriesgarme a que un vigilante aburrido me multara.

Había acabado de montar el equipo y apuntar a las ventanas apropiadas cuando oí un golpecito en la ventanilla del pasajero. Alcé la vista y vi a un poli uniformado. Golpeaba la ventanilla con la porra.

«Oh, mierda.» Hice un gesto conciliador, como si estuviera a punto de marcharme, pero negó con la cabeza y dijo: «*Dete yo*». Salga.

El equipo apuntaba desde la ventanilla trasera del lado del conductor, por lo que no era visible desde donde estaba el policía. Tendría que arriesgarme. Me deslicé hasta el asiento del pasajero, abrí la puerta y salí.

Había tres hombres esperando en el ángulo sin visibilidad de la camioneta, donde era imposible verles sin salir. Iban armados con Berettas 92 Compacts y llevaban gafas de sol y abrigos gruesos; un método sencillo para cambiar la forma de la cara y la complejión. Supuse que si me resistía me dispararían, y contarían con los disfraces para confundir a los testigos potenciales. Todos tenían las típicas orejas del *kendoka*. Reconocí al tipo que estaba más cerca de mí; era el de la nariz chata que había entrado en el apartamento de Midori después de que yo hubiera tendido una emboscada a quienes querían secuestrarla. Uno de ellos dio las gracias al poli, que se volvió y se marchó de allí.

Me hicieron una seña desde el otro lado de la calle; no me quedaba más remedio que obedecer. Al menos así resolvería el problema de entrar en el edificio. Llevaba un auricular en el bolsillo, así como uno de los micros adhesivos y personalizados de Harry. Si se me presentaba la oportunidad ocultaría el micro en un lugar apropiado.

Me condujeron por la entrada principal, con las manos bien hundidas en los bolsillos de los abrigos. Subimos por las escaleras hasta la segunda planta; los tres hombres me rodeaban de tal manera que impedían cualquier maniobra de huida. Cuando llegamos al rellano, Narizchata me empujó contra la pared y me apretó el arma contra el cuello. Uno de sus colegas me cacheó. Buscaba un arma y no se percató del pequeño micro que llevaba en el bolsillo.

Cuando hubo acabado, Narizchata retrocedió un paso y, de repente, me dio un rodillazo en las pelotas. Me doblé en dos y me propinó una patada en el estómago y luego otras dos en las costillas. Me caí de rodillas, sin apenas poder respirar, sintiendo un dolor intenso por todo el torso. Intentaba levantar

los brazos para evitar otro golpe cuando uno de ellos se colocó entre Narizchata y yo y le dijo: «*Iya, sono kurai ni shite oke*». Ya basta. Me pregunté si estaban jugando conmigo al poli bueno y al poli malo.

Nos quedamos así varios minutos; el colega retenía a Narizchata mientras yo intentaba respirar con normalidad. Cuando finalmente me incorporé, me condujeron por un pasillo circundado de puertas cerradas. Narizchata llamó a una de ellas y una voz respondió, «*Dozo*». Adelante.

Me llevaron a una sala espaciosa para los estándares japoneses, decorada según el tradicional estilo minimalista. Mucha madera de tonos claros y objetos de cerámica caros en las estanterías. Las paredes estaban repletas de *hanga*, grabados. Seguramente los originales. Había un pequeño sofá y sillones de piel en un rincón de la sala, dispuestos alrededor de una mesa de centro de cristal impoluta. El aspecto general era de limpieza y de prosperidad, y supuse que ésa era la impresión que querían proyectar. Quizá ocultaran a Narizchata y a sus colegas cuando tenían visita.

Había un escritorio de madera en el extremo más alejado de la sala. Apenas tardé unos instantes en reconocer al tipo sentado junto al mismo. Nunca le había visto con traje.

Era el *judoka* del Kodokan, contra el que me había enfrentado en *randori*.

—Hola, John Rain —dijo esbozando una sonrisa—. *Hisashiburi desu ne*. —Cuánto tiempo.

Le devolví la mirada.

—Hola, Yamaoto.

Se incorporó y se dirigió hacia la parte frontal del escritorio con los movimientos firmes y gráciles que había visto por primera vez en el Kodokan.

—Gracias por venir —dijo—. Le esperaba.

Eso resultaba obvio.

—Siento no haber llamado antes —repliqué.

—No, no, en absoluto. Eso no lo esperaría nunca. Pero me imaginaba que tomaría la iniciativa; al fin y al cabo, como *judoka* se siente más cómodo a la ofensiva y sólo usa la defensa como una forma de *amago*.

Hizo una seña a sus hombres con la cabeza y les ordenó en japonés que esperaran fuera. Les observé salir en silencio; Narizchata no dejó de mirarme hasta que cerraron la puerta tras de sí.

—¿He hecho algo que ofendiera al feo? —pregunté mientras me frotaba las costillas—. Tengo la impresión de que no le caigo bien.

—¿Ha sido duro con usted? Le pedí que no lo fuera, pero le cuesta controlarse. Ishikawa, el hombre al que usted mató fuera de su apartamento,

era su amigo.

—Lo siento.

Negó con la cabeza como si todo se tratara de un malentendido.

—*Dozo, suwatte kudasai* —dijo—. Siéntese, por favor. ¿Le apetece tomar algo?

—No, gracias, no tengo sed. Y estoy más cómodo de pie. Asintió.

—Sé qué está pensando, Rain-san. Sé cuán rápido es usted. Por eso hay tres hombres armados al otro lado de la puerta... por si acaso lograra librarse de mí. —Sonrió seguro de sí mismo y, al recordar lo sucedido en el Kodokan, sabía que la seguridad estaba más que justificada—. Sería un enfrentamiento interesante, pero no es el mejor momento. Por favor, póngase cómodo para así encontrar el modo de resolver nuestro problema mutuo.

—¿Problema mutuo?

—Sí, el problema es mutuo. Tiene algo que quiero o sabe dónde está. En cuanto esté en mi poder, usted dejará de ser un impedimento y podremos decir lo de «vive y deja vivir». Pero si no lo obtengo la situación será más complicada.

Permanecí en silencio para ver si quería añadir algo más.

—Me gustaría hablar con usted —añadió al cabo de unos instantes—. *Dozo kakete kudasai*. —Siéntese, por favor.

Incliné la cabeza dirigiéndome a uno de los sillones situado frente al sofá, y mientras lo hacía introduje las manos en el bolsillo como para adoptar un aire resignado. Activé el transmisor. Independientemente de cuál fuera el desenlace de la situación, al menos Harry lo oiría todo.

—Gracias —dijo al tiempo que se sentaba frente a mí en el sofá—. Dígame, ¿cómo me ha encontrado?

Me encogí de hombros.

—Su hombre Ishikawa entró en mi apartamento e intentó matarme. Conseguí su móvil y lo usé para averiguar que estaba relacionado con usted. El resto consistió en tomar la iniciativa, como bien ha dicho; la mejor defensa es un buen ataque.

—Ishikawa no fue a su apartamento para matarle sino para interrogarle.

—Si Ishikawa tenía esa idea de un interrogatorio —dije—, debería haberle enviado a Dale Carnegie.

—No importa. No vamos tras usted, sino tras el disco. —¿Disco?

—Por favor, no insulte mi inteligencia. Está protegiendo a Midori Kawamura.

La aseveración me sorprendió. Pero entonces caí en la cuenta de que los hombres que le esperaban en el apartamento seguramente eran los de Yamaoto. La habían estado siguiendo, ya que pensaban que si tenía las cosas de su padre era probable que tuviera el disco, y entonces aparecí yo. Comenzaron a perseguirme sólo después de que les hubiera tendido la emboscada y Midori pasara a la clandestinidad.

—¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Sé que su padre tenía el disco cuando murió. Por lo tanto es probable que ella lo tenga ahora. Y se esconde.

—Por supuesto que se esconde. Recibió la misma fiesta de bienvenida en su apartamento que yo en el mío. Sabe que corre peligro pero no comprende por qué.

—Lo más normal es que, en una situación como la suya, hubiera acudido a la policía, pero no lo ha hecho.

—No sé nada al respecto. No confío en la policía.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Se marchó tras la emboscada en su apartamento. Creía que yo estaba con sus hombres.

—¿De veras? No ha vuelto a dar señales de vida.

—Quizá esté con unos amigos... en el campo o algo. Parecía muy asustada.

—Entiendo —dijo mientras entrelazaba los dedos—. Ya sabe, Rain-san, que el disco contiene información que podría perjudicar a Japón, que sería útil para sus enemigos si saliese a la luz. Esos enemigos también buscan el disco.

Recordé que Holtzer me había explicado que quería convertir al gobierno japonés en un «putón», algo que sólo él expresaría de ese modo.

Había algo que no entendía.

—¿A qué vino el contacto en el Kodokan? —inquirí.

—Pura curiosidad —respondió Yamaoto con expresión meditabunda—. Quería saber qué impulsaba a un hombre con una historia como la suya. Si entonces hubiera sabido hasta qué punto se implicaría en este asunto habría evitado el contacto.

—¿Qué quiere decir con eso de «historia»?

—Un hombre procedente de dos países y culturas tan diferentes.

—Creo que me he perdido algo. Salvo por el hecho de que llegué sin querer al apartamento de Midori al mismo tiempo que sus hombres, no sabía que nos conociéramos.

—Ah, por supuesto, era imposible que lo supiera, pero de vez en cuando he contratado sus servicios.

A través de Benny. Por Dios, el cabroncete se acostaba con cualquiera. Seguramente revendía mis servicios con un margen de beneficios. «Pero se acabó», me dije.

—Así que, hasta hace poco, nuestros intereses han ido de la mano. Si solucionáramos este asunto podríamos regresar al *statu quo ante bellum*.

Resultaba obvio que necesitaba el disco. Confiaba en que los algoritmos de Harry estuvieran actualizados.

—Como ya he dicho, el problema reside en que no sé dónde está el disco ni qué contiene —repliqué—. Si lo supiera se lo daría, pero no es así.

Frunció el ceño.

—Me apena oír eso. ¿Y la hija de Kawamura tampoco lo sabe?

—¿Por qué iba a saberlo yo?

Asintió con gravedad.

—Pues vaya problema. Verá, hasta que no tenga lo que busco la hija de Kawamura será un impedimento. Estaría mucho más segura si yo recuperara el objeto.

En aquel momento sentí la tentación de creer que parte de lo que decía era cierto. Si recuperaba el disco, Midori dejaría de ser un impedimento.

Pero el disco también lo buscaban otras personas y era imposible que supieran que Midori ya no lo tenía. Además, los problemas logísticos eran irresolubles. Yamaoto no me dejaría marchar aunque le prometiera que regresaría con el disco y no pensaba revelarle dónde estaban Midori y Harry. Para colmo, no existía garantía alguna de que no se deshiciera de los cabos sueltos incluso después de haber recuperado el disco.

—Por si sirve de algo, creo que ella no tiene lo que busca —declaré—. De todos modos, ¿por qué cree que Kawamura se lo habría dado? Habría sabido que, de hacerlo, su vida correría peligro, ¿no?

—Quizá se lo diera sin querer. Además, como ya he dicho, el que no haya acudido a la policía resulta bastante elocuente.

No repliqué nada, esperé que prosiguiera.

—Basta de juegos —dijo finalmente. Se incorporó y se dirigió hacia el perchero, de donde descolgó una americana—. Tengo una reunión en otro lugar y no me queda tiempo para convencerle. Dígame dónde está el disco o dónde puedo encontrar a Midori Kawamura.

—Ya le he dicho que no lo sé.

—Por desgracia, sólo hay una manera para comprobar que dice la verdad. Creo que ya sabe cuál es.

Ninguno de los dos pronunció palabra alguna durante un minuto interminable. Le oí exhalar, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—Rain-san, se encuentra en una situación delicada, y yo soy comprensivo. Pero debe saber que conseguiré lo que quiero. Si me lo dice ahora, como amigo, confiaré en usted. Le dejaré marchar. Pero si mis hombres tienen que sonsacarle la información por otros medios, es posible que luego ya no pueda marcharse. ¿Lo entiende? Si no tengo el disco me veré obligado a eliminar sistemáticamente cualquier riesgo asociado con el mismo. Así que ya ve, sería mucho mejor que me lo dijera ahora.

Entrecrucé los brazos en el pecho y le miré. Mi expresión era de imperturbabilidad, pero en mi interior estaba trazando un mapa del pasillo y las escaleras en busca de una salida.

Seguramente había confiado en que me viniera abajo porque esperó mucho. Finalmente, llamó a sus hombres. La puerta se abrió y me vi rodeado de hombres que me obligaron a incorporarme. Les dio varias órdenes a gritos: «Averiguad dónde está el disco. Y Midori. Emplead cualquier método».

Me arrastraron fuera de la sala. A mi espalda Yamaoto dijo: «Me ha decepcionado», aunque apenas le oí. Estaba ocupado tratando de encontrar el modo de huir de allí.

Diecíocho

Me condujeron de vuelta por el pasillo. Al pasar por las puertas de entrada, dobles y de cristal, me percaté de que había un cerrojo muerto cerrado situado en el pequeño espacio que había entre puerta y puerta. Cuando entramos en el edificio las puertas se habían abierto hacia fuera. Si las golpeaba justo en el centro, sin detenerme, era posible que el cerrojo cediera. Si no cedía y tenía tiempo de volver a intentarlo, podría tratar de pasar rompiendo el cristal y confiar en que los cortes no fueran graves. Opciones terribles, pero mucho mejores que acabar torturado hasta la muerte a manos de Narizchata y sus simpáticos colegas.

Me arrastraron de mala manera por el pasillo e intenté emanar todo el miedo e impotencia posibles, de modo que se sintieran más seguros. Quería que creyeran que estaban al mando de la situación, que me intimidaban. Eso me brindaría una pequeña oportunidad para sorprenderles. Aparte de eso, sólo contaba con una ventaja, la misma que el Grupo de Observación y Estudios siempre tuvo contra los norvietnamitas, incluso cuando operábamos en su territorio: teniendo en cuenta lo que se avecinaba, mi motivación por escapar era mayor que la suya por retenerme.

Me llevaron hasta una habitación ubicada en el extremo más apartado del pasillo. Era pequeña, de apenas unos tres metros cuadrados. La puerta tenía una ventana de cristal esmerilado en el centro y se abría hacia dentro y a la izquierda, al fondo de la habitación. A la derecha había una mesa pequeña y rectangular con dos sillas a ambos lados de la misma. Me empujaron hacia una de las sillas, con la espalda hacia la puerta. Coloqué las manos sobre las rodillas, debajo de la mesa.

Narizchata desapareció durante unos minutos. Cuando regresó llevaba un garrote de madera largo. Se sentó al otro lado de la mesa, frente a mí. Oí a los otros dos colocarse detrás, a ambos lados.

Había un metro de espacio entre la espalda de Narizchata y la pared. Bien.

No habían cerrado la puerta con llave. ¿Para qué molestarse? Eran tres y eran unos cabrones bien grandes. Estaban en su territorio. Sabían que controlaban la situación.

Levanté apenas la mesa con las rodillas para calcular su peso. A pesar del tamaño era bastante pesada. Notaba los latidos del corazón en las sienes y el cuello.

Narizchata comenzó a decir algo. No le escuché. En cuanto abrió la boca me incorporé de un salto, extendí los brazos por debajo de la mesa y la empujé con fuerza contra él. El impulso de la misma lo incrustó en la pared. Sentí el impacto en los brazos.

Los otros dos se abalanzaron sobre mí. Extendí la pierna hacia el tipo que me atacaba por la derecha. Le di de lleno en la barriga, aunque era tanta la velocidad con la que venía que sus pies siguieron llevándole hacia delante. Luego se desplomó y el otro ya estaba encima de mí.

Me sujetó por detrás e intentó una *hadaka jime*, una estrangulación para inmovilizarme por el cuello, pero lo encogí y me ciñó el antebrazo alrededor de la boca. De todos modos, la sujeción era tan fuerte que tuve la impresión de que me desencajaría la mandíbula. Abrí la boca y el borde anterior del brazo se le quedó atrapado entre mis dientes. Antes de que pudiera soltarse le mordí con todas mis fuerzas. Sentí que los dientes se hundían en el músculo y le oí aullar de dolor.

La presión disminuyó, me volví y le asesté varios ganchos en el abdomen. Bajó los brazos para defenderse y le propiné un golpe seco con la palma debajo de la nariz. No se cayó, pero se quedó aturdido. Lo aparté de un empujón y me dirigí hacia la puerta.

El tipo al que había pateado me sujetó la pierna desde el suelo, pero logré librarme. Así con fuerza el pomo de la puerta, lo giré y la abrí por completo. Se estampó contra la pared y el cristal esmerilado se hizo añicos.

Avancé a trompicones por el pasillo, corriendo y a punto de caerme, como un hombre descendiendo sin control por una colina inclinada. Tardé apenas unos segundos en llegar a las puertas de la entrada. Las embestí con todo el ímpetu que me quedaba y cedieron por el centro. Rodé por el pasillo, me incorporé y corrí hacia las escaleras. Cuando llegué a la puerta exterior la abrí de un tirón y bajé las escaleras de cuatro en cuatro, con la mano apoyada en la barandilla para no perder el equilibrio. Al dejar atrás la primera contrahuella oí que la puerta se abría de golpe. Ya habían comenzado a perseguirme; había confiado en que la ventaja fuera mayor.

Tenía que salir de allí antes de que llegaran los refuerzos. La estación de Shibakoen estaba al otro lado de Hibiya-dori. Crucé la calle corriendo, intentando avanzar por entre el tráfico en diagonal, por lo que las ruedas derrapaban a medida que saltaba delante de los coches.

Multitudes densas de transeúntes emergían por el final de las escaleras de la estación; seguramente acababa de llegar un tren. Volví la vista al llegar a la entrada y vi a dos de los hombres de Yamaoto corriendo tras de mí a toda velocidad.

Oí la señal que indicaba la llegada de otro tren. Tal vez me diera tiempo. Estaba seguro de que me dispararían en cuanto pudieran. En medio de aquel gentío nadie sabría de dónde habían procedido los disparos. Me abrí paso a duras penas, esquivé a tres ancianas que avanzaban lentamente y me bloqueaban las escaleras y al final de las mismas giré a la izquierda. Había un pequeño comercio autorizado frente a las taquillas y, al pasar junto al mismo, cogí una lata de café del tamaño de la mano. Ciento noventa gramos. Bordes de metal duros.

Me abrí paso por entre las portezuelas y llegué al andén. Demasiado tarde; las puertas ya estaban cerradas y el tren comenzaba a avanzar.

El andén estaba abarrotado, pero había una especie de pasillo vacío que discurría junto al tren. Corrí hacia allí, volví la vista y vi a uno de los matones de Yamaoto dejando atrás las portezuelas y abriéndose paso hasta la zona despejada situada junto al tren.

Me volví y calculé la distancia. Unos cinco metros, más o menos.

Lancé la lata como si fuera una pelota de béisbol, apuntándole al estómago. El lanzamiento me salió un poco alto y le impactó en el esternón con un golpe tan seco que lo oí a pesar del ruido de la multitud. Se desplomó en el acto. Pero su colega venía detrás, con el arma desenfundada.

Me di la vuelta. El tren comenzaba a acelerar.

Incliné la cabeza hacia abajo y corrí tras él a toda velocidad, respirando entrecortadamente. Oí un disparo. Luego otro.

Dos metros. Uno.

Estaba lo bastante cerca como para alargar la mano y tocar la barra de hierro vertical situada en el extremo posterior del vagón, pero no pude acercarme más. Durante unos instantes, mi velocidad y la del tren estaban perfectamente sincronizadas. Luego comenzó a alejarse.

Dejé escapar un grito salvaje y salté hacia delante con los dedos extendidos hacia la barra. Durante un trágico segundo creí que no llegaría y que me caería, pero entonces la mano se me cerró en torno al metal frío.

El tren me impulsó el cuerpo hacia delante y golpeé la parte posterior del vagón con las rodillas. Los pies me colgaban apenas unos centímetros por encima de las vías. Los dedos comenzaron a resbalármese por la barra. Alcé

la vista y vi a un niño con el uniforme del colegio mirándome por la ventana trasera, boquiabierto. Entonces el tren entró en el túnel y solté la barra.

De manera instintiva, coloqué el brazo izquierdo debajo del cuerpo y a lo largo del mismo para rodar al caer. Aun así, el impacto contra las vías fue tal que en lugar de rodar, reboté. Sentí un golpe tremendo en el costado izquierdo y luego una breve sensación de vuelo. Apenas unos instantes después noté un golpe seco y me detuve por completo.

Estaba boca arriba, mirando el techo del túnel del metro. Me quedé así un momento, sin aliento, moviendo los dedos gordos del pie, doblando los dedos de la mano.

Transcurrieron cinco segundos, luego otros cinco. Respiré hondo varias veces seguidas.

«¿Dónde coño —pensé—, dónde coño he caído?»

Resoplé y me erguí. Estaba sobre una pequeña montaña de arena, a la izquierda de las vías. Junto a la misma había dos obreros de la construcción japoneses con casco, mirándome con la boca ligeramente entreabierta.

Al lado del montículo de arena había un suelo de hormigón que los obreros estaban reparando. Mezclaban la arena con cemento. Me di cuenta de que si me hubiera soltado del tren tan siquiera medio segundo después habría caído sobre el hormigón en lugar de la blanda montaña de arena.

Me deslicé hasta el suelo, me incorporé y comencé a sacudirme la arena. La forma de mi cuerpo había quedado estampada en la arena como en los dibujos animados.

Los obreros no se habían movido. Seguían mirándome, boquiabiertos, y me percaté de que lo que acababan de presenciar les había impresionado.

—Ah, *sumimasen* —comencé a decir, sin saber qué añadía—. *Etto, otearae wa arimasu ka?* —Perdón, ¿saben dónde está el baño?

Se mantuvieron inmóviles y me di cuenta de que la pregunta les había confundido todavía más. Mejor así. Vi que estaba apenas unos metros en el interior del túnel y comencé a caminar hacia el exterior.

Reflexioné sobre lo sucedido. Los hombres de Yamaoto me habían visto entrar en el túnel asido a la parte posterior del tren, pero no habían visto que me había resbalado hasta caer, y yo iba demasiado rápido como para que pensarán que me soltaría a propósito. Por lo que seguramente imaginaron que, al cabo de tres minutos, estaría en la estación de Mita, el final de la línea. Lo más probable era que hubieran salido corriendo de la estación hacia Mita para interceptarme.

Se me ocurrió una locura.

Introduje la mano en el bolsillo, extraje el auricular que habían guardado allí antes de que Narizchata y los suyos me atraparan en la camioneta, y me lo coloqué. Rebusqué en el bolsillo el transmisor adhesivo. Seguía allí. Pero ¿seguía transmitiendo?

—¿Harry? ¿Me oyes? Háblame —dije.

Se produjo un largo silencio y, justo cuando me disponía a intentarlo de nuevo, el auricular cobró vida.

—¡John! ¿Qué coño está pasando? ¿Dónde estás?

Me alegré de oírle.

—Tranquilo, estoy bien. Pero necesito que me ayudes.

—¿Qué pasa? Lo he escuchado todo. ¿Estás en la estación de tren? ¿Estás bien?

Trepé al andén. Algunas personas me miraron de hito en hito, pero no les hice caso y me abrí paso entre ellas como si emerger sucio y contusionado de las profundidades de uno de los túneles del metro de Tokio fuera lo más normal del mundo.

—He estado mejor, pero ya hablaremos de eso. ¿El equipo sigue en marcha?

—Sí, sigo viendo todas las habitaciones del edificio.

—Perfecto, eso es lo que necesito saber. ¿Quién sigue en el edificio?

—Los infrarrojos indican que sólo hay un tipo. Todos los demás salieron corriendo detrás de ti.

—¿Yamaoto también?

—Sí.

—¿Dónde está el tipo que se ha quedado?

—En la última habitación a la derecha mirando el edificio de frente... donde te llevaron los tres hombres. Está allí desde que has salido.

Sería Narizchata o uno de los suyos; no estaría en condiciones para perseguirme. Me alegraba de saberlo.

—Vale, ésta es la situación. Todos creen que estoy al final de un tren que va hacia Mita y allí se reunirán dentro de unos cuatro minutos. Tardarán otros cinco en darse cuenta de que no estoy allí y que me han perdido el rastro, y otros cinco en regresar al edificio de Convicción. O sea, que dispongo de unos catorce minutos para volver a entrar y colocar el micro.

—¿Qué? No sabes dónde están. ¿Y si no han ido todos a Mita? ¿Podrían regresar mientras estás en el edificio!

—Cuento contigo para que me informes al respecto. Sigues recibiendo una señal de vídeo desde la camioneta, ¿no?

—Sí, sigue transmitiendo.

—Mira, ya casi he llegado al edificio... ¿sigue sin haber nadie?

—Sí, no hay nadie, pero me parece una locura.

—Nunca tendré una oportunidad mejor que ésta. Todos están fuera del edificio, no habrá nada cerrado con llave y cuando vuelvan podremos escuchar todo lo que digan. Voy a entrar.

—Vale, ya te veo. Hazlo rápido.

Un consejo innecesario. Pasé por las puertas de la escalera y giré a la derecha, luego corrí por el pasillo hasta la entrada. Como había supuesto, habían salido a toda prisa y estaba abierta de par en par.

La oficina de Yamaoto estaba tres puertas más allá a la derecha. Entraría y saldría en un abrir y cerrar de ojos.

La puerta estaba cerrada. Intenté girar el pomo.

—Oh, mierda —exclamé.

—¿Qué pasa?

—Está cerrada con llave.

—Olvídalo, pon el micro en otra parte.

—No, tenemos que escuchar lo que digan aquí dentro. —Examiné la cerradura y vi que era una gacheta común de cinco clavijas. Nada del otro mundo—. Espera un momento. Creo que puedo entrar.

—John, lárgate de ahí. Podrían regresar en cualquier momento.

No repliqué. Saqué mis llaves y separé una de mis ganzúas caseras y el espejo dental. El mango largo y fino del espejo me serviría de oportuna llave de tensión. Introduje el mango en la cerradura y lo giré con suavidad en el sentido de las agujas del reloj. Cuando el juego del cilindro hubo desaparecido, aflojé la presión de la ganzúa y comencé a trabajar en la quinta clavija.

—¡No intentes forzar la cerradura! ¡No se te da bien!

¡Pon el micro en otra parte y lárgate!

—¿Qué es eso de que no se me da bien? Te enseñé a hacerlo, ¿no?

—Sí, por eso sé que no se te da bien. —Se calló. Seguramente se dio cuenta de que era inútil intentar detenerme y que lo mejor sería dejar que me concentrara.

Sentí que la quinta clavija estaba a punto de ceder, pero entonces la perdí. Mierda. Giré el espejo dental un poco más para apretar el cilindro contra las clavijas.

—¿Harry? Echo de menos tu voz... —Volví a perder la clavija.

—No me hables. Concéntrate.

—Ya lo hago, pero cuesta lo suyo... —Sentí que la quinta clavija cedía y se mantenía así. Las tres siguientes fueron fáciles. Sólo faltaba una.

La última clavija estaba dañada. No hacía ningún ruidito. Moví la ganzúa hacia todos los lados, pero no sirvió de nada.

—Venga, guapa, ¿dónde estás? —Inspiré. Contuve la respiración y moví la ganzúa.

No noté que la clavija cediera pero, de repente, el pomo ya no estaba bloqueado. Lo giré a la derecha y entré.

La oficina estaba igual que cuando me había marchado. Las luces seguían encendidas. Me arrodillé junto al sofá de piel y palpé la parte inferior. Estaba recubierta con una especie de tela. Los extremos estaban grapados a lo que parecía madera. Buen lugar para colocar el micro y que quedase bien sujeto.

Quitó el adhesivo que cubría el micro y lo presioné allí debajo. A quienquiera que hablara en esa habitación se le oiría con absoluta claridad.

—John, acaban de regresar dos hombres —dijo Harry de repente—. Están subiendo por el pasillo. Sal ahora mismo. Usa la salida secundaria, la que está a la izquierda del edificio mirándolo de frente.

—Mierda, ya he colocado el micro. No podré responderte cuando haya salido de la habitación. Sigue hablándome.

—Acaban de detenerse al final del pasillo que conduce a la entrada principal. Quizá están esperando a los otros. Baja hasta la entrada secundaria y quédate allí hasta que te avise de que el peligro ha pasado.

—Vale. En marcha. —Coloqué las clavijas de la cerradura de la puerta en su lugar, luego salí y la cerré tras de mí. Me volví y comencé a encaminarme hacia el pasillo exterior.

Narizchata venía por el pasillo. Tenía la camisa ensangrentada. La mesa debía de haberle golpeado en la cara y roto la nariz de nuevo. Su aspecto no había mejorado en absoluto. Le oí emitir sonidos roncós de animal herido.

Estaba entre mi camino y la salida. No me quedaba otra alternativa que pasar por allí.

—¡Hay uno justo delante de ti! —exclamó Harry unos segundos demasiado tarde—. ¡Y los otros vienen por el pasillo!

Narizchata inclinó la cabeza y hundió el cuello y los hombros, como un toro a punto de embestir.

Quería ponerme las manos encima. Me atacaría con fuerza, enloquecido de ira, sin pensar.

Se abalanzó sobre mí y cubrió rápidamente la distancia que nos separaba. Intentó asirme del cuello, pero le agarré la camisa húmeda y me dejé caer al

suelo practicando una *tomo-nage* modificada: le hundí el pie derecho en las pelotas y lo volteeé por encima de mí. Cayó boca arriba con un golpe seco que se notó en todo el suelo. Valiéndome del impulso del movimiento, me puse en pie, di dos pasos largos hacia él y salté hacia arriba como un potro salvaje encabritado, para luego caer con ambos pies con tanta fuerza como pude sobre el torso desprotegido. Sentí que se le rompían los huesos y que se quedaba sin aire. Dejó escapar un sonido como el de un globo que se desinfla en un charco de agua, y supe que había acabado con él.

Me tambaleé por el pasillo, pero entonces me detuve. Si le encontraban allí en medio sabrían que yo había vuelto y quizá se imaginaran por qué. Es posible que buscaran el micro. Tenía que llevarle de vuelta a la habitación situada al final del pasillo, donde parecería que había muerto por el golpe de la mesa.

Las piernas le apuntaban en la dirección correcta. Me puse en cuclillas entre ellas, dándole la espalda, le sujeté bien por alrededor de las rodillas y me incorporé. Pesaba más de lo que parecía. Me incliné hacia delante y le arrastré, sintiéndome como un caballo uncido a un carro con ruedas cuadradas. Sentí latigazos de dolor en la espalda.

—¿Qué haces? —Era la voz de Harry de nuevo en mi oído—. Están entrando por la puerta principal. Tienes doce segundos como mucho para desaparecer del pasillo.

Dejé a Narizchata en la habitación situada al final del pasillo y comencé a correr hacia la salida secundaria.

Llegué a la entrada de las escaleras secundarias y oí que se abría la puerta que estaba en el otro extremo del pasillo. Abrí de un tirón la puerta, me abalancé al otro lado y empujé con fuerza la puerta para cerrarla, pero impedí que lo hiciera por completo.

Me puse en cuclillas en el rellano, luchando contra la necesidad imperiosa de respirar, sostuve la puerta abierta apenas unos milímetros y vi a los hombres de Yamaoto acceder al pasillo. Uno de ellos avanzaba doblado, era el tipo al que había acertado con la lata de café. Entraron en las oficinas de Convicción y desaparecieron de mi campo de visión.

—Ya están en la oficina —informó Harry acto seguido—. No hay nadie delante del edificio. Usa la salida secundaria y vete al este por el parque hacia Sakurada-dori.

Descendí las escaleras rápidamente en silencio. Asomé la cabeza por la puerta de salida y miré en ambas direcciones. No había nadie. Avancé

arrastrando los pies por un callejón que enlazaba Hibiya-dori y Chuo-dori y corté por el parque. La sensación del sol en la cara era todo un placer.

TERCERA PARTE

Decidieron regresar a su país; porque los años parecen un tanto vacuos cuando pasamos demasiados en tierras extranjeras. Pero... si regresamos nos percatamos de que el entorno natal ha perdido su carácter estimulante y que la vida ha transformado la realidad de modo que nos consideramos apenas residentes temporales.

Así, entre dos países, no tenemos ninguno...

El fauno de mármol,
NATHANIEL HAWTHORNE

Diecinueve

— *T*e gusta jugar con la muerte, así que no pienso volver a trabajar contigo —me dijo Harry cuando llegué a su apartamento.

—Yo tampoco pienso volver a trabajar conmigo —repliqué—. ¿Has recibido algo por el micro?

—Sí, todo lo que ocurrió mientras estabas allí y una breve reunión que acaba de terminar. Todo está almacenado en el disco duro.

—¿Han dicho algo del tipo con el que me topé cuando me marchaba?

—¿A qué te refieres?

—Después de colocar el micro me encontré con uno de los hombres de Yamaoto. Deben de pensar que había ocurrido antes o les habrías oído comentar algo al respecto.

—Ah, eso. Sí, creen que sucedió cuando les estropeaste el interrogatorio. No saben que habías vuelto. Por cierto, el tipo está muerto.

—Sí, no tenía buen aspecto cuando lo dejé allí.

Me observaba con atención, pero no logré adivinar qué pensaba.

—Fuiste muy rápido. ¿Puedes hacer algo así de rápido sólo con las manos?

Le miré con cara de póquer.

—No, también necesité los pies. ¿Dónde está Midori?

—Ha ido a buscar un teclado de piano electrónico. Intentaremos tocar lo que está en el disco para el ordenador... es el único modo de descifrar las secuencias del entramado.

Fruncí el ceño.

—No debería salir a no ser que fuera inevitable.

—Era inevitable. Alguien tenía que vigilar el láser y los infrarrojos para salvarte el culo, y ella no conoce bien el equipo. No nos quedaban muchas alternativas, la verdad.

—Ya veo.

—Tendrá cuidado. Va ligeramente disfrazada. No creo que tenga problemas.

—Vale. Escuchemos lo que ha recogido el micro.

—Un momento... dime que no has dejado la camioneta allí.

—¿Qué crees, que fui a buscarla? Estoy loco, pero no tanto.

Adoptó la expresión de un niño al que le acaban de decir que se le ha muerto el perro.

—¿Sabes cuánto vale ese equipo?

Contuve una sonrisa y le di un palmadita en el hombro.

—Ya sabes que yo valgo mucho más —repliqué, lo cual era cierto. Me senté frente a la pantalla del ordenador y me puse unos auriculares—. Ponlo en marcha.

Tras varios clics de ratón comencé a oír a Yamaoto vilipendiando a sus hombres en japonés. Seguramente le llamaron para anunciarle las malas nuevas cuando me hube marchado.

—¡Un hombre! ¡Un hombre desarmado! ¡Y dejáis que se escape! ¡Pandilla de idiotas inútiles!

No sabía a quién ni a cuántos hablaba porque sufrían aquella diatriba en silencio. Se produjo un largo silencio, durante el cual supuse que recobró la calma.

—Da igual. Quizá no sepa dónde está el disco y, aunque lo tuviera, no creo que fuerais capaces de sonsacarle la información. Salta a la vista que es más duro que cualquiera de vosotros.

Tras otro largo silencio, alguien intervino:

—¿Qué quiere que hagamos, *toushu*?

—Eso me pregunto yo —replicó Yamaoto con la voz ligeramente ronca por los gritos—. Id a por la chica. Sigue siendo nuestra mejor pista.

—Pero ha pasado a la clandestinidad —dijo la voz.

—Sí, pero no está acostumbrada a esa vida —dijo Yamaoto—. Desapareció de repente, por lo que seguramente dejó muchos asuntos pendientes. Así que es posible que los retome en cualquier momento. Poned hombres en los lugares clave: donde vive, donde trabaja, sus conocidos, su familia. Colaborad con Holtzer en lo que haga falta. Cuenta con los medios técnicos.

«¿Holtzer? ¿Colaborar con él?»

—¿Y el hombre? —preguntó la voz.

Se produjo otro largo silencio.

—El caso del hombre es bien diferente. Se mueve como pez en el agua en la clandestinidad. A no ser que tengamos mucha suerte, lo doy por perdido por vuestra culpa.

Me imaginé que las cabezas se habrían inclinado a la vez para expresar vergüenza al estilo japonés. Al cabo de unos instantes, intervino otro de los

hombres:

—Quizá le veamos con la mujer.

—Sí, es posible. Está claro que la protege. Sabemos que la salvó de los hombres de Ishikura fuera de su apartamento. Y cuando respondía a mis preguntas sobre el paradero de ella lo hacía a la defensiva. Tal vez siente algo por ella. —Le oí reírse entre dientes—. Menudo contexto para un romance.

«¿Ishikura?», pensé.

—En cualquier caso, no es tan terrible que se haya escapado —prosiguió Yamaoto—. Ella representa un peligro mucho mayor: Tatsuhiko Ishikura la buscará y tiene tantas probabilidades de encontrarla como nosotros, quizás más a juzgar por la celeridad con la que se nos adelantó en el apartamento. Y si encuentra el disco sabrá usarlo.

«¿Tatsu? ¿Tatsu también anda a la caza del maldito disco? ¿Sus hombres eran los que estaban en el apartamento?»

—Basta de riesgos —continuó Yamaoto—. Basta de cabos sueltos. Cuando la chica aparezca de nuevo eliminadla de inmediato.

—*Hai* —replicaron las voces al unísono.

—Por desgracia, si el disco no llega a nuestras manos o no se asegura su destrucción, eliminar a la chica no bastará para garantizar nuestra seguridad. Ha llegado el momento de que Tatsuhiko Ishikura también desaparezca del mapa.

—Pero *toushu* —dijo una de las voces—, Ishikura es jefe de un departamento del Keisatsucho. Su desaparición causaría daños colaterales. Además...

—Sí, además, la muerte de Ishikura lo convertirá en un mártir en ciertos círculos, ya que corroborará de manera empírica y elegante todas sus teorías de conspiración. Pero no tenemos otra opción. Es preferible que se corroboren esas teorías a que se encuentre el disco, que es una prueba en sí mismo. Esforzaos para que la muerte de Ishikura parezca natural. Resulta irónico que se nos haya escapado el maestro supremo de ese arte cuando más lo necesitábamos. Bueno, espero que os sirva de inspiración. Retiraos.

Fin de la conversación. Me quité los auriculares y miré a Harry.

—¿Sigue transmitiendo?

—Hasta que se le gaste la pila... unas tres semanas. Seguiré controlándolo.

Asentí al tiempo que caí en la cuenta de que, casi con toda seguridad, Harry oiría cosas en esa habitación que apuntarían en mi dirección. Joder, los comentarios de Yamaoto eran bastante condenatorios si se era listo y se

conocía el contexto: la alusión al «contexto» de mi relación con Midori y la ironía de haber perdido los servicios del «maestro supremo» en el arte de lograr la muerte mediante causas naturales.

—No creo que sea bueno que Midori escuche las grabaciones —dije—. Ya sabe bastante. No quiero... comprometerla más.

Harry inclinó la cabeza.

—Lo entiendo perfectamente —declaró.

En ese momento supe que lo sabía.

—Me alegro de poder confiar en ti —dije—. Gracias.

Negó con la cabeza.

—*Kochira koso* —replicó. Lo mismo digo.

Sonó el timbre. Harry oprimió el botón del interfono.

—Soy yo —dijo Midori.

Harry apretó el botón de la entrada y tomamos nuestras posiciones, esta vez yo en la puerta y Harry en la ventana. Al cabo de un minuto vi a Midori avanzando por el pasillo con una caja de cartón rectangular en los brazos. Esbozó una sonrisa al verme, recorrió rápidamente la distancia que nos separaba, entró en el *genkan* y me abrazó.

—Cada vez que te veo tienes peor pinta —comentó mientras retrocedía unos pasos y dejaba la caja en el suelo. Era cierto: todavía tenía la cara manchada de tierra por la caída en las vías del tren y sabía que parecía agotado.

—También me siento peor —dije, sonriendo para darle a entender que su presencia me reconfortaba.

—¿Qué ha pasado?

—Luego te contaré los detalles. Harry me ha dicho que nos vas a deleitar con un recital de piano.

—Exacto —dijo mientras se agachaba y quitaba la cinta que cerraba la caja. La abrió y extrajo un teclado electrónico—. ¿Funcionará? —preguntó mientras lo sostenía en alto para que Harry lo viera.

Harry lo tomó entre sus manos y examinó el conector.

—Creo que tengo un adaptador por ahí. Un momento.

Se dirigió al escritorio, abrió un cajón repleto de componentes electrónicos y probó varias unidades antes de dar con la adecuada. Colocó el teclado en el escritorio, lo conectó al ordenador y en la pantalla del monitor apareció la imagen escaneada de las notas.

—El problema es que yo no sé tocar música y Midori no sabe nada de ordenadores. Creo que la solución será que el ordenador aplique las

secuencias de los sonidos a la representación de las notas en la página. Cuando tenga suficiente información para trabajar, el ordenador interpretará las notas musicales como coordenadas del entramado, luego usará el análisis fractal hasta que distinga la manera más sencilla mediante la cual la secuencia se repite a sí misma. Luego aplicará la secuencia al japonés estándar mediante un algoritmo que he creado para saltarse los códigos, y ya está, solucionado.

—Vale —dije—, eso era exactamente lo que había pensado.

Harry me dedicó una de sus típicas miradas con las cuales daba a entender que era medio idiota.

—Midori, intente interpretar la partitura mirando el monitor y veamos qué hace el ordenador con la información.

Midori se sentó junto al escritorio y colocó los dedos sobre el teclado.

—Espere —dijo Harry—. Tiene que tocarla a la perfección. Si añade o elimina una nota, o toca una en el momento equivocado, creará una secuencia nueva y el ordenador se confundirá. Tiene que tocar exactamente lo que aparece en la pantalla. ¿Podrá hacerlo?

—Podría si fuera una canción normal, pero esta composición es inusual. Tendré que ensayar un poco primero. ¿Puede desconectar el teclado del ordenador?

—Claro. —Harry arrastró el ratón e hizo clic con el ratón—. Adelante. Avísame cuando esté lista.

Midori observó la pantalla durante unos instantes, con la cabeza erguida e inmóvil, moviendo apenas los dedos en el aire, como si reflejaran lo que oía en su interior. Entonces colocó los dedos con suavidad sobre las teclas y, por primera vez, oímos la misteriosa melodía de la información que le había costado la vida a Kawamura.

Escuché incómodo mientras Midori tocaba. Al cabo de unos minutos, se volvió hacia Harry.

—Vale, estoy preparada. Conécteme.

Harry desplazó el ratón.

—Ya está. El ordenador es todo oídos.

Los dedos de Midori volvieron a deslizarse sobre las teclas y el extraño réquiem invadió la habitación. Cuando llegó al final de la partitura, se detuvo y miró a Harry con las cejas arqueadas en forma de pregunta.

—Ya tiene la información —dijo—. Veamos si sirve de algo.

Observamos la pantalla en silencio, a la espera de los resultados.

Al cabo de un minuto, una serie de notas extrañas e incorpóreas comenzaron a emanar de los altavoces del ordenador, semblanzas de lo que

Midori acababa de tocar.

—Está procesando los sonidos —explicó Harry—. Intenta encontrar la secuencia más sencilla.

Esperamos en silencio varios minutos.

—No veo que progrese —dijo Harry finalmente—. Quizá no cuente con los recursos informáticos necesarios.

—¿Dónde podría conseguirlos? —inquirió Midori. Harry se encogió de hombros.

—Puedo intentar colarme en Livermore para acceder a su superordenador. Aunque han mejorado los sistemas de seguridad; podría tardar bastante.

—¿El superordenador lo lograría? —pregunté.

—Tal vez —dijo—. De hecho, basta una capacidad de procesamiento razonable. Aunque más bien se trata de una cuestión de tiempo; cuanto mayor es la capacidad de procesamiento, más posibilidades tiene el ordenador de hacerlo en menos tiempo.

—O sea, que un superordenador aceleraría el proceso —dijo Midori—, pero no sabemos cuánto.

Harry asintió.

—Exacto.

Se produjo un breve silencio de frustración.

—Recapitemos un momento —dijo finalmente Harry—. ¿Realmente necesitamos descifrar el disco?

Sabía por dónde iban los tiros: era la misma idea tentadora que se me había ocurrido en las oficinas de Convicción cuando Yamaoto me interrogó sobre el disco.

—¿A qué se refiere? —pregunto Midori.

—Bueno, ¿cuáles son nuestros objetivos? El disco es como la dinamita; sólo tenemos que ponerlo a salvo. Los dueños saben que no puede copiarse ni transmitirse por medios electrónicos. Para empezar, una forma de ponerlo a salvo consistiría en devolverles el disco.

—¡No! —exclamó Midori al tiempo que se incorporaba y le plantaba cara a Harry—. Mi padre arriesgó su vida por el contenido del disco. ¡Ha de llegar al destino que él quería!

Harry levantó las manos en señal de rendición.

—Vale, vale, sólo intento buscar una alternativa, sólo quiero ayudar.

—Es una idea lógica, Harry —comenté—, pero Midori tiene razón. No sólo porque su padre arriesgó la vida para conseguir el disco. Ahora sabemos que hay varias partes interesadas en recuperarlo, además de Yamaoto está

también la Agencia, el Keisatsucho. Puede que más. Aunque se lo devolviéramos a una de ellas, no resolvería nuestros problemas con las otras.

—Entiendo —admitió Harry.

—Pero me gusta la analogía de la dinamita. ¿Cómo se pone la dinamita a salvo?

—La detonas en otro lugar —dijo Midori sin dejar de mirar a Harry.

—Exacto —dijo.

—Bulfinch —dijo Midori—, Bulfinch publica el disco y de ese modo lo pone a salvo. Y eso es lo que mi padre quería.

—¿Se lo damos sin tan siquiera saber cuál es el contenido? —inquirió Harry.

—Ya sabemos lo suficiente —aseguré—. Basado en lo que nos contó Bulfinch, y que Holtzer corroboró. No se me ocurre otra alternativa.

Harry frunció el ceño.

—Ni siquiera sabemos si cuenta con los recursos necesarios para descifrarlo.

Contuve una sonrisa ante aquel atisbo de rencor por su parte: alguien le quitaría el juguete y tal vez resolvería el rompecabezas tecnológico sin su ayuda.

—Supongo que *Forbes* dispondrá de los recursos necesarios. Sabemos de sobra lo mucho que quieren el disco.

—De todos modos, preferiría intentar descifrarlo antes.

—Yo también, pero no sabemos cuánto podríamos tardar. Mientras tanto, varias fuerzas se han alineado contra nosotros y no lograremos eludirlas durante mucho tiempo. Cuanto antes publique Bulfinch el maldito disco, antes volveremos a respirar con tranquilidad.

—Le llamaré —dijo Midori, que no quería correr riesgos.

Veinte

Le había dicho a Bulfinch que nos reuniésemos en Akasaka Mitsuke, uno de los barrios de entretenimiento de la ciudad, casi con tantos clubes de alterne como Ginza. La zona está repleta de un sinfín de callejones, algunos tan estrechos que sólo pueden atravesarse de lado, y todos ellos ofrecen tanto una vía de entrada como de huida.

Llovía y hacía frío cuando acabé una PDV y salí de la estación de metro de Akasaka Mitsuke, frente a los grandes almacenes Belle Vie. Al otro lado de la calle, de un rosa estrambótico bajo la lluvia y el cielo gris, se hallaba la mole acorazada del Akasaka Tokyu Hotel. Me detuve para abrir el paraguas negro que llevaba y luego giré a la derecha en Sotobori-dori. Tras girar a la derecha hacia un callejón que nacía junto al Citibank de la zona, llegué a los ladrillos rojos con almenas de la explanada Akasaka-dori.

Había llegado una hora antes de la cita y decidí comer algo rápido en el restaurante Tenkaichi de la explanada, especializado en sopa de fideos. Tenkaichi, «Primero bajo el cielo», es una cadena, pero el de la explanada tiene encanto. Los propietarios aceptan moneda extranjera y las paredes de madera del local están repletas de billetes y monedas de docenas de países. Se oyen continuamente recopilaciones de *jazz*, que a veces intercalan con canciones pop americanas. Los taburetes acolchados, algunos colocados en los rincones más discretos, ofrecen una excelente vista de la calle que discurre frente al restaurante.

Pedí *chukadon*, verduras chinas con arroz, y comí mientras observaba la calle por la ventana. Había dos *sarariman* comiendo solos y en silencio en lo que debía de ser una pausa tardía para el almuerzo.

Le había dicho a Bulfinch que a las dos en punto comenzara a dar vueltas alrededor de la manzana en sentido contrario a las agujas del reloj en la *sanchome* 19-3 de Akasaka Mitsuke. Había más de doce callejones que daban a esa manzana en concreto, todos ellos con sus respectivas callejuelas, por lo que Bulfinch no sabría dónde le esperaría hasta que me viese. Daba igual si él llegaba temprano. Tendría que seguir dando vueltas alrededor de la manzana bajo la lluvia. No sabía dónde estaría yo.

Terminé a las dos menos diez, pagué la cuenta y me marché. Con el paraguas bien encasquetado crucé la explanada hasta Misuji-dori, luego me dirigí hacia un callejón situado delante del restaurante Buon Appetito, en la manzana 19-3 y esperé bajo el alero de un tejado acanalado oxidado. A esa hora, y por el mal tiempo, la zona estaba bien tranquila. Esperé y observé las tristes gotas de agua que caían a un ritmo pausado desde el tejado oxidado sobre las viejas tapas de plástico de los contenedores de basura.

Al cabo de unos diez minutos oí pasos en los ladrillos mojados, a mi espalda, y Bulfinch apareció acto seguido. Llevaba un impermeable color aceituna e iba agachado bajo un enorme paraguas negro. No me veía desde allí y esperé a que pasara delante de mí antes de hablar.

—Bulfinch. Aquí —dije en voz baja.

—¡Mierda! —exclamó mientras se volvía hacia mí—. No haga eso. Me ha asustado.

—¿Ha venido solo?

—Claro. ¿Ha traído el disco?

Salí de debajo del tejado y observé el callejón en ambos sentidos. No había nadie.

—Está cerca. Dígame qué piensa hacer con él.

—Ya lo sabe. Soy periodista. Escribiré varios artículos sobre lo que corrobore el contenido.

—¿Cuánto tardará?

—¿Cuánto tardaré? Joder, los artículos ya están escritos. Sólo necesito las pruebas.

Reflexioné al respecto.

—Le contaré varias cosas sobre el disco —dije, y le expliqué los detalles de la codificación.

—Eso no supone ningún problema —dijo en cuanto hube acabado—. *Forbes* tiene contactos con Lawrence Livermore. Nos ayudarán. Lo publicaremos en cuanto lo hayamos pirateado.

—Supongo que es consciente de que cada día que pase sin que se publique, Midori corre un gran peligro.

—¿Por eso me lo entrega? La gente que lo quiere le habría pagado, y mucho, ya lo sabe.

—Quiero que entienda una cosa —dije—. Si no publica el contenido del disco es posible que Midori muera. Si eso sucediera, le encontraría y le mataría.

—Le creo.

Le miré durante unos instantes, luego introduje la mano en el bolsillo del pecho y extraje el disco. Se lo entregué y me encaminé hacia la estación.

Realicé una PDV hasta Shinbashi y, de camino, pensé en Tatsu. Hasta que no se publicara el contenido del disco, la vida de Midori no era la única que corría peligro, la de Tatsu también peligraba. Y si bien Tatsu no era un blanco fácil, tampoco era invencible. Habían transcurrido muchos años desde que lo viera por última vez, pero en una ocasión nos habíamos protegido el uno al otro. Lo menos que podía hacer era avisarle.

Llamé al Keisatsucho desde un teléfono público en la estación de Shinbashi.

—¿Sabe quién soy? —le pregunté en inglés cuando me lo hubieron pasado.

Se produjo un largo silencio.

—*Ei, hisashiburi desu ne.* —Sí, ha pasado mucho tiempo. Luego comenzó a hablar en inglés; señal de que no quería que le entendiesen quienes le rodeaban—. ¿Sabe que el Keisatsucho encontró dos cadáveres en Sengoku? Uno de ellos llevaba un bastón. Tenía huellas tuyas. De vez en cuando me he preguntado si seguía en Tokio o no.

«Mierda —pensé—, en algún momento debí de tocar el bastón sin tan siquiera darme cuenta.» Archivaron mis huellas cuando regresé a Japón después de la guerra; estrictamente hablando, era un extranjero, y en Japón se toman las huellas a todos los extranjeros.

—Intentamos localizarle —prosiguió—, pero era como si se lo hubiera tragado la tierra. Así que creo que sé por qué llama ahora, pero no puedo ayudarle. Le recomiendo que venga al Keisatsucho. Si lo hace sabe que haré cuanto pueda por ayudarle. El hecho de huir le convierte en culpable.

—Por eso llamo, Tatsu. Quiero facilitarle cierta información sobre este asunto.

—¿A cambio de qué?

—Quiero que haga algo al respecto. Escúcheme bien, Tatsu. No se trata de mí. Si actúa de acuerdo con la información que tengo, me entregaré. No tengo nada que temer.

—¿Dónde y cuándo? —preguntó.

—¿Estamos solos en la línea? —inquirí.

—¿Acaso sugiere que la línea está pinchada? —preguntó, y reconocí el viejo tono sarcástico y subversivo de su voz. Así me daba a entender que sí lo estaba.

—Vale, bien —dije—. Vestíbulo del hotel Okura, el sábado que viene al mediodía. El Okura era un lugar demasiado público como para quedar y Tatsu sabría que nunca lo sugeriría en serio.

—Ah, un lugar perfecto —replicó, dándome a entender que lo pillaba—. Le veré allí.

—Sé que parece una locura, Tatsu, pero a veces echo de menos Vietnam. Echo de menos aquellas reuniones semanales inútiles, ¿las recuerda?

El jefe del equipo operativo de la CIA que dirigía aquellas sesiones siempre las programaba a las 16:30, para así luego tener tiempo de sobra para perseguir prostitutas por Saigón. Tatsu opinaba con toda razón que el tipo era un payaso y no se cortaba a la hora de decirlo en público.

—Sí, las recuerdo —afirmó.

—Por algún motivo, justo ahora las echaba de menos —dije, a punto de añadir el día a la hora—. Ojalá mañana pudiera acudir a una de ellas. ¿No es un poco raro? Uno se vuelve nostálgico al hacerse mayor.

—Suele pasar.

—Sí, bueno, ha pasado mucho tiempo. Siento que hayamos perdido el contacto de ese modo. Tokio ha cambiado mucho desde la primera vez que llegué. Nos lo pasamos bien entonces, ¿no? Me encantaba ir a aquel local, donde la mama-san servía las bebidas en las piezas de cerámica que ella hacía. ¿Lo recuerda? Es probable que ya no exista.

El local estaba en Ebisu.

—Ya no existe —dijo, dándome a entender que lo había comprendido.

—Bueno, *shoganai, ne?* —Así es la vida—. Era un buen lugar. A veces lo recuerdo.

—Le aconsejo que se entregue. Si lo hace, le prometo que haré cuanto pueda por ayudarle.

—Me lo pensaré. Gracias por el consejo. —Colgué, sin apartar la mano del receptor, confiando en que hubiera comprendido mi críptico mensaje. No sabía qué haría si no lo había entendido.

Veintiuno

El lugar que le había mencionado en Ebisu era un *izakaya* clásico japonés que Tatsu me había enseñado cuando llegué a Japón después de la guerra. Los *izakaya* son pequeños bares en viejos edificios de madera, regentados por hombres o mujeres sempiternos, o una pareja, que viven encima del local, y en cuyo exterior apenas hay un farolillo rojo para anunciar su existencia. Los *izakaya*, que ofrecen refugio de un jefe exigente o un matrimonio aburrido, del tumulto de los metros y el ruido de las calles, sirven cerveza y sake hasta bien entrada la noche, y una procesión inacabable de clientes ocupan y abandonan los asientos de la barra, que siempre vuelve a ocupar otro hombre cansado que viene del frío.

Tatsu y yo habíamos pasado mucho tiempo juntos en Ebisu, pero había dejado de ir allí cuando perdimos el contacto. Siempre pensaba en pasarme por el local y ver si estaba la *mama-san*, pero los meses se habían convertido en años y nunca llegué a hacerlo. Según Tatsu, el bar ni tan siquiera existía. Seguramente lo habrían demolido. Un local como aquel ya no tenía cabida en el Tokio moderno y llamativo.

Sin embargo, recordaba dónde había estado y allí esperaba a Tatsu.

Llegué temprano a Ebisu para echar un vistazo a la zona. Las cosas habían cambiado de verdad. La mayoría de los edificios de madera habían desaparecido. Había un nuevo centro comercial resplandeciente cerca de la estación... que había sido un arrozal. Me costaba orientarme.

Desde la estación me encaminé hacia el este. Era un día húmedo, el viento traía neblina del cielo cubierto.

Encontré el lugar donde había estado el *izakaya*. El edificio, ruinoso y acogedor, había desaparecido y en su lugar había un pequeño supermercado de aspecto antiséptico. Paseé lentamente por delante. Estaba vacío, sólo había un empleado con cara de aburrido leyendo una revista bajo los fluorescentes de la tienda. Tatsu no estaba, aunque todavía faltaba una hora para la cita.

No habría regresado allí, si hubiera tenido otra opción, sabiendo que el local había desaparecido. Coño, el barrio entero había desaparecido. Me recordaba la última vez que había estado en Estados Unidos, hacía unos cinco años. Había regresado a Dryden, lo más parecido a una ciudad natal para mí.

Hacía veinte años que no la había pisado y una parte de mí deseaba encontrar una relación con aquello, con algo.

Estaba a cuatro horas en coche al norte de la ciudad de Nueva York. Cuando llegué lo único que seguía igual era el trazado de las calles. Conduje por la calle principal y en lugar de lo que recordaba vi un McDonald's, un Benetton, un Kinko's Copies, una sandwichería Subway, todos ellos en edificios nuevos y relucientes. Reconocí un par de lugares. Eran como las ruinas de una civilización perdida oculta en medio de una jungla densa y descontrolada.

Seguí paseando, maravillándome de que los recuerdos que habían sido agradables acabaran convirtiéndose en dolorosos por medio de una alquimia que nunca he acabado de comprender.

Giré hacia un callejón. Había un pequeño parque apretujado entre dos edificios sin nada de particular. Un par de madres jóvenes estaban paradas junto a uno de los bancos, charlando entre los paseantes. Seguramente sobre lo que ocurría en el barrio y que los niños irían al colegio dentro de poco.

Rodeé un nuevo centro comercial, luego regresé atravesándolo, pasando junto a una amplia rambla descubierta, reluciente por el cromo y el cristal. Era una estructura con cierto encanto, eso era indudable. Un par de adolescentes pasaron junto a mí, riéndose. Parecían sentirse a gusto, como si aquel fuera su lugar.

Vi a una figura ataviada con un impermeable gris que se me acercaba desde el otro extremo del centro comercial y, aunque no veía bien la cara reconocí el modo de andar, la postura. Era Tatsu que, aparte de fumar un cigarrillo que le proporcionaba un poco de calor, hacía como si aquel día lóbreo no existiese.

Me vio y me saludó, tras lo cual arrojó el cigarrillo. Mientras se acercaba vi que tenía las arrugas más marcadas de lo que recordaba, una especie de cansancio más visible.

—*Honto ni, shibaraku buri da na* —dije al tiempo que le hacía una reverencia. Ha pasado mucho tiempo. Me tendió la mano y se la estreché.

Me miraba atentamente, sin duda viendo las mismas arrugas en mi rostro que yo en el suyo, y quizá algo más. Era la primera vez que Tatsu me veía desde que me hiciera la cirugía estética. Seguramente le sorprendió el hecho de que la edad parecía haber ocultado mis rasgos caucásicos. Me pregunté si sospecharía que mi cambio de aspecto se debía a algo más que al paso del tiempo.

—Rain-san, *ittai*, ¿qué ha hecho todo este tiempo? —preguntó sin dejar de mirarme—. ¿Sabe los problemas que tendría si alguien averiguase que me he reunido con usted sin detenerle? Es sospechoso de un doble asesinato, y una de las víctimas ocupaba un alto cargo en el PLD. Me presionan para que solucione el caso, ya lo sabe.

—Tatsu, ¿ni siquiera va a decirme que se alegra de verme? Tengo sentimientos.

Esbozó su típica sonrisa apesadumbrada.

—Ya sabe que me alegro de verle. Pero desearía que las circunstancias fueran otras.

—¿Cómo están sus hijas?

Sonrió abiertamente y asintió con orgullo.

—Muy bien. Una es médico, la otra abogada. Por suerte, han heredado el cerebro de su madre, *ne*?

—¿Casadas?

—La mayor está prometida.

—Felicidades. Seguro que dentro de poco será abuelo.

—No en un futuro cercano —dijo al tiempo que la sonrisa desaparecía, y pensé, «no me gustaría nada ser el joven al que Tatsu pillara tonteando con una de sus hijas».

Regresamos por el centro comercial y pasamos junto a una reproducción perfecta de un castillo francés que parecía echar de menos su patria en aquel entorno.

Tras la charla trivial de turno, fui directo al grano.

—Toshi Yamaoto, dirigente de Convicción, le ha puesto precio a su cabeza, Tatsu.

Se detuvo y me miró.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo siento, no puedo desvelar nada al respecto.

Asintió.

—Su fuente debe de ser fidedigna o, de lo contrario, no me lo diría.

—Exacto.

Comenzamos a caminar de nuevo.

—Muchas personas querrían verme muerto, Rain-san. A veces me pregunto cómo he logrado seguir con vida tanto tiempo.

—Quizá le proteja un ángel de la guarda.

Se rió.

—Ojalá. De hecho, la explicación es más sencilla. Mi muerte pondría de manifiesto mi credibilidad. Mientras viva, se me puede tachar de estúpido, de ser alguien que persigue fantasmas.

—Mucho me temo que las circunstancias han cambiado. Volvió a detenerse y me miró de hito en hito.

—No sabía que estuviera liado con Yamaoto.

—No lo estoy.

Asintió con la cabeza, y supe que acababa de añadir esa información al perfil del misterioso asesino.

Empezó a caminar de nuevo.

—Estaba diciendo que las circunstancias han cambiado.

—Hay un disco. Que yo sepa, contiene información sobre casos importantes de corrupción política. Yamaoto intenta conseguirlo.

Tatsu sabía algo del disco —había oído decir a Yamaoto por el micro que Tatsu era quien había enviado a sus hombres al apartamento de Midori—, pero no dijo nada.

—¿Sabe algo al respecto, Tatsu? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Soy poli. Sé un poco de todo.

—Yamaoto cree que usted sabe mucho. Sabe que también quiere conseguir el disco. Le está costando recuperarlo, así que ha decidido eliminar los cabos sueltos.

—¿Por qué le está costando recuperarlo?

—No sabe dónde está.

—¿Y usted?

—No lo tengo.

—No le he preguntado eso.

—Tatsu, no se trata del disco. He venido para avisarle del peligro que corre. Quería advertirle.

—Pero el disco desaparecido es el motivo por el que corro peligro, ¿no? —dijo, adoptando una expresión inocente y perpleja que habría engañado a alguien que no le conociera—. Disco encontrado, peligro eliminado.

—El método *inakamono* no es necesario —dije, dándole a entender que sabía que no era un paleta—. Le diré que la persona que tiene el disco cuenta con los medios necesarios para publicar el contenido. Eso debería eliminar el peligro, como ha dicho.

Se detuvo y me aferró el brazo.

—*Masaka*, dígame que no le dio el puto disco a Bulfinch.

Varias alarmas comenzaron a sonar simultáneamente en mi interior.

—¿Por qué lo dice?

—Porque ayer asesinaron a Franklin Bulfinch en Akasaka Mitsuke, frente al Akasaka Tokyu Hotel.

—¡Joder! —exclamé perdiendo el control momentáneamente.

—*Komatta* —blasfemó de nuevo—. Se lo dio, ¿no es así?

—Sí.

—¡Maldita sea! ¿Lo llevaba consigo cuando le asesinaron?

Frente al Akasaka Tokyu, apenas a cien metros de donde se lo di.

—¿A qué hora ocurrió? —pregunté.

—A primera hora de la tarde. A eso de las dos en punto. ¿Lo llevaba consigo?

—Seguramente —repliqué.

Tatsu hundió los hombros, y supe que no estaba haciendo teatro.

—Maldita sea, Tatsu. ¿Cómo sabe lo del disco?

Se produjo un largo silencio antes de que respondiera.

—Porque se suponía que Kawamura debía entregármelo.

Arqueeé las cejas, sorprendido.

—Sí —prosiguió—, llevaba bastante tiempo camelándome a Kawamura. Le había convencido para que facilitase la información que ahora está en el disco. Parece que, al final, todo el mundo confía más en un periodista que en un poli. Kawamura decidió entregar el disco a Bulfinch.

—¿Cómo lo sabe?

—Kawamura me llamó la mañana que murió.

—¿Qué dijo?

Me miró con cara de póquer.

—«A la mierda. Le daré el disco a los medios occidentales.» Fue por mi culpa, la verdad. Mi entusiasmo era tal que le presioné demasiado. Estoy seguro de que eso le resultó desagradable.

—¿Cómo sabe que era Bulfinch?

—Si quisiera entregar esa clase de información a alguien de «los medios occidentales», ¿a quién acudiría? A Bulfinch se le conoce por sus artículos sobre la corrupción. Pero no estuve seguro hasta esta mañana, cuando supe que le habían asesinado. Y ahora sí que no me cabe la menor duda.

—¿Ése es el motivo por el que ha estado siguiendo a Midori?

—Por supuesto. —Tatsu suele decir «por supuesto» con tal sequedad que parece poner en evidencia la falta de agudeza de su interlocutor—. Kawamura murió poco después de llamarme, por lo que es probable que no entregara el

disco a «los medios occidentales» como había planeado. Su hija se quedó con sus cosas. Era el objetivo lógico.

—Por eso investigaba el allanamiento del apartamento de su padre.

Me miró con desaprobación.

—Mis hombres fueron los que entraron en su casa. Buscábamos el disco.

—Dos oportunidades para encontrarlo: el allanamiento y luego la investigación —dije, admirando su eficacia—. Muy oportuno.

—No lo suficiente. No lo encontramos. Por eso comenzamos a centrarnos en la hija.

—Usted y todo el mundo.

—Rain-san —dijo—, hice que un hombre la siguiera en Omotesando. Sufrió un accidente inverosímil en el baño de un bar de la zona. Se rompió el cuello.

Por Dios, era un hombre de Tatsu. Así que quizá Benny hubiera hablado en serio al decir que me daba cuarenta y ocho horas para aceptar la misión de Midori. Aunque ahora daba igual.

—¿De veras? —repliqué.

—Esa misma noche aposté a varios hombres en el apartamento de la hija. A pesar de que iban armados, un solo hombre les tendió una emboscada y les redujo.

—Vergonzoso —comenté, esperando que añadiera algo más.

Sacó un cigarrillo, lo observó durante unos instantes, luego se lo colocó entre los labios y lo encendió.

—Muy académico —dije mientras exhalaba una nube de humo gris—. Se acabó. Ahora la CIA tiene el disco.

—¿Por qué lo dice? ¿Qué hay de Yamaoto?

—Tengo medios para saber que Yamaoto sigue buscando el disco. Aparte de mí, sólo queda otro actor en este drama. Ese actor debe de haberle arrebatado el disco a Bulfinch.

—Si se refiere a Holtzer, él trabaja con Yamaoto.

Esbozó una sonrisa apesadumbrada.

—Holtzer no trabaja con Yamaoto, es su esclavo. Y, como la mayoría de las marionetas, busca el modo de liberarse.

—No le sigo.

—Yamaoto controla a Holtzer mediante el chantaje, al igual que al resto de sus títeres. Pero Holtzer hace un doble juego. Planea usar el disco para acabar con Yamaoto, para cortar las cuerdas del titiritero.

—O sea, que Holtzer no le ha dicho a Yamaoto que la Agencia tiene el disco.

Se encogió de hombros.

—Como he dicho, Yamaoto sigue buscándolo.

—Tatsu —dije en voz baja—, ¿qué hay en el disco?

Le dio una calada cansina al cigarrillo y luego expulsó el humo hacia arriba.

—Vídeos de actos sexuales extramatrimoniales, grabaciones de sobornos y pagos, números de cuentas secretas, informes de transacciones inmobiliarias ilegales y blanqueo de dinero.

—¿Implican a Yamaoto?

Me miró como si se preguntase cómo era posible que yo fuera tan lento.

—Rain-san, fue un gran soldado, pero sería un poli pésimo. Implican a todo el mundo MENOS a Yamaoto.

Me mantuve en silencio unos instantes, tratando de atar cabos.

—¿Yamaoto usa la información como chantaje?

—Por supuesto —replicó con su sequedad habitual—. ¿Por qué cree que los gobiernos han fracasado uno tras otro? ¿Once primeros ministros en otros tantos años? Todos ellos han sido lacayos del PLD o reformadores a quienes se ha calmado o cooptado. Es obra de Yamaoto, que gobierna en la sombra.

—Pero si ni siquiera pertenece al PLD.

—No quiere. Resulta mucho más eficaz gobernando a su manera. Cuando un político le contraría, publican información comprometedor, los medios reciben órdenes de exagerarla y el político de turno se hunde en la ignominia. El escándalo sólo desacredita al PLD, no a Convicción.

—¿Cómo consigue la información?

—De un amplio sistema de escuchas telefónicas, vigilancia por vídeo y cómplices. Cada vez que atrapa a alguien nuevo, la víctima se vuelve cómplice y le ayuda a extender la red de chantajes.

—¿Por qué le ayudan?

—Incentivos y amenazas. Por supuesto, Yamaoto tiene en nómina a varias mujeres lo suficientemente hermosas como para que hasta el político casado más fiel pierda el control temporalmente. Digamos que ordena a uno de los suyos que grabe en vídeo a un miembro del Parlamento en medio de un acto sexual vergonzoso con una de esas mujeres. Se le muestra la grabación al político y se le dice que se guardará en secreto a cambio de su voto en ciertas medidas, normalmente las que afectan a los gastos de obras públicas, y de su cooperación para hacer caer en la trampa a sus colegas. Si al político no le

remordiese la conciencia, no votaría a favor de esos proyectos públicos ridículos, pero el miedo a que le descubran es un factor mucho más importante que su conciencia. En cuanto a engañar a sus colegas, la psicología juega un papel importante: al ensuciar a los demás, en comparación se siente menos sucio. Y dado que en Japón las elecciones no se deciden por los votos que ha conseguido el político sino por sus recursos económicos, Yamaoto ofrece un enorme fondo para sobornos que el político puede emplear para financiar la siguiente campaña electoral. Yamaoto es generoso en ese sentido: en cuanto un político forma parte de su red, le interesa que lo reelijan, que su carrera política progrese. La influencia de Yamaoto es tan grande que, si no perteneces a su red, no puedes hacer nada y pierdes las siguientes elecciones, dado el mayor poder económico de uno de sus títeres.

—Si tiene tanto poder, ¿cómo es que nunca había oído hablar de él? — pregunté.

—Yamaoto no revela la fuente de la presión ejercida. Sus víctimas sólo saben que se les chantajea, pero no quién. La mayoría cree que es obra de una de las facciones del PLD. ¿Y por qué no? Cada vez que Yamaoto decide que le interesa que un escándalo salga a la luz, el PLD se convierte en el centro de atención del país. Irónico, ¿no? Yamaoto maneja la situación de tal modo que incluso el PLD cree que el PLD manda. Pero detrás del que manda hay alguien que manda más.

Pensé en los informes que había estado investigando, las teorías de la conspiración de Tatsu.

—Pero usted mismo ha investigado la corrupción en el PLD.

Entrecerró los ojos.

—¿Cómo lo sabe?

Sonreí.

—Que hayamos perdido el contacto no significa que haya perdido el interés.

Le dio otra calada al cigarrillo.

—Sí, investigo la corrupción en el PLD —admitió mientras el humo le salía por los orificios nasales—. A Yamaoto le divierte. Cree que le beneficia. Y así sería si mis informes se tomaran en serio. Pero sólo Yamaoto decide cuándo debe perseguirse la corrupción —declaró con cierta amargura.

No pude evitar sonreír: el mismo cabrón artero que había conocido en Vietnam.

—Pero usted se ha hecho el muerto. Su verdadero objetivo es Yamaoto.

Se encogió de hombros.

—Ahora entiendo por qué quería ese disco —dije.

—Sabía que estaba metido en el caso, Rain-san. ¿Por qué no se puso en contacto conmigo?

—Tenía motivos para no hacerlo.

—¿Sí?

—Midori —repliqué—. Si se lo hubiera entregado, Yamaoto seguiría pensando que no había aparecido y continuaría persiguiendo a Midori. La única manera de ponerla a salvo era que el contenido del disco se publicase.

—¿Es ése el único motivo por el que no quiso contactar conmigo? —preguntó.

Le miré con cautela.

—No se me ocurre nada más. ¿Y a usted?

Su única respuesta fue la sonrisa apesadumbrada.

Caminamos un rato en silencio.

—¿Cómo engatusó Yamaoto a Holtzer? —pregunté.

—Ofreciéndole lo que quieren todos los hombres.

—¿Es decir?

—Poder, por supuesto. ¿Cómo cree que Holtzer ascendió tan rápido hasta convertirse en jefe de la oficina de Tokio?

—¿Yamaoto le pasaba información?

—Por supuesto. Por lo que sé, al señor Holtzer se le ha dado muy bien camelarse a personas valiosas en Japón. Como jefe de la oficina de Tokio, ha sido responsable de la elaboración de ciertos informes críticos, especialmente sobre la corrupción en el gobierno japonés, de la cual Yamaoto es un experto, por supuesto.

—Por Dios, Tatsu, el nivel de la información de la que dispone asusta un poco.

—Lo que asusta es que esa información nunca me haya sido útil.

—¿Holtzer sabe que están jugando con él?

Se encogió de hombros.

—Al principio, creía que estaba camelándose a Yamaoto. En cuanto supo que pasaba justo lo contrario, ¿qué opciones le quedaban? ¿Comunicarle a la CIA que las personas valiosas a las que había estado camelándose eran agentes enemigos, los informes invención tras invención? Eso habría supuesto el final de su carrera. La alternativa era mucho más agradable: trabajar para Yamaoto, que sigue pasándole información que convierte a Holtzer en una estrella. Y así Yamaoto tiene un topo dentro de la CIA.

«Holtzer, un topo —pensé, asqueado—. Debería habérmelo imaginado.»

—Holtzer me dijo que la CIA había estado camelándose a Kawamura, que Kawamura iba camino de la Agencia para entregar el disco cuando murió.

Se encogió de hombros.

—Kawamura me la jugó. Es posible que también se la jugara a la Agencia. Es imposible saberlo, e irrelevante.

—¿Qué me dice de Bulfinch? —pregunté—. ¿Cómo dio Holtzer con él?

—Haciendo que le siguieran hasta que usted le entregó el disco, por supuesto. Bulfinch era un blanco fácil, Rain-san —dijo en un tono un tanto crítico, dándome a entender que había sido una estupidez entregar el disco a un civil.

Caminamos en silencio varios minutos más.

—Rain-san, ¿qué ha estado haciendo en Japón todos estos años? Desde que nos vimos por última vez.

Con Tatsu era un error suponer que una pregunta como ésa era trivial. En alguna parte de mi conciencia se disparó una alarma.

—Nada nuevo —respondí—. El mismo trabajo de consultor de siempre.

—¿En qué consistía?

—Ya sabe, ayudar a varias empresas americanas a encontrar el modo de importar sus productos a Japón. Evitar el papeleo, encontrar los mejores socios, cosas así.

—Parece interesante. ¿Qué clase de productos?

Tatsu debería de haber imaginado que necesitaría algo más que un par de preguntas sencillas para desmontar mi tapadera. El negocio de consultor, los clientes, están todos limpios, aunque no sean precisamente de los que salen en *Fortune 500*.

—¿Por qué no le echa un vistazo a mi página web? —le pregunté—. Hay un apartado con todas las referencias de los clientes.

Agitó la mano como para dar a entender que no dijera tonterías.

—Lo que me pregunto es qué está haciendo en Japón, por qué sigue aquí.

—¿Qué más da, Tatsu?

—No lo entiendo y me gustaría entenderlo.

¿Qué podía contarle? «Necesitaba seguir en guerra. Un tiburón no puede dejar de nadar, o muere.»

Pero tuve que admitir que eso no era todo. A veces detesto vivir en Japón. Incluso después de veinticinco años sigo siendo alguien «de fuera», y me molesta que sea así. Y no sólo es mi profesión la que vive en las sombras, sino que también, a pesar de mis rasgos nipones y mi dominio del japonés, lo

que de veras importa es que en mi interior soy medio *gaijin*. En una ocasión, una maestra cruel me dijo cuando era niño: «¿Qué sale cuando se mezcla agua limpia con agua sucia? Agua sucia». Transcurrieron varios años más de desdenes y rechazos antes de que entendiera de verdad qué quería decir: que tengo una mancha indeleble que las sombras ocultan pero no limpian.

—Lleva más de dos décadas aquí —añadió Tatsu con tacto—. Quizá haya llegado el momento de volver a casa.

«Lo sabe —pensé—, o está a punto.»

—Me pregunto dónde está mi casa.

—Si se queda, es posible que caigamos en la cuenta de que tenemos intereses opuestos —dijo con voz pausada.

—Pues no caigamos en la cuenta.

Le vi esbozar la sonrisa apesadumbrada.

—Podríamos intentarlo.

Seguimos caminando y entonces se me ocurrió algo. Me detuve y le miré.

—Quizá no haya acabado —anuncié.

—¿A qué se refiere?

—Al disco. Tal vez podamos recuperarlo.

—¿Cómo?

—No puede copiarse ni transmitirse por medios electrónicos. Y está codificado. Holtzer necesitará a un experto para descifrarlo. O lleva el disco a los expertos o los expertos vienen a él.

Pensó en ello apenas unos segundos antes de extraer el móvil. Marcó un número, se llevó la unidad a la oreja y esperó.

—Necesito una lista con el personal del Gobierno estadounidense de visita —dijo en un japonés cortante—. En especial el de la ASN o la CIA. Durante la semana que viene, sobre todo los próximos días. Ahora mismo. Sí, esperaré.

Los gobiernos de Japón y EE. UU. se declaran entre sí a los agentes secretos de altos vuelos como parte del tratado de seguridad y la cooperación de inteligencia general. Las probabilidades eran pocas, pero valía la pena intentarlo.

Además, conocía bien a Holtzer. Era un fanfarrón. Anunciaría el disco como el hallazgo informativo del siglo. Se aseguraría de entregarlo en mano para así llevarse todos los méritos.

Esperamos en silencio durante varios minutos.

—Sí, sí, sí. Entendido. Un momento —dijo finalmente.

Apoyó el móvil en el pecho.

—Un especialista en criptografía informática de la ASN, declarado al Gobierno japonés. Y el director de la CIA para Asuntos del Este Asiático. Ambos llegan esta noche a Narita procedentes de Washington. No creo que se trate de una coincidencia. Holtzer los habrá puesto en marcha en cuanto tuvo el disco en sus manos.

—¿Adónde van? ¿A la embajada?

—Un momento. —Volvió a colocarse el móvil junto a la oreja—. Averigüe si han solicitado escolta diplomática y, si así fuera, dónde piensan ir. Esperaré.

Apoyó de nuevo el móvil en el pecho.

—El Keisatsucho recibe muchas peticiones de escoltas para el personal del Gobierno estadounidense —dijo—. Los del Gobierno no tienen presupuesto para costearse un sedán, así que nos usan con el pretexto de la seguridad diplomática. Ésta será la primera vez que esa costumbre no me moleste.

Se colocó el móvil junto a la oreja y esperó.

—Bien, bien —dijo al cabo de unos minutos—. Espere. —El móvil regresó al pecho—. Base naval de EE. UU. en Yokosuka. Jueves por la mañana, directo desde el Hilton del aeropuerto de Narita.

—Entonces ya le tenemos.

Su expresión era adusta.

—Exactamente, ¿cómo?

—Joder, paramos el coche de Holtzer, recuperamos el disco y, por lo que a mí respecta, le declaramos *persona non grata*.

—¿Con qué pruebas, para ser exactos? Los abogados querrán saberlo.

—Coño, no lo sé. Dígales que fue una fuente anónima.

—Creo que no lo ha entendido. Lo que me ha contado no es una prueba. Son rumores.

—Por Dios, Tatsu —dijo exasperado—, ¿cuándo se transformó en un maldito burócrata?

—No es una cuestión de burocracia —replicó en un tono cortante, por lo que deseé no haberme encolerizado—. Hay que usar las herramientas adecuadas para hacer el trabajo. Lo que sugiere no serviría de nada.

Me ruboricé. Tatsu siempre lograba que me sintiera como un *gaijin* torpe y paleta.

—Bueno, si no podemos seguir esa vía, ¿qué propone entonces?

—Puedo recuperar el disco y proteger a Midori, pero usted tendrá que participar.

—¿Qué sugiere?

—Lo dispondré todo para que detengan el coche de Holtzer delante del complejo naval, quizá con el pretexto de inspeccionar los bajos en busca de explosivos. —Me miró con sequedad—. Quizá una llamada anónima nos avisaría de ello.

—Bien —dije.

Se encogió de hombros y recitó un número de teléfono que me apunté en la mano, cambiando el orden de los cuatro últimos números y restándole dos a cada uno de ellos.

—Por supuesto —dijo cuando hube acabado—, un oficial tendrá que pedir al conductor que baje la ventanilla para explicárselo.

Asentí, ya me imaginaba cuál era el plan.

—Éste es el número de mi busca —le dije mientras se lo daba—. Úselo para ponerse en contacto conmigo cuando haya obtenido información sobre los movimientos de Holtzer. Indique un número de teléfono y luego añada 5-5-5, así sabré que es usted. Necesitaré material... una aturdidora. —Las granadas aturdidoras son como suenan: nada de metralla, sólo mucho ruido y un fogonazo, por lo que en lugar de matar y mutilar, desorientan temporalmente. Las unidades antiterroristas las emplean para aturdir a los ocupantes de una sala antes de derribar la puerta y cargarse a los malos.

No hacía falta que le dijera para qué quería la aturdidora.

—¿Cómo se la entrego?

—La fuente del parque Hibiya —repliqué improvisando—. Déjela caer en el lado que da a Hibiya-dori. Junto al borde, así. —Tracé un diagrama sobre la palma de mi mano para que lo entendiera mejor—. Avíseme por el busca cuando la deje allí para que no esté demasiado tiempo en un lugar inseguro.

—De acuerdo.

—Una cosa más —añadí.

—¿Sí?

—Avisé a los suyos. No quiero que me disparen por error.

—Haré todo lo posible.

—Haga lo imposible. Es mi culo el que está en juego.

—Nuestros culos —puntualizó, sin perder la calma—. Si no lo hace bien, le aseguro que investigarán quién ordenó que se detuviera el coche y bajo qué pretexto. En esas circunstancias, con un poco de suerte, me darán la jubilación anticipada. Si no tengo suerte, me encarcelarán.

Tatsu tenía razón, aunque no creo que hubiera aceptado arriesgar su vida por la mía. De todos modos, no valía la pena discutir al respecto.

—Detenga el coche, eso es todo —le dije—. Me ocuparé del resto.

Asintió y luego hizo una reverencia de una formalidad inquietante.

—Buena suerte, Rain-san —dijo, y se encaminó hacia la creciente oscuridad.

Veintidós

Me encanta Tokio de noche. Creo que son las luces: más que la arquitectura, más incluso que los sonidos y los aromas, las luces son las que animan el espíritu nocturno de la ciudad. La luminosidad: calles encendidas por el neón, con el parpadeo incesante de constelaciones de salas recreativas, calles donde las ventanas de las tiendas y los faros de miles de coches en marcha iluminan el asfalto con tanta intensidad como los focos halógenos en un campo de béisbol por la noche. También hay penumbra: callejones apenas iluminados por el resplandor fluorescente de una solitaria máquina expendedora, apoyada en los ladrillos desgastados como un viejo que ha renunciado a todo y sólo quiere respirar, calles iluminadas sólo por el haz amarillento de la luz de las farolas, tan separadas entre sí que una figura que pasa y su sombra parecen desvanecerse en el espacio oscuro que hay en medio.

Después de que Tatsu se hubiera marchado, caminé por las callejuelas oscuras de Ebisu, en dirección al hotel Imperial de Hibiya, donde me alojaría hasta que todo hubiera acabado. Por su audacia casi suicida, lo que haría estaría a la altura de cualquiera de las misiones que había emprendido con el GOE o las de los conflictos mercenarios que se produjeron luego. Me preguntaba si la reverencia de Tatsu era una especie de epitafio.

«Bueno, has salido con vida de misiones que tendrían que haber sido las últimas», pensé mientras evocaba algunos recuerdos.

Tras la masacre de Camboya, las cosas comenzaron a ponerse feas para mi unidad. Hasta entonces las muertes habían sido impersonales. Comienza un tiroteo, apuntas a las balas trazadoras, ni siquiera ves a las personas que te disparan. Quizá después veas sangre o cerebros, tal vez algunos cadáveres. O escuchas que saltan las bombas trampa antipersona que habíamos colocado en las inmediaciones, por lo que sabemos que hemos pillado a alguien. Pero lo que hicimos en Cu Lai fue diferente. Nos afectó.

Sabía que lo que habíamos hecho estaba mal, pero lo justifiqué diciéndome que aquello era la guerra; en las guerras es normal que ocurran cosas así. Algunos tipos se volvieron taciturnos, el sentimiento de culpa les

hacía sentir miedo a los tiros. Al Loco Genial —Jimmy— le pasó justo lo contrario. Se fundió más que nunca en el abrazo de la guerra.

El Loco Genial era leal a los montañeros hasta extremos insospechados y ellos actuaban en consecuencia. Cuando un montañero moría en un tiroteo, Jimmy comunicaba las malas nuevas al líder de la aldea. Evitaba los cuarteles del ejército y dormía en las dependencias de los montañeros. Aprendió su idioma y costumbres, participó en sus ceremonias y rituales. Además, los montañeros creían en la magia —en las aldeas había brujos— y un hombre con el historial de matanzas de Jimmy caminaba con una poderosa aura.

Todo aquello incomodaba a los mandamases porque no se habían ganado el respeto de los montañeros. La situación empeoró cuando nos ordenaron reforzar la seguridad de las aldeas fortificadas de Bu Dop, en la frontera camboyana, porque el Loco Genial tenía más contacto aún con la población indígena.

Descontento con las normas de combate establecidas por el Mando de Ayuda Militar en Vietnam y con la incapacidad de éste para destapar al topo que ponía en peligro las operaciones del GOE, Jimmy comenzó a utilizar Bu Dop como punto de partida para misiones independientes contra el Vietcong en Camboya. Los montañeros odiaban a los vietnamitas porque éstos les habían estado jodiendo vivos durante toda la historia, por lo que seguían alegremente a Jimmy durante sus incursiones mortales. Pero el GOE se estaba disolviendo y la vietnamización —es decir, pasar la guerra a los vietnamitas para que EE. UU. retrocediese— estaba a la orden del día. El MAMV le ordenó que finalizase las operaciones en Camboya, pero Jimmy se negó y dijo que formaba parte de la defensa de sus aldeas.

Entonces el MAMV lo destinó a Saigón. Jimmy no les hizo caso. Se envió un destacamento en su busca y nunca regresó. Aquello produjo más miedo que si los hubiese asesinado y hubiese clavado en estacas las cabezas cercenadas. ¿Cambiaron de bando y se unieron al Loco Genial? ¿Tanta magia tenía? ¿Se lo tragó la tierra?

Decidieron cortarles los suministros. Ni armas ni pertrechos. Pero Jimmy no iba a darse por vencido. El MAMV supuso que vendía opio para financiar la operación. Jimmy tenía un universo propio. Contaba con un ejército personal, leal hasta límites insospechados, eficaz y autosuficiente.

El MAMV estaba al corriente de que Jimmy y yo nos llevábamos bien; tenían los archivos personales. Me llamaron un día.

—Tendrá que entrar allí e ir a por él —me dijeron—. Ahora vende drogas, entra en Camboya sin autorización, está fuera de control. Si esto sale a la luz

tendremos problemas.

—No creo que pueda sacarle. No hace caso a nadie —repliqué.

—No le hemos dicho que lo saque de allí, sino que vaya a por él.

Eran tres. Dos del MAMV y uno de la CIA. Yo negaba con la cabeza. El tipo de la Agencia intervino.

—Haga lo que le pedimos y tendrá un billete de vuelta a casa.

—Volveré a casa cuando tenga que volver a casa —dije.

Se encogió de hombros.

—Tenemos dos opciones. Una, bombardeamos por saturación todas las aldeas de Bu Dop. Son unos mil de los nuestros, Calhoun incluido. Los emulsionaremos a todos, eso no es problema.

»Dos, usted hace lo que le pedimos y salva a esas personas, y al día siguiente está en el avión. Personalmente, me importa un carajo. —Se volvió y se marchó.

Les dije que lo haría. Se lo cargarían de todos modos. Aunque no lo hicieran, había visto en lo que se había convertido. Le había pasado a muchos tipos, aunque el caso de Jimmy era el peor. Fueron allí y descubrieron que lo que mejor se les daba eran las matanzas. ¿Se lo cuentas a los demás? ¿Pones en tu currículum: «Noventa muertes confirmadas. Gran colección de orejas humanas. Ejército privado»? Venga ya, no volverían a encajar en el mundo real. Quedaban marcados de por vida, no había vuelta atrás.

Fui allí, comuniqué a los montañeros que quería ver al Loco Genial. Me conocían por las misiones que habíamos realizado juntos, así que me llevaron ante él. No iba armado; no pasaba nada.

—Eh, Jimmy —le dije al verlo—. Cuánto tiempo.

—John John —me saludó. Siempre me había llamado así—. ¿Has venido a unirme a mí? Ya era hora. Somos los únicos en esta puta guerra a los que el Vietcong teme. No tenemos que luchar condicionados por un puñado de políticos irresponsables.

Estuvimos un buen rato poniéndonos al día. Cuando le dije que pensaban bombardearle ya había anochecido.

—Me imaginaba que tarde o temprano lo harían —dijo. Contra eso no puedo luchar. Sí, me lo imaginaba.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Pero no puedo tomar como rehenes a los montañeros. Y aunque lo hiciera, los muy cabrones los bombardearían de todos modos.

—¿Por qué no te marchas?

Me dedicó una mirada maliciosa.

—No me apetece ir a la cárcel, John John. No después de haber aprendido aquí lo que es la buena vida.

—Pues estás en un aprieto. No sé qué decirte.

Asintió.

—¿Se supone que tienes que matarme? —preguntó.

—Sí —respondí.

—Pues adelante.

No repliqué.

—No tengo alternativa. De lo contrario, sé que se cargarán a los míos. Y prefiero que seas tú a que un tipo que no conozco de nada arroje una bomba de trescientos cincuenta kilos desde nueve mil metros de altura. Eres mi hermano de sangre, tío.

Tampoco repliqué.

—Quiero a esta gente —declaró—. Los quiero de verdad. ¿Sabes cuántos han muerto por mí? Porque saben que moriría por ellos.

No eran sólo palabras. A un civil le cuesta entender la confianza y el amor que pueden desarrollarse entre hombres en la guerra.

—A los montañeros no les caerías bien. Me quieren, están como una puta cabra. Creen que tengo algo mágico. Pero tú eres escurridizo. Te escaparás.

—Sólo quiero volver a casa —dije.

Se rió.

—Nosotros no tenemos hogar, John. No después de lo que hemos hecho. Las cosas no funcionan así. Toma. —Me entregó un arma que llevaba colgada del cinturón—. No te preocupes por mí. Salva a los montañeros.

Recordé al reclutador, el tipo que nos había dado veinte pavos para que le pagáramos a una mujer para que firmara en nombre de nuestra madre.

—Salva a los montañeros —repitió Jimmy.

Recordé a Deirdre diciendo: «Cuida de Jimmy, ¿vale?».

Cogió una CAR-15, una versión en metralleta de la omnipresente M-16 con la culata rebatible y el cañón recortado, y le puso un cargador. Le quitó el seguro para que le viese hacerlo.

—Vamos, John John. No voy a seguir pidiéndotelo de buenas maneras.

Recordé el momento en que tendió la mano después de que peleáramos hasta caer rendidos y dijo: «No lo haces mal. ¿Cómo te llamas?».

«John Rain, gilipollas», había replicado, tras lo cual comenzamos a pelear de nuevo.

Agitó la CAR-15 delante de mis narices.

Recordé las zonas de baño cerca de Dryden, uno se olvidaba de todo y saltaba.

—Última oportunidad —insistió Jimmy—. Última oportunidad.

«Haga lo que le pedimos y tendrá un billete de vuelta a casa.»

«Nosotros no tenemos hogar, John. No después de lo que hemos hecho.»

Alcé la pistola de manera rápida y delicada, a la altura del pecho, y apreté el gatillo dos veces seguidas. Las dos balas le atravesaron el pecho y le salieron por la espalda. Jimmy murió antes de caer al suelo.

Dos montañeros irrumpieron en la cabaña de Jimmy, pero yo ya había recogido la CAR. Los abatí y salí corriendo.

La seguridad estaba orientada hacia el exterior. No estaban preparados para detener a alguien que huyera hacia fuera. Y la pérdida de Jimmy les había conmocionado y desmoralizado.

Me impactó la metralla de una mina antipersona. Las heridas no revestían importancia, pero al volver a la base me dijeron: «Bien, soldado, ésa es la herida del millón de dólares. Vuelve a casa». Me embarcaron en un avión y al cabo de setenta y dos horas estaba en Dryden.

El cadáver llegó dos días después. Se celebró el funeral. Los padres de Jimmy lloraban, Deirdre lloraba. «Oh, Dios, John, lo sabía, sabía que no volvería. Oh, Dios», decía.

Todos querían saber cómo había muerto Jimmy. Les conté que en un tiroteo. Eso era todo lo que sabía. Cerca de la frontera.

Me marché de la ciudad al día siguiente. No me despedí de nadie. Jimmy tenía razón, después de lo que habíamos hecho no teníamos hogar. «Con tanto conocimiento, ¿qué perdón?», creo que dijo algún poeta.

Me digo que es el *karma*, las enormes ruedas del universo avanzando sin cesar. Hace una eternidad maté al hermano de mi chica. Ahora me cargo a un tipo y luego me enrolló con su hija. Si le pasara a otra persona me parecería curioso.

Había llamado al Imperial antes de la cita con Tatsu y había hecho una reserva. En el hotel guardo varias cosas por si llueve: un par de trajes, documentos de identidad, monedas, armas ocultas. Los del hotel creen que soy un japonés expatriado que viene de viaje a Japón con frecuencia, y les pago para que me guarden las cosas y así no tengo que cargarlas de aquí para allá cada vez que viajo. De vez en cuando incluso me alojo allí para corroborar la historia.

El Imperial es muy céntrico y cuenta con un bar excelente. Y lo que es más importante, es lo bastante grande como para ser tan anónimo como un

hotel del amor si sabes desenvolverte bien.

Acababa de llegar a la estación de Hibiya en la línea del mismo nombre cuando sonó el busca. Lo extraje del cinturón y vi un número desconocido, pero seguido del 5-5-5 que me indicaba que era Tatsu.

Encontré un teléfono público y marqué el número. Al otro lado descolgaron tras el primer tono.

—¿Línea segura? —preguntó Tatsu.

—Lo suficiente.

—Los dos visitantes saldrán de Narita mañana a las nueve. Tardarán noventa minutos en llegar a su destino. Aunque es posible que nuestro hombre llegue antes que ellos, por lo que usted tendrá que ocupar su puesto temprano, justo fuera.

—De acuerdo. ¿El paquete?

—Se está colocando ahora mismo. Podrá recogerlo dentro de una hora.

—Eso haré.

Silencio.

—Buena suerte.

Colgó.

Introduje de nuevo la tarjeta telefónica y llamé al número que Tatsu me había facilitado en Ebisu. Susurrando para disimular mi voz, advertí a la persona al otro lado de la línea que habría una bomba en los bajos de un vehículo diplomático que mañana iría a la base naval de Yokosuka. Con eso bastaría para que aminorasen la marcha al llegar a la garita de vigilancia.

Me había duchado en el apartamento de Harry antes de reunirme con Tatsu, pero cuando me registré en el hotel seguía teniendo un aspecto lamentable. Nadie pareció percatarse de que tenía la manga mojada tras haber recogido el paquete de Tatsu en la fuente del parque. De todos modos, acababa de llegar en avión de la costa Este de EE. UU., un viaje largo en el que todo es posible. El recepcionista se rió cuando le dije que me estaba haciendo viejo para esas tonterías.

Mis pertenencias me esperaban en la habitación, las camisas planchadas y los trajes colgados. Cerré la puerta con el pestillo, me senté en la cama y luego comprobé el compartimento falso de la maleta que habían traído, donde vi el brillo apagado de la Glock. Abrí el neceser, extraje las balas que necesitaba del interior de un desodorante vacío, cargué el arma y la coloqué entre el colchón y el somier.

A las nueve en punto sonó el teléfono. Descolgué, reconocí la voz de Midori y le indiqué el número de habitación.

Al cabo de un minuto llamaron a la puerta con suavidad. Me levanté y miré por la mirilla. La luz de la habitación estaba apagada, por lo que la persona al otro lado de la puerta no sabría si el ocupante comprobaba si había alguien fuera. Dejar la luz encendida te convierte en un blanco perfecto para una ráfaga de escopeta.

Como cabía esperar, era Midori. La dejé entrar y volví a cerrar la puerta con el pestillo. Cuando me volví hacia ella, estaba observando la habitación.

—Eh, ya era hora de que nos quedáramos en un sitio así —dijo—. Los hoteles del amor están un poco destartalados.

—Pero tienen sus ventajas —dije rodeándola con los brazos.

Pedimos *sashimi* y sake caliente para cenar al servicio de habitaciones y, mientras esperábamos que llegara, informé a Midori de la cita con Tatsu y le conté las malas nuevas sobre Bulfinch.

Nos trajeron la cena y cuando el camarero se hubo marchado Midori dijo:

—Tengo que preguntarte... una tontería. ¿Te parece bien?

La miré y el estómago se me encogió al ver la honestidad de su expresión.

—Claro.

—He estado pensando en esas personas. Mataron a Bulfinch. Intentaron matarnos a ti y a mí. Seguramente quisieron matar a mi padre. ¿Crees que... de verdad sufrió un ataque al corazón?

Vertí sake de la botella de cerámica en dos tacitas a juego y observé el vapor que se elevaba desde la superficie. Tenía el pulso firme.

—No es una pregunta tonta. Hay métodos para matar a alguien de modo que parezca un accidente o por causas naturales. Y estoy de acuerdo con lo que dices; basándose en lo que averiguaron sobre las actividades de tu padre es probable que quisieran verlo muerto.

—Temía que le mataran. Me lo dijo.

—Sí.

Tamborileaba con los dedos en la mesa, como si tocara una melodía vertiginosa en el piano. Su mirada desprendía una especie de fuego frío.

—Creo que le mataron —dijo asintiendo.

«Nosotros no tenemos hogar, John. No después de lo que hemos hecho.»

—Tal vez tengas razón —dije en voz baja.

¿Lo sabía? ¿O su parte racional se negaba a dejarse llevar por el instinto? No tenía ni idea.

—Lo que importa es que tu padre era un hombre valiente —dije con la voz un poco sorda— y que, independientemente de cómo muriera, no debería haber muerto en vano. Por eso tengo que recuperar el disco, acabar lo que tu

padre empezó. Quiero... —No sabía muy bien qué diría a continuación—, quiero hacerlo. Necesito hacerlo.

Vi que varias emociones encontradas le cruzaban el rostro, como las sombras de las nubes que se desplazan deprisa.

—No quiero que lo hagas —dijo—. Es muy peligroso.

—Menos de lo que parece. Mi amigo se asegurará de que la policía esté al corriente de lo que ocurre y así no correré ningún peligro.

—¿Qué me dices de la CIA? No puedes controlarlos.

Cavilé al respecto. Tatsu ya habría pensado que si me mataban al entrar, lo usaría como excusa para ordenar que todos saliesen del coche, buscaría armas y, de pasada, encontraría el disco. Era un tipo práctico.

—Nadie me disparará. Tal y como lo he planeado, no sabrán lo que pasa hasta que sea demasiado tarde.

—Creía que, en la guerra, nada sale según lo planeado. Me reí.

—Es cierto. Si he llegado tan lejos es porque he improvisado mucho.

Bebí un poco de sake.

—De todos modos, no nos queda otra alternativa —declaré, disfrutando de la sensación que me producía el líquido caliente extendiéndose por el abdomen—. Yamaoto no sabe que Holtzer tiene el disco, por lo que seguirá persiguiéndote si no lo recuperamos. Y a mí también.

Comimos en silencio durante varios minutos. Entonces me miró.

—Tiene sentido, pero es terrible —dijo con amargura.

Quise decirle que uno acaba acostumbrándose a las cosas terribles que tienen sentido, pero me callé.

Se incorporó y se dirigió hacia la ventana. Estaba de espaldas a mí, y la luz que penetraba del exterior le recortaba la silueta. La observé durante unos instantes, luego me levanté y me acerqué a ella, sintiendo que la alfombra se amoldaba a mi peso. Me detuve lo bastante cerca para percibir el aroma a limpio de su cabello y otro olor más exótico y, lenta, lentamente, alcé las manos de modo que las yemas de los dedos apenas le rozaron los hombros y brazos.

Luego las yemas dieron paso a las manos y cuando las manos descendieron hasta las caderas, Midori se relajó entre mis brazos. Sus manos se entrelazaron con las mías y ascendieron juntas, cubriéndole el vientre y acariciádoselo de tal modo que no sabía quién de los dos iniciaba el movimiento.

Allí de pie con ella, mirando Tokio por la ventana, sentí que el peso de lo que me esperaba mañana se alejaba lentamente de mí. Me di cuenta,

extasiado, de que ése era el lugar del planeta en el que más me apetecía estar en ése momento. La ciudad que nos rodeaba era un ser viviente: los millones de luces eran los ojos; la risa de los amantes, su voz; las autopistas y las fábricas, sus músculos y tendones. Y yo estaba justo en el corazón palpitante.

Sólo un poco más de tiempo, pensé mientras le besaba la nuca, la oreja. Un poco más de tiempo en un hotel anónimo donde podamos desvincularnos del pasado, libres de todas las cosas que sabía que pronto pondrían fin a mi frágil relación con esa mujer.

El sonido de su aliento y el sabor de su piel se intensificaron y la lánguida sensación de la ciudad se desvaneció. Se volvió y me besó, con suavidad, luego con más fuerza, me puso las manos en la cara, luego debajo de la camisa, y el calor de su tacto se extendió por mi torso como si fueran ondas en el agua.

Nos dejamos caer en la cama, nos quitamos la ropa el uno al otro y la arrojamamos atropelladamente al suelo. Tenía la espalda arqueada hacia arriba y yo le besaba los pechos, el vientre, y entonces dijo: «No, ahora, te quiero ahora», y me puse encima, sintiendo sus piernas a ambos lados del cuerpo, y la penetré. Emitió un sonido como el del viento cuando toma velocidad, y nos movimos el uno contra el otro, con el otro, al principio poco a poco, luego con frenesí. Nos fundimos el uno en el otro: respirábamos el aliento que procedía de los pulmones del otro y la sensación se extendía desde la cabeza hasta la ingle y de ahí a los dedos del pie y luego de vuelta hacia arriba, hasta que llegó un momento en que no sabía dónde acababa mi cuerpo y comenzaba el suyo. Sentí un estruendo entre nosotros y en nuestro interior, como los nubarrones de tormenta agrupándose, y cuando eyaculé fue como un trueno que surgía de todas partes, de su cuerpo, del mío y de todos los lugares en los que estábamos unidos.

Nos quedamos así, entrelazados, agotados, como si hubiéramos luchado entre nosotros y no hubiéramos logrado vencer al otro ni tan siquiera con los golpes más poderosos y certeros.

—*Sugoi* —dijo—. ¿Qué le habrán puesto al sake?

Le sonreí.

—¿Quieres que nos traigan otra botella?

—Muchas botellas —dijo, adormilada. Y eso fue lo último que dijimos antes de que me sumiera en un sueño felizmente apacible, apenas perturbado por el pavor de lo que estaba por llegar.

Veintitrés

Me levanté poco antes del amanecer y me quedé mirando por la ventana. La luz iba bañando Tokio poco a poco y la ciudad emergía lentamente de su letargo, estirándose como en un bostezo. Midori aún dormía.

Me duché y me puse uno de los trajes que guardaba en el Imperial, uno de franela gris gruesa de Paul Stuart. Camisa de algodón blanca Sea Island y corbata azul clásica. Los zapatos eran artesanos; el maletín, de piel curtida, de un fabricante de artículos de cuero británico llamado W. H. Gidden que había muerto en circunstancias trágicas. Iba mejor vestido que la mayoría de quienes se supone que visten así por costumbre; como siempre, son los detalles los que dan credibilidad al disfraz o se la quitan. «¿Y quién sabe? —pensé—. Si esto no saliera bien, irías bien vestido para tu entierro. Quedarías muy bien.»

Midori se levantó mientras yo estaba en la ducha. Llevaba un albornoz blanco del hotel y se sentó en la cama mientras yo me vestía.

—Me gustas con traje —me dijo cuando acabé—. Te queda bien.

—Como cualquier *sarariman* que va a la oficina —respondí, restándole importancia.

Introduje la Glock en la pistolera que llevaba a la espalda, donde quedaría oculta por la bonita funda de franela. Luego me coloqué la aturdidora bajo la axila, donde quedaba bien sujeta gracias a la presión del brazo. Separé el brazo unos centímetros y lo sacudí fuerte, y el arma se deslizó hasta caerme en la mano. Satisfecho, la volví a colocar en su sitio.

Giré el cuello hasta oír el crujido de la articulación de la columna.

—Muy bien, me tengo que ir. Volveré esta noche. ¿Me esperarás?

Asintió sin alterar el semblante.

—Estaré aquí. Tú asegúrate de volver.

—Lo haré —aseguré. Recogí el maletín y salí.

En el vestíbulo del hotel todavía no había demasiados ejecutivos de los que pronto se levantarían para disfrutar juntos de un desayuno energético a precio desorbitado. Atravesé la puerta principal y rechacé con la cabeza la oferta del portero que me quería conseguir un taxi. En vez de eso decidí dar un paseo hasta la estación de Tokio, y asegurarme así de que no me estaban

siguiendo. Desde la estación tomaría el tren a Shinbashi y, desde Shinbashi, hasta la estación de Yokosuka. Podía ir directamente desde la estación de Tokio, pero preferí dar un rodeo por motivos que ya eran habituales en mí.

Era una mañana fresca y clara, un tiempo raro para Tokio, pero el que siempre había preferido. Mientras atravesaba el parque Hibiya vi un pequeño *asagao*, una campanilla que había florecido en dura pugna contra el chorro de agua fría de una de las fuentes. Era una flor de verano y me pareció triste, como si supiera que moriría pronto por el frío del otoño.

En la estación de Tokio compré un billete hasta Shinbashi, donde hice trasbordo a la línea de Yokosuka, mirando atrás de vez en cuando durante todo el camino. Compré un billete de ida y vuelta a Yokosuka, aunque habría sido preferible comprarlo sólo de ida. Todos los soldados son supersticiosos, tal como le gustaba decir al Loco Genial, y los vicios arraigados son difíciles de superar.

Subí al tren a las 7:00 y salió de la estación cuatro minutos más tarde, con gran puntualidad. Setenta y cuatro minutos después entrábamos en la estación de Yokosuka, frente a la base naval del puerto. Me abrí paso por el andén con el maletín en la mano y me entretuve haciendo una llamada desde un teléfono público a la vista de todo el mundo mientras los demás pasajeros que se habían apeado del tren desaparecían.

Desde la estación caminé por el paseo marítimo que sigue la orilla del puerto de Yokosuka. Un viento frío se deslizaba sobre el agua y me llegaba a la cara trayéndome un leve olor a mar. El cielo estaba oscuro, pese a la claridad de Tokio. «Demasiado bonito para que dure», pensé.

La superficie del agua del puerto era gris y producía una sensación tan poco halagüeña como el cielo. Me detuve en una pasarela de madera para observar los inquietantes buques de guerra americanos amarrados y las colinas de un verde llamativo que destacaban contra el gris de todo lo demás. La basura de los barcos chocaba de forma rítmica contra el espigón bajo mis pies: botellas vacías, cajetillas de tabaco, bolsas de basura... como extrañas y decadentes especies de criaturas marinas que hubieran resultado heridas en las profundidades y hubieran llegado hasta la superficie para morir allí.

El puerto me recordaba a Yokohama y las lejanas mañanas de domingo en que mi madre me llevaba allí. Ella iba a la iglesia a Yokohama, y quería que yo me educara en el catolicismo. Entonces salíamos de la estación de Shibuya y el viaje duraba más de una hora, no los veinte minutos que se tarda actualmente.

Recuerdo los largos viajes en tren, en los que mi madre siempre me cogía de la mano, apartándome literalmente del mal humor de mi padre, debido a la imposición de aquel primitivo ritual occidental a su influenciado y joven hijo. La iglesia era una experiencia insidiosamente sensorial: los olores añejos a madera, a papel viejo y al fieltro de las butacas; los bancos rectos, rígidos como moldes para personas; el brillo de los ángeles en las vidrieras; los funestos ecos de la liturgia; la insipidez de la hostia consagrada. Todo ello catalizado por la sensación creciente de que la experiencia tenía lugar a través de una ventana que mi padre, la otra mitad de mi legado cultural, habría preferido mantener cerrada.

A la gente le gusta decir que Occidente es una cultura basada en la culpa, mientras que la de Japón se basa en la vergüenza, y que la principal diferencia radica en que la primera es una emoción interiorizada, mientras que la segunda depende de la presencia de un grupo.

Pero os diré, como el Tiresias de estos dos mundos, que la diferencia es menor de la que cabría imaginar. La culpa es lo que aparece cuando no hay un grupo que te haga avergonzar. Arrepentimiento, terror, atrocidad: si al grupo no le importa, simplemente nos inventamos un Dios a quien le importe. Un Dios en el que se pueda influir con posteriores buenas acciones, o por lo menos intenciones, una vez cometido el pecado.

Oí el ruido de unos neumáticos sobre la grava y me giré hacia el aparcamiento que tenía detrás justo a tiempo de ver al primero de tres sedanes negros frenar a unos metros de mí. Se abrieron las puertas traseras y salió un hombre de cada lado. Todos occidentales. «Holtzer», pensé.

Los coches que iban detrás se detuvieron a la izquierda y a la derecha del primero; estaba de espaldas al agua, rodeado. Dos hombres más salieron de cada uno de los otros coches. Todos ellos llevaban Berettas compactas.

—Sube —masculló el que tenía más cerca, indicando el coche con la pistola.

—Me parece que no —respondí sin alterarme. Si pensaban matarme, tendría que ser allí mismo.

Seis de ellos formaron un semicírculo a mi alrededor. Si se acercaban un poco más, podría intentar abrirme paso por uno de los extremos: el tipo que estaba enfrente no se atrevería a disparar por temor a alcanzar a su compañero.

Sin embargo, eran muy disciplinados y no se me acercaron más. Probablemente les habían instruido sobre los peligros de acercarse demasiado.

En cambio, uno de ellos introdujo la mano bajo la americana y extrajo algo que reconocí de inmediato: una pistola de dardos paralizadores.

Lo que significaba que me querían vivo, no muerto. Me giré y me abalancé contra el hombre más próximo, pero fue demasiado tarde. Oí el chasquido de la pistola que disparaba un par de dardos eléctricos, sentí el doble pinchazo en el muslo y la corriente que me recorría todo el cuerpo. Me agaché, sacudiéndome en vano, queriendo arrancarme los dardos con la mano pero sin obtener respuesta de mis miembros temblorosos.

Dejaron circular la corriente más de lo necesario, rodeándome mientras yo me retorcí como un pez en el muelle. Por fin paró, pero seguía sin poder controlar las extremidades y me costaba respirar. Sentí que me cacheaban los tobillos, los muslos y la espalda. Unas manos me levantaron la parte trasera de la americana y noté que retiraban la Glock de su funda. Esperaba que el cacheo se prolongara, pero no fue así. Encontrar el arma debió de satisfacerles y dejaron de buscar; un error de aficionados que me permitió conservar la granada aturdidora.

Uno de ellos se arrodilló detrás de mí y me esposó las manos tras la espalda. Me colocaron una capucha. Se acercó otro tipo y noté que me levantaban, rígido como un saco de arpillera, y me estiraban entre los asientos de uno de los coches. Sentía que las rodillas me presionaban la espalda. Se cerraron las puertas y el coche se puso en marcha.

Llegamos en menos de cinco minutos. Por la velocidad y la ausencia de curvas sabía que estábamos aún en la Autopista Nacional 16 y que habíamos pasado la base. Durante el viaje comprobé el estado de los dedos de las manos y moví los de los pies. Estaba recuperando el control, pero mi sistema nervioso seguía alterado por la descarga eléctrica e incluso tenía el estómago revuelto.

Sentí que el coche frenaba y giraba a la derecha. Oí la grava bajo los neumáticos. Nos detuvimos. Se abrieron las puertas y dos pares de manos me agarraron por los tobillos y me sacaron a rastras del coche. Al salir me golpeé la cabeza contra el extremo inferior de la puerta y vi las estrellas.

Me pusieron en pie y me hicieron caminar. Oí pasos a mi alrededor y supe que estaba rodeado. Acto seguido, me hicieron subir un tramo de escaleras corto. Oí una puerta que se abría y que luego se cerró con un ruido hueco metálico. Me colocaron en una silla y me quitaron la capucha de la cabeza.

Estaba en el interior de un remolque de los que se usan en las obras. Por la única ventana corredera entraba apenas un haz de luz. Un hombre estaba sentado de espaldas a la ventana.

—Hola, John. Me alegro de verte.

Era Holtzer, por supuesto.

—Joder —dije, adoptando a propósito un aire de derrota y desaliento. Lo cual no resultó muy difícil, dadas las circunstancias—. ¿Cómo has dado conmigo?

—Sabía que habías tenido noticias de Bulfinch y que te inventarías algo nuevo para conseguir el disco. Sé que tienes informadores, que podrías encajar suficientes piezas como para seguirme la pista. Hemos tenido la precaución de poner controles por los escenarios más probables cerca de la base. Te has metido de cabeza en uno de ellos.

—Joder —repetí, pero esta vez convencido.

—No seas tan duro contigo mismo. Estuviste bastante cerca. Pero deberías haberte imaginado que no lo conseguirías, John. Es lo que te pasa cuando te enfrentas a mí.

—Claro —admití, mientras intentaba pensar cómo saldría de aquella. Sin las esposas podría deshacerme de Holtzer y los dos tipos de la puerta, pero no sabía quién quedaba fuera. Con esposas no llegaría a ninguna parte.

—Ni siquiera sabes qué he querido decir con eso, ¿verdad? —prosiguió—. ¡Dios, qué ciego has estado siempre!

—¿A qué te refieres?

Con sus labios carnosos dibujó una sonrisa repugnante y articuló cuatro palabras sin voz. Al principio no las entendí, así que siguió articulándolas hasta que las capté: «Yo era el topo. Yo era el topo».

Dejé caer la cabeza e intenté recuperar el control.

—Que te den, Holtzer. Nunca tuviste acceso. Fue alguien del ERVN.

—¿Tú crees? —replicó acercando su cara a la mía, con una voz baja y tan íntima que resultaba obscena, de modo que sus hombres no lo oyeran—. ¿Te acuerdas de Cu Lai?

La aldea camboyana. Me invadió una sensación de náusea que no tenía nada que ver con los efectos de la descarga eléctrica.

—¿Qué?

—¿Recuerdas aquel «liquidarlos»? ¿Recuerdas aquel «Hijo, te aseguro que si te dijera mi rango te cagarías en los pantalones»? ¡Fuiste un hueso duro de roer, John! Tuve que usar tres voces diferentes para convencerte.

«Mantén el control, John. Céntrate en el problema. Hay que salir de aquí.»

—¿Por qué? —le pregunté.

—Tenía una fuente de información, un tipo que podía hacer mucho por mí. Tenía que enseñarle lo que yo podía hacer por él. Un tipo de la aldea le

había prestado un montón de dinero y le estaba causando problemas. Quería enseñarle cómo podía acabar con aquel tipo de problemas.

—¿Así que masacraste todo un pueblo para acabar con una persona?

—Tenía que hacerlo. Todos os parecéis mucho, ya sabes.

Se rió de su propia broma.

—Y una mierda. ¿Por qué no le diste a tu informador el dinero para pagar el préstamo?

Echó la cabeza atrás y se rió.

—Venga, Rain, los contables prestaban mucha más atención al dinero que se gastaba que a las balas. ¿Que morían unos pueblerinos? Pues se sumaban al número de bajas de Vietcongs. Era más fácil hacer eso que solicitar los fondos, rellenar la documentación y toda esa mierda.

Por primera vez desde mis primeras pesadillas sobre la guerra, sentí una auténtica desesperación que me taladraba la mente. Empecé a tomar conciencia, en lo más profundo de mi ser, de que en unos minutos estaría muerto, de que Holtzer habría ganado, como siempre había ocurrido. Y aunque la idea de mi propia muerte no me fascinaba especialmente, me abrumaba saber que no había conseguido detenerle y, al mismo tiempo, comprender lo que me había obligado a hacer tantos años atrás.

—No te creo —dije, intentando ganar tiempo—. ¿Qué te iban a dar que valiera tanto la pena? Sé que no era dinero; treinta y cinco años después sigues siendo un asalariado del gobierno que usa trajes baratos.

Hizo una mueca de simpatía forzada.

—Eres un pueblerino, Rain. Así es como funciona el mundo y aún no te has enterado. Se intercambia información por información, ése es el juego. Tenía un informador que me pasaba datos sobre los movimientos del ENV, información esencial para los ataques de la Arc Light que utilizábamos para romper la cadena de abastecimiento de la Ruta de Ho Chi Minh. Y aunque las misiones del GOE no causaban grandes estragos en la estructura operativa, erais para el Norte como un grano en el culo, porque daba la impresión de que no podían controlar ni el patio de su casa. De modo que querían información sobre el GOE y estaban dispuestos a pagarla cara, con información propia. Yo vendía mierda a precio de oro.

Sabía que no mentía. No podía decir nada.

—Ah, y déjame compartir una cosita más contigo antes de que estos hombres te saquen ahí fuera, te peguen un tiro en la nuca y tiren tu cuerpo al puerto —continuó—. Lo sé todo sobre el Loco Genial. Te metí en la misión para librarme de él.

Tenía un nudo en la garganta. No podía hablar. Era como si me estuvieran violando.

—Es cierto, fue un golpe de suerte que me enterara del problema de su pequeño ejército de montañeros. Pero sabía perfectamente cómo manejarlo: con su viejo amigo del colegio, John Rain. Nadie más se le podía acercar tanto.

Se había acabado. Iba a morir. Me venían ideas dispersas y una extraña calma se apoderó de mí.

—Lo difundí más tarde. Se suponía que debía ser confidencial, pero me aseguré de que la gente se enterara. «Que quede entre tú y yo.» ¿No te encanta esa frase? Es como decir «Asegúrate de que sale en el periódico». Es estupenda.

De pronto recordé la primera vez que subí al monte Fuji. Estaba con mi padre y ninguno de los dos llevábamos la ropa adecuada para el frío. Por turnos, el uno o el otro insistíamos en regresar, pero el otro siempre insistía en seguir, hasta que al final llegamos a la cima. Con el paso del tiempo nos reíamos al recordarlo, y a él le encantaba contar la historia.

—Te diré que eso incomodaba a la gente, John. ¿Qué tipo de hombre puede cargarse a su mejor amigo? ¿Acercársele sigilosamente y liquidarlo? Desde luego, después de aquello no era digno de confianza, eso seguro. No era alguien a quien se pudiera ascender, que pudiera avanzar en el escalafón. Supongo que esa mínima información «entre tú y yo» arruinó tu carrera militar, ¿no? Desde entonces, para tus superiores no has sido más que un recadero mestizo con instintos asesinos.

Al viejo siempre le había gustado contar esa historia. Y estaba encantado de que nos hubiéramos turnado en la tarea de convencer al otro hasta culminar la ascensión.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, Rain?

Sí, era bonito. No estaba mal como último recuerdo.

Se puso de pie y se dirigió a los dos hombres apostados en la puerta.

—No lo matéis aquí, está demasiado cerca de la base naval. Los militares aún tienen su registro dental y podrían identificar el cadáver. No queremos que nadie lo relacione con el gobierno de Estados Unidos ni conmigo. Lleváoslo a algún otro lugar y deshacedos de él cuando hayáis acabado.

Un hombre le abrió la puerta y Holtzer salió.

Oí puertas de coche que se abrían y se cerraban y luego los neumáticos de dos coches que derrapaban sobre la grava y se alejaban. Habíamos llegado en

tres coches, de modo que sólo quedaba uno. No sabía si habría más hombres en el exterior.

Los dos hombres se quedaron en la puerta con expresión impasible.

En lo más profundo de mi ser algo se rebelaba e insistía en seguir luchando.

—Estas esposas me están empezando a doler —dije, poniéndome de pie despacio—. ¿No podéis hacer nada?

Uno de ellos se rió.

—No te preocupes, acabaremos con el dolor en unos minutos.

—Pero es que me duelen los brazos —repetí, con expresión de estar a punto de llorar y levantando los codos para separar los brazos del torso. Vi que uno de ellos ponía cara de sorna.

—Dios mío, creo que se me está cortando la circulación —gemí. Tracé un movimiento circular con los hombros hasta que la granada me quedó por encima de la manga y luego levanté los codos y empecé a sacudir los brazos violentamente. Sentí que el artilugio se desplazaba hasta la parte superior de la manga de la americana.

La granada no se deslizaría tan fácilmente por la presión de los brazos esposados contra los costados. Me di cuenta de que tenía que haber intentado que saliera por la espalda, por donde habría caído con más facilidad hasta las manos. Demasiado tarde.

Bajé las muñecas, estiré los brazos y empecé a mover las piernas como si tuviera que orinar.

—Tengo que mear —dije.

Los tipos de la puerta se miraron el uno al otro y, a juzgar por la expresión, les parecía patético.

Con cada sacudida la granada descendía un centímetro más. Cuando rebasó el codo, sentí cómo se deslizaba suavemente por la manga hasta la mano.

El mecanismo tenía un temporizador de cinco segundos. Si lo tiraba demasiado pronto, podrían sacarlo por la puerta antes de que estallara. Si esperaba demasiado, probablemente perdería una mano. Y no era exactamente el modo en que esperaba librarme de las esposas.

Tiré de la anilla y conté. «Uno, mil uno...»

El tipo situado a la izquierda de la puerta introdujo la mano en la chaqueta e hizo ademán de sacar la pistola.

«Dos, mil dos...»

—Espera un segundo, un segundo —dije, con la garganta en tensión.
«Tres, mil tres.»

Se miraron el uno al otro con cara de asco. Se estaban preguntando: «¿Éste es el caso tan complicado que nos advertían que sería tan peligroso?».

«Cuatro, mil cuatro.» Cerré los ojos con fuerza y me di la vuelta, dándoles la espalda al tiempo que arrojaba la granada hacia ellos con un golpe de muñeca. Oí cómo caía al suelo y luego un estallido que me sacudió todo el cuerpo. Me quedé sin aliento y caí al suelo.

Rodé hacia la izquierda y luego a la derecha, con la sensación de encontrarme bajo el agua. No oía nada más que un estruendo en el interior de mi cabeza.

Los hombres de Holtzer también rodaban por el suelo, cegados y agarrándose la cabeza con las manos. Respiré a duras penas y conseguí ponerme de rodillas, pero había perdido el sentido del equilibrio y caí de lado.

Uno de ellos consiguió ponerse a cuatro patas y empezó a tantear el suelo, en un intento por recuperar la pistola.

Me volví a poner de rodillas, concentrándome en mantener el equilibrio. Uno de ellos andaba a tientas en círculos concéntricos y vi que acabaría llegando hasta el arma.

Planté vacilante el pie izquierdo en el suelo e intenté ponerme de pie, pero me volví a caer. Necesitaba los brazos para mantener el equilibrio.

Los dedos de aquel tipo se acercaban a la pistola.

Rodé de espaldas y bajé las manos todo lo que pude, pasando las esposas por debajo de la cadera y las nalgas, hasta la parte trasera de los muslos. Me agité con frenesí a izquierda y derecha, deslizando las muñecas por las piernas, pasando un pie y luego el otro por la abertura, y conseguí tener las manos delante del cuerpo.

Me puse a cuatro patas. El tipo estaba tocando con los dedos el cañón de la pistola.

De algún modo conseguí ponerme de pie. Me acerqué justo cuando cogía la pistola y le aticé una patada de futbolista en plena cara. La fuerza del impacto lo alejó dando vueltas y a mí me arrojó hacia atrás.

Conseguí ponerme en pie de nuevo a la vez que lo hacía el segundo hombre. Aún parpadeaba sin cesar por el fogonazo, pero me vio venir. Buscó su arma dentro de la americana.

Caí sobre él justo cuando conseguía sacar una pistola. Antes de que pudiera levantarla, le clavé los dedos en la garganta para bloquearle los nervios frénico y laríngeo. Luego le pasé las manos por detrás del cuello y

aproveché el corto espacio que dejaba la cadena de las esposas para bajarle la cabeza hasta el punto donde se levantaba con furia mi rodilla una y otra vez. Quedó inconsciente y lo empujé a un lado.

Me giré hacia la puerta y vi que el otro había conseguido ponerse en pie. Tenía una mano extendida y vi que llevaba un cuchillo. Antes de reaccionar y coger algo para interponerlo entre los dos, cargó contra mí.

Si se hubiera parado y hubiera recobrado la calma habría tenido más posibilidades, pero decidió sacrificar el equilibrio por la velocidad. Se lanzó con el cuchillo en la mano, pero sin apuntar. Yo había dado un paso a la derecha, quizá demasiado pronto, pero no pudo rectificar. La hoja me pasó rozando. Me giré hacia la izquierda y le agarré con ambas manos la muñeca de la mano con que asía el cuchillo, al estilo aikido, pero recuperó el equilibrio demasiado rápido. Forcejamos durante un segundo y tuve la nefasta impresión de que perdería la partida del cuchillo.

Le tiré de la muñeca en la dirección opuesta y le clavé el codo derecho en la nariz. A continuación, di media vuelta de golpe, le hice una llave de cabeza con el brazo derecho y sujeté la solapa de mi americana por debajo de su barbilla como si fuera un *judogi*. La mano del cuchillo le había quedado libre y con un golpe de cadera completé la llave, reforzando el agarre con la mano izquierda mientras su cuerpo me pasaba por encima. Cuando se separó de mí lo sujeté por el cuello con firmeza al tiempo que le empujaba la cabeza en dirección opuesta. El chasquido me reverberó por los brazos y el cuello se rompió por el punto en que lo presionaba con el antebrazo. Oí el ruido del cuchillo al caer al suelo y lo solté.

Caí de rodillas, aturdido, e intenté pensar. «¿Cuál de los dos tenía las llaves de las esposas?», me pregunté. Cacheé al primer tipo, que estaba morado y tenía la lengua fuera e hinchada, lo que me indicaba que la fractura del cartílago había resultado mortal, y encontré unas llaves de coche pero no las de las esposas. Con el otro tipo tuve más suerte. Cogí lo que buscaba e instantes después era libre. Busqué un poco por el suelo y al momento estaba armado con una de las Berettas.

Salí tambaleándome y llegué al aparcamiento. Tal como esperaba, quedaba un coche. Entré, giré la llave en el contacto, apreté el acelerador y salí a la calle a toda velocidad.

Sabía dónde estaba, junto a la autopista, a cinco o seis kilómetros de la entrada de la base naval. El procedimiento habitual sería detener el sedán de Holtzer antes de entrar en el recinto. Holtzer me llevaba menos de cinco

minutos de ventaja. Teniendo en cuenta el tráfico y los semáforos que había hasta la base, era posible que aún tuviera tiempo.

Sabía que las probabilidades de conseguirlo eran mínimas, pero contaba con una ventaja importante: no me importaba un carajo vivir o morir. Sólo quería ver a Holtzer muerto antes que yo.

Accedí a la Autopista Nacional 16 entre destellos de faros largos y bocinazos para avisar de mi presencia a los otros coches. Me pasé tres semáforos en rojo provocando frenazos de los vehículos a ambos lados. Frente al edificio de la NTT vi que el semáforo en rojo que había más adelante había dejado un espacio libre en el carril de sentido contrario y me lancé sin pensarlo. Aceleré como un loco esquivando el tráfico que venía de frente, tocando el claxon sin parar y volví al carril correcto justo cuando cambiaba el semáforo, con lo que conseguí colocarme frente a los coches que antes tenía delante. Logré abrocharme el cinturón de seguridad mientras conducía y observé con una satisfacción morbosa que el coche estaba equipado con airbag. Al principio había planeado lanzar la granada aturdidora al interior del coche de Holtzer para conseguir introducirme en él, pero tal como le había dicho a Midori tendría que improvisar.

Me encontraba a diez metros de la puerta principal cuando vi que el sedán giraba a la derecha y tomaba la carretera de acceso a la base. Un policía militar vestido con el uniforme de camuflaje se le acercaba con las manos levantadas y la ventanilla del conductor bajó. Observé que había mucha vigilancia y que estaban haciendo controles varios metros antes de la puerta a causa de la amenaza de bomba anónima.

Había demasiados coches delante del mío. No lo conseguiría.

La ventanilla del conductor del sedán estaba bajada.

Toqué el claxon, pero nadie se movió.

El militar de guardia alzó la vista para ver de dónde procedía el alboroto.

Apreté un botón y la ventanilla empezó a bajar de forma automática.

El guardia seguía mirando.

Subí el coche a la acera y derribé papeleras y aplasté bicicletas aparcadas a mi paso. Un peatón tuvo que echarse a un lado. A unos metros de la carretera de acceso a la base di un volantazo a la derecha, atravesé en diagonal una franja con plantas y me dirigí hacia el vehículo de Holtzer. El guardia se volvió, me vio venir a toda velocidad y saltó a un lado justo a tiempo para salvarse. Arremetí contra el sedán con la máxima potencia por la parte de la puerta trasera del lado del conductor y el coche salió despedido dando tumbos hasta formar con el mío una masa de chatarra en forma de V.

Yo estaba preparado para el golpe, y el cinturón de seguridad y el airbag, que se abrió y se deshinchó en una milésima de segundo tal como anuncia la publicidad, me salvaron.

Me solté el cinturón e intenté abrir la puerta, pero estaba atrancada. Giré sobre mí mismo y saqué los pies por la ventanilla abierta, agarrándome al asidero de encima de la puerta y usándolo para impulsarme.

Sólo estaba a dos pasos del sedán. Me agarré al volante a través de la ventanilla abierta y a continuación introduje el cuerpo, golpeando con las rodillas el marco de la puerta al hacerlo. Me eché sobre el regazo del conductor, me revolví para bajar los pies y luego me lancé hacia atrás. Holtzer estaba en el asiento izquierdo, inclinado hacia delante, evidentemente desorientado tras el impacto. Un tipo joven que supuse que sería uno de los ayudantes de Holtzer iba a su lado, con un maletín Halliburton de metal entre los dos.

Sujeté a Holtzer por la cabeza con el brazo izquierdo y le presioné el cañón de la Beretta contra la sien con la mano derecha. Vi a uno de los policías militares al otro lado de la ventanilla del conductor, con la pistola desenfundada, buscando una abertura. Me acerqué todavía más la cabeza de Holtzer.

—¡Atrás, o le volaré la jodida cabeza! —le grité.

Adoptó una expresión dubitativa, pero seguía apuntando con la pistola.

—¡Todos fuera del coche! —grité—. ¡Rápido!

Estiré el brazo con el que rodeaba el cuello de Holtzer hasta agarrarme la solapa de la americana con la mano. Estábamos mejilla contra mejilla, y el militar de la pistola debería confiar mucho en su puntería si quería probar a disparar.

—¡Fuera del coche! —volví a gritar—. ¡Rápido! ¡Tú! —le grité al conductor—. ¡Sube la puta ventanilla! ¡Súbela!

El conductor apretó un botón y la ventanilla subió. Le volví a gritar que saliera y que luego cerrara la puerta. Salió tambaleándose y dio un portazo.

—¡Tú! —le grité al ayudante—. ¡Fuera! ¡Y cierra la puerta!

Holtzer empezó a protestar, pero le apreté el cuello con más fuerza y las palabras se le quedaron ahogadas en la garganta. El ayudante echó una mirada a Holtzer y luego intentó abrir la puerta.

—Está atrancada —dijo, obviamente sorprendido e incapaz de reaccionar.

—¡Pasa adelante! —grité—. ¡Venga!

Lo hizo como pudo y salió, llevándose el maletín consigo.

—Muy bien, cabronazo, ahora nosotros —le dije a Holtzer al tiempo que le soltaba el cuello—. Pero primero dame ese disco.

—Vale, vale, tranquilo —respondió—. Está en el bolsillo izquierdo de la americana.

—Sácalo. Despacio.

Alargó la mano derecha y sacó el disco con cuidado.

—Pónmelo sobre la rodilla —le ordené. Obedeció—. Ahora entrelaza los dedos de las manos, gírate hacia la ventana y pon las manos sobre la cabeza.

No quería que intentara arrebatarme la pistola mientras recogía el disco.

Lo cogí y lo guardé en uno de los bolsillos de la americana.

—Ahora vamos a salir tú y yo. Pero despacito, o dejaremos tus sesos esparcidos por toda la tapicería.

Se giró hacia mí lanzándome una mirada de reprobación.

—Rain, no sabes lo que estás haciendo. Baja la pistola antes de que los guardias te vuelen la cabeza.

—Si no sales de este vehículo en tres segundos —le contesté con un gruñido y mostrándole la Beretta— te dispararé en las pelotas. Lo que no sé es si me pararé ahí o no.

Algo me inquietaba, algo sobre el modo en que me había dado el disco. Demasiado fácil.

Entonces me di cuenta. Era un señuelo. Nunca me habría dado el disco verdadero tan fácilmente.

«El maletín», pensé.

—¡Venga! —le grité, y alargó la mano hacia la manija de la puerta. Le apreté el cañón de la pistola contra la cara.

Salimos del coche e inmediatamente nos rodearon seis policías militares, todos ellos con el arma desenfundada y el semblante muy serio.

—¡Mantened la distancia o le volaré la cabeza! —grité mientras le presionaba la boca de la pistola contra el cuello—. Vi al ayudante detrás de los militares, con el maletín a los pies.

—¡Tú! ¡Abre el maletín!

Me miró sin comprender.

—¡Sí, tú! ¡Abre ese maletín ahora mismo!

Parecía anonadado.

—No puedo. Está cerrado con llave.

—Dale la llave —le ordené a Holtzer. Se rió.

—Y una mierda.

Me apuntaban seis tipos. Me pasé a Holtzer a la izquierda de un tirón de modo que tuvieran que corregir el objetivo, lo que me dio una fracción de segundo para dejar de apuntarle durante un instante y atizarle en la sien con la culata. Cayó de rodillas, atontado, y me agaché con él para quedarme pegado a su cuerpo para que me hiciera de escudo. Le tanteé el bolsillo izquierdo del pantalón y oí un tintineo. Introduje la mano y saqué un juego de llaves.

—¡Trae aquí el maletín! —le grité al ayudante—. ¡Tráelo o es hombre muerto!

El ayudante vaciló unos instantes pero después tomó el maletín y lo trajo. Lo colocó frente a nosotros. Le tiré las llaves.

—Ahora ábrelo.

—¡No le hagas caso! —gritó Holtzer, intentando incorporarse—. ¡No lo abras!

—¡Ábrelo! —repetí— ¡O le vuelo los sesos!

—¡Te ordeno que no abras el maletín! —gritó Holtzer—. ¡Es la cartera diplomática de Estados Unidos! —El ayudante estaba helado, con expresión de incertidumbre—. ¡Por Dios bendito, hazme caso! ¡Se está marcando un farol!

—¡Cierra el pico! —ordené, hundiéndole la boca de la pistola bajo la barbilla—. Oye, ¿te crees que se jugará la vida por la valija diplomática? ¿Qué podría contener que fuera tan importante? ¡Ábrelo!

—¡Disparadle! —gritó de pronto Holtzer a los policías militares—. ¡Disparadle!

—¡Abre ese maletín o acabarás bañado en sus jodidos sesos!

Los ojos del ayudante iban del maletín a Holtzer y de Holtzer al maletín. Daba la impresión de que todo el mundo estaba paralizado.

Ocurrió de pronto. El ayudante se puso de rodillas y tanteó con la llave. Holtzer empezó a protestar y le volví a sacudir en la cabeza con la pistola. Se retorció hacia atrás.

El maletín se abrió.

En el interior, perfectamente visible entre dos capas protectoras de espuma, estaba el disco de Kawamura.

Pasó un largo segundo y luego oí una voz familiar a mi espalda.

—Arresten a este hombre.

Me giré y vi a Tatsu acercándoseme seguido de tres policías japoneses.

Los tres policías se aproximaron y uno de ellos se soltó un par de esposas del cinturón.

Uno de los policías militares empezó a protestar.

—Estamos fuera de la base —explicó Tatsu en un inglés fluido—. No tienen jurisdicción. Es un asunto interno de Japón.

Me pusieron los brazos tras la espalda y sentí cómo se cerraban las esposas. Tatsu me sostuvo la mirada lo suficiente como para que advirtiera la tristeza que transmitía, tras lo cual se volvió y echó a andar.

Veinticuatro

M

e introdujeron en un coche patrulla y me llevaron a la sede del Keisatsucho. Me fotografiaron, me tomaron las huellas y me encerraron en una celda de cemento. Nadie mencionó los cargos que se me imputaban ni me ofreció contactar con un abogado. Qué demonios, tampoco conozco tantos abogados.

La celda no estaba mal. No tenía ventanas y calculé el tiempo transcurrido contando las comidas que me traían. Tres veces al día un guarda taciturno me dejaba una bandeja con arroz, pescado en escabeche y unas verduras y recogía la bandeja de la vez anterior. La comida era aceptable. Cada tres comidas me permitían ducharme.

Estaba esperando mi decimosexta comida, intentando no preocuparme por Midori, cuando dos guardas me vinieron a buscar y me dijeron que los siguiera. Me condujeron hasta una pequeña sala con una mesa y dos sillas. Una bombilla desnuda colgaba del techo, sobre la mesa. «Parece que ha llegado la hora del interrogatorio», pensé.

Me quedé de pie con la espalda contra la pared. Al cabo de unos minutos se abrió la puerta y entró Tatsu, solo. Tenía una expresión seria, pero tras cinco días de soledad resultaba agradable ver a alguien conocido.

—*Konnichi wa* —saludé.

Él asintió.

—Hola, Rain-san —dijo en japonés—. Encantado de verle. Estoy cansado. Sentémonos.

Así lo hicimos, separados por la mesa. Permaneció en silencio un buen rato y esperé a que hablara. Su reticencia no me dio buena espina.

—Espero que perdone su reciente reclusión, que me consta que habrá sido inesperada.

—La verdad es que pensaba que una palmadita en la espalda habría estado mejor, después de haberme jugado la vida metiéndome en aquel coche por la ventanilla.

Observé la sonrisa apesadumbrada marca de la casa y de algún modo me hizo sentir bien.

—Había que mantener las apariencias hasta que pudiera aclarar la situación —explicó.

—Ha tardado lo suyo.

—Sí. He trabajado lo más rápido posible. Para poder liberarlo primero tenía que descifrar el disco de Kawamura. Después de eso había que realizar varias llamadas telefónicas, concertar entrevistas, tocar resortes para poder liberarlo con seguridad. Había una gran cantidad de pruebas de su existencia que teníamos que eliminar de los archivos del Keisatsucho. Todo eso ha llevado tiempo.

—¿Consiguió descifrar el disco? —pregunté.

—Sí.

—¿Y el contenido ha satisfecho sus expectativas?

—Ampliamente.

Se estaba guardando algo. Lo notaba en su comportamiento. Esperé que continuara.

—William Holtzer ha sido declarado persona non grata y se le ha enviado de vuelta a Washington —prosiguió—. Su embajador nos ha informado que presentará su dimisión en la CIA.

—¿Va a dimitir y ya está? ¿No le van a procesar? Ha hecho de topo para Yamaoto, ha proporcionado información falsa al gobierno de EE. UU. ¿El disco no le implica?

Asintió con la cabeza y suspiró.

—La información del disco no es el tipo de prueba que se pueda usar ante un tribunal. Y ambas partes desean evitar un escándalo público.

—¿Y Yamaoto? —pregunté.

—El asunto de Toshi Yamaoto es... complicado —respondió.

—«Complicado» no me suena nada bien.

—Yamaoto es un enemigo poderoso. Hay que combatirlo de forma indirecta, con sigilo y con tiempo.

—No lo entiendo. ¿Y el disco? Creía que había dicho que era la clave de su poder.

—Lo es.

Entonces caí.

—No lo van a hacer público.

—No.

Permanecí en silencio durante un buen rato mientras extraía mis propias conclusiones.

—Entonces Yamaoto aún piensa que está por ahí —deduje—. Y usted ha firmado la sentencia de muerte de Midori.

—A Yamaoto se le ha dado a entender que el disco lo destruyeron elementos corruptos del Keisatsucho, por lo que su interés por Midori Kawamura se ha reducido de forma sustancial. De momento estará segura en Estados Unidos, donde Yamaoto carece de poder.

—¿Qué? No puede exiliarla a Estados Unidos así como así, Tatsu. Ella tiene su vida aquí.

—Ya se ha marchado.

Todo aquello era demasiado para asimilarlo de golpe.

—Es probable que sienta la tentación de contactar con ella —prosiguió—. Le recomiendo que no lo haga. Ella cree que usted está muerto.

—¿Por qué iba a creer eso?

—Porque se lo dije.

—Tatsu —repliqué con una voz peligrosamente seca—, explíquese.

Siguió hablando como si nada.

—Aunque sabía que a usted le preocupaba la seguridad de ella, cuando le comuniqué su muerte no sabía lo que había ocurrido entre ustedes —dijo—. Lo deduje por su reacción.

Hizo una larga pausa y luego me miró de forma inexpresiva, con cierta resignación.

—Lamento profundamente el dolor que siente ahora. No obstante, estoy más convencido que nunca de que hice bien al decírselo. Su situación era imposible. Lo mejor es que ella no sepa nada de su implicación en la muerte de su padre. Piense lo que supondría para ella saber eso después de lo que ocurrió entre ustedes.

Ni siquiera me sorprendía que Tatsu hubiera encajado todas las piezas.

—No tenía por qué saberlo —me oí decir.

—En cierta medida creo que ya lo sabía. Con el tiempo su presencia le habría confirmado sus sospechas. En cambio, ahora se ha quedado con los recuerdos de la muerte del héroe que cayó cumpliendo los últimos deseos de su padre.

Me di cuenta, aunque no podía asimilarlo del todo, de que Midori ya formaba parte de mi pasado. Era como un truco de magia. Ahora lo ves; ahora no lo ves. Ahora es real; ahora no es más que un recuerdo.

—Si se me permite decirlo —concluyó— la historia entre ustedes fue breve. No hay razón para creer que el dolor por su pérdida sea prolongado.

—Gracias, Tatsu —conseguí decir—. Es un consuelo.

Agachó la cabeza. Habría sido impropio de él verbalizar sus sentimientos encontrados, y en cualquier caso seguiría haciendo lo que tenía que hacer. *Giri* y *ninjo*. Deber y sentimiento. En Japón, siempre se impone el primero.

—Sigo sin entenderlo —reflexioné al cabo de un minuto—. Creía que quería publicar el contenido del disco. Eso confirmaría todas sus teorías sobre las conspiraciones y la corrupción.

—Acabar con las conspiraciones y la corrupción es más importante que confirmar mis teorías al respecto.

—¿No es lo mismo? Bulfinch dijo que si se hacía público el contenido del disco, los medios de comunicación japoneses no tendrían más remedio que hacerse eco y que Yamaoto perdería su poder.

Asintió con un movimiento lento.

—Tiene parte de razón. Pero hacer público el contenido del disco es como lanzar un misil nuclear. Sólo se hace una vez, pero el resultado es la destrucción total.

—¿Y entonces? Lance el misil. Destruya la corrupción. Devuélvale el aliento a la sociedad.

Suspiró y la simpatía que le produjo el arranque que acababa de observar quizás atenuó la impaciencia que solía producirle tener que explicármelo todo paso por paso.

—En Japón, la corrupción es la sociedad. El óxido ha penetrado tan profundamente que invade toda la superestructura. No se puede eliminar de un plumazo sin provocar una debacle en la sociedad que se apoya en la misma.

—Y una mierda —repliqué—. Si está corrupta, se puede eliminar. Sin miramientos.

—Rain-san —contestó, con cierto tono de impaciencia—. ¿Ha pensado en lo que surgiría de las cenizas?

—¿Qué quiere decir?

—Póngase en el lugar de Yamaoto. El Plan A es usar la amenaza del disco para controlar el PLD desde la sombra. El Plan B es hacer estallar el disco —hacerlo público— para destruir al PLD y llevar a Convicción al poder.

—Porque la cinta únicamente implica al PLD —deduje, ahora que empezaba a comprender.

—Por supuesto. En comparación, Convicción parece un modelo de corrección. Yamaoto tendría que salir de la sombra, pero por fin contaría con una plataforma con la que desplazar el país a la derecha. De hecho, creo que eso es lo que espera a largo plazo.

—¿Por qué dice eso?

—Hay indicios. Algunos personajes públicos han ensalzando declaraciones imperiales de antes de la guerra sobre la educación, la noción de la «divinidad» del pueblo japonés y otras cuestiones. Hay políticos de partidos mayoritarios que hacen públicas sus visitas a santuarios como el Yasukuni, donde hay soldados de la Segunda Guerra Mundial enterrados, a pesar de la repercusión económica de esas visitas en el extranjero. Creo que Yamaoto orquesta esas visitas desde la sombra.

—No sabía que fuera usted tan liberal en esas cosas, Tatsu.

—Soy pragmático. Me importa poco hacia dónde se mueve el país, siempre que el movimiento no suponga un control por parte de Yamaoto.

Reflexioné unos instantes.

—Después de lo que le ha pasado a Bulfinch y a Holtzer, Yamaoto creará que el disco no se ha destruido, que lo tiene usted. Ya iba a por usted. La cosa no hará más que empeorar.

—No soy tan fácil de pillar, como sabe.

—Está arriesgando mucho.

—Juego mis bazas.

—Supongo que sabe lo que hace —dije, despreocupándome.

Me miró impasible.

—Hay otra razón por la que debo tener cuidado con el contenido del disco. Le implica a usted.

No pude evitar sonreír.

—¿De verdad? —pregunté, imitando su pose de paleta.

—Me he pasado mucho tiempo buscando al asesino, Rain-san. Se han producido muchas muertes convenientes por «causas naturales». Siempre supe que existía, aunque todos los demás creyeran que perseguía a un fantasma. Y ahora que lo he encontrado, me doy cuenta de que es usted.

—¿Y qué va a hacer al respecto?

—Eso lo tiene que decidir usted.

—¿Lo cual quiere decir...?

—Tal como le he dicho, he eliminado todas las pruebas de sus actividades, incluso de su existencia, de la base de datos del Keisatsucho.

—Pero aún queda el disco. ¿Es su manera de decirme que me tendrá controlado?

Negó con la cabeza y por un momento vi en su rostro la decepción por mi falta de sutileza tan americana.

—No me interesa controlarle. Yo no trataría así a un amigo. Es más, conociendo su carácter y su habilidad, reconozco que sería inútil intentar ejercer ese control, y quizá fuera hasta peligroso.

Asombroso. El tipo me había encerrado, no haría público el disco tal como había dado a entender, había enviado a Midori a Estados Unidos y le había dicho que yo estaba muerto y, aun así, me sentía avergonzado de haberlo insultado.

—Por lo tanto, es usted libre de volver a su vida en la sombra —prosiguió—. Pero debo preguntarle algo, Rain-san: ¿De verdad es ésta la vida que desea?

No contesté.

—Si me lo permite, le diré que nunca le había visto tan... completo como en Vietnam. Y creo que sé por qué. Porque en el fondo es un *samurai*. En Vietnam creía haber encontrado a su maestro, una causa más importante que usted mismo.

Lo que decía me tocó la moral.

—No era el mismo cuando nos volvimos a encontrar en Japón tras la guerra. Su maestro le debió defraudar terriblemente para que se convirtiera en un *ronin*.

Un *ronin* es literalmente alguien que flota entre las olas, una persona que vaga sin rumbo. Un *samurai* sin maestro. Tatsu esperó a que replicara, pero no lo hice.

—¿Me equivoco? —preguntó al final.

—No —admití, recordando al Loco Genial.

—Usted es *samurai*, Rain-san. Pero un *samurai* no puede serlo sin un maestro. El maestro es el yin para el yang del samurai. Uno no puede existir sin el otro.

—¿Qué está intentando decirme, Tatsu?

—Mi lucha contra la peste que asuela Japón está lejos de haber terminado. La adquisición del disco me proporciona un arma importante para la batalla. Pero no basta. Le necesito a mi lado.

—No lo entiende, Tatsu. No se puede pillar uno los dedos con un maestro y encontrar otro así como así. Las cicatrices son demasiado profundas.

—¿Qué alternativa tiene?

—La alternativa es ser mi propio maestro. Como hasta ahora.

Agitó la mano en señal de que aquello le parecía una tontería.

—Eso no es posible para el ser humano. Igual que no es posible la reproducción mediante la masturbación.

La crudeza de sus palabras, tan rara en él, me sorprendió y me reí.

—No sé, Tatsu. No sé si puedo confiar en usted. Usted es un cabrón manipulador. Mire lo que ha estado haciendo mientras me tenía encarcelado.

—El hecho de que sea manipulador y que pueda usted confiar en mí son dos cuestiones diferentes —dijo, con la facilidad para analizar las cosas por separado que le otorgaba su origen japonés.

—Me lo pensaré —le dije.

—Eso es todo lo que le pido.

—Ahora déjeme salir de aquí.

Señaló la puerta.

—Es libre de irse desde el momento en que he entrado por ahí.

Le dediqué una media sonrisa.

—Ojalá me lo hubiera dicho antes. Habríamos discutido todo esto tomándonos un café.

Veinticinco

M

e tomé mi tiempo antes de volver a ver a Tatsu. Antes tenía que ocuparme de unas cuantas cosas.

De Harry, para empezar. Se había colado en los archivos del Keisatsucho el mismo día que le tendí una emboscada a Holtzer en Yokosuka, de modo que sabía que había sido arrestado y «detenido». Unos días más tarde, me dijo, habían borrado toda referencia sobre mí de los archivos.

—Cuando vi que se habían borrado aquellos archivos —me confesó— pensé que te habían eliminado. Creí que estabas muerto.

—Eso es lo que se espera que crea la gente —dije.

—¿Por qué?

—Quieren que les ayude en algunos asuntos.

—¿Por eso te dejaron libre?

—No dan nada de forma desinteresada, Harry. Ya lo sabes.

Le conté lo de Midori.

—Quizá sea lo mejor —opinó.

Yo sabía que él tenía la mayoría de las piezas del rompecabezas. Pero ¿de qué servía que alguno de los dos lo reconociera?

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó.

—Aún no lo he pensado.

—Si alguna vez necesitas un buen pirata, ya sabes dónde encontrarme.

—No sé, Harry. Tuviste muchos problemas con aquella codificación musical o lo que fuera. El Keisatsucho lo consiguió sin ningún problema.

—¡Oye, esos tipos tienen acceso a las supercomputadoras de las universidades japonesas! —farfulló, hasta que se percató de mi mueca burlona—. Muy gracioso.

—Estaremos en contacto —le dije—. Pero antes voy a tomarme unos días de vacaciones.

Viajé en avión hasta Washington D. C., donde según Tatsu habían enviado a Holtzer. La tramitación de su «jubilación» llevaría unos cuantos días y mientras tanto estaría por la zona de Langley.

Pensé que quizá le encontraría llamando a todos los hoteles que figuraban en las Páginas Amarillas del área metropolitana de Virginia. Fui buscando en

círculos concéntricos a partir de Langley, pero no encontré a nadie llamado William Holtzer entre los clientes de ningún hotel. Probablemente se hubiera registrado con un nombre falso, y habría pagado en metálico y no con tarjeta de crédito, por temor a que lo pudiera buscar.

Pero ¿y un coche? Empecé a llamar a los teléfonos gratuitos de las compañías de alquiler de automóviles más importantes. Era William Holtzer y llamaba para ampliar mi contrato. En Avis no les constaba ese nombre, pero en Hertz sí. El empleado fue tan amable que me dijo el número de matrícula del coche, ya que le dije que lo necesitaba para un seguro complementario que quería contratar a través de la compañía de mi tarjeta de crédito. Esperaba que me preguntara por qué no extraía la información del llavero o del propio coche, pero no lo hizo. Después de eso sólo tuve que buscar en una base de datos del Departamento de Tráfico para saber que Holtzer conducía un Ford Taunus blanco.

Otra vez en círculos concéntricos, aquella noche recorrí en coche los aparcamientos de los hoteles próximos a Langley, pasando muy lentamente ante todos los Ford Taunus que vi para comprobar la matrícula.

Hacia las dos de la mañana encontré el coche de Holtzer en el aparcamiento del Ritz Carlton de Tyson's Corner. Tras confirmar la matrícula me dirigí al Marriott, cerca de allí, donde me hice con las placas de matrícula de un coche aparcado. En un extremo del aparcamiento de la Tyson's Corner Galleria, que estaba desierto, cambié las placas. La matrícula nueva y el ligero disfraz que llevaba bastarían para despistar a cualquier testigo imprevisto o a cualquier cámara de seguridad.

Conduje de nuevo hasta el Ritz. Las plazas contiguas al Taunus estaban ocupadas, pero había una plaza libre detrás, a un lado. De cualquier modo era mejor no aparcar al lado. Cuando eres consciente de cómo funciona mi mundo, o simplemente de dónde es más fácil que te atraquen, te preocupa ver una furgoneta aparcada junto a tu coche, especialmente un modelo con las ventanillas traseras ahumadas, como el mío. Aparqué de cara, de modo que la puerta corredera de la furgoneta quedara orientada hacia Holtzer.

Comprobé el equipo. Un «Thunder Blaster» de 250 000 voltios, suficientes para provocar desorientación al contacto y la pérdida de conciencia en menos de cinco segundos. Una «Bola Loca» de goma rosa y tamaño medio de las que se encuentran prácticamente en cualquier colmado por 89 centavos. Un desfibrilador portátil como los que empiezan a llevar algunas líneas aéreas en los aviones comerciales, lo suficientemente pequeño

como para poder transportarlo en un maletín corriente y considerablemente más caro que la Bola Loca.

Matar a alguien mediante una descarga por fibrilación ventricular es algo complicado. Trescientos sesenta julios es una dosis de electricidad brutal. Si se aplica una descarga así en el punto más alto de la onda T del corazón —es decir, entre latidos— se provoca una arritmia letal. Por ello los desfibriladores modernos tienen sensores que detectan automáticamente el complejo QRS del latido, que es el único instante en que se puede aplicar la descarga con seguridad.

Por supuesto, la misma aplicación informática diseñada para evitar la onda T puede modificarse para buscarla.

Recosté el asiento electrónico unos grados y me relajé. Sin duda Holtzer se dirigiría al campus de la CIA en algún momento de la mañana, de modo que confiaba no tener que esperar más que unas horas.

A las seis y media, aproximadamente una hora y media antes del amanecer, caminé hasta el extremo del aparcamiento y oriné en un seto. Estiré las piernas unos minutos y regresé a la furgoneta, donde desayuné los restos de café frío y los Nuggets de pollo de McDonald's que me habían sobrado de la noche anterior, las delicias culinarias propias de la vigilancia.

Holtzer apareció una hora más tarde. Le vi salir del ascensor y acercarse. Llevaba un traje gris, camisa blanca y corbata oscura. El típico atuendo de oficinista, lo normal en la CIA.

Estaba distraído. Lo noté por la expresión, la postura y el hecho de que no comprobara los puntos clave del aparcamiento, sobre todo alrededor de su coche. Debería avergonzarse por ser tan poco precavido en un entorno tan apto para un crimen como es una zona de aparcamiento.

Me enfundé un par de guantes de cuero negro. Probé el interruptor del Thunder Blaster, que creó un arco de chispas azules y un chisporroteo eléctrico. Ya estaba listo.

Escruté el aparcamiento y me alegré de que por el momento estuviera vacío. Acto seguido, me deslicé hasta la parte posterior de la furgoneta y observé cómo se dirigía hacia el lado del conductor del Taunus, donde se detuvo para quitarse la americana. «Muy bien —pensé—. Así no te arrugaremos el traje fúnebre.»

Esperé hasta que tuvo la americana justo por debajo de los hombros, momento en que le costaría más reaccionar; abrí de golpe la puerta de la furgoneta y me abalancé sobre él. Alzó la vista al oír la puerta, pero no tuvo ocasión de hacer nada más que abrir la boca en señal de sorpresa. Al cabo de

un momento estaba encima de él, con la mano derecha apretándole el Thunder Blaster contra la barriga y agarrándole con la izquierda por la garganta mientras la descarga le sacudía el sistema nervioso central.

Tardé menos de seis segundos en arrastrar su cuerpo aturdido hasta el interior de la furgoneta y cerrar la puerta. Lo empujé hasta colocarlo en el amplio asiento trasero y le di otra descarga con el Thunder Blaster para asegurarme de que quedaba incapacitado el tiempo suficiente para terminar el trabajo.

Los movimientos eran rutinarios y no me llevaron mucho tiempo. Le ceñí el cinturón de seguridad de la cintura y el del hombro, estirando de éste último hasta colocarlo en su sitio y luego aflojándolo. Lo más difícil fue abrirle la camisa y aflojarle la corbata para aplicarle los electrodos directamente sobre el torso, donde la crema conductora evitaría cualquier quemadura reveladora. El cinturón de seguridad lo mantenía inmóvil mientras yo trabajaba.

Mientras le aplicaba el segundo electrodo, abrió los ojos parpadeando. Miró hacia abajo y se vio el pecho al descubierto. Luego levantó la mirada y me vio.

—Espe... espe... —balbució.

—¿Espera? —pregunté.

Emitió un gruñido que supuse de afirmación.

—Lo siento, no puedo hacerlo —dije, mientras fijaba el segundo electrodo con esparadrapo.

Abrió la boca para decir algo más y le introduje la Bola Loca en el interior. No quería que se mordiera la lengua por efecto de la descarga; podría parecer sospechoso.

Me aparté un poco para asegurarme de no tocarlo mientras aplicaba la descarga. Me miró mientras me hacía a un lado con los ojos bien abiertos.

Su cuerpo dio una sacudida hacia delante hasta que se trabó el cinturón de seguridad y arqueó la cabeza hacia atrás, por lo que la hundió en el protector cervical. Hoy día los coches son increíblemente seguros.

Esperé un minuto y luego le tomé el pulso para asegurarme de que estaba muerto. Satisfecho, le quité la pelota y los electrodos, limpié los restos de crema conductora con un algodón empapado en alcohol y le coloqué bien la ropa. Le miré los ojos inertes y me sorprendió no sentir apenas nada. Quizá alivio. No mucho más.

Abrí la puerta del Taunus con su llave y luego la introduje en el contacto del coche. Volví a escrutar el aparcamiento. Una mujer con traje chaqueta,

que probablemente se dirigía a una reunión, salió del ascensor. Esperé a que entrara en el coche y se marchara.

Me eché el cuerpo al hombro, lo llevé hasta el coche y lo coloqué en el asiento del conductor. Cerré la puerta y me detuve un momento para examinar mi obra.

«Va por Jimmy —pensé—. Y por Cu Lai. Todos llevan mucho tiempo esperándote en el infierno.»

Y esperándome a mí. Me pregunté si bastaría con Holtzer para dejarlos satisfechos. Entré en la furgoneta y me alejé de allí.

Veintiséis

Me faltaba otra parada. Séptima Avenida sur 178, Manhattan. The Village Vanguard.

Había consultado la página web del Vanguard y sabía que el Midori Kawamura Trio actuaba en el club a partir del primer martes de noviembre y hasta el domingo siguiente. Llamé e hice una reserva para la una de la madrugada del viernes. No hacía falta tarjeta de crédito para la reserva, aunque sabía que perdería la plaza si no aparecía por lo menos quince minutos antes de empezar, de modo que pude usar un nombre falso sin problemas: Watanabe, apellido común en Japón.

Tomé la Interestatal 95 y pasé de Maryland a Delaware y luego a Nueva Jersey. Tras el peaje podía haber tomado la I-80 y seguir por Dryden, a trescientos cincuenta kilómetros y una vida de distancia.

En cambio me decidí por el peaje del Holland Tunnel, por donde entré a la ciudad. Recorrí los cuatrocientos metros hasta el Soho Grand Hotel, en West Broadway. El señor Watanabe había reservado una *suite* para la noche del viernes. Llegó antes de las seis para confirmar su reserva y pagó la *suite* en metálico, desembolsando mil cuatrocientos dólares en billetes por una noche. El recepcionista, muy profesional, no mostró ninguna sorpresa, probablemente porque imaginaría que el rico caballero esperaba a su amante y prefería el anonimato.

Al llegar tan temprano tuve tiempo de darme una ducha, dormir tres horas y disfrutar de una cena excelente a base de Paillard de ternera y Mouton del 82, servida en la habitación por el restaurante del hotel, el Canal House. Aún me quedaba una hora libre antes de salir hacia el Vanguard, así que me dirigí al vistoso Grand Bar del hotel, con sus altos techos, su cálida iluminación y sus mesas de cristal negro de magnífica simetría donde se servía una selección nada original de *whiskys* de malta mientras sonaba una pesada música *house*. No obstante, con un Macallan de veinticinco años en la mano no hay queja posible.

Recorrí a pie el kilómetro y medio que separaba el hotel del Vanguard. Hacía frío y me alegré de llevar pantalones de gabardina color ceniza, suéter de falso cachemir con cuello alto y americana azul marino. El sombrero de

fieltro gris oscuro que me había calado hasta la frente también me protegía del frío, aunque me confería un aire siniestro.

Recogí la entrada a las 12:35 y me fui a dar un paseo hasta casi la una en punto. No quería encontrarme con Midori ni con sus músicos en la parte trasera de la sala, que tenía forma de cuña, antes del espectáculo.

Pasé por debajo del toldo rojo y el rótulo de neón y atravesé las puertas de caoba. Me senté en una de las pequeñas mesas blancas de atrás. Midori ya estaba al piano, vestida de negro como la primera vez que la había visto. De momento me sentía bien al verla, fuera de su campo de visión y separado de ella por una tristeza que sabía que ella habría compartido. Estaba muy guapa y eso me resultaba doloroso.

Se atenuaron las luces, se hizo el silencio y Midori dio vida al piano con rabia, atacando las teclas con fuerza. Observé con interés, intentando registrar en la memoria el movimiento de sus manos, el balanceo de su cuerpo y las expresiones de su cara. Sabía que escucharía su música toda la vida, pero ésta sería la última vez que la vería tocar.

Siempre había detectado cierta frustración en su música y me encantaba cuando, en ocasiones, la convertía en una profunda tristeza resignada. Pero aquella noche no había resignación en su música. Era cruda y rabiosa, a veces triste, pero nunca resignada. La observé y la escuché, sintiendo el paso de las notas y de los minutos, intentando encontrar algún alivio en la idea de que quizás lo que había pasado entre nosotros ahora formaba parte de su música.

Pensé en Tatsu. Sabía que había hecho bien diciéndole a Midori que yo estaba muerto. Tal como dijo, con el tiempo ella se habría imaginado la verdad o se la habría encontrado de pronto en algún recoveco de su conciencia.

También tenía razón al suponer que Midori no arrastraría mi pérdida durante mucho tiempo. Era joven y tenía una brillante carrera por delante. Cuando has conocido a alguien durante tan poco tiempo, aunque haya sido con intensidad, la muerte es un duro golpe, pero no te deja una impresión especialmente larga o profunda. Al fin y al cabo, la persona en cuestión no ha tenido tiempo de introducirse en el tejido de tu vida. Resulta sorprendente, incluso algo decepcionante, lo rápido que se supera, lo rápido que empieza a parecer distante, improbable, el recuerdo de lo que podrías haber compartido con alguien, como algo que le podría haber sucedido a un conocido pero no a ti mismo.

La actuación duró una hora. Cuando acabó, me levanté y desaparecí por atrás. Salí por las puertas de madera y me detuve un momento bajo el cielo

sin luna. Cerré los ojos e inhalé los olores del aire nocturno de Manhattan, extraño y, a la vez, debido a mi ya distante vida anterior, de una familiaridad incómoda.

—Perdone.

Era una voz de mujer que venía de atrás. Me giré, pensando: «Midori». Pero era la chica del guardarropía.

—Se ha dejado esto —dijo, con el sombrero en la mano.

Lo había colocado en el asiento contiguo al mío cuando se apagaron las luces y me lo había olvidado.

Tomé el sombrero sin mediar palabra y me alejé internándome en la noche.

Midori. A su lado, había momentos en los que olvidaba todo lo que había hecho, aquello en lo que me había convertido. Pero aquellos momentos nunca duraron. Soy el fruto de mis actos, y sé que siempre me despertaré con esa conclusión, por muy cautivador que sea el sueño que preceda a ese despertar.

Lo que tenía que hacer era dejar de negar lo que era y encontrar un modo de canalizarlo. Quizá, por primera vez, en algo que valiera la pena. Quizá con Tatsu. Tendría que pensármelo.

Midori. Aún escucho su música. Me aferro con desesperación a las notas, intentando evitar que se desvanezcan en el aire, pero son escurridizas y se me escapan; mueren en la oscuridad que me rodea como una bala trazadora en una arboleda.

A veces me sorprende pronunciando su nombre. Me gusta su textura entre mis labios. Es algo tenue y tangible a la vez que da vida a mis recuerdos. Lo pronuncio lentamente, varias veces seguidas, como un cántico o una oración.

«¿Pensaré en ti alguna vez?», me pregunto a veces.

«Probablemente no», es la respuesta inevitable.

No importa. Es agradable saber que sigue ahí. Continuaré escuchándola desde la sombra. Como hacía antes. Como siempre haré.

Agradecimientos

A mi agente, Nat Sobel, y su esposa Judith, por creer en mí desde la primera repetición. En algunos momentos Nat conocía mejor a John Rain que yo (lo cual resultaba un tanto inquietante) y Rain nunca habría sido un personaje tan complejo sin la perspicacia y orientación de Nat.

A Walter LaFeber de la Universidad de Cornell, por ser un gran maestro y amigo y escribir *The Clash: A History of U. S.-Japan Diplomatic Relations*, el estudio definitivo sobre este tema, que me ofreció parte de la base histórica para el nacimiento de John Rain.

A mis profesores, formales e informales, y compañeros de *randori* del Kodokan de Tokio, el alma del judo mundial, por transmitirme algunas habilidades que forman parte del arsenal mortífero de John Rain.

A Benjamín Fulford, jefe de la oficina de *Forbes* en Tokio, por sus artículos valientes e implacables sobre la corrupción que asuela Japón, corrupción que sirve de telón de fondo de esta novela y que debería merecer más atención por parte de quienes la sufren directamente.

A Koichiro Fukasawa, diplomático con alma de artista y la persona más bicultural que he conocido jamás, por compartir sus impresiones sobre todo lo japonés y por iniciarme en tantas de las maravillas de Tokio.

A Dave Lowry, por su espléndida *Autumn Lightning: The Education of an American Samurai*, que influyó en mi forma de entender el *shibumi* y las artes marciales y que, por consiguiente, son un elemento de la educación de John Rain.

Al omnidireccional Cari, veterano de las guerras secretas, por enseñarme a actuar primero, pronto, temprano y a menudo, cuya mera presencia me hizo encaminar mi pensamiento en la dirección adecuada.

Especialmente a mi esposa, Laura, por soportar que escriba y otras obsesiones y por hacer muchas otras cosas para apoyar y alentar la creación de este libro. A través de innumerables conversaciones en paseos, largos

viajes en coche y a veces entrada la madrugada con un *whisky* de malta en la mano, Laura me ayudó como nadie más habría podido a encontrar la historia, los personajes, las palabras, la voluntad.

Nota del autor

Con dos excepciones, en este libro he descrito Tokio con la mayor precisión posible. Los habitantes de Tokio que estén familiarizados con Shibuya sabrán que no hay ninguna frutería Higashimura a media altura de Dogenzaka. La frutería verdadera se encuentra al final de la calle, más cerca de la estación. Y quienes busquen el Bar Satoh de Omotesando, si bien encontrarán unos cuantos bares en que se sirve buen *whisky* en la zona, sólo darán con el establecimiento de Satoh-san en Miyakojima-ku, Osaka. Es el mejor local de *whiskies* de Japón y vale la pena desplazarse hasta allí.



BARRY EISLER nació en 1964 en Nueva Jersey, Estados Unidos. Licenciado en Derecho por la Cornell Law School, trabajó para la CIA durante tres años y posteriormente ejerció como abogado especializado en tecnología antes de dedicarse exclusivamente a escribir.

Eisler saltó a la fama de la mano de su peculiar personaje John Rain, un asesino a sueldo de padre japonés y madre americana, protagonista de sus cuatro primeras novelas: Rain Fall (2003), Hard Rain (2004), Rain Storm (con la que ganó el Premio a la Mejor Novela de Suspense del Año 2005) y Killing Rain (2006). Fiel al género policíaco y de espionaje, en 2007 publicó The Last Assassin y en 2008 Requiem For an Assassin, publicadas en España con los títulos de Sicario, Sicario: La venganza, Contrato para matar y Un último asesinato.

Su libro Fault Line, publicado en España bajo el título El agravio, se situó en la lista de los más vendidos en EE. UU.

Sus novelas han sido traducidas a cerca de veinte idiomas y han sido escogidas para ser llevadas a la pantalla por Barrie Osborne, el oscarizado productor de la trilogía El Señor de los anillos.

Actualmente Eisler vive y trabaja entre la bahía de San Francisco y Tokio.

SICARIO

Barry Eisler

«Un hipnótico *thriller* sobre el asesino
con más clase del momento.»

James Ellroy



Lectulandia